Un beso francés



LORENA MURIÉN
VERÓNICA ESPINOSA

© 2026 Lorena Murién & Verónica Espinosa
SafeCreative © **2601314420638**
instagram.com/lorenamurien_
instagram.com/veronicaespinosa.autora
Diseño de cubierta y maquetación:
Verónica Espinosa

Quedan prohibidos (sin la autorización por escrito de los titulares del copyright) bajo las sanciones establecidas por la ley, la reproducción total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía, reproducción y tratamiento informático, junto a la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamos públicos. No obstante, está permitida la reproducción parcial de esta obra con fines promocionales, publicitarios, reseñas del contenido de la misma en cualquier medio escrito o digital, inspiracionales, con la única obligación de mencionar al titular de copyright.

ÍNDICE

PRÓLOGO

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

13

14

15

16

17

18

19

20

21

22

23

24

25

26

27

28

29

30

31

32

33

34

35

36

37

EPÍLOGO

SOBRE LAS AUTORAS

PRÓLOGO

MARTA

Madrid. Febrero, 2026

El sonido de las máquinas es constante, casi hipnótico. Aquí lo ha sido durante décadas. En ocasiones pienso que sería capaz de distinguir cada uno de los telares que hay a mi alrededor con los ojos cerrados, como si fueran viejos compañeros que me confían secretos a través del ritmo de sus puntadas. He crecido aquí, rodeada de rollos de tejido y de largas conversaciones sobre colorantes naturales. Aquí aprendí que la verdadera belleza surge del esfuerzo constante y, al mismo tiempo, que nada, ni siquiera una herencia familiar tan arraigada, está completamente garantizado.

Tejidos Valera nació como el sueño de mi abuelo; empezó siendo un taller modesto en el corazón de Madrid que, gracias al tesón y al trabajo conjunto de toda la familia, acabó convirtiéndose en una empresa consolidada. «Artesanía textil con alma», solía repetir él cada vez que me miraba a los ojos. Ahora esa misma frase figura en nuestras etiquetas, pero ha perdido parte de su fuerza original y se percibe más como un eslogan publicitario que como la promesa de algo duradero. Porque el alma de esta empresa se está deshilachando poco a poco, y yo siento que estoy desmoronándome junto a ella.

Llevo tres años luchando contra lo que parece un destino inevitable. Las ventas han descendido en picado, algunos de los proveedores fallan sistemáticamente en los plazos y los pedidos internacionales han desaparecido como si jamás hubieran existido. Ya ni siquiera podemos mantener la ilusión en nuestros dos diseñadores. Hemos renegociado contratos una y otra vez, reducido la plantilla con muchísimo dolor, pospuesto lanzamientos que tanta ilusión nos hacían. He solicitado subvenciones, buscado préstamos,

perseguido cualquier salvavidas posible. Sin embargo, el banco acaba de comunicarnos que no ampliará la línea de crédito; no confían en nuestra «viabilidad a medio plazo», lo expresaron con esas palabras claras y cortantes. Al saberlo no derramé una lágrima delante de ellos, mantuve la compostura, pero aquella noche, ya en el coche, sola en la oscuridad, sí que lloré.

Lo hice porque siento que he fallado a la memoria de mi abuelo. Lo hice porque jamás pensé que iba a perder el rumbo de esta empresa.

A veces me pregunto si cometí un error al asumir las riendas, si no habría sido más prudente dejar que Iván —mi hermano— se encargara de todo, tal como él siempre deseó. Pero no pude hacerlo. No después de haber visto construir esto con tanto sacrificio, no cuando sabía que él antepondría los números a las personas que llevan años aquí, y que son las últimas que nos acompañan. Esta empresa no es una fábrica corriente; aquí no solo creamos ropa. Aquí tejemos historias, preservamos costumbres, cultivamos la paciencia que requiere cada pieza. Y eso, por mucho que duela admitirlo, no cabe en los números de un archivo.

Esta mañana, Elena; mi hermana pequeña, irrumpió en mi despacho con la expresión que tan bien conozco desde que éramos niñas; estaba preocupada. Se sentó frente a mí en silencio, dejando que la luz tamizada por la persiana dibujara rayas suaves sobre su rostro. Cuando por fin habló, lo hizo con la voz totalmente rota, como si temiera que cualquier palabra más alta pudiera acabar por romperme el corazón.

—Marta, tenemos que plantearnos seriamente la entrada de un inversor potente —murmuró, mirándome a los ojos—. Alguien con recursos de verdad. De lo contrario, no llegaremos a mitad de año.

Ya había escuchado esa propuesta antes, tanto de ella como de Iván y de los asesores externos, pero estaba claro que ya no parecía una opción entre otras, que no me quedaba margen para más opciones alternativas.

Negué con la cabeza, intentando mantener la compostura.

—No pienso permitir que alguien ajeno venga a destruir todo lo que somos.

—No tiene por qué acabar así —replicó ella, aunque en cada una de sus facciones se vislumbraba la fatiga que también lleva encima desde hace semanas.

—Claro que sí. Siempre termina siendo así. Invierten, toman el control, modifican los procesos, despiden a la gente con la que hemos compartido décadas, automatizan todo y borran la historia en nombre de la eficiencia.

—¿Y qué alternativa prefieres? —preguntó con una tristeza que me llegó al fondo del alma—. ¿Ver cómo cerramos las puertas conservando intacta esa historia que tanto valoras?

No supe qué contestar; las palabras se me atragantaron y el silencio fue lo único que me envolvió durante unas horas. Hasta que más tarde, en la sala de reuniones, Iván ya me esperaba con el portátil abierto y esa postura arrogante que siempre había odiado. Su sonrisa parecía más triunfante que fingida. Estaba claro que había esperado mi final desde hacía tiempo.

Me senté frente a él, intuyendo perfectamente lo que iba a venir.

—Hay una oferta sobre la mesa —anunció sin rodeos, directo al grano como siempre.

—¿Una oferta? —repetí, sintiendo que el estómago se me encogía.

—Una multinacional francesa.

Tragué saliva con dificultad; él lo advirtió de inmediato.

—¿De quién se trata?

—Maison Élitaire.

Un escalofrío frío me recorrió la espalda. Conocía perfectamente ese nombre; todo el sector en realidad. Es una

empresa de gran éxito en Europa: tejidos de última generación, innovación constante, márgenes de beneficio obscenos. Pero también ejercen un control absoluto. Cuando adquieren una empresa, no comparten el mando: la absorben.

—No —dije, sin pensármelo dos veces.

—Marta… —intentó mediar él.

—No. Ni siquiera lo plantees. No voy a entregarles nuestra historia.

—No sería así —insistió con calma—. Solo les entregaríamos un 55 % durante los dos primeros años. Y estaría escrito por contrato, después, recuperaríamos la empresa.

—¿Un 55 %? —Me puse en pie de golpe, incapaz de permanecer sentada—. Eso no es una colaboración, Iván. Eso es quedarnos en sus manos.

—Es una salida digna —respondió sin alzar la voz, como si la serenidad pudiera amortiguar el impacto—. Es la única propuesta que hemos recibido con condiciones que realmente podrían salvarnos.

Di vueltas por la sala como un animal enjaulado, viendo mi propio reflejo agitado en los cristales de las paredes. Mis manos temblaban, aunque no era solo rabia lo que sentía: era un miedo profundo, visceral, el terror a perder lo que con tanto ahínco he protegido, el pánico a reconocer que ya no soy capaz de mantener esto yo sola.

—¿Quién ha iniciado esta conversación? —pregunté después de unos segundos eternos.

—Aún no se ha firmado nada —aclaró Iván—. Solo hubo una llamada preliminar. Quieren enviar a alguien para evaluar la situación sobre el terreno. Un primer contacto, nada más.

—Vamos, una espía —espeté con ironía.

Iván soltó un suspiro cargado de cansancio.

—Una negociadora medio francesa. Se llama Cécile Moreu.

El nombre resonó en mi cabeza con una elegancia que, paradójicamente, resultaba amenazante. Me la imaginé de inmediato: una mujer impecable con traje caro, mirada gélida y sonrisa calculada, alguien que ya ha decidido cómo despiezar lo que no comprende ni valora.

—No me gusta nada —confesé sin rodeos.

—No tiene por qué gustarte —repuso él—. Basta con que la escuches. Después tomaremos la decisión juntos.

No contesté. No acepté explícitamente, pero tampoco rechacé la idea. Y en esa ambigüedad, en mitad de ese silencio en el que no había dado mi negativa, ya tenía claro que había cedido el terreno.

. . .

Ahora estoy de nuevo en mi despacho mientras la tarde cae lentamente. El taller suena más apagado que nunca, como si las propias máquinas intuyeran la tormenta que se avecina y contuvieran el aliento. Sobre mi escritorio, una libreta abierta muestra una hoja completamente en blanco; a su lado, un bolígrafo que sostengo sin saber si atreverme a escribir. Siempre he ordenado el caos garabateando pensamientos, pero hoy las palabras se me escapan, no encuentro ninguna que pueda salvarme de lo que siento.

Levanto la vista hacia la foto antigua enmarcada en la pared: mi abuelo, mi padre y un grupo de trabajadores de hace veinte años, todos sonriendo con las manos teñidas de tinte y los ojos llenos de un orgullo que ya casi no reconozco. Me pregunto si ellos me juzgarían por lo que estoy a punto de permitir, si comprenderían la presión que me aplasta, si llegarían a perdonarme por abrir esta puerta.

Sé que todo cambiará a partir de ahora. Sé que permitir la entrada a esa mujer, a su empresa, a su visión del mundo tan

distinta de la nuestra, no es solo una operación financiera. Es abrir una rendija por la que puede filtrarse algo imprevisible, algo que me inquieta profundamente, más de lo que estoy dispuesta a reconocer ante nadie.

Cierro los ojos un instante, inspiro el aire impregnado de ese aroma a algodón que tan bien conozco, y finalmente escribo una sola frase en la libreta:

«Espero que, esta decisión que me he obligado a tomar, sea la puerta hacia algo nuevo, pero también bueno… Algo… de lo que no tenga que arrepentirme.»

1

CÉCILE

Los viajes en avión nunca me han resultado agradables, pero en esta ocasión lo acojo casi como un recordatorio de que sigo viva, completamente alerta y con un objetivo muy claro por delante. Parpadeo varias veces mientras permito que la rutina del vuelo se instale poco a poco en mi cuerpo. París se desvanece bajo un manto de nubes densas y grises, como si mi propia mente intuyera que lo que dejo atrás es el inicio de un trabajo que va a cambiar la vida de muchos.

La carpeta negra descansa sobre mi regazo. En su interior guardo informes, las proyecciones a varios meses, los gráficos y datos de mercado, y los análisis financieros que sustentan la adquisición del 55 % de Tejidos Valera. Todo está minuciosamente trabajado, punto a punto, coma por coma, sin el más mínimo rastro de sentimentalismos que puedan enturbiar la decisión. Esto es un negocio, y como tal, buscamos la rentabilidad a toda costa, pero antes, debemos comprobar que esto va a ser rentable para nosotros.

Maison Élitaire siempre ha depositado en mí su confianza para llevar a cabo operaciones complejas, y esta vez no supone ninguna excepción. El consejo de administración me encomendó personalmente la tarea de recuperar esta empresa, modernizarla, convertirla en algo mucho más competitivo, más rentable y, sobre todo, más eficiente. Esa palabra, «eficiente», resuena en mi cabeza con fuerza, y no puedo apartarla de ninguna manera.

Así funciona el mundo corporativo en el que me muevo. A veces me sorprendo a mí misma convencida de que las emociones no son más que distracciones biológicas, un lujo innecesario reservado para quienes no llevan a cuestas una misión tan exigente como la mía. Sin embargo, por mucho que uno intente luchar contra

el peso inevitable de lo emocional, siempre acaba topándose con un muro que ninguna proyección ni ningún gráfico logra derribar.

Me repito esa frase una y otra vez mientras el avión inicia el descenso hacia Madrid. Respiro profundamente y me esfuerzo por convencerme de que esta operación será, simplemente, eso: una operación más. Nada que pueda complicarse más allá de lo estrictamente profesional, por muy empresa familiar que se trate.

Al aterrizar, la luz intensa de la ciudad impacta directamente en mis pupilas con una suavidad y un contraste que no estoy acostumbrada a sentir. El frío de París desaparece y el sol madrileño cae sobre mí con una calidez que no aplaca mi corazón. Bajo del avión con la determinación de quien pisa un tablero de ajedrez; donde sólo existen movimientos calculados que garanticen la victoria final. Mis tacones golpean contra el suelo de la terminal con un ritmo constante y profesional que me ayuda a mantener el control.

Mientras espero el coche que me conducirá hasta la zona donde se ubica Tejidos Valera, repaso mentalmente cada detalle de los informes que me facilitaron, preparándome para el momento en que pise el taller por primera vez. La información que manejo resulta, en ciertos aspectos, contradictoria: por un lado, una plantilla con un talento notable y difícil de encontrar, sobre todo en la zona de diseño y la dirección; por otro, una resistencia al cambio que se manifiesta en un caos operativo que afecta a toda la cadena. Ventas estancadas en mercados locales, retrasos preocupantes y una falta de adaptación a las demandas actuales. Cada cifra que recuerdo me confirma que la empresa tiene potencial para sobrevivir e incluso prosperar, siempre y cuando se tomen las decisiones correctas. Esto no es, en absoluto, un asesinato emocional, es un rescate necesario. Una renovación que va a requerir de todo mi esfuerzo.

Pero hay un dato que destaca por encima de todos los demás y que no deja de inquietarme. El nombre de la directora general: Marta Valera Rodríguez.

Los informes la describen con cuidado, y las opiniones resultan llamativas. Brillante, aseguran. Emocional, añaden

inmediatamente después. Resuelta y, al mismo tiempo, terca. Sobre todo, extremadamente protectora con la identidad histórica de la empresa. Esa última característica aparece reflejada como si constituyera un defecto, un inconveniente, un término que en mi mundo corporativo apenas significa algo salvo «posible obstáculo a superar».

El coche se detiene en una calle amplia, flanqueada por árboles que aún no han llegado a florecer. El edificio que tengo delante no es ni feo ni especialmente hermoso; ocupa un lugar intermedio que evoca la imagen de un taller con una larga historia detrás, con heridas que todavía no han cicatrizado del todo. Ventanas amplias, fachadas desgastadas por el tiempo, puertas metálicas que sin duda resonarán con fuerza cada vez que alguien las cruce. Siento una mezcla inesperada de emociones. Tal vez sea precisamente esa sensación lo que más perturba mi lógica habitual: la incomodidad de no saber con exactitud qué me aguardará más allá de lo que los números y los gráficos me han adelantado.

—Hemos llegado —informa el conductor al apagar el motor.

Percibo el silencio repentino como una pausa necesaria antes del comienzo de una sinfonía, cuya melodía, ignoro si resultará armoniosa o traerá diferentes tensiones.

Abro la puerta del vehículo y respiro profundamente. El olor característico de las telas me envuelve; un aroma cálido, casi humano, radicalmente distinto al ambiente esterilizado y frío de las oficinas en las que suelo moverme. Por un instante, mis manos se posan en la puerta del coche, como si necesitara un respiro antes de empezar.

Camino hacia la entrada principal, y noto que mi corazón late con una intensidad ligeramente superior a la habitual. Lo atribuyo únicamente a una respuesta fisiológica normal ante un nuevo entorno, nada más.

En la puerta principal me recibe un hombre de mirada franca. Sus manos muestran raspaduras propias del trabajo diario, lleva una

camisa con leves manchas de grasa y en sus ojos se aprecia un cansancio acumulado que no logra ocultar.

—Cécile Moreu —anuncio, como si esas dos palabras bastaran para explicar quién soy y qué vengo a hacer—. Directora de operaciones internacionales de Maison Élitaire.

—Buenos días —saluda él como respuesta—. Bienvenida a Tejidos Valera.

Asiento con cortesía profesional.

—Sí, muchas gracias por el recibimiento.

—Soy Luis Moreno, aunque aquí todos me llaman Luichi —se presenta al tiempo que extiende la mano—. Jefe de línea de producción. Llevo en esta casa más años de los que puedo llegar a recordar.

Su apretón de manos es firme y directo. Me observa con una mezcla de curiosidad y hospitalidad; me pregunto si percibe mi tensión o si simplemente detecta en mí la formalidad de alguien que, claramente, no pertenece a este mundo.

—Encantada de conocerle —respondo con calidez —. He venido para conocer a fondo la empresa, sus procesos y, sobre todo, hacerlo con el máximo respeto hacia lo que han construido aquí.

Luichi arquea ligeramente una ceja, como si evaluara mis palabras.

—Aquí el respeto se gana con el trabajo duro —comenta con una sonrisa leve que no le llega a los ojos—. Pero cada uno lo demuestra a su manera.

Asiento de nuevo, reconociendo la verdad que encierran sus palabras. Hay algo en su mirada mucho más honesto que cualquier dato o proyección incluida en mis informes, y eso, de forma inesperada, me genera cierta inquietud.

Avanzo tras él por un pasillo amplio donde el sonido de las máquinas crece en intensidad con cada paso que doy. El ruido no resulta molesto en absoluto; al contrario, constituye el latido mismo

del lugar. Cada telar, cada rodillo, cada giro de las máquinas anuncia que la empresa sigue viva, que respira, que continúa haciendo aquello para lo que fue creada.

De pronto, veo a la directora de esta orquesta. Está de pie frente a un montón de informes, con la espalda completamente recta y la mirada fija en las cifras. Su pelo claro está recogido en una coleta impecable, sin un solo pelo fuera de lugar. La luz se filtra y cae sobre su rostro, dibujando una sombra suave que resalta la definición de sus facciones.

Siento que el aire se espesa a mi alrededor. No debería ocurrir, no tiene sentido que algo así afecte mi respiración o mis pensamientos de esta manera. Pero hay algo en su postura, en la concentración que demuestra, que me obliga a detenerme un segundo más en esta cadena de sucesos contra reloj.

—Parece que tenemos visita —comenta Luichi en voz baja a mi espalda.

La veo levantar la mirada. Sus ojos se encuentran con los míos. Es un instante fugaz, apenas un breve encuentro visual, pero suficiente para que algo en mi interior se enrede de forma inesperada. Ella parpadea una vez, me evalúa con rapidez y su expresión se endurece en una fracción de segundo, controlando perfectamente la sorpresa inicial.

—¿Usted es…? —pregunta con un rigor profesional evidente.

—Cécile Moreu —respondo con la serenidad que he entrenado durante años y le muestro mi mano—. Represento a Maison Élitaire. He venido para evaluar en detalle la propuesta de adquisición que hemos presentado.

Se produce un silencio breve pero intenso, no me da la mano. La observo con mayor detenimiento: su postura firme, la manera casi imperceptible en que aprieta los labios, el brillo en sus ojos —de un tono entre verde y miel— que no deja descifrar qué hay tras estos. No veo lo que siente. Solo fuerza, presencia y una historia que se percibe incluso en su elegancia.

—Bienvenida a Tejidos Valera —dice sin mostrar simpatía alguna—. Por favor, sigan adelante.

Luichi reanuda la marcha y yo avanzo tras él. Sin embargo, sé perfectamente que esa mirada breve se ha quedado grabada en mí, y no precisamente por las pocas palabras que hemos intercambiado.

Mientras continuamos por el pasillo, sigo percibiendo la historia que decora las paredes de este lugar. «Tradición», pienso para mis adentros. «¿Estancamiento o resistencia al cambio?».

Aún no lo sé con certeza. Pero lo que sí tengo claro es que este reto profesional, no tiene pinta de ser fácil.

2

MARTA

Hay personas que modifican el ambiente de una habitación sin necesidad de pronunciar una sola palabra, y Cécile Moreu pertenece sin duda a ese reducido grupo de individuos capaces de lograrlo con su mera presencia.

La observo desde el extremo opuesto de la sala mientras concluye el recorrido por el taller en compañía de Luichi. Su forma de caminar transmite una seguridad absoluta, cada paso parece calculado, como si hubiera ensayado el trayecto con antelación. Viste un traje impecable, excesivamente elegante para este sitio, pero no da la impresión de estar fuera de lugar. Precisamente eso es lo que más me incomoda y me genera un rechazo inmediato. Porque no necesita adaptarse al entorno; lo domina, se impone con naturalidad, y una facilidad que resulta profundamente irritante.

Aprieto con fuerza los dedos alrededor del bolígrafo que sostengo entre las manos sin apenas darme cuenta de ello. Se trata de una reacción involuntaria cuando la tensión se acumula en mi interior. Me aclaro la garganta con disimulo, vuelvo a colocar en su sitio el mechón rebelde que insiste en escaparse de mi recogido y cruzo los brazos sobre el pecho, como si con ese movimiento pudiera erigir una barrera invisible que me proteja de su influencia.

Elegante hasta el extremo. Distante de manera estudiada. Segura de sí misma hasta el punto de rozar lo que muchos calificarían de arrogancia.

Eso es lo primero que se me pasa por la cabeza al verla.

Lo segundo resulta mucho más perturbador. Porque, junto con el rechazo visceral que siento, emerge una sensación incómoda, casi traidora, que no esperaba. Una atención desmedida hacia sus gestos

más sutiles, hacia la manera en que inclina ligeramente la cabeza cuando presta atención a una explicación, hacia la forma en que sus labios se contraen mientras está concentrada. Me sorprendo a mí misma registrando detalles que, en circunstancias normales, pasaría por alto. «Quizá sí le importe esto».

«O quizá solo es una parisina más», pienso con ironía. Posee ese aire inconfundible que solo exhiben las personas acostumbradas a moverse en entornos donde todo parece estar bajo su control, sin cabida para imprevistos ni desórdenes. Y yo detesto con toda mi alma ese tipo de control, esa frialdad que todo lo ordena y lo reduce a meras cifras.

—¿Empezamos de una vez? —pregunto en cuanto cruza el umbral de la sala de reuniones, después del vistazo al taller.

Cécile alza la mirada hacia mí con deliberada lentitud. Sus ojos sostienen la mía sin prisa alguna, evaluándome con una calma que interpreto inmediatamente como un desafío directo a mi autoridad.

—Cuando usted lo desee —contesta, casi provocándome—. Estoy completamente preparada.

Nos sentamos una frente a la otra, separadas por la mesa amplia de la sala. Iván ocupa el asiento a mi derecha, Elena el de mi izquierda, formando una especie de frente común que, en realidad, sé que no me va a servir de nada. Ya he perdido a mis hermanos en esta batalla. La pantalla se ilumina con el logotipo de Tejidos Valera y, por un breve instante, un orgullo casi doloroso me atraviesa el pecho. Esa imagen sencilla representa generaciones enteras de esfuerzo, sacrificio, noches en vela dedicadas a sacar adelante el sueño familiar. Representa, sobre todo, a mi abuelo y todo lo que él construyó con sus propias manos.

Respiro hondo para calmarme y comienzo a exponer mi visión.

—Tejidos Valera no es simplemente una empresa más en el sector español —explico con convicción, mirando directamente a los ojos de Cécile—. Es una forma particular de entender el trabajo, el compromiso y la artesanía. Nació como un modesto taller artesanal y

ha crecido a lo largo de los años sin renunciar jamás a esa identidad. Nuestros procesos no destacan por su velocidad, es cierto, pero garantizan una calidad excepcional, una sostenibilidad real y, lo más importante, un empleo estable para personas que llevan aquí toda una vida a pesar de haber tenido que decir adiós a muchas otras.

Mientras hablo, no dejo de observarla con atención. No asiente en ningún momento. Tampoco frunce el ceño ni muestra desaprobación a mis palabras. Se limita a escuchar con una expresión neutra que me resulta cada vez más desesperante, como si ninguna de mis palabras lograra hacer mella en ella.

—Nuestros clientes valoran precisamente eso que nos diferencia —prosigo, alzando ligeramente el tono para enfatizar mi argumento—. La historia única que hay detrás de cada tejido, el cuidado en cada fase, la ética que impregna todo lo que hacemos. Si perdemos esa esencia, dejaremos de ser lo que hemos sido siempre y nos convertiremos en una fábrica más, indistinguible de tantas otras.

Hago una pausa deliberada, esperando al menos alguna reacción visible por su parte.

Cécile entrelaza los dedos sobre la superficie de la mesa con un gesto elegante y toma la palabra sin alterar apenas el volumen de su voz.

—Comprendo perfectamente la importancia que usted otorga al relato y a la narrativa de la empresa —afirma con tono profesional —. Sin embargo, los datos objetivos cuentan una historia muy distinta y mucho menos alentadora.

Pulsa una tecla en su portátil y la pantalla cambia de inmediato. Aparecen gráficos detallados, líneas descendentes en rojo, proyecciones impersonales y frías que no dejan lugar a interpretaciones optimistas.

—Las ventas acumulan tres años consecutivos de caída significativa —enumera sin sentir ni un poco de remordimiento—. Los costes operativos resultan excesivamente elevados en relación

con los ingresos, y los márgenes de beneficio se han vuelto demasiado ajustados para garantizar la viabilidad a largo plazo. Una automatización parcial permitiría reducir de manera notable los tiempos de producción, mejorar toda la cadena logística y recuperar la competitividad perdida en mercados internacionales.

Siento un nudo que se expande dolorosamente dentro de mi pecho.

—Automatización significa, en la práctica, sustituir las manos del hombre por simples máquinas —replico con vehemencia, sin poder contener el tono acusador en mis palabras—. Y no quiero despedir a nadie más.

—No necesariamente debería ser así —objeta ella con la misma serenidad—. Significa, sobre todo, optimización de recursos y una mayor eficiencia global.

Esa palabra, «optimización», me suena casi ofensiva en este contexto, como si redujera a las personas a meros engranajes intercambiables.

—Habla usted como si esto fuera una fábrica corriente y anodina —le recrimino yo, sintiendo que la irritación crece dentro de mí—. Aquí hay personas con nombres, con familias, con décadas de dedicación.

—Y también hay números que no mienten —contraataca Cécile sin perder la compostura—. Ignorarlos deliberadamente no los hace desaparecer ni resuelve los problemas que Tejidos Valera tiene.

Iván se remueve inquieto en su asiento; sé perfectamente que, en el fondo, comparte gran parte de lo que ella está diciendo, aunque prefiera no manifestarlo abiertamente en este momento.

La reunión prosigue como un tira y afloja constante y agotador entre posiciones irreconciliables. Yo defiendo con pasión la historia y el legado, ella expone con frialdad los procesos y las mejoras necesarias. Yo hablo de valores intangibles, ella de eficiencia puesta en números. En un momento determinado,

advierto que estoy apretando la mandíbula con tanta fuerza que un dolor sordo comienza a extenderse por toda mi cara.

—La propuesta concreta de Maison Élitaire —anuncia finalmente Cécile, llegando al núcleo de la cuestión—, contempla como ya saben la adquisición del 55 % del accionariado actual durante dos años, hasta que la empresa empiece a remontar y los beneficios sean claros para reducir ese porcentaje.

La frase impacta como un golpe seco —a pesar de lo esperado — en este silencio.

—Eso no puede considerarse una colaboración en igualdad de condiciones —respondo de inmediato, sin dejar espacio para dudas —. Es, en la práctica, perder el control absoluto sobre lo que hemos construido. Y dos años, lo considero demasiado tiempo.

—Es una mayoría indispensable para poder implementar ya los cambios estructurales que la empresa necesita con urgencia —alega ella de vuelta—. Sin esa mayoría, la inversión carecería de sentido estratégico.

Me inclino hacia delante sobre la mesa, incapaz de permanecer pasiva ante tanta palabrería.

—¿Y qué será de nosotros? ¿De la familia que ha dirigido esto durante generaciones? ¿De los trabajadores que han dado su vida por esta empresa?

—Se estudiaría con detalle una transición progresiva y lo menos traumática posible —asegura Cécile, aunque sus palabras suenan a una fórmula que ya tiene demasiado ensayada.

—Eso resulta muy fácil de decir desde una posición de fuerza —replico yo con amargura—. Pero una vez cedido el control mayoritario, no existe marcha atrás, y todos lo sabemos.

Cécile me observa con una atención renovada. Por primera vez desde que comenzó la reunión, detecto un matiz distinto en su expresión habitual, una curiosidad genuina que no esperaba encontrar.

—Comprendo su resistencia emocional ante este escenario —concede ella con un tono ligeramente más suave—. Pero la situación actual de la empresa no resulta sostenible a medio plazo, y los datos lo confirman sin lugar a dudas.

La palabra «sostenible» me atraviesa como una ironía particularmente cruel, dado que siempre he considerado que nuestra forma de trabajar era el ejemplo mismo de sostenibilidad.

—No voy a consentir que absorban por completo esta empresa —declaro, sintiendo el enfado en cada célula de mi ser. Mi cuerpo se tensa—. Si de verdad desean invertir, tendremos que renegociar esos porcentajes desde cero y en condiciones más equilibradas.

—Esa decisión ya está tomada —responde con la misma calma inalterable que ha demostrado desde que llego—. Se trata de una condición inamovible establecida por el consejo de administración.

—Entonces esta conversación carece de sentido —concluyo, poniéndome de pie sin pensármelo dos veces.

El silencio que se instala a continuación se llena de una tensión que puede cortarse con un cuchillo. Iván me fulmina con la mirada, pero no vuelvo a sentarme. No pienso hacerlo bajo ninguna circunstancia.

—Propongo que continuemos con una visita más detenida al taller —sugiere Cécile tras unos segundos de tensión—. Tal vez en el terreno práctico podamos encontrar puntos de entendimiento que aquí se nos escapan.

Acepto la propuesta solo porque necesito moverme, cambiar de escenario, respirar un aire distinto. Porque permanecer sentada frente a ella me resulta cada vez más insoportable.

Recorremos el taller juntas, paso a paso y mis sentimientos no cambian en ningún momento. Cécile formula preguntas de manera constante, casi incesante. Demasiadas para mi gusto.

«¿Por qué este proceso concreto no ha sido automatizado todavía? ¿Cuánto tiempo exacto se invierte en esta fase de producción? ¿Han valorado alguna vez la posibilidad de externalizar esta parte del trabajo?»

Cada pregunta me suena a crítica, a ataque disfrazado de interés profesional, aunque en el fondo sé que no lo es. Lo sé perfectamente… y eso, paradójicamente, me irrita aún más.

Porque algunas de sus observaciones resultan dolorosamente acertadas y difíciles de rebatir. Lo reconozco para mis adentros, en silencio, mientras ella señala retrasos evitables, cuellos de botella en la cadena, máquinas que llevan años pidiendo una renovación. No lo admito en voz alta. No puedo permitírmelo, no en este momento.

—La empresa funciona así porque siempre lo ha hecho de esta manera y nos ha dado resultados —respondo en una ocasión, a la defensiva.

—Funcionar a un nivel básico no equivale a prosperar ni a crecer —me debate Cécile con una lógica implacable, descolocándome.

Me detengo en seco en medio del pasillo, incapaz de seguir caminando sin responder.

—No necesitamos que nadie ajeno venga a enseñarnos cómo sobrevivir —le espeto con más vehemencia de la necesaria—. Llevamos décadas haciéndolo solos, con nuestras propias reglas.

Ella sostiene mi mirada sin pestañear, sin retroceder un centímetro.

—Y, a pesar de todo, aquí estamos —replica con una objetividad que me atraviesa—. Discutiendo una adquisición porque la supervivencia de Tejidos Valera ya no está garantizada.

Qué golpe tan bajo.

Cuando la visita concluye, regreso a la sala de reuniones con una mezcla agotadora de rabia y cansancio. Cécile se lleva un mechón castaño tras su oreja y se despide con una cortesía

impecable, medida al milímetro. Ni una palabra superflua. Ni una concesión innecesaria. Y en cuanto la puerta se cierra tras ella, Iván estalla sin poder contenerse más.

—¿Qué mierda ha sido todo eso, Marta? —me reprocha con visible frustración—. La has tratado casi como a una enemiga desde el primer minuto.

—No pienso regalarles la empresa que tanto nos ha costado levantar —respondo sin dudarlo, aunque los labios me tiemblan notablemente —. No estoy dispuesta a hacerlo bajo ninguna circunstancia.

—Es la única salida viable que nos queda —insiste él, alzando el tono—. O aceptamos esta oferta, o cerramos definitivamente antes de fin de año.

—Siempre existen alternativas si uno las busca con suficiente ahínco —rebato, aunque en el fondo sé que mi argumento suena cada vez más débil.

—No, Marta, ya no las hay —sentencia Iván con una dureza que rara vez le he oído—. Y en el fondo de tu corazón lo sabes tan bien como yo.

Elena interviene con tacto antes de que la discusión derive en algo irreparable.

—Marta, nadie te está pidiendo que te rindas sin más —media nuestra hermana, con su habitual tranquilidad—. Pero no podemos continuar perdiendo dinero mes tras mes sin hacer nada al respecto.

Me paso una mano por la frente, notando cómo el dolor de cabeza se intensifica.

—Esa mujer no comprende en absoluto lo que hacemos aquí ni lo que significamos —afirmo con convicción—. Lo único que pretende es convertirnos en una réplica más de su modelo frío y deshumanizado.

—O tal vez, simplemente, quiere evitar que desaparezcamos —apunta Elena con una prudencia que me obliga a reflexionar.

No respondo. No encuentro palabras y el dolor me oprime durante el resto del día.

Ya de noche, sola en mi despacho con la luz tenue de la lámpara, me sorprendo a mí misma pensando en Cécile una y otra vez. En su forma particular de mirar, directa y sin concesiones. En la calma casi irritante con la que ha desmontado uno por uno mis argumentos más sólidos. En cómo ha conseguido, sin proponérselo aparentemente, hacerme sentir fuera de control en mi propio terreno. Me despierta una rabia profunda. Un miedo visceral a perderlo todo.

Porque Cécile Moreu encarna todo lo que amenaza el mundo que he defendido con uñas y dientes… pero también todo lo que, de forma inesperada, me desafía a cuestionarlo y, tal vez, a salir de él.

3

CÉCILE

Cuando entro en la habitación del hotel y cierro la puerta tras de mí, el silencio absoluto del espacio cae y me permito respirar al fin. El día ha sido largo, agotador y, en ciertos momentos, sorprendentemente cargado de una tensión que no había previsto. Me quito el abrigo con movimientos pausados, lo cuelgo con cuidado sobre el respaldo de una silla y contemplo el entorno pulcro y ordenado, disfrutando de la paz que reina aquí y que nada tiene que ver con el zumbido constante de las máquinas del taller de Tejidos Valera. Cierro los ojos durante un breve instante, como si quisiera capturar esa quietud absoluta antes de volver a sumergirme en la vorágine implacable del negocio que me ha traído hasta aquí.

El teléfono vibra sobre la mesa con insistencia. Es la hora exacta. La videollamada con la directiva de Maison Élitaire no va a admitir retrasos. Me acerco al espejo para revisar mi imagen unos segundos: máscara de profesionalismo intacta, traje perfectamente planchado, expresión serena y controlada. «Todo correcto». Repaso mentalmente los puntos clave que debo transmitir, las cifras más relevantes que conviene destacar, las palabras que mejor describan la visita realizada a Tejidos Valera sin dejar lugar a interpretaciones equivocadas…

Respiro y pulso el botón de «unirme» con decisión.

—Hola a todos —saludo, adoptando de inmediato el tono formal y distante que caracteriza todas nuestras reuniones ejecutivas. Busco un lugar donde sentarme y coloco el teléfono en un sitio cómodo para no tenerlo todo el tiempo en la mano—. Muchas gracias por conectaros con tanta puntualidad.

La pantalla se divide en varias ventanas donde aparecen los rostros del restro, los directivos senior, gerentes de área, y miembros

del consejo de administración. Estoy segura que después de los informes preliminares, esperan con expectación mis comentarios, así que tengo que ir directa al grano.

—Cécile —interviene Olivier, director de estrategia—. Adelante, por favor. Queremos conocer tus impresiones lo antes posible.

Inhalo con lentitud para mantener la calma y comienzo a relatar la visita sin dejarme un solo detalle.

—La empresa posee un potencial enorme que no debemos subestimar —expongo con claridad y convicción—. El equipo humano demuestra una competencia notable, hay un talento artesanal que resulta cada vez más difícil de encontrar en otras regiones de Europa, y existe una identidad histórica consolidada que, para mí, es un valor extremadamente sólido en determinados segmentos del mercado. Pero, tal y como reflejan los datos que todos conocemos, los procesos actuales no son viables en un entorno competitivo globalizado que exige rapidez y escalabilidad.

Busco entre los documentos que traje conmigo, y pongo atención en las gráficas que Iván, el hermano de Marta, nos has hecho llegar también.

—En el anexo número diez —señalo—, podéis ver cómo se desarrolla la cadena de producción de Tejidos Valera.

En ella, se reflejan los tiempos de producción excesivamente prolongados, los fallos recurrentes en la cadena logística, las pérdidas acumuladas que se van incrementando mes a mes… todo está desencadenando un proceso que pinta negativo y desastroso de cara al futuro.

—Los documentos muestran un estancamiento preocupante que ya dura varios años —prosigo sin alterar el ritmo—, y la empresa carece de estructuras modernas que faciliten una expansión internacional realista y sostenida. Sin cambios estructurales significativos y bien planificados, el riesgo de cierre es muy elevado. No obstante, con una inversión estratégica cuidadosamente diseñada y un plan de reestructuración gradual y sensato, esa

tendencia negativa puede revertirse por completo y convertir a Tejidos Valera en un activo altamente rentable en un par de años.

Escucho murmullos de aprobación por parte de varios miembros del consejo que resuenan a través de los altavoces. Sé perfectamente que muchos de ellos se sienten satisfechos con el análisis que estoy presentando, porque confirma sus expectativas iniciales. Pero también soy consciente de que mi evaluación ha sido honesta hasta el extremo y absolutamente completa. No hay cifras maquilladas, tampoco promesas que oculten la realidad.

—Entendemos perfectamente la situación —responde Sophie, directora financiera, con su análisis habitual—. Y en ese contexto, ¿qué podrías comentarnos sobre la directora, Marta Valera? Nos interesa especialmente saber si está dispuesta a colaborar en este proceso.

Se produce un silencio breve antes de que yo tome la palabra de nuevo. Pienso inevitablemente en Marta, en su mirada firme y desafiante, en la manera apasionada y contundente con la que defendió cada una de sus posiciones, una pasión que no había experimentado nunca en otros directores con los que he negociado anteriormente.

—Existe una resistencia importante y bien arraigada —explico con objetividad—. La directora general, en particular, manifiesta una oposición frontal y decidida a las propuestas iniciales que hemos presentado. Defiende con una fuerza notable la identidad artesanal de la empresa y percibe cualquier tipo de intervención externa como una amenaza directa e inaceptable a esa esencia que considera innegociable —añado, enderezando la espalda—. Y por eso, hay matices importantes que no debemos pasar por alto: el equipo en su conjunto demuestra una lealtad, compromiso y vinculación emocional muy intensa con el legado familiar que sustenta todo el proyecto. Esa realidad puede representar tanto una fortaleza considerable en términos de motivación, como un punto de tensión significativa si no se gestiona con la sensibilidad y el tacto necesarios.

Olivier arruga ligeramente el ceño al escucharme, porque él siempre ha preferido estrategias directas y sin concesiones a lo que considera emociones innecesarias. Sophie, en cambio, asiente con comprensión, consciente de que no todo en esta operación se resolverá exclusivamente con números y balances.

—Gracias por la claridad, Cécile. Tus observaciones son muy valiosas en este momento —interviene Julien, muy conciliador. Tengo suerte de que sea mi mejor amigo—. ¿Crees que será posible persuadir a la directora general de que esta operación representa la mejor opción para el futuro de su empresa?

La pregunta queda suspendida en el aire durante un instante que parece eterno; el frío profesional contra el calor humano. Datos irrefutables contra emociones intensas y legítimas. Y yo, debo responder con la máxima objetividad posible, sin dejar que mis propias impresiones interfieran.

—Representará un desafío considerable, creo yo —admito con total honestidad—. La señorita Valera es una mujer intensa, decidida hasta el extremo y profundamente protectora de lo que considera el corazón mismo de su empresa. Eso la convierte en alguien difícil de convencer si únicamente le presentamos argumentos basados en cifras y proyecciones. Necesitaremos desarrollar una estrategia más sofisticada que tome en cuenta tanto los aspectos económicos como los emocionales que subyacen en su resistencia. No será, desde luego, una negociación típica ni sencilla —añado, entrelazando los dedos—. Es obvio que saldrían perdiendo de no aceptar el acuerdo, pero creo que nosotros también. Tejidos Valera es una gran empresa, y puede abrirnos puertas.

Un murmullo general recorre las ventanas de la pantalla. Algunos participantes asienten, otros intercambian miradas rápidas con Sophie. Sé exactamente lo que están pensando en este momento: el tiempo equivale a dinero, y no disponemos de grandes márgenes en ninguno de los dos recursos.

—Debemos cerrar este acuerdo en el menor plazo posible —sentencia Olivier, inapelable—. Cualquier retraso adicional solo

incrementará el riesgo de pérdidas mayores, al no poner el ojo en otro lugar. Encuentra la forma de convencerla, Cécile. Todos sabemos que posees la capacidad necesaria para lograrlo.

Asiento despacio, manteniendo mi compostura profesional en todo momento.

—Entendido —respondo con convicción—. Prepararé un enfoque alternativo más adaptado a la situación y regresaré con propuestas concretas y viables en los próximos días.

La llamada concluye con palabras de apoyo y algunas recomendaciones estratégicas adicionales por parte del equipo. Cierro la sesión y contemplo la pantalla en negro durante unos segundos largos. Estoy sola de nuevo. El silencio de la habitación resulta absoluto y envolvente.

Apoyo la espalda contra el respaldo ergonómico de la silla y siento cómo la tensión acumulada recorre cada músculo de mi cuerpo, como si la mañana de negociaciones hubiera dejado una huella física en mí. Y entonces, inevitablemente, pienso en ella. En Marta. Esa mujer de carácter firme e intenso, con una mirada penetrante capaz de sostener cualquier argumento sin el menor titubeo. Recordarla, activa en mí una mezcla compleja de sensaciones que no logro clasificar con exactitud.

Desde el punto de vista estrictamente profesional, su resistencia constituye un reto fascinante e interesante. Interesante porque no nace de la ignorancia ni de la incapacidad, sino de un compromiso profundo y auténtico con lo que ella considera correcto y esencial. Eso la transforma en una adversaria digna de respeto, aunque también particularmente dificultosa de manejar.

Pero hay algo más allá. Recordar sus ojos —destellos sutiles y cambiantes— me provoca una incomodidad que no debería tener cabida en mi mente. Una especie de curiosidad insistente, un tirón emocional que no sé cómo etiquetar y que me inquieta más de lo razonable. Me repito una y otra vez que se trata simplemente de una

reacción profesional ante una directiva firme, alguien que defiende su terreno con una pasión poco común.

París ha sido riguroso, pero también ha removido emociones que creía tener perfectamente controladas y archivadas. Me obligo a sacudir la cabeza con energía, a cambiar radicalmente de enfoque y volver al terreno seguro de la lógica.

—Nada de lazos personales —me repito en voz baja—. Es únicamente un negocio más, nada diferente a los anteriores. Sé profesional Cécile.

Aun así, no consigo evitar que mi mente regrese una y otra vez a la forma en que ella alzó la voz en determinados momentos gobernada por un miedo profundo y legítimo. Miedo a perder todo lo que su familia ha construido con tanto esfuerzo y sacrificio a lo largo de generaciones. Ese tipo de miedo visceral solo lo había conocido por referencias teóricas o académicas, nunca lo había visto manifestarse de forma tan explícita y cruda frente a mí. Y la sola idea de que mis sentimientos personales puedan interferir de alguna manera con mi trabajo me resulta absolutamente intolerable. No puedo permitir que eso ocurra bajo ninguna circunstancia, especialmente ahora, cuando me encuentro ante una operación tan crucial para mi trayectoria.

Busco mi portátil, lo abro y comienzo a redactar de manera detallada todo lo vivido en esta primera visita a Tejidos Valera. Esta vez lo hago con la mente completamente centrada en la estrategia y la lógica. Cada palabra que tecleo está cuidadosamente medida, precisa y enfocada exclusivamente en los pasos concretos a seguir. El objetivo sigue claro.

En cuestión de minutos, la pantalla refleja un plan que aspira a ser impecable desde cualquier punto de vista profesional. Estrategias que contemplan desde reuniones más informales y personales con Marta hasta posibles ajustes menores que demuestren buena voluntad sin renunciar al control mayoritario. Nada sentimental en exceso. Nada ambiguo que pueda malinterpretarse. Me detengo un segundo y repaso todo lo que he

escrito. Todo parece correcto y profesional, pero siento que en el fondo le falta algo esencial. Algo que no tiene que ver con los informes, las gráficas o las proyecciones, y que no sé cómo integrar sin exceder los límites de lo profesional.

Sacudo ligeramente la cabeza para despejarme y vuelvo a centrarme en la tarea. Hoy no es el día para distracciones ni dudas internas.

—Voy a conseguirlo…

Y lo tengo muy claro.

. . .

Después de unas horas, cierro el documento y le asigno título: «Propuesta estratégica de intervención para Tejidos Valera — Fase inicial». Lo guardo y lo dejo reposando hasta que considere que está perfectamente pulido para enviárselo al consejo. Me levanto, me quito los zapatos y sin apenas cambiarme de ropa, me tumbo sobre la cama y contemplo el techo blanco en la penumbra. Aún es de día, pero el viaje y la tensión hacen mella en mí, y cuando quiero darme cuenta, apenas percibo el ritmo pausado de mi propia respiración.

Antes de que el sueño me venza por fin, mi última exhalación trae consigo un pensamiento contradictorio, insistente: será una batalla interesante y llena de matices, pero no será solo eso. Será algo mucho más complejo de lo previsto, mucho más profundo y emocional. Porque Tejidos Valera no solo es un negocio, representa la historia de una familia, y eso no puede dejar de ser importante.

4

CÉCILE

El sol de la mañana se cuela sin miramientos por la ventana del dormitorio y golpea directamente mis párpados antes de que haya tenido tiempo siquiera de desperezarme. Sé que estoy en Madrid porque el ambiente es más cálido y denso, como si me invitara de forma natural a hacer una pausa, en lugar de imponer el ritmo frenético y constante que siempre ha marcado mi vida profesional y que me ha traído hasta esta ciudad. Me paso la lengua por los labios en un gesto casi inconsciente y, por primera vez desde que aterricé aquí, me doy cuenta que estoy agotada. La noche se me ha hecho corta, y para colmo, mi mente se mantuvo activa durante horas, divagando sin descanso entre cifras, estrategias y la presencia perturbadora de Marta, que se ha infiltrado en mis pensamientos con la misma insistencia que una melodía que se repite una y otra vez.

Me incorporo de la cama con la espalda ligeramente rígida por la tensión acumulada y camino despacio hacia la ventana de la habitación. La ciudad empieza a despertar poco a poco. La contemplo durante un momento largo, preguntándome en silencio si este nuevo día representará otro desafío profesional más… o si esconderá algo distinto. No me permito profundizar en esa idea. No cuando queda tanto por conseguir en este juego.

Tras darme una ducha y vestirme, bajo al restaurante del hotel para tomar un café rápido. El aroma intenso del expreso recién preparado me despierta con más eficacia que la propia luz de la mañana. Sostengo la taza entre las manos, sintiendo cómo el calor asciende lentamente por mis dedos, y aprovecho esos minutos para organizar mentalmente todo lo que debo revisar una vez que llegue a Tejidos Valera; más documentos pendientes, más números que

analizar, más papeles que contribuirán a construir el informe definitivo y exhaustivo que presentaré al consejo en los próximos días para trazar la estrategia económica.

El trayecto hasta la fábrica resulta breve, pero suficiente para que mi mente repase una y otra vez los gráficos actualizados y las notas que llevo conmigo en la carpeta. Me detengo frente a la entrada principal y respiro profundamente varias veces. El aroma característico a algodón se mezcla en el aire, transportándome de lleno a la atmósfera intensa del día anterior. Hay algo inquietantemente familiar en esa combinación. Un lazo inadvertido e inesperado que une pasado y presente, que conecta lo estrictamente técnico con lo profundamente humano y emocional.

Empujo la puerta principal con decisión y, como si hubiera estado esperando mi llegada, Luichi aparece en el pasillo apenas unos segundos después.

—Buenos días, señorita Moreu —saluda.

—Buenos días —respondo al tiempo que le devuelvo una sonrisa profesional, aunque algo más contenida de lo habitual—. ¿Va todo bien por aquí?

—Todo en perfecto orden —contesta él con naturalidad—. Las cosas marchan bien. Si desea que le explique cómo funcionan algunas áreas en concreto además de lo que vimos ayer, puede preguntármelo cuando considere oportuno. Mi padre trabajó aquí cuando era joven y yo detrás de él. Conozco esta empresa como si fuese mi vida.

Agradezco su ímpetu y esa confianza posee cierto peso que no pasa desapercibido para mí. Constituye el primer gesto de fidelidad directa que recibo en este lugar, y me obliga a recordar con claridad que, detrás de un equipo de trabajadores, de todas las figuras financieras y las cifras impersonales, existen personas reales que esperan progreso, estabilidad y, sobre todo, un futuro asegurado.

—Muchas gracias, Luichi —le agradezco con sinceridad—. Me gustaría empezar revisando algunos documentos adicionales que no tuve oportunidad de examinar ayer.

Luichi asiente diligente y me conduce hacia una pequeña sala auxiliar donde se acumulan archivos más antiguos, aquellos que aún no han sido digitalizados. Busco un lugar donde sentarme, y me acomodo, plenamente consciente de que no estoy revisando simples papeles: estoy penetrando en el corazón mismo de lo que esta empresa ha vivido, sufrido y conseguido a lo largo de décadas.

Mientras examino las hojas más actuales una por una, comienzo a detectar irregularidades que van más allá de lo superficial. No se trata de errores simples. Hablo de facturas vencidas desde hace meses que no figuran en ningún lugar de los informes oficiales entregados previamente por Iván, pagos aplazados que se omitieron deliberadamente o por descuido, créditos solicitados en el último momento para cubrir gastos urgentes e imprevisibles. Mis dedos recorren las líneas, y mi mente, entrenada durante años para el análisis, traduce esos números en algo brutal e inapelable: la empresa se encuentra en una situación mucho más precaria de lo que los documentos formales habían dejado entrever hasta ahora.

Cierro los ojos durante un segundo, permitiéndome absorber ese golpe de realidad.

En realidad, no es una sorpresa. Los datos financieros que había revisado con anterioridad ya sugerían un escenario complicado y delicado, pero esto —esta evidencia tangible— revela grietas económicas profundas, ocultas bajo la superficie pulida de lo que se presentó oficialmente como una mera dificultad pasajera.

La puerta se abre a mi espalda y percibo su presencia antes incluso de escuchar su voz.

—¿Ha encontrado algo interesante entre tanto papel?

Me giro lentamente y veo a Marta plantada en el umbral, con esa mirada intensa y penetrante que siempre parece contener

mucho más de lo que sus palabras expresan abiertamente. No pregunta con una curiosidad neutral ni despreocupada; en su voz se advierte una defensa instintiva, como si intuyera que estoy a punto de desacreditar lo que para ella representa su mundo entero, su legado más preciado.

—Buenos días, señorita Valera —respondo con un respeto medido y profesional—. Pues sí, he estado revisando documentación adicional que no pude consultar ayer. Y hay algunos puntos importantes que me gustaría comentar en detalle, si tienes un momento, claro.

Ella se acerca sin la menor vacilación, con ese paso firme y decidido que ya empieza a resultarme inquietantemente familiar. Tiene los labios apretados y una vez que se sienta cómodamente al otro lado de la mesa, cruza sus piernas y también sus brazos en un gesto de evidente protección.

—Adelante —responde con una calma que no logra ocultar la tensión subyacente, como si se estuviera preparando para cualquier crítica o ataque directo.

Señalo la primera carpeta abierta sobre la mesa.

—Aquí aparecen facturas vencidas desde hace varios meses que no figuran en los informes que nos habéis facilitado —explico sin perder la compostura—. También he detectado otro número de créditos que parecen haberse solicitado a última hora para amortiguar pagos urgentes que no podían posponerse más, y que, como lo anterior, no se adjuntaron a los mostrados.

El silencio que sigue es abrupto. Puedo percibir cómo su pecho se tensa ligeramente, aunque su rostro se mantiene casi impasible, como una máscara perfectamente entrenada. Sus ojos se clavan en los míos con una intensidad que no admite distracciones ni evasivas.

—Permíteme echar un vistazo —pide con una calma que contrasta con la tormenta que intuyo en su interior.

Extiende la mano y toma los documentos. Sus dedos rozan los míos durante un instante fugaz, apenas perceptible, pero suficiente para que una corriente leve e inesperada —tan distante como inexplicable— recorra mi espalda de arriba abajo. A pesar de ello, me obligo a ignorarla. No estoy aquí para interpretar sensaciones confusas ni inesperadas que nada tienen que ver con el objetivo.

Ella repasa las hojas con la misma dedicación meticulosa que yo había empleado momentos antes, aunque en su caso se percibe una labilidad emocional que solo se manifiesta en la profundidad de sus ojos, nunca en el tono controlado de sus palabras.

—Esto… —empieza, y no tardo en notar la fatiga que se pinta en su expresión—. No debería haber quedado fuera de los informes principales. Supongo que, en la prisa por presentar todos los datos recientes y actualizados, mi hermano los pasó por alto y no se trasladaron correctamente al formato definitivo que él les entregó.

Se detiene un segundo más, como si estuviera midiendo con extremo cuidado cada palabra antes de pronunciarla en voz alta.

—No estamos en mejor situación de lo que probablemente esperabas —admite sin levantar la mirada de los papeles, con una sinceridad que me descoloca.

No sé si intenta consolarme de alguna manera, convencerme de su buena fe o simplemente aceptar en voz alta lo que ya sabe desde hace tiempo. Lo único evidente es que, en ese preciso momento, su armadura de profesionalismo parece agrietarse de forma visible.

—La situación real resulta, en efecto, más compleja y delicada de lo que los informes iniciales reflejaban —respondo con sumo cuidado, en un intento de no agravar la tensión—. No trato en absoluto acusar a nadie de ocultar datos deliberadamente, sino de comprender el contexto completo para poder tomar decisiones verdaderamente acertadas y beneficiosas a largo plazo.

Ella frunce el ceño levemente.

—¿Qué harías tú en mi lugar por una empresa que significa toda tu vida, todo tu legado? —dispara, como si hubiera decidido bajar temporalmente la guardia del antagonismo solo por ese instante fugaz.

La pregunta me toma completamente por sorpresa. No me está reprochando nada. Es algo mucho más profundo y personal, una pregunta que esconde una confesión, una rendija por la que se filtran sus emociones más cálidas, habitualmente frías y controladas. Me quedo en silencio durante unos segundos, porque responder con la lógica habitual sería reducir esa frase tan cargada a meras cifras y gráficos impersonales. Y sé perfectamente que ella no espera eso en absoluto. Quiere sentir, aunque sea por un momento, que comprendo de verdad lo que está en juego.

Pero yo no soy ella. Nunca lo seré ni podré ponerme completamente en su lugar. Mi vida no está tejida con hilos de algodón ni con historias familiares, sino con objetivos claros, metas ambiciosas y resultados medibles. No obstante, respeto profundamente lo que acabo de escuchar. Y ese respeto me obliga a responder desde la más absoluta honestidad, no desde la estrategia corporativa habitual.

—Yo… —comienzo con una pausa deliberada para ordenar mis ideas—. No puedo pretender sentir exactamente lo que esto significa para ti. Nadie debería hacerlo sin haber vivido en su propia piel esa entrega total. Pero sí entiendo el compromiso, la dedicación incondicional por algo que trasciende el concepto de un simple negocio. Eso posee un valor inmenso que va más allá de cualquier número o proyección financiera que exista.

Sus ojos se clavan en los míos con intensidad y de pronto, durante un segundo eterno, no estamos en una sala llena de papeles en mitad de un taller industrial, sino en otro lugar. Disfrutando de una conversación íntima y franca entre dos personas que se enfrentan a verdades dolorosas y compartidas.

—Exacto —confirma ella, con la tristeza pintada en sus ojos—. Eso es precisamente lo que quiero proteger a toda costa. No solo la

empresa en sí. Todo lo que ha representado para mi familia a lo largo de generaciones, lo que significa para mí. Yo he crecido aquí y me he convertido en la mujer que soy entre estas cuatro paredes. Tejidos Valera es mucho más que un taller —señala—, y eso no podemos olvidarlo.

No tengo idea de qué decir para continuar. No encuentro la forma adecuada de suavizar la situación ni de introducir otra línea argumental que nos devuelva a la conversación previa. Solo permanezco aquí sentada, observándola con atención. De alguna manera la admiro y la temo al mismo tiempo. Porque su vulnerabilidad y su amor por esta empresa me ha revelado una dimensión de su personalidad que no esperaba descubrir tan pronto ni con tanta certeza.

—Gracias por tu sinceridad —comento y de repente, mis hombros se relajan—. Me gustaría mucho que trabajáramos juntas de cerca para encontrar una solución que respete en la medida de lo posible los intereses de todas las partes y no perjudique a nadie. No voy a poder hacerlo todo yo sola.

Ella me observa durante unos segundos más, con una expresión que va de un extremo a otro, luego asiente con lentitud como si estuviera aceptando una tregua temporal.

—De acuerdo —responde con seriedad—. Pero no puedo prometerte que todo el proceso vaya a ser sencillo. Sobre todo, si tenemos que cederles el control de Tejidos Valera.

—Nada de lo que estamos afrontando lo es en realidad —replico con franqueza, y mi voz no contiene el menor rastro de condescendencia, solo un realismo crudo y compartido.

Después de unos minutos, nos ponemos juntas a revisar cada uno de los documentos que hay sobre la mesa. El silencio que nos acompaña no resulta vacío ni tenso en exceso, sino lleno de posibilidades y de tensiones simultáneas que ninguna de las dos menciona. No son las palabras lo que nos mantiene conectadas en ese momento, sino la conciencia profunda y mutua de que este

proyecto será mucho más arduo y complicado de lo que cualquiera de las dos había imaginado en un principio.

Al final de la mañana y ya sola, decido concederme un breve descanso. Me siento en una de las sillas colocadas cerca de la ventana que da al patio interno del taller. El sol ilumina con fuerza los rayos de polvo que flotan perezosamente en el aire, y el murmullo lejano de las conversaciones de los operarios, el ruido de las máquinas en funcionamiento y de los pasos apresurados me envuelve como una sinfonía imperfecta pero profundamente real y viva.

Busco el móvil y contemplo durante un rato la conversación que tengo con Justin. Después, escribo en silencio:

> **Cécile**: Marta Valera va a ser sin duda mi mayor obstáculo en esta operación… (o, tal vez, mi mayor debilidad).

La frase, se queda ahí, sin enviar. Y mientras la observo, adquiere un peso inesperado y casi físico en cuanto la veo materializada. Es una confesión sin filtros ni adornos, una a través de la cual he comprendido que este encargo no será simplemente una batalla corporativa más en mi trayectoria. Será una lucha interna tan profunda y compleja como cualquier negociación externa.

Y estoy a punto de descubrir, que perder no solo tiene que ver con cifras ni con objetivos incumplidos. Sino con aquello que nunca imaginaste permitir que te importara de verdad.

5

MARTA

El reloj colgado en la pared marca solo la una del mediodía, pero el día ya se ha convertido en algo insoportablemente pesado y cargado. Estoy sentada frente a mi escritorio, con la espalda rígida por la postura defensiva que he adoptado sin darme cuenta, y las manos apretadas alrededor de una taza de café que lleva rato fría. El aroma amargo y persistente del café me debería reconfortar en momentos como este, pero hoy no lo consigue. Nada parece capaz de aliviar la tensión que llevo sobre los hombros. Aunque disimulara, soy consciente de que ocultar parte de la documentación financiera ha sido un error enorme y garrafal. Un error que nació directamente del miedo que sentía, de mi orgullo herido y de esa obstinación que me ha caracterizado desde que era niña. Miedo a que alguien completamente ajeno a esta familia, alguien externo y sin raíces aquí, pudiera utilizar esta información sensible para dominarme. Pero ahora comprendo con claridad que, al actuar así, no hice más que complicar aún más una situación que ya era delicada de por sí.

Alzo la vista hacia el techo como si pudiera encontrar alguna respuesta mágica o al menos un atisbo de claridad. Mi corazón late a descompás, como si se tratara de una máquina antigua y desajustada que amenaza con averiarse en cualquier momento. Cierro los ojos con fuerza e intento respirar con lentitud, encontrando resistencia en un acto tan simple y básico como ese. Estoy agotada, tan exhausta que cada pensamiento individual parece pesar una tonelada y arrastrarme más y más hacia abajo. Pero no puedo darme el lujo de un colapso emocional ni de rendirme. No puedo consentir que una desconocida, con su maldito acento francés y una mirada impenetrable que no deja traslucir apenas nada, termine teniendo más control sobre mi empresa que yo.

La puerta de mi despacho se abre y veo a Elena parada en el umbral, esperándome pacientemente con una carpeta entre las manos.

—Buenas tardes —saluda con una calma que resulta balsámica en medio de mi tormenta interior—. ¿Nos tomamos un café juntas?

Asiento con un leve movimiento de cabeza y ella me roba la taza para tirar el líquido en el pequeño aseo que hay en mi despacho y servirnos otro bien calentito. Bebo un sorbo largo y profundo, sintiendo cómo el líquido me reconforta y me proporciona algo de alivio, aunque sea fugaz.

—¿Cómo te encuentras? —pregunta Elena mientras se sienta frente a mí.

Miro de reojo la carpeta que ha dejado en el escritorio, pero mi mente permanece atrapada por completo en la reunión que he mantenido con Cécile hace unas horas. El tono de su voz y su acento, resuenan en mi cabeza una y otra vez sin darme tregua. «Optimización. Eficiencia. Viabilidad a largo plazo». Palabras que me irritan profundamente porque, al pronunciarlas con calma, siento que están diseñadas específicamente para despojarme poco a poco de mi mundo, de todo lo que hemos construido y defendido con uñas y dientes.

—He cometido un error imperdonable —admito, reflejando totalmente la vulnerabilidad que siento—. No debí esconder parte de la documentación y Cécile encontró todo en cuanto se sentó a revisar los archivos. Puse la excusa de que a Iván se le habría pasado por alto añadirlo al informe global de la empresa, pero… —Me llevo una mano a la cabeza—. En su momento pensé que lo hacía para protegernos, salvaguardar la imagen de la empresa, y en vez de ayudar he hecho lo contrario.

Elena se sorprende ante mi confesión, pero asiente con lentitud sin reprocharme nada.

—Lo sé… —responde, bebiendo su café con calma—. Fue un impulso que nació por tu instinto de protección. Pero ahora ya es tarde para lamentarse. Lo importante es decidir los pasos que vamos a dar para seguir adelante.

Respiro hondo varias veces, apretando la taza con más fuerza, como si ese gesto pudiera contenerme.

—No sé si seré capaz de afrontar esto con profesionalidad, Elena —confieso, dejando ir cada uno de mis miedos—. Cada vez que pienso en las deudas, en los errores que hemos cometido… siento que le estoy entregando a Cécile y a Maison Élitaire, la posibilidad de destruirnos. Y no puedo permitir, bajo ninguna circunstancia, que termine decidiendo por mí el futuro de la empresa.

Elena me observa y en su expresión aparece un atisbo de sonrisa.

—Yo creo que la cuestión no es que ellos elijan su futuro —explica con sumo cuidado, eligiendo cada palabra para no herirme más. Siempre ha sido la más cabal de los tres—. Se trata de que, quizá, juntas y en colaboración, podáis encontrar un camino viable que nos salve a todos. Por mensaje me has dicho que Cécile te trajo un dossier con varias alternativas para evitar los despidos, ¿qué te dijo con exactitud?

Cierro los ojos un momento y regreso en el tiempo, justo a la conversación que tuvimos después de ponernos a trabajar juntas con los documentos. Visualizo con nitidez su postura, la manera en que hablaba de automatizar algunos procesos de la empresa. La recuerdo explicándome que eso ayudaría de forma gradual a ganar rapidez y competitividad sin sacrificar la calidad artesanal que nos distingue. Pero eso traería menos mano de obra y por tanto, despidos y cuando le dije que no iba a permitirlo, rectificó.

—Bueno, empezó hablando de digitalizar algunas zonas para ganar tiempo… —empiezo, y dejo escapar un suspiro—. Pero al ser consciente de que no lo iba a permitir, propuso que podríamos

reorganizar la producción por fases definidas. Reforzar primero las áreas clave que más valor aportan y adaptar la línea de productos a nichos de mercado más especializados y rentables… Pero es tan fría, tan calculadora y tan técnica, que no encaja con esta empresa…

Cierro los ojos otra vez y la imagen de Cécile sentada frente a mí se repite con insistencia: su postura elegante, su mirada directa e intensa, su acento francés marcando cada sílaba con una cadencia que, de una manera injusta e inexplicable, me sacude internamente.

—No es que la odie. Sé que solo está haciendo su trabajo —escucho que digo en voz baja, como si esa frase constituyera un descubrimiento inesperado más que una simple confesión—. Pero Tejidos Valera no significa nada para ella.

Elena no parece sorprendida en lo más mínimo por mis palabras. Me observa, ocultando la sonrisa tras la taza de café.

—No tienes por qué odiarla ni sentirte obligada a hacerlo —responde, acompañando a mi argumento—. No creo que haya venido aquí con la intención de destruirnos ni de arrasar con nuestro legado. Ha venido para ayudarnos a salvar lo que tanto valoramos, aunque su enfoque sea distinto al nuestro. Esa es la opinión que yo tengo.

La frase impacta en mi pecho como un martillo. «Salvarnos». Me quedo en silencio durante unos segundos largos, sintiendo cómo las palabras de Elena comienzan a abrirse paso con lentitud entre mis pensamientos. Me levanto de la silla con un movimiento brusco y comienzo a caminar despacio por el despacho, de un lado a otro. Mis pasos resuenan sobre el suelo, como si cada uno intentara sacudirme la neblina emocional que me envuelve y me impide ver con claridad.

—¿Sabes una cosa? —comento mientras sigo caminando y busco ordenar mis ideas mientras lo hago—. Me dejó muy claro que le gustaría que trabajáramos de cerca para encontrar una solución que respete nuestros intereses, y me da miedo pensar que pueda estar mintiéndome.

La pregunta que yo misma le hice, ¿cómo salvar esta empresa? Es una interrogación que se hunde en mi pecho. Tejidos Valera no es solo mi empresa ni un mero negocio familiar. Es mi identidad más profunda, el hilo que me conecta con mi pasado y con todo lo que soy. Me detengo cerca de la ventana amplia y miro hacia fuera con atención. El taller ruge a lo lejos, como si estuviera vivo de verdad, respirando con esfuerzo, esperando noticias y decisiones que determinen su futuro.

—Ella no representa un enemigo real… —susurro para mis adentros, aunque las palabras abandonan mis labios en voz alta—. Ni siquiera está intentándolo de forma consciente. Pero no puedo evitar pensar que nos vamos a equivocar.

Elena se levanta y se coloca a mi lado junto a la ventana, observando la misma escena desde un ángulo ligeramente distinto.

—No la veas como un cazador en mitad de una selva —me aconseja, acariciándome la espalda con una mano—. Ella no ha venido a devorarte ni a acabar contigo. Ha venido a colaborar para ayudarte a salvar precisamente lo que más amas. Y si decides hacerlo junto a Cécile… podrías conseguir salvarlo sin perder su esencia histórica y artesanal.

La contradicción es tan real que se clava dentro. La mano de Elena sobre mi hombro resulta cálida y sólida, un ancla en medio de la tormenta, y siento cómo mi rigidez interior empieza a ceder.

—¿Y si al final nos equivocamos? —pregunto, reflejando mis miedos—. ¿Y si esta modernización que propone termina destruyendo todo lo que somos como empresa y como familia?

Elena me mira directamente a los ojos.

—Modernizarnos no equivale a destruirnos —explica con convicción—. Significa, simplemente, evolucionar para adaptarse a los tiempos sin renunciar a lo esencial. Y sabes que Cécile te dio argumentos sólidos. Quiere evitar despidos a toda costa, quiere respetar la historia rica de la empresa y su legado.

Me quedo en silencio, asimilando sus palabras. Porque… ¿y si realmente tiene razón en todo esto? ¿Y si todo este miedo que siento no es más que una barrera alta y gruesa que yo misma he levantado con mis propias manos para proteger algo que, en realidad, ya ha cambiado hace tiempo sin que me haya dado cuenta?

Cierro los ojos de nuevo y recuerdo ese momento concreto —como una escena aislada y grabada en cámara lenta— cuando Cécile y yo estábamos revisando los documentos juntas en la sala, sentadas lado a lado en medio del taller, con el sol de la mañana filtrándose a través de las ventanas y trazando líneas doradas de luz sobre el polvo suspendido en el aire. Vi entonces en sus ojos una mezcla compleja de profesionalismo y algo… algo que se parecía mucho a un respeto genuino y profundo por nuestro trabajo. No fue un instante dulce. Fue un instante crudo y claro, donde pude percibir que detrás de su fortaleza aparente había una persona con convicciones firmes y propias, no una amenaza fría.

—Ella me desconcierta —confieso sin filtros, con una honestidad que me sorprende incluso a mí misma.

—Claro que te desconcierta, y es completamente normal —responde Elena, encogiéndose de hombros—. Creo que, en realidad, será una compañera potencial en esta batalla, alguien que también cree firmemente que Tejidos Valera puede sobrevivir y prosperar.

Vuelvo a sentarme frente a mi escritorio, cerrando los ojos durante un segundo.

—Si Maison Élitaire acaba tomando el control, y terminamos por perderlo todo… —murmuro, como si estuviera hablando más conmigo misma que con Elena que permanece atenta a mi lado— … no sé qué será de esta empresa que tanto he defendido… ni de mí como persona. Pero supongo que deberé intentarlo.

Mis palabras flotan en el aire como una verdad cruda, irrebatible y dolorosamente real. Sin embargo, dentro de mí, la idea de compartir mis días con Cécile empieza a sonar menos aterradora

para transformarse en un desafío que apenas estoy comprendiendo en toda su profundidad.

6

CÉCILE

En cuanto abro los ojos, siento en la garganta una ligera rigidez que no logro disipar, como si tomar una bocanada de aire exigiera un esfuerzo superior al habitual. Ayer fue un día largo e intenso en extremo, lleno de revelaciones inesperadas. Y, a pesar de todo mi entrenamiento profesional, reconozco con cierta inquietud que el encuentro con Marta Valera ha abierto en mí una puerta que no había previsto: la de la vulnerabilidad más personal. Debo manejarla con el mayor cuidado posible. No puedo permitir, bajo ninguna circunstancia, que nada —absolutamente nada— me desvíe del objetivo principal que me ha traído hasta aquí, el de salvar esta empresa de una caída irreversible y convertirla en algo sostenible a largo plazo. Por mucho que a ella le duela, y no esté de acuerdo con las formas.

Hoy he decidido cambiar de enfoque. Ya no insistiré en resaltar los errores que han cometido. Me acercaré con neutralidad, con curiosidad y con un respeto profesional que espero sea percibido como tal. Hoy quiero que Marta y yo, por primera vez desde que pisé este suelo, trabajemos realmente juntas en algo concreto y tangible: observar de cerca los procesos dentro del taller, adentrándonos en el corazón mismo de la producción artesanal que tanto defiende. Una manera de comprender cómo piensan y cómo sienten las personas que trabajan aquí día tras día. Y al mismo tiempo, para que ella pueda verme como alguien que comparte en esencia el mismo objetivo final.

Llego al taller justo cuando el amanecer se vuelve más claro y definido, bañando todo en una luz suave y prometedora. A mi alrededor, las puertas se abren y cierran con un ritmo constante, y los operarios intercambian conmigo saludos escuetos y prácticos.

Camino hacia la entrada principal y veo a Marta esperándome allí mismo, con los brazos cruzados sobre el pecho y el ceño ligeramente fruncido. Su postura transmite tensión, pero no llega a ser abiertamente hostil. Hay algo distinto y sutil en su mirada esta mañana, lo percibo en su curiosidad contenida y prudente, como si estuviera dispuesta, al menos en parte, a comprobar si esta vez mi acercamiento resultará menos intrusivo y más respetuoso con su territorio.

—Buenos días —saludo, perdiendo toda la dureza de mi expresión—. Hoy me gustaría que revisáramos juntas la línea de producción. Sin entrar por ahora en los números. Vamos, un análisis sobre el terreno.

Ella me observa con esos ojos intensos y profundos que parecen evaluar meticulosamente cada uno de mis gestos.

—Está bien, veamos cómo funciona el taller en su día a día — responde, ahora más calmada—. Pero no confundas esta colaboración con que vaya a aceptar tus planes.

Asiento con la cabeza más tranquila, reconociendo la frontera que acaba de trazar, un acuerdo pequeño, pero suficiente para dar el primer paso y comenzar a construir algo diferente.

Caminamos juntas por el pasillo principal, avanzando al ritmo que marca el entorno. El ruido constante de las máquinas, lejos de resultar molesto o abrumador, se percibe como algo vivo y persistente, una presencia que impone el ritmo natural de cada movimiento y cada paso que damos. A mi lado, Marta se desplaza con una familiaridad absoluta y arraigada; conoce cada recoveco, cada sonido, cada gesto habitual de los operarios que saludan con un leve movimiento de cabeza. Su forma de caminar por estos espacios no es la de una directora distante y ajena, sino la de alguien que vive este lugar en lo más profundo, que respira cada rincón desde que era niña y que lleva impreso en su memoria el eco de generaciones anteriores.

—Supongo que ya os habréis dado cuenta de que los tiempos de producción son excesivamente largos en comparación con los estándares actuales ¿verdad? —indico, señalando una de las zonas en concreto. De lejos, veo a los diseñadores observar algunos telares —. Como ya dije ayer, hay etapas específicas que podrían acelerarse de manera notable sin sacrificar la calidad final si reorganizamos el flujo de trabajo de forma inteligente y gradual.

Marta frunce el ceño con visible escepticismo, como si le costara aceptar que algo así sea factible sin consecuencias negativas.

—Por supuesto que sí —añade inmediatamente—. Pero dime con total sinceridad… ¿de verdad crees que podemos hacerlo sin sacrificar la esencia misma de lo que producimos; ese toque artesanal que nos distingue?

Mis pensamientos se detienen durante un segundo largo para procesar la profundidad de la pregunta. No se trata solo de un interrogante técnico; es algo mucho más hondo, cargado de emoción y de identidad personal.

—Sin duda, es el reto más apasionante que tengo por delante —respondo con absoluta sinceridad—. Encontrar el equilibrio perfecto entre una mayor eficiencia y la preservación intacta de la artesanía de Tejidos Valera, no va a ser fácil, pero tampoco imposible.

Nos detenemos frente a una mesa amplia donde dos artesanos experimentados trabajan con una pieza de tela de gran tamaño. Las manos de ambos se mueven con una precisión casi hipnótica mientras hacen los bordados.

—Míralos con atención —comenta Marta, sonriendo a sus trabajadores—. Eso que hacen no se aprende en unas pocas semanas ni con un cursillo rápido. Es un arte auténtico, transmitido de generación en generación.

Asiento con lentitud, sin necesidad de palabras que rompan el momento.

Continuamos avanzando por el taller, y a medida que el día progresa y la mañana se convierte en mediodía, nuestra interacción se torna menos tensa y rígida, aunque no exenta de chispazos ocasionales entre dos personalidades fuertes y definidas que inevitablemente chocan. Pero, poco a poco, algo más comienza a emerger: pequeñas sonrisas involuntarias, miradas que mantenemos puesta la una en la otra, silencios que ya no resultan del todo fríos ni llenos de hostilidad.

Alrededor de la una de la tarde, el aroma apetitoso de la comida casera se cuela con insistencia en el ambiente general del taller. Algunos trabajadores se detienen brevemente para almorzar en el comedor habilitado para ello. Marta me invita con un gesto sencillo a acompañarla, y, aunque soy plenamente consciente de la importancia de mi alrededor en este contexto delicado, acepto sin titubear, perdiendo el tono formal con el que nos habíamos tratado.

Nos sentamos frente a frente, con el olor reconfortante de la sopa caliente recién servida, y de los platos preparados en cocinas, contrastando con la frialdad corporativa a la que estoy acostumbrada.

—No conozco gran cosa sobre tu vida personal —comenta Marta con un tono notablemente más relajado de lo que había anticipado—. Solo lo básico, lo que aparece en los informes. ¿De dónde vienes en realidad, más allá de París y Maison Élitaire?

Mi respiración se ralentiza durante un instante breve. Nunca me habría planteado estar dispuesta a hablar de esto tan pronto ni en este contexto, pero hay algo en su tono —con un matiz de curiosidad— que me invita a abrir una puerta que suelo mantener cerrada desde hace años.

—Crecí en Lyon, una ciudad con mucho carácter —comienzo, mirando fijamente mi plato de sopa sin probarla aún—. Mi familia no tenía absolutamente nada que ver con la industria textil en sentido estricto. Era más bien una mezcla variopinta de profesores apasionados, músicos y personas que amaban la cultura por encima de los negocios y las finanzas. Yo solía caminar durante horas por los

mercadillos de Lyon, observando telas, pigmentos naturales, artesanos que aún trabajaban con técnicas transmitidas de padres a hijos. Aquellas escenas fueron precisamente lo que me enamoró de este mundo tan fascinante, aunque al final terminé en el lado corporativo por una serie de necesidades y circunstancias vitales, no porque fuera mi elección inicial.

Marta me observa con atención. No percibo en sus ojos el menor juicio, solo los deseos de que continúe hablando.

—Debes haber tenido una infancia realmente interesante y enriquecedora —comenta con una leve sonrisa que suaviza sus facciones—. Me sorprende bastante que alguien con ese trasfondo tan cultural termine sentada en una mesa llena de directivos midiendo márgenes de beneficio y proyecciones financieras.

Me río por primera vez en varios días, sintiendo que la tensión acumulada se libera un poco de mis hombros.

—La industria me guio por un camino inesperado, y digamos, que la lejanía personal con mis padres, también influyeron en eso —respondo con una sonrisa que no necesito forzar, y me encojo de hombros—. Después, descubrí en ella un desafío intelectual que me atrapó bastante. Pero a veces, en medio de tanto número, olvido que detrás de cada cifra hay historias humanas profundas y valiosas, exactamente como las que tú defiendes aquí con tanta pasión —apunto a Marta con un tono sarcástico, pero sin maldad alguna.

—En tu defensa diré que nunca imaginé que sería capaz de escuchar a alguien hablar de márgenes de beneficio con… casi el mismo entusiasmo y fuego que yo pongo cuando hablo de mis telas y de nuestro proceso artesanal.

La risa brota de mis labios otra vez, de manera natural, sin que pueda controlarla.

—Me declaro culpable —respondo, levantando las manos.

Ella también sonríe, y noto cómo el corazón se me acelera.

. . .

Terminado el almuerzo, regresamos juntas al despacho de Marta. El ambiente general ha cambiado de forma sutil. Me siento frente a la pantalla del portátil y poco después, le presento una propuesta preliminar para el rescate de Tejidos Valera.

—He compilado varias ideas concretas, basadas en lo que he observado y hablado contigo este par de días —comienzo, mostrando los documentos—. Algunas se centran en la modernización gradual de algunos procesos, otras en una reorganización logística más eficiente, y otras, en programas de formación interna continua para garantizar que el talento artesanal único que posee esta empresa no se pierda con el paso del tiempo ni con los cambios inevitables.

Marta observa los documentos con cautela, sus ojos se pasean por cada punto y cada línea como si los estuviera diseccionando en busca de algún fallo o amenaza.

—Este punto en concreto… —Señala con el dedo sobre la pantalla—, suena bien y prometedor en teoría, pero en la práctica diaria que podría quitarnos ese toque… tan nuestro ¿no? ¿Crees posible automatizar esa parte sin perder el alma misma de nuestras telas?

—He hecho algunos cambios, para evitar que, durante el proceso, se reemplacen las manos expertas por máquinas —corrijo sin dejar de mirarla—. Quiero asistir a tus artesanos, complementar su trabajo con herramientas modernas que permitan que puedan centrarse en tareas de mayor valor creativo, en lugar de repetir gestos rutinarios y repetitivos que, además, les desgasta mucho a nivel físico.

Ella examina los papeles proyectados con atención.

—Admito que hay partes útiles y bien pensadas… —declara Marta, y asiente con la cabeza a la vez—. Aunque no me termina de convencer, ni mucho menos me parece perfecto. —Se echa hacia atrás y me mira—. Pero sí… hay mucho potencial en esto.

Esa sola frase, representa una pequeña pero significativa victoria que no paso por alto.

Miro el reloj de pared y observo cómo la luz del sol entra con fuerza por la ventana amplia, dibujando líneas doradas y danzantes a nuestro alrededor.

Mi mente repasa con detalle cada gesto de ella, cada palabra intercambiada. Y me doy cuenta que hay algo que tira de mí y que me perturba porque se escapa de mi control habitual. Lo que siento hacia Marta es mucho más que un simple respeto por su profesionalidad y su trabajo, es mucho más que una curiosidad intelectual pasajera. Algo que me obliga a admitir, en lo más recóndito y honesto de mi mente que, esta mujer, despierta mi interés mucho más allá de los objetivos que tengo marcados.

La idea me hace carraspear en cuanto la planto en mi cabeza, porque soy consciente de que podría arruinarlo todo de manera irremediable. Querer acercarme a ella, podría conducirme a errores tácticos graves, a mostrar una vulnerabilidad que, en mi posición, no me puedo permitir dejar ver a nadie bajo ninguna circunstancia.

«Creo que ya vas un poco tarde».

7

MARTA

Despierto con el cuerpo pesado y entumecido, como si el aire mismo me hubiera apretado el pecho durante toda la noche. Siento los párpados tensos, y me cuesta abrirlos a pesar del esfuerzo. La luz de la mañana se filtra con sutileza por los bordes de la cortina, dibujando líneas tenues y suaves sobre la pared blanca que me rodea. Durante unos segundos largos me quedo completamente inmóvil, escuchando el ritmo pausado de mi propia respiración, intentando reconocer qué parte de mí se resiste todavía a dejar atrás los recuerdos vívidos de ayer, incluyendo la conversación con Cécile… y, sobre todo, esa complicidad fugaz y casi imperceptible que surgió entre nosotras como si hubiera nacido de forma espontánea, sin ningún tipo de permiso.

Mi pecho se aprieta de manera involuntaria, un gesto reflejo que no logro controlar. Respiro con dificultad durante un instante breve, aunque mi mente intenta imponerse —con una lógica fría y contundente— y me recuerda que no puedo bajar la guardia bajo ninguna circunstancia. Que ella representa a Maison Élitaire, una fuerza corporativa poderosa con motivos claros y estratégicos para arrebatarme el control de Tejidos Valera y hundir mi historia en la completa oscuridad. «Ella no es mi amiga. No lo es ni puede serlo». Mis pensamientos repiten esa frase con insistencia para mantenerme en alerta y protegida, aunque una parte traicionera de mi cuerpo responda cada vez que recuerdo su voz, su sonrisa, su manera directa de mirar y ese acento que ya forma parte de lo que me rodea.

Me incorporo lentamente de la cama, pasando una mano distraída por mi pelo revuelto antes de caminar hacia la ventana con pasos dubitativos. El sol ya está alto en el cielo; la ciudad se mueve

con su ritmo implacable y constante, como si no pudiera permitirse detenerse ni un solo segundo bajo ninguna excusa. Respiro hondo varias veces para calmarme e intento dejar atrás todos los recuerdos. «No puedes distraerte ni un ápice en este momento. Hoy tenemos la reunión clave con los proveedores de tintes, una oportunidad real para abaratar costes sin sacrificar la calidad artesanal que nos define», pienso, dándome cuenta que es unos de los tantos problemas que tenemos. «Por suerte, nuestro proveedor principal, todavía no nos ha abandonado».

No sé el tiempo que me lleva arreglarme y dirigirme a la fábrica, pero una vez que llego, me dirijo hacia la sala de reuniones donde se producirá el encuentro con ellos. La mesa de la sala está preparada. Los representantes de los proveedores de tintes ya están allí, intercambiando palabras en voz baja con gestos controlados, con sonrisas suaves y posturas corporativas cuidadas que denotan su experiencia en estas situaciones. Junto a ellos, algunos de mis directivos de confianza me observan. Y, por supuesto, también me encuentro con Cécile.

Ella está de pie junto a la ventana, con una carpeta en la mano, observando los documentos como si cada página constituyera un acertijo que descifrar. No levanta la mirada inmediatamente cuando entro en la sala, pero puedo percibir su presencia firme y equilibrada, como si supiera exactamente dónde colocar cada pie en el suelo incluso antes de dar el siguiente paso. Su traje, parece transmitir que nada de lo que ocurre a su alrededor podría desestabilizarla en lo más mínimo. Y, sin embargo, sé que en el fondo es tan humana como yo y eso, más que aliviarme o reconfortarme, me irrita un poco porque humaniza a alguien a quien preferiría ver como una figura distante.

«Y nada atrayente».

—Buenos días a todos —saludo a los asistentes.

Se hace un silencio respetuoso y expectante, aunque hay miradas discretas y rápidas dirigidas tanto hacia mí como hacia Cécile. Siento como si un hilo invisible nos uniera de forma inevitable

y, al mismo tiempo, nos empujara a mantenernos en lados opuestos de un campo de batalla en el que ninguna de las dos ha elegido luchar.

Mi objetivo permanece claro, debo conseguir alternativas de tintes más rentables y accesibles sin comprometer en absoluto la calidad artesanal de nuestras telas, que es el pilar fundamental de nuestra identidad. Porque esa es la línea roja que no estoy dispuesta a cruzar bajo ninguna circunstancia. No importa cuánto dinero se pueda ahorrar en el corto plazo si la esencia misma de lo que hacemos se pierde en el proceso.

Empiezo describiendo y recordándoles con detalle la visión integral de Tejidos Valera, enfatizando nuestros estándares, la relación leal y duradera con nuestra clientela fiel y la calidad excepcional que siempre hemos garantizado sin excusas. Y luego, abro la puerta con prudencia para que los proveedores expongan sus propuestas. Algunos vienen con soluciones técnicas realmente interesantes y bien fundamentadas, pero demasiadas dependen de químicos sintéticos agresivos que alterarían inevitablemente la textura suave y natural de nuestras telas. Temo que, sin darme cuenta, estemos ante una trampa bastante sutil.

—¿Qué opciones concretas tienen que respeten por completo nuestra identidad y los valores que nos definen? —pregunto decidida, aunque mi corazón lata a toda prisa.

Uno de los proveedores presenta una serie de muestras con pigmentos naturales mejorados mediante procesos innovadores, sin aditivos artificiales que comprometan su pureza. Parecen prometedores y alineados con lo que buscamos. Pero entonces Cécile interviene sin pensárselo dos veces.

—Estos pigmentos… —afirma mientras echa un vistazo a los documentos—, parecen cumplir con el criterio de calidad establecido, pero ¿han considerado en detalle la consistencia del tono y el coste en producciones mucho más grandes? Porque es una de las exigencias de nuestros principales compradores internacionales.

Un murmullo recorre la sala entre los presentes. Yo siento cómo mi orgullo se inflama de inmediato, como una llama avivada por el viento. Sé perfectamente que, aunque su intención sea contribuir de forma constructiva, su intervención suena a lo que intenta: desautorizarme. A que su presencia —en mi mesa de reuniones, en mi territorio, ante mis proveedores— resulta más poderosa e influyente de lo que estoy dispuesta a dejar.

Mi respiración se acelera de forma perceptible, y mi voz se vuelve más tajante de lo que había planeado cuando desperté esta mañana.

—No es necesario que reformules la pregunta que yo misma acabo de plantear —replico con dureza, sintiendo el calor subir a mis mejillas—. Esas cuestiones son relevantes, sí, pero no puede convertirse en un pretexto para descartar soluciones viables que respeten nuestra filosofía de trabajo. Nunca hemos sido de crear compulsivamente, y no lo haremos nunca.

Cécile me mira sin inmutarse con esa serenidad imperturbable e inagotable.

—Solo intento aclarar los criterios para beneficio de todos los presentes —objeta ella con suavidad, sin mostrarse para nada irritada—. No se trataba de desautorizarte.

La tensión nos cubre como un velo. Los proveedores intercambian miradas, sin saber si tomar partido o mantenerse neutrales, y yo les regalo una sonrisa con la que doy por zanjada la reunión. Mi orgullo se tambalea con fuerza; percibo cómo la rabia hierve y amenaza con desbordarse. Mi mente se nubla durante un instante fugaz, y me doy cuenta en el momento que nos quedamos solas, de que no estoy reaccionando tanto por la intención, sino por lo que refleja su intervención: perder el control progresivo de mi propio terreno.

—No necesito que me enseñes cómo dirigir una reunión en mi propia empresa —le espeto, apretando las manos en puños—. Estoy

perfectamente capacitada para liderar este proceso sin que debas intervenir.

Cécile levanta una ceja en un gesto sutil, sin mostrar la menor ofensa, como si mi explosión emocional fuera una pieza más en un escenario lógico y predecible, no un golpe pasional.

—No estaba intentando enseñarte nada, Marta —repite y entrelaza sus dedos con calma—. Solo busco soluciones para que la empresa que tanto amas, pueda sobrevivir y prosperar en un mercado cada vez más competitivo y que sí, pide que tengamos más producción.

Mis labios se tensan con fuerza. La furia y la razón chocan dentro de mí como dos trenes en direcciones opuestas. Siento que mi respiración se acelera, pero también noto una inquietud distinta y más profunda. Algo que no tiene nada que ver con la paciencia ni con la diplomacia profesional requerida en estas situaciones.

Me levanto de la silla de golpe, asustada de que mi impulsividad pueda ir mucho más allá de lo que realmente quiero expresar en voz alta.

—Yo soy la dueña de esta empresa, y quien toma las decisiones. Nada más.

—La dueña de una empresa que cerrará si continúas así —apunta Cécile.

Estoy a punto de decir algo más, algo imprudente e irreversible, cuando me detengo en seco. Solo me percato de lo cerca que estamos cuando doy con mi reflejo en sus ojos. Mis rodillas se debilitan durante un instante que no sé cómo interpretar ni clasificar. Doy un paso atrás por el temor que me sube por el cuerpo, y niego con la cabeza.

—Creo que… necesito un momento para aclarar mis ideas —susurro mirando hacia otro lado, evitando el contacto visual—. Si necesitas algo, ya sabes dónde encontrarme.

Me giro sin esperar respuesta alguna y salgo de la sala con prisa, notando la tensión en cada fibra de mi cuerpo.

El sol todavía permanece alto cuando salgo al exterior; la luz golpea mi rostro con una fuerza cegadora que me obliga a entrecerrar los ojos. Necesito aire fresco, espacio abierto… un lugar donde no escuche el eco constante de mis propios pensamientos. Camino sin rumbo fijo ni premeditado hasta alcanzar una de las terrazas del edificio, donde el viento cálido se abre paso en mis pulmones con frescura, llevándose consigo el murmullo distante y amortiguado de la ciudad.

Cierro los ojos con fuerza, levantando la barbilla hacia el cielo azul. La luz del sol acaricia mi piel con calidez, y siento una mezcla compleja de alivio y confusión que no logro disipar. Mis pensamientos se agolpan de forma caótica, imposibles de organizar en un orden lógico. Sé perfectamente lo que he sentido en esa reunión —rabia, miedo a perder el control, orgullo herido, desafío… — pero también sé, en el fondo de mi ser, que hay algo cercano a una tensión inexplicablemente persistente y perturbadora.

De pronto, percibo paso detrás de mí. Y una voz conocida que rompe el silencio con delicadeza.

—¿No estabas en una reunión? —pregunta Elena, con las manos en los bolsillos.

—Estaba, tú lo has dicho.

—¿Otra vez Cécile? —indaga, como si supiera exactamente lo que estoy intentando evitar y reprimir en lo más hondo.

No abro los ojos de inmediato. Me quedo inmóvil durante unos segundos, con el sol entibiando mi rostro y calentando mi piel, intentando no responder.

—¿Qué…? —empiezo a decir con vacilación, pero no encuentro las palabras adecuadas para continuar—. Todo está… bajo control, o al menos eso creo.

Pero mi voz suena torpe y débil incluso para mis propios oídos, como una excusa poco convincente.

Elena se acerca y se coloca a mi lado en silencio, respetando mi espacio. El sol sigue brillando con intensidad, y yo sigo sin atreverme a mirarle directamente, temiendo que mis ojos revelen más de lo que quiero.

—No tienes que contarme nada si no lo deseas en este momento —asegura con calma, mientras me acaricia un brazo—. Pero está claro que lo que acabas de afirmar, no tiene nada que ver con lo está sucediendo.

—No la soporto. Sé que me dijiste que lo intentara, que juntas podríamos hacer algo bueno, pero… —Las palabras atraviesan mis labios con rapidez—. Es que es inaguantable, y…

—¿Y? —pregunta con delicadeza, invitándome a continuar hablando—. Eso también te intriga y te llama la atención ¿verdad? Que le prestes tanta atención a lo que sientes.

Mi cuerpo se congela ante la pregunta. El viento delatadoramente cálido de la terraza golpea mi cara con suavidad, y siento un nudo apretado que se forma en mi pecho, dificultando mi respiración. No puedo responder rápidamente. Tampoco pienso aceptar lo que esa frase sugiere, porque si lo hago abiertamente… mi visión de Cécile cambiará de manera irrevocable, y por ahora, prefiero dejarla como está.

8

CÉCILE

Mis pensamientos giran de nuevo en torno a la discusión mantenida con Marta hace unos días. No ha pasado un segundo sin que la imagen de su mirada se cruce en mi mente con nitidez: intensa, firme y desafiante, capaz de sostener cualquier argumento sin flaquear. Debería sentirme molesta por la forma en que reaccionó durante la reunión con los proveedores —eso sería lo lógico, lo estrictamente profesional—, pero la verdad es que, en alguna parte de mí, reconozco incluso una admiración hacia la intensidad con que defendió su empresa, su territorio personal y su historia familiar… resultó poderosa y visceral, una muestra de pasión que pocos logran mantener en entornos tan tensos.

Me siento en el borde de la cama, con la manta cubriendo mis hombros para combatir el fresco matutino, y respiro hondo varias veces para intentar centrarme. La discusión no terminó con una puerta cerrada de forma abrupta ni con un rechazo definitivo; concluyó con un silencio en el que entendí mucho y sensaciones complejas que ninguna de las dos quiso enfrentar abiertamente en ese momento. Desde entonces, no nos hemos dirigido la palabra ni nos hemos cruzado de manera intencionada. Debería estar molesta ante esa brecha que se ha abierto. Debería haber guardado una distancia profesional muy cuidada y calculada para no complicar más las cosas. Pero mi mente y mi cuerpo parecen desobedecer, como si una corriente subterránea me empujara hacia otras cosas que preferiría evitar.

La reunión con París pesa de una manera que no puedo eludir. Sé que hay mucho en juego, que un conflicto abierto con Marta podría poner en riesgo la negociación y mi credibilidad ante el consejo, que espera resultados concretos y firmes. Tengo la

responsabilidad absoluta de cuidar no solo la operación en sí, sino mi reputación profesional. El dossier que estoy preparando para los ejecutivos de Maison Élitaire está casi listo, pero hay un asunto delicado que no puedo posponer: debo revisar con el máximo detenimiento los contratos laborales de todos los operarios de Tejidos Valera. Se trata de una parte técnica, tediosa y minuciosa, pero esencial para asegurar que cualquier propuesta que presentemos esté blindada legalmente y no deje cabos sueltos que puedan explotar en el futuro.

Ayer me traje todo conmigo con la idea de no pisar el taller en toda la mañana, así que me pongo a ello sin lavarme siquiera la cara o cambiarme de ropa.

Abro la carpeta y los nombres de los trabajadores se despliegan ante mis ojos como una lista interminable de historias personales que apenas alcanzo a imaginar; cada uno con sus aspiraciones y sacrificios. Empiezo a revisar uno por uno sus contratos, anotando sus capacidades y el puesto al que pertenecen, pero muy pronto detecto anomalías que no deberían existir bajo ninguna circunstancia. Cláusulas ambiguas y poco claras, fechas que no coinciden con los registros oficiales, salarios que han sido recalculados sin el soporte documental adecuado… irregularidades que, de salir a la luz podrían destruir la credibilidad de mi oferta y hundir cualquier posibilidad de rescate de Tejidos Valera. Mis dedos recorren las páginas con incomodidad y pronto descubro quién fue el responsable directo de estos contratos: Iván Valera, encargado de recursos humanos y hermano de Marta. El mismo que contactó con nosotros y nos suplicó un rescate.

La irritación me sube por la espalda como una corriente hasta erizarme la piel. No estoy molesta realmente con Marta. Ella está defendiendo lo que cree que es correcto y esencial para el legado familiar, y ahora, no puedo evitar estar molesta con Iván por haber creado un campo minado lleno de trampas ocultas en el que ahora debo caminar con sumo cuidado, cuando mi objetivo primordial es

convencer a todos los implicados de que esta empresa merece sobrevivir y prosperar bajo una nueva estructura.

—No puedo permitir que esto salga a la luz y se convierta en un pretexto para que el consejo de París desestime la operación entera sin darles una oportunidad… —me digo a mí misma en un susurro—. Pero tampoco puedo permitir que esto siga así.

No sé por qué me importa tanto, puesto que, si no es esta empresa, buscaremos otra con la que seguir adelante. Sin embargo, mi corazón, me pide un esfuerzo, un último esfuerzo por Marta.

Cambio de planes y me visto a toda prisa. Cojo mis cosas, además de la carpeta con toda la información y pongo rumbo a Tejidos Valera.

Cuando bajo del taxi, el sol de la mañana calienta mi piel. La puerta principal se abre con un sonido que ya me es familiar, y cierro los ojos un segundo para recibir ese aroma ya conocido y característico de este lugar. En el taller, el sonido de las máquinas, me brinda un extraño consuelo que no esperaba encontrar. Es un sonido que ya no resulta extraño ni ajeno, sino algo que despierta una sensación antigua e inevitable.

Camino hacia donde sé que estará Marta y cuando la encuentro, la veo rodeada de operarios que la escuchan con atención. Su postura es decidida y confiada; su voz, clara y autoritaria, dirige la atención de todos hacia un problema técnico que ha surgido en una de las líneas de producción principales. La observo en silencio desde la distancia, y por primera vez la contemplo como la directora genuina y apasionada de esta empresa que late con vida propia, respira con esfuerzo y lucha por sobrevivir en un mercado implacable y cada vez más industrial.

Es una escena viva, ardiente y real. Me sorprendo dándome cuenta, con una claridad inesperada, de que estoy viendo a Marta con ojos más abiertos: no solo como una mujer que defiende su empresa con uñas y dientes ante cualquier amenaza externa, sino también como alguien extraordinariamente competente, apasionada

y entregada en lo que hace. Mi respiración se ralentiza imperceptiblemente mientras la observo desde la distancia, sin atreverme a acercarme aún por temor a romper el momento.

Su tono combina autoridad con un respeto evidente hacia sus colaboradores, y los operarios la siguen con una atención absoluta que denota la confianza que tienen puesta en ella. Veo en sus ojos la lealtad que le profesan. No es una directora distante ni desconectada; es alguien que conoce este taller desde adentro, que ha pasado años caminando por estos pasillos polvorientos, respirando cada rincón del lugar demostrando que forma parte de su sangre.

Una pieza está desajustada en el engranaje principal. Marta señala el punto con el dedo índice, da instrucciones veloces y acertadas basadas en su experiencia, sin la necesidad de llamar a alguien más, y en cuestión de segundos el problema empieza a revertirse.

Cuando la actividad en el taller vuelve a su ritmo habitual, camino hacia la oficina de Marta con cautela. El suelo bajo mis pies me devuelve a la realidad cruda de la negociación en curso. No puedo permitirme perder el enfoque ni distraerme con observaciones personales. No cuando tanto está en juego. Pero alguna parte de mí se resiste con más fuerza de la necesaria, como si una corriente interna me impulsara a cuestionar mis barreras.

Ella llega poco después, con su semblante un poco menos tenso y crispado que días atrás. Cierra las puertas detrás de nosotras, y por primera vez desde aquella discusión en la sala de tintes, nos quedamos solas en un espacio silencioso y privado.

—Marta —empiezo, buscando el tono adecuado para no avivar tensiones pasadas—. Quiero hablar contigo sobre lo que ocurrió en la reunión con los proveedores, si me lo permites.

Ella levanta la mirada con cautela, como si estuviera evaluando mis intenciones. No hay hostilidad en sus ojos, pero sí una especie de barrera invisible y protectora entre nosotras.

—No espero que lo hayamos visto de la misma forma ni que coincidamos en todos los detalles —continúo con sinceridad, manteniendo el contacto visual—. Y aunque nuestra discusión resultó… intensa, quiero ofrecerte una disculpa. No era mi intención desautorizarte delante de los proveedores, delante de nadie en realidad. Mi intervención tenía un objetivo claro, además de constructivo, todo para mejorar el futuro de la empresa.

Miro su rostro con atención, observando cómo procesa mis palabras con detenimiento. Sus ojos no se abren en sorpresa ni se cierran en rechazo, simplemente me evalúan con la serenidad que acompaña a alguien que ha aprendido a juzgar sin precipitarse ni dejarse llevar por sus impulsos.

«Aunque no siempre lo haya demostrado».

—Admiro la forma en que lideraste la reunión a pesar de las tensiones —añado con convicción, queriendo que mis palabras suenen auténticas—. Esa intensidad tuya, esa defensa firme y apasionada de lo que consideras tan esencial… no es algo común ni fácil de encontrar en el mundo corporativo, la verdad. Y pienso que es admirable en todos los sentidos. Profesionalmente admirable, y también en lo personal.

Por un instante breve, algo en el rostro de Marta se suaviza de forma sutil. Un gesto casi imperceptible, pero lo suficientemente claro como para indicar que mis palabras han llegado a un lugar diferente y profundo de su interior.

—Gracias por expresarlo así —responde con sinceridad, como si el elogio fuera un descubrimiento inesperado que requiere tiempo para asimilar—. Aprecio que lo hayas dicho, y si alguna vez te pareció que mi reacción fue desmedida o injustificada… puedo asegurarte que no fue dirigida contra ti como persona, sino contra la idea aterradora de perder lo que hemos construido durante generaciones en Tejidos Valera.

Asiento con lentitud, sintiendo cómo la tensión se diluye por un instante en la habitación. El silencio que sigue resulta cálido y

casi reconfortante, un respiro en medio del caos. Pero su brillo se rompe de forma abrupta con el sonido vibrante de mi teléfono sobre la mesa. Lo miro con el ceño fruncido, con una leve sensación de mal presagio que me recorre la espalda.

El mensaje viene directamente de París. Mis dedos tiemblan apenas al abrirlo, un gesto involuntario que no logro reprimir.

> «El consejo exige acelerar la adquisición de forma inmediata. Tendremos una reunión a las 22:00. Se espera presencia puntual y un reporte actualizado con todos los detalles pendientes.»

Frunzo el ceño y guardo silencio. No puedo decírselo ahora. Como tampoco sé por qué tienen tanta prisa, ni qué ha cambiado en las últimas horas para que vengan ahora con tantas exigencias. No lo comprendo del todo, y eso me genera una incertidumbre que no me gusta. Lo único que tengo claro es que toda esta operación está a punto de complicarse aún más. No solo debo convencer a Marta para que acepte todos los cambios que estoy preparando… sino que ahora, también debo defender ante París una propuesta que nada tiene que ver con la inicial y que esconde tantas irregularidades… que podrían llevar a Tejidos Valera a la ruina.

9

MARTA

El correo de Iván aparece sin previo aviso, como una ráfaga de viento frío que arranca de golpe las hojas de un calendario colgado en la pared. Estoy terminando de revisar unos contratos en la oficina, con la luz del atardecer que entra por la ventana en ángulos suaves y dorados, cuando el sonido de la notificación rompe el silencio acumulado de la tarde. No debería sorprenderme en absoluto: sé perfectamente que París está expectante y presionando desde hace días. Pero la noticia que trae el mensaje me golpea como un puñetazo seco en el estómago, dejándome sin aire por un instante:

Maison Élitaire quiere cerrar el acuerdo en dos semanas.

Me quedo congelada en la silla, con la respiración suspendida durante un segundo que se alarga demasiado. Mis ojos se fijan en la pantalla como si pudieran extraer algún sentido oculto de esas palabras tan frías, como si al mirarlas con suficiente intensidad pudieran cambiar o desaparecer. «Dos semanas». Eso no era lo acordado ni lo que me había permitido imaginar. Yo había creído —quizá de forma ingenua y desesperada— que existía un margen razonable para negociar, para buscar alternativas menos drásticas, para encontrar un camino que no implicara entregar la empresa de golpe y sin condiciones. Dos semanas son apenas un suspiro en el tiempo. No es más que un parpadeo que apenas me da oportunidad de reaccionar.

Mi mano tiembla ligeramente al apoyar la palma sobre el escritorio, y dejo escapar un suspiro que suena demasiado fuerte y pesado en la quietud de la sala. Cierro el ordenador con un golpe, como si con ese gesto pudiera contener o amortiguar el impacto brutal de la noticia. Mis pensamientos se convierten en una maraña

espesa e intrincada: incredulidad, una sensación de traición, un intenso miedo que me recorre la espalda y, por encima de todo, la furia que hierve dentro de mí. Pero, sobre todo, siento miedo. Un miedo puro y desgarrador a perder lo único que me queda de mi familia, el legado tangible de generaciones enteras que han derramado sudor y lágrimas en este mismo suelo.

La puerta se abre detrás de mí, y siento la presencia de mis hermanos antes incluso de escuchar sus voces familiares. Iván entra con el ceño fruncido y el teléfono aún en la mano, mientras Elena se queda en el umbral, con los ojos buscando los míos en un intento inmediato de entender lo que pasa sin decir nada.

—Ya lo has visto —afirma Iván sin apartar la mirada de mí—. Lo quieren cerrar en dos semanas. No tenemos nada más que hacer, Marta.

Me giro hacia él, notando cómo mi puño se aprieta con fuerza sobre el escritorio, como si quisiera retener algo intangible que se me escapa entre los dedos.

—No es un margen razonable —respondo—. Es pedirnos que nos rindamos, y que lo hagamos sin condiciones.

Elena se acerca con calma y apoya una mano tranquila y cálida sobre mi hombro, un gesto que siempre ha sido su forma de sostenerme en pie cuando todo parece desmoronarse.

—No lo vivas como una traición —intenta convencerme—. Es la única salida viable que nos queda en este momento. O aceptamos esto… o nos enfrentamos al cierre definitivo de Tejidos Valera, y tú lo sabes.

Sus palabras son sensatas y están cargadas de una verdad que no puedo ignorar, pero mi corazón late con una mezcla de dolor y rabia que no se apacigua con la lógica ni con la razón. Siento que el mundo entero se derrumba a mi alrededor de forma lenta y silenciosa, que todo lo que he defendido con uñas y dientes durante años se esfuma como un sueño frágil y hermoso al amanecer.

—Dos semanas… —repito, como si al decirlo en voz alta pudiera hacer que sonara menos brutal—. ¿Y qué se supone que voy a hacer yo en dos semanas? ¿Invocar soluciones mágicas que no existen? ¿Convencer al consejo de París de que nos dé más alternativas para no perder el control?

Iván ladea ligeramente la cabeza, como si le costara comprender la profundidad de mi resistencia después de tanto tiempo.

—Podemos negociar algunos detalles —intenta con la paciencia agotada—. Podemos ajustar condiciones, pero no podemos permitir que esto se prolongue indefinidamente. No hay recursos ni tiempo para seguir alargando la situación. Por mucho que Cécile nos haya mostrado que podemos añadir algunos procesos a la producción para reducir costes o adelantar trabajo, esto es inevitable. Hay que actuar ya.

Me llevo la mano al pecho, sintiendo cómo mi respiración se acelera y se vuelve más superficial.

—No puedo creer que nos dejen tan poco tiempo —susurro mientras noto cómo los labios me tiemblan—. Pensé que había margen real para buscar otras formas de salir adelante, para explorar caminos alternativos que no nos obligaran a entregar todo de golpe…

—Y las has buscado, Marta. Llevas meses haciéndolo —interviene Elena con dulzura—. Con la llegada de Cécile y sus planteamientos nuevos, se ha posibilitado una estabilidad, también la continuidad de la plantilla… pero necesitamos ayuda financiera. Sé que no es ideal, ni lo que todos querríamos, pero es lo que toca aceptar ahora.

Tiene razón, lo sé, pero es algo que no puedo ignorar. Porque la idea de entregarles en mano la empresa y que ellos hagan de ella lo que se les plazca, me rompe y me duele por dentro.

—Yo no voy a regalar esto sin pelear hasta el final —aclaro, apoyando las manos con fuerza sobre la mesa, aunque mi estómago

arde por culpa del miedo—. No voy a hacerlo sin agotar todas las ideas y sin mostrar que esos pequeños ajustes van a sacar adelante todo esto sin necesidad de sus aportaciones en masa.

Iván suspira profundamente, agotado y frustrado ante mis constantes negativas.

—Contábamos con tu terquedad desde el principio —responde él—. Pero no podemos quedarnos de brazos cruzados mientras que la empresa se consume. Porque eso es lo que va a ocurrir por mucho que tú ajustes las cosas y le hagas caso a los consejos de Cécile.

Elena inclina la cabeza ligeramente.

—Tienes razón en no rendirte sin más —murmura y me dedica una sonrisa dulce—. Pero piensa en lo que podríamos ganar a largo plazo. Podríamos empezar a acomodar todos los cambios que ella nos sugirió y que haga un balance a largo plazo. Ver si nos va a ser rentable y que se lo presente a los franceses.

Cierro los ojos un instante largo y después los miro a los dos.

—Tengo que hablar con Cécile.

Iván y Elena intercambian una mirada rápida. Nadie osa cuestionarme en voz alta, porque todos sabemos que mi empeño es emocional, vital y profundamente personal.

La sala de reuniones está silenciosa y casi solemne cuando llego. La luz del final de la tarde filtra sombras alargadas que se proyectan en las paredes, como si todo el lugar estuviera conteniendo la respiración ante lo que va a suceder. Veo a Cécile de pie junto a la mesa grande, con los ojos fijos en unos documentos que repasa con concentración. Cuando levanta la mirada y me ve entrar, hay un instante breve en que su respiración parece detenerse.

—Marta —saluda, sin sorpresas—. Veo que has recibido el aviso de París…

Sus ojos no se apartan de los míos, y por primera vez siento que hay algo más que profesionalismo en su mirada. Me acerco con cada paso medido y consciente, como si el suelo bajo mis pies fuera un campo de batalla silencioso donde cada movimiento cuenta. Y cuando estoy frente a ella, siento que no voy a poder contenerme.

—Que Maison Élitaire quiera cerrar la compra en dos semanas es una locura —espeto, con el corazón a mil por hora—. Pensé que tendríamos más tiempo, que esperarían con paciencia a ver si los cambios que ofreces son viables y que eso nos ayudaría a encontrar alternativas que nos favorecieran un poco más.

—No puedo decidir el ritmo ni los plazos que marca el consejo —responde ella, manteniendo su perfecta compostura—. No es algo que dependa exclusivamente de mí ni de mi voluntad.

Las palabras flotan en el aire con una neutralidad que parece impasible, pero sé que no es así. Detrás de esa calma debe haber una corriente emocional de la que ni ella ni yo queremos hablar.

—¿Me estás diciendo…? —Aprieto los labios un segundo— ¿...que no puedes hacer absolutamente nada para cambiarlo o retrasarlo aunque sea un poco?

—No —replica Cécile con honestidad—. Pero sí puedo asegurar que las cosas sean más beneficiosas si trabajamos rápido. El consejo evalúa de manera positiva la claridad, y cualquier retraso podría interpretarse como una negación por vuestra parte y retirarse.

Sus palabras me revuelven el estómago. Percibo un ataque velado a mi necesidad de marcar otros ritmos, a mi necesidad desesperada de contar con más tiempo para pensar, para respirar, para organizar una estrategia que no me haga sentir despojada de todo lo que amo.

—Entonces… —respondo con una dureza creciente—, nuestra voluntad de sobrevivir a esto y buscar soluciones no cuenta nada para ellos… ¿verdad?

Cécile inclina apenas la cabeza, sin levantar la voz ni mostrar tensión en los hombros.

—Cuenta, y mucho —corrige con suma tranquilidad—. Pero cuentan con muchas empresas que desean su ayuda. Tienen sus plazos, Marta, no van a esperar siempre. Si no demostramos compromiso, podríamos perder no solo la negociación, sino incluso la posibilidad de seguir adelante sin ellos como tus aliados.

«Aliados… Y una mierda».

Mi pecho se agita con fuerza, y por un segundo el silencio entre nosotras se hace insoportable.

—No —susurro con determinación —. No voy a hacerlo así, de esta forma tan precipitada.

Sus cejas se arquean en un gesto sutil, como si hubiera esperado exactamente esa respuesta.

—Marta, no te estoy pidiendo que te rindas o lo aceptes sin más —contesta, con esa consideración que estoy empezando a odiar—. Solo… debes recordar que estoy aquí para ayudarte, no para imponerte nada que no puedas asumir. No me gustaría que Tejidos Valera desapareciera sin más solo por no pensar fríamente en las posibilidades que te ofrecen.

La tensión entre nosotras se puede cortar con un cuchillo. Mis ojos se llenan de rabia, miedo, orgullo herido y una verdad que me resisto a admitir: ella no es el verdadero problema en esto. Es mi miedo profundo a perder todo lo que significa esta empresa para mi familia, mi historia y mi identidad.

Antes de que pueda decir algo más de lo que pudiera arrepentirme, salgo rápido de la sala. No miro atrás ni una sola vez. Mi respiración es rápida y entrecortada, mis pasos son silenciosos pero urgentes. El taller, afuera, me recibe con el ruido constante de las máquinas que ahora suenan demasiado alto, demasiado reales, demasiado cercanas a mis propias pulsaciones.

No sé cuánto tiempo camino ni por qué calles. La ciudad sigue su ritmo, ajena a todo lo que se desata en mi interior y mis pensamientos se amontonan sin orden ni lógica, chocando unos contra otros en un torbellino imposible de detener. Comprendo con una claridad dolorosa y tardía que Cécile no es mi enemigo real, que mi verdadero temor no nace por ella o sus propuestas. Sino de la posibilidad de perder lo único que me queda, junto con el inminente cambio que supondrá la entrada de los franceses y para lo que no estoy lista ni emocional ni psicológicamente hablando.

Mis manos tiemblan ligeramente mientras camino, y mis sentidos se embotan por la intensidad de lo que está sucediendo. No sé cuánto tiempo pasa, ni hacia donde me dirijo, solo sé que una suave brisa me envuelve, intentando calmar algo que por ahora se me hace imposible de llevar.

Estoy completamente absorta en mis propios pensamientos, cuando mi teléfono suena y veo un mensaje.

> **Cécile**: Después de nuestra conversación me he quedado unas horas preparando una propuesta alternativa de adquisición. Reduce el porcentaje de control mayoritario durante el primer año, permitiendo una transición más gradual y menos traumática. La expondré en la reunión que tengo esta noche con París. Adjunto documento. Revísalo con calma cuando puedas y hablaremos mañana de ello.

Mi pulso se acelera de inmediato al abrir el documento adjunto. Mis ojos se mueven con rapidez por cada palabra, cada condición, cada cifra cuidadosamente equilibrada. Es, sin duda, una jugada astuta y generosa que favorece una transición menos agresiva, que permite a Tejidos Valera mantener el control operativo durante un periodo prolongado y significativo siempre que demos beneficios. Además, eso nos ayudaría a añadir esos cambios que, muy a mi pesar, son necesarios y nos ayudarían a avanzar.

Pero las preguntas que emergen en lo más hondo de mi ser, no tienen nada que ver con el informe sino con ella: ¿Por qué lo habrá hecho? ¿Es una simple estrategia, una pieza más en la negociación para ganarse mi tiempo o confianza? ¿O es un gesto

sincero, una señal inequívoca de que respeta mi compromiso y quiere colaborar de verdad, más allá de los intereses corporativos?

Pongo atención en el documento con el ceño fruncido, con la luz fría de la calle reflejándose en la pantalla de mi teléfono, y por primera vez desde que todo esto comenzó, me pregunto si puedo confiar en ella… aunque sea solo un poco, o estaré cometiendo un error la hacerlo.

10

CÉCILE

El reloj de mi teléfono marca las nueve y media de la noche cuando salgo del baño con el pelo aún húmedo y la piel tibia por el vapor de la ducha. Ese tiempo de desconexión bajo el agua caliente debería haberme aliviado y relajado lo suficiente —mi cuerpo entero exige un descanso después de un día tan intenso—, pero el agotamiento persiste en mis hombros y en mi pecho. El reflejo en el espejo del armario muestra a una mujer que lleva días sin dormir de verdad; las ojeras delatan el cansancio que arrastro. Pero en mis ojos brillan los nervios y la inquietud por lo que pasará en unas horas.

Respiro hondo varias veces, dejando que el aire templado y húmedo llene mis pulmones y calme todo lo que llevo dentro. La habitación está en penumbra, apenas iluminada por la lámpara del escritorio, que extiende un haz de luz amarilla y cálida sobre los documentos dispersos sobre el escritorio. Me acerco y sujeto entre mis manos uno de ellos, leyéndolo sin mucha fijeza, exhausta y reflexiva. Los próximos días no serán fáciles, sobre todo si la reunión que tengo con el consejo de París no sale bien.

Redactar una nueva propuesta en vez de seguir con el proyecto que ya estaba elaborando posiblemente sea una locura. Fue una decisión que tomé después de la visita de Marta, de haberla visto caminar por el taller con esa naturalidad que solo da el arraigo, de escucharla hablar con sus operarios y ver cómo la obedecían, como si ella fuese el hilo conductor de todo.

El consejo siempre exige precisión y resultados, y la exigencia de llevar a cabo esta reunión y la compra de Tejidos Valera en dos semanas, llegó sin preámbulo ni contemplaciones, como si les urgiera hacerse cargo sí o sí y de manera inmediata. Quizá no sea una propuesta perfecta desde el punto de vista corporativo, pero sí

resulta justa y equilibrada: reducir el porcentaje mayoritario de control francés durante el primer año, permitiendo una transición gradual en la que la familia Valera conservará voz y presencia en las decisiones importantes. Es un ejemplo de equilibrio entre estrategia financiera y humanidad, algo que de seguro horroriza al consejo por su aparente suavidad… pero que representa lo correcto, lo que mi instinto me dicta como necesario para preservar no solo los números, sino el alma de esta empresa.

Mientras me arreglo el pelo, y me pongo la chaqueta frente al espejo, no dejo de preguntarme por qué me importa tanto que esta propuesta salga adelante. No es la primera vez que intento salvar una empresa en dificultades financieras graves. No es la primera vez que presento propuestas complejas y detalladas ante directores e inversionistas escépticos. Pero esta vez es distinto y perturbador, y no logro encontrar razones por las que mi mente regresa una y otra vez a Marta, a su mirada, a la forma en la que defendió esta empresa como si su vida entera dependiera de ello. Siento respeto y admiración por ella… y aunque lo niegue, es algo que se cuela entre las grietas del muro que separa mi profesionalidad de mi personalidad. Algo que no debería haber pasado y que altera mi juicio… Tanto que reconocerlo implicaría cuestionar mi imparcialidad.

Me detengo un momento frente al espejo, sosteniendo mi propia mirada con fijeza, como si pudiera encontrar respuestas en mis ojos y mi mente se despeja mostrándome la realidad: no solo intento salvar esta empresa por obligación profesional, sino que me importa Marta, su estado emocional, el impacto que esto tiene en ella… Sacudo la cabeza con energía, y regreso a esa faceta profesional que debe prevalecer sobre cualquier otra señal confusa o emocional. Tengo que recordar eso con firmeza antes de enfrentar al consejo y defender mi visión.

A las diez en punto, me siento frente al escritorio y enciendo el ordenador portátil. Lo tengo todo organizado y en mi mente comienzo a repasar todos los puntos antes de entrar en la sala de reuniones. Suelto un suspiro, pulso el botón de «unirse» y la

pantalla se llena con las ventanas de varios miembros del consejo de Maison Élitaire. Algunos parecen más adustos y serios que de costumbre, otros se limitan a asentir en silencio, pendientes de cada gesto mío.

—Buenas noches a todos —saludo con profesionalidad—. La reunión me pilló de manera inesperada. Pero intentaré exponer todo lo que tengo preparado de la manera más eficaz posible.

Olivier asiente en señal de bienvenida mientras Sophie abre la puerta a la discusión con un gesto claro de profesionalismo.

—Estamos aquí, Cécile. Adelante, por favor, expón tu análisis.

Inhalo con discreción y comienzo a exponer la situación: los retrasos en producción y cómo aliviarlos, los plazos reducidos, las pérdidas. Algo que ya sabían pero que se une a lo que he observado en los últimos días. Cada palabra nace de la amalgama entre un análisis —no demasiado profundo— y una evaluación estratégica general, buscando equilibrar lo racional con lo humano:

—Sé que quizá pueda llegar a sorprender, pero he preparado una propuesta que permite una transición más gradual y menos disruptiva —explico con voz calmada y firme, proyectando confianza —. Durante el primer año, Maison Élitaire mantendría un porcentaje menor de control, permitiendo que los Valera conserven la mayoría operativa. De esta forma, la identidad artesanal de Tejidos Valera no se vería comprometida de forma abrupta. Esto facilitaría la adaptación progresiva de los trabajadores a los cambios necesarios y reforzaría la percepción de estabilidad tanto interna, entre el equipo, como en el mercado exterior, donde la marca ya tiene un posicionamiento sólido.

Mientras hablo, observo sus reacciones con atención: miradas cruzadas que delatan dudas, cejas que se arquean en reflexión, manos que se tocan el mentón en gesto pensativo. Hay claras dudas que esperan ser aclaradas y disipadas.

—Suena bien en teoría —interviene Olivier con voz moderada pero inquisitiva—. Pero ¿puede sostenerse desde una perspectiva

realista? ¿Cómo piensas justificar este enfoque sin que esta compra pierda el atractivo financiero para Maison Élitaire?

—La propuesta preserva la rentabilidad a medio y largo plazo, pero distribuye los riesgos de forma más equitativa y estratégica —explico señalando la gráfica que aparece en la pantalla compartida —. No es una simple concesión ni un acto de benevolencia; es una estrategia bien fundamentada que protege el valor de la marca a largo plazo, evitando resistencias internas que podrían sabotear la integración. La identidad artesanal de Tejidos Valera es un activo intangible de enorme peso en su modelo de negocio, uno que genera lealtad en los clientes y diferenciación en el mercado. Si Maison Élitaire, se hace con la empresa e impone su modelo de mercado, lo único que hará es destrozar una base que ha funcionado desde siempre y eso provocará muchas más pérdidas.

Mientras impongo mis propios pensamientos, no puedo dejar de pensar en Marta, en su firme defensa de la identidad artesanal de la empresa. Sé que es algo indispensable para ella, algo que jamás ofrecería como moneda de cambio.

Sophie interrumpe con rapidez:

—Entiendo la lógica de tu planteamiento y veo el valor estratégico que eso posee —comenta de forma analítica y mesurada —. Pero debemos evaluar si el consejo está de acuerdo con cada uno de los puntos.

A su afirmación, le sigue un largo silencio, un espacio donde se escucha el murmullo de las voces de cada uno de los presentes. Hay miradas que van de un lado a otro, calculando riesgos, sopesando beneficios —lo más importante para ellos—, deliberando en silencio.

—Necesitamos estar seguros de que esta estrategia no diluye nuestra influencia ni compromete los objetivos financieros —apunta Laurent, otro miembro del consejo con tono reflexivo—. ¿Qué garantías tenemos de que el equipo de Marta Valera podrá

realmente sostener el liderazgo sin comprometer la rentabilidad de nuestra empresa?

Cierro los ojos un segundo e inhalo con lentitud para mantener la calma. Es el momento de hablar con honestidad, una honestidad que sé que es arriesgada en este contexto, pero también una verdad que reside dentro de mí.

—Si les soy sincera. Destruir la identidad de Tejidos Valera, sería un error —declaro con claridad, sin ocultar mi postura personal —. Creo firmemente que permitir una transición menos brusca beneficiará tanto a la estructura financiera como a la percepción del mercado global. Las empresas que han mantenido su esencia artesanal, incluso bajo cambios en el accionariado, han demostrado una mayor fidelidad del cliente y una recuperación más sólida en el mediano plazo.

El silencio se instala de súbito, pesado y cargado. Mis ojos se mueven por las pantallas, y por un momento siento que el mundo se detiene en ese instante de franqueza casi inusual en un consejo corporativo tan pragmático.

Finalmente, Olivier cruza los brazos frente al pecho y emite su reflexión:

—El enfoque es bastante audaz, y francamente…, inesperado. No es habitual que se presente algo tan honesto y equilibrado en un entorno como este. Va a requerir una deliberación cuidadosa por parte de todos.

Sophie asiente lentamente y, tras unos segundos más de silencio, añade con convicción:

—Estamos dispuestos a dar luz verde a esta propuesta alternativa, con ciertas condiciones adicionales que ajustaremos con el equipo de manera inmediata para asegurar su viabilidad.

La confirmación llega como una ola intensa de alivio, un torrente de energía positiva que recorre mi cuerpo y lo relaja gradualmente, aunque no del todo. Los ojos de algunos consejeros

se fijan en mí con respeto profesional y curiosidad por mi defensa apasionada de Tejidos Valera.

—Gracias por la confianza que habéis depositado en mí — respondo con serenidad, aunque la verdad es que tengo ganas de gritar y saltar—. Estoy comprometida al máximo con el éxito de esta operación y con la preservación de lo que hace única a Tejidos Valera en el panorama textil.

La reunión termina con las formalidades habituales y agradecimientos mutuos, y al cerrar la sesión, permanezco unos segundos mirando la pantalla oscura. El silencio de la habitación me envuelve, y por primera vez en días, siento que puedo respirar con cierta calma. Me quedo sentada en la penumbra, sin moverme de inmediato. Mis pensamientos se arremolinan otra vez, pero ahora cargados de esperanza. Las palabras del consejo de París resuenan en mi mente, entremezcladas con recuerdos que llevo conmigo desde que llegué a Madrid y conocí a Marta. Sé que he cruzado una línea delicada y peligrosa, una frontera que separa lo estrictamente profesional de lo personal, y aunque no sé si es prudente hacerlo ya no quiero retroceder ni retractarme.

Quiero lo mejor para Tejidos Valera, su sostenibilidad y su legado.

Quiero lo mejor para Marta.

Y, deseo con fervor que esas dos cosas no sean mutuamente excluyentes, sino más bien… altamente complementarias.

11

MARTA

El sol de la mañana entra por las ventanas altas del salón de actos de la empresa, desparramando una luz intensa sobre las sillas —dispuestas en hileras algo irregulares— y los rostros de la parte importante de los integrantes de la plantilla. Frente a ellos, están dispuestas las tazas de café que he querido que se tomen todos antes de abrir la reunión formal. Estoy de pie frente a todos, y por un momento siento que mi seguridad se desvanece como arena fina que se escapa entre los dedos.

Mis manos están apoyadas sobre una mesa de madera desgastada y mis pensamientos giran en torno a la incertidumbre: no tengo idea de cómo fue realmente la reunión de Cécile con París, no sé si logró convencer al consejo o si, por el contrario, todo sigue igual. Solo sé que la propuesta que me envió ayer me hizo plantearme si de verdad es nuestra enemiga o es cierto que desea que Tejidos Valera salga adelante sin cambiar su identidad.

—Buenos días a todos —digo intentando que los nervios no me delaten, aunque mi corazón late de manera desbocada en mi pecho—. Sé que estos días están siendo muy complicados para todos, que el futuro de Tejidos Valera es incierto y nebuloso, y que nadie aquí ha dormido bien desde que empezó este proceso tan complicado…

Miro a los trabajadores, uno por uno, deteniéndome en cada rostro. Algunos cruzan los brazos sobre el pecho en un gesto defensivo, otros suspiran agotados, pero si hay algo que comparten… es la preocupación.

—Sé que muchos de vosotros veis la unión con Maison Élitaire con recelo —prosigo, exhalando lentamente para mantener la compostura—. Y no se lo reprocho a nadie. Cuando aparece una

empresa tan grande y poderosa como esta, con tanto poder, es natural que nos sintamos amenazados, que pensemos que nos van a destruir y que perderemos toda nuestra identidad.

Un murmullo recorre el salón. Sé que mis palabras llevan ocultas el conflicto interno que tengo conmigo misma, esa batalla entre el orgullo y la necesidad de abrirme a lo nuevo. No puedo negarlo ante mí misma: hay algo en Cécile que ya no encaja en esa figura hostil y distante que construí inicialmente en mi mente.

—Pero quiero que sepáis algo con claridad —agrego, inspirando de nuevo para reforzar mi convicción—. No estoy aquí para entregarles vuestro trabajo ni para borrar esa historia que tanto nos define. Lo que se está proponiendo ahora es diferente a lo que se presentó en un primer momento, con un enfoque más equilibrado y humano. Hay un planteamiento nuevo y revisado, que permite una transición gradual y menos traumática.

Algunas cabezas se mueven con interés. Otras mantienen el silencio rígido de siempre, como una armadura que no se quita fácilmente.

Es entonces cuando la puerta del salón se abre con un ligero crujido que rompe la concentración. Alzo la mirada y veo entrar a Cécile con naturalidad, con la postura erguida y confiada de siempre. No hay arrogancia en su entrada, solo una tranquilidad profesional que se expande en el ambiente como una corriente suave y calmante.

Por un segundo, el murmullo se detiene y el salón entero la observa con atención.

Ella camina hacia el frente, sin prisa, pero sin vacilación. Sus ojos recorren a los presentes con respeto, sin buscar dominarlos ni imponerse, solo haciéndose visible, presente y real en ese espacio compartido.

—Buenos días a todos los que estáis aquí reunidos —comienza, sin perder el porte—. Espero no interrumpir. Solo quería

saber si me permitís hablar un momento y compartir mis reflexiones con vosotros.

En ese instante, se gira para poner su atención en mí y yo la invito a seguir, notando cómo mi pecho se contrae.

—Anoche me reuní con el consejo de París para ofrecerles el nuevo planteamiento del que imagino, os ha puesto al tanto la señorita Valera —prosigue Cécile, con la carpeta en la mano como apoyo—. Imagino que os estaréis preguntando ahora mismo cómo salieron las cosas. Y la verdad es que la reunión fue intensa y llena de argumentos —explica con franqueza —. Presenté una propuesta alternativa que permite una transición más gradual y respetuosa. Durante el primer año, la familia Valera conservará la mayoría operativa y la identidad artesanal de la empresa no será sometida a cambios bruscos ni destructivos. Esto no solo protege el legado histórico de Tejidos Valera, sino que sirve como puente para adaptarse a los cambios sin sacrificar lo que hace única a esta compañía en el mercado.

Un silencio profundo y reflexivo se instala en la sala. Los trabajadores se miran entre sí, algunos con incredulidad, otros con los ojos abiertos a causa de la expectación.

Una mujer mayor al fondo levanta la mano.

—¿Quiere decir que no nos van a dejar sin trabajo, ni van a cerrar todo de la noche a la mañana? —pregunta con voz rasposa y llena de incertidumbre.

Cécile lleva la mirada hacia ella con atención genuina y respetuosa, como si reconociera lo que hay detrás de esa pregunta: miedo, fidelidad, lealtad.

—Exactamente eso es lo que quiero transmitir —responde y esboza una pequeña sonrisa—. Nadie está aquí para borrar lo que habéis construido con tanto ahínco ni para desmantelar vuestras vidas. Solo pedimos una colaboración abierta, para que este proceso sea provechoso para todos los implicados. Estoy convencida de que esta transición podrá adaptarse a la esencia misma de este lugar.

Un murmullo que ahora lleva una nota más cálida y esperanzadora recorre el salón. Los trabajadores se relajan ligeramente, y siento que la atmósfera se transforma poco a poco, como si una corriente de aire fresco hubiera entrado por la ventana disipando la tensión acumulada.

Observo a Cécile en silencio, guardando mi orgullo y ese rechazo inicial al margen por un momento, permitiéndome ver que su profesionalidad no es imperturbable ni arrogante; es inclusiva y empática. Incluso invitando al resto a participar. Y eso… me descoloca, porque obliga a cuestionar si todo ha sido una fachada o una realidad.

—Gracias por el trabajo que habéis hecho hasta el momento —comento, aún desde mi puesto al frente de la sala—. Aprecio que hayáis permanecido con nosotros a pesar de las dificultades.

Cécile me mira y me dedica una sonrisa.

—Creo que… creo que esto podría funcionar de verdad si se hace bien —expresa con decisión—. Si os dan tiempo suficiente para adaptaros y conservar vuestra forma de trabajar, entonces… quizás valdrá la pena intentarlo y ver qué sale —añade, echando un vistazo a toda la sala—. Y ahora si me disculpan, debo volver a mi despacho.

Un grupo de asentimientos acompaña su comentario, y la temperatura en la sala cambia de forma perceptible. Ya no hay recelo y desconfianza; hay esperanza, un hilo de luz en medio de la incertidumbre. Mis ojos se posan en Cécile por un momento. La observo caminar de regreso hacia la puerta. No se da la vuelta ni me mira directamente al marcharse, pero puedo sentir, casi como una corriente eléctrica, que la percepción que tenía de ella ha cambiado y que ya no se puede revertir.

Mientras se aleja por el pasillo, siento que algo en mi interior se transforma poco a poco. Tal vez es la sombra de mi orgullo aflojando su agarre. Tal vez es la curiosidad que siento por entenderla y conocerla más allá de mis propios temores y prejuicios.

O quizá… simplemente empiezo a sentir que no puedo permanecer impasible ante ella por mucho más tiempo, que su presencia despierta algo en mí que va más allá de lo profesional.

Y en ese preciso instante, admito que podría convertirse en una líder respetada o temida en este entorno… y que no sé cuál de las dos versiones de ella me gustaría más enfrentar en el futuro.

12

CÉCILE

Las horas han transcurrido dando paso a la tarde. Estoy de pie junto a la mesa que he utilizado como escritorio durante estos días, observando el silencio que ha quedado tras la conversación con los trabajadores. La reunión con el consejo de París fue un triunfo inesperado y gratificante. Pero detrás de esa satisfacción profesional que me invade hay una inquietud nueva y más sutil, una que no logro encajar con claridad en mi pensamiento racional.

Mis dedos rozan el borde de la carpeta donde guardé las notas detalladas de la reunión. Cada comentario, cada duda sincera y profunda que surgió, quedó grabado en mi memoria con nitidez. Sin embargo, lo bonito de haber pasado toda aquella tensión, fue ver los ojos de los operarios de la fábrica cuando llegué y les conté todo lo bueno que iba a pasar; dentro de este gran cambio. Aunque, para ser sincera conmigo misma, hay un instante en particular que no ha dejado de repetirse en mi mente una y otra vez: la mirada de Marta mientras yo hablaba con el grupo. Una mirada nada crítica o desafiante, como si por un segundo hubiera una grieta sutil en su armadura y pudiera ver a través de ella su corazón.

No sé si fue la luz de la mañana que iluminaba su rostro o la manera en que sus labios estaban entreabiertos mientras procesaba mis palabras, pero ese destello fugaz me ha seguido con insistencia, como si se negara a desvanecerse y me obligara a cuestionar mis propias percepciones.

Respiro hondo varias veces y cierro los ojos por un momento, dejando que la memoria se diluya apenas y que la tensión acumulada en mis hombros se alivie un poco mientras me masajeo las sienes. Sé que debería sentirme satisfecha desde el punto de vista profesional, con un orgullo legítimo por lo que he logrado. La

propuesta ha sido aceptada bajo condiciones favorables y equilibradas. La segunda fase de la negociación empieza a tomar forma, y ya tengo una hoja de ruta clara y estructurada para defenderla ante cualquier objeción. Pero lo que antes era simple, lineal y casi mecánico en mi enfoque… ahora se siente más profundo y complejo, con cosas que no había anticipado ni deseado explorar.

Un sonido me saca de mis pensamientos revueltos. Levanto la vista y veo a Marta parada en el umbral, como si estuviera evaluando si entrar o retroceder un paso. Sus ojos, grandes y centelleantes bajo la luz del despacho, están fijos en mí.

—Hola —saluda, con una sonrisa en los labios—. ¿Tienes un momento para hablar?

Su pelo cae en ondas suaves alrededor de sus hombros, y por un segundo —solo un instante fugaz— me descubro observándolo con más atención, notando cómo la luz juega con los tonos y crea sombras sutiles. Es como si mi mente, de forma involuntaria y traicionera, registrara detalles que antes habrían pasado desapercibidos, obligándome a preguntarme por qué ahora sí importan.

Asiento con la cabeza en un gesto afirmativo, invitándola a entrar sin llegar a decir nada. Cierra la puerta tras de sí sin hacer ruido, como si el espacio entre nosotras fuera demasiado frágil para ruidos innecesarios o abruptos que pudieran romper el equilibrio.

—Quería hablar de la reunión con los trabajadores —explica, caminando lentamente hacia la silla frente a mi escritorio—. Ha habido… comentarios positivos por parte de varios, y también algunas dudas razonables, pero la mayoría parecen más receptivos ahora, dispuestos a considerar las opciones con menos resistencia que hace unos días.

La observo, notando cómo sus dedos rozan la superficie de la silla antes de sentarse con gracia. Hay una tensión sutil en su postura, pero es diferente a lo que solía haber en encuentros previos.

—Ha sido una reunión productiva y enriquecedora, la verdad —respondo con calma, aunque mi pecho late con una peculiar intensidad—. Creo que, ser sincera en todo momento, ha logrado que se disipen sus dudas. Y también la forma en que tú misma defendiste tu posición con respeto ante su trabajo.

Sus labios se curvan en una expresión apenas perceptible de orgullo, y por un segundo siento cómo mi propia respiración se ralentiza, como si el momento se cargara de algo intangible.

—No sé si ha sido respeto o… —Hace una pausa deliberada, como buscando palabras precisas que no traicionen sus emociones —. Solo sé que estos momentos llevan muchas emociones y hay que tenerlas en cuenta. No solo está mal la empresa, ellos también…

Asiento con la cabeza, consciente de que su mirada se ha detenido un tiempo en mí, en mis ojos, incluso en mis labios.

—Es así, sin duda… Ellos son el alma de esta empresa, ¿verdad?

Se produce un leve silencio. Sus pupilas se dilatan apenas, y noto cómo sus manos, apoyadas sobre el regazo, tiemblan de manera sutil. La mezcla de emociones es evidente, y me encanta verla delante de mí así de nerviosa, dubitativa, con ganas de que nuestra colaboración siga siendo fructífera.

—Gracias por… por tu apoyo incondicional en todo esto —comenta—. Sé que no siempre coincidimos en los enfoques ni en las prioridades de Tejidos Valera, y seguro que no coincidiremos en todo lo que venga, pero… tu intervención y esa nueva propuesta ha sido clave para inclinar la balanza a nuestro favor.

La observo, sintiendo cómo una calidez sutil se expande en mi interior. Miro sus ojos con conciencia plena, sin apartar la mirada ni un segundo de ellos. No hay arrogancia, solo franqueza. «Y un delicioso color que cada día me gusta más».

—Lo que más me importaba era que en París conocieran el valor real de esta empresa —respondo con sinceridad—. No quería que viesen a Tejidos Valera solo como un negocio rentable, sino

como una historia viva, como un legado de generaciones que hay que preservar. Tú lo defendiste de una forma que fue… formidable, con una pasión que se me contagió desde el primer momento, así que les transmití tu forma de verlo a través de mis palabras.

Sus párpados se entrecierran ligeramente, y su pecho sube con una respiración apenas perceptible, como si mis palabras hubieran tocado un punto sensible.

—Aun así —murmura, titubeante—, no puedo evitar pensar que… detrás de tus actos hay algo más que estrategia, números y planes financieros.

El silencio regresa. Me encuentro observando detalles que antes habrían sido irrelevantes: la forma en que su ceño se frunce ligeramente cuando está concentrada en sus pensamientos, o cómo sus labios se tensan de forma sutil cuando piensa en silencio antes de hablar. Son gestos pequeños y cotidianos, pero cargados de una humanidad que nunca pensé que podría perturbarme tanto. Dios, estoy completamente perdida.

—Quizá… —respondo, encogiéndome de hombros—, …se esconde algo más allá de lo puramente profesional.

Sus ojos se ensanchan ligeramente, como si mi frase revelara algo que flotaba en el aire desde hace días. Y durante unos segundos, el mundo se vuelve tenue y secundario, como si la luz y el sonido se concentraran únicamente en ese intercambio de miradas cargado de significado. Entonces, sin previo aviso, se pone en pie y se apoya en la mesa. Sus manos están a escasos centímetros de las mías, creando una proximidad que se siente eléctrica, por mucho que ni siquiera nos rocemos.

—Gracias —expresa, con una preciosa sonrisa en los labios—. Por todo.

Suspiro con lentitud.

—No es nada, de veras.

El sonido de una notificación irrumpe en la quietud con brusquedad. Mi teléfono sobre la mesa vibra con insistencia, rompiendo el momento. Al incorporarme para tomarlo, noto cómo algo se tensa en mi estómago de forma instintiva. Se trata de una llamada de París. El nombre de Olivier aparece en la pantalla con claridad.

Contesto en un susurro bajo, intentando mantener la discreción:

—¿Sí? —pregunto, y hago una pausa breve para escuchar—. Sí, lo he entendido perfectamente.

La voz al otro lado es seca, directa e implacable, sin espacio para matices.

«No puedes permitir que tus emociones interfieran en las negociaciones con las empresas bajo ninguna circunstancia. Eso no te hace profesional, y pone en duda tu posición en este proyecto tan delicado.»

Cierro los ojos un segundo, sintiendo cómo el peso de esas palabras se posa sobre mis hombros como una carga enorme. Mi respiración se hace más medida y controlada, como si intentara reorganizar lo que acaba de ser sacudido en mi interior con violencia.

—Claro —respondo con frialdad calculada y profesional—. Lo tendré en cuenta.

Cuelgo la llamada y dejo el teléfono sobre la mesa con cuidado, observando la pantalla en negro.

—¿Todo va bien? —pregunta Marta con curiosidad.

—Sí, tranquila. Había olvidado algo y me lo han recordado.

La tensión crece de nuevo, ahora mucho más compleja y profunda que antes. Implicarse de forma tan personal en un proyecto no es bueno. Sobre todo, cuando tu carrera está en juego.

¿Estoy realmente dispuesta a sacrificarlo todo por salvar esta empresa?

La respuesta es tan clara que apenas puedo mirar a Marta a los ojos: Tejidos Valera no son solo números. Tiene un equipo maravilloso, una historia viva, una identidad preciosa, de esas que quedan pocas en el mercado. Pero también se trata de ella y de todo lo que despierta en mí. Y aunque deseo tener éxito y que mi carrera no se vea afectada, me he dado cuenta de que la complejidad de lo que siento añade un valor humano extra a mi persona, y hasta ahora, no sabía que lo necesitaba.

13

CÉCILE

Las oficinas de Tejidos Valera conservan el silencio de primera hora de la mañana, cuando el día apenas se despereza y todo parece flotar en una burbuja de calma aparente que oculta la actividad que bulle en su interior. Estoy sentada frente al escritorio, con varios informes abiertos delante de mí y el portátil encendido, proyectando cifras que no me gustan en absoluto y que siguen confirmando mis peores sospechas, y lo mucho que vamos a tener que trabajar. La luz de la mañana se cuela por las persianas, creando un juego de sombras irregulares sobre el suelo donde se escuchan mis pasos cada vez que me pongo de pie.

Paso las páginas con lentitud, subrayando datos clave, anotando fechas que no cuadran y comparando columnas que deberían equilibrarse pero que revelan desajustes constantes. Cuanto más avanzo en el análisis, más evidente se vuelve una verdad incómoda y demoledora: no sé si voy a poder mantener mis promesas frente al consejo si no hacemos algo ya. Cuantos más documentos leo, más me doy cuenta de los retrasos acumulados y las consecuencias cuantiosas que traen consigo, las cancelaciones parciales de pedidos importantes y pérdidas que no figuran de manera explícita en ningún balance general, como si alguien hubiera preferido ocultarlas bajo una capa de optimismo forzado.

Aprieto los labios con frustración y dejo el bolígrafo sobre la mesa cargada. Me aprieto el puente de la nariz y suspiro. En realidad, no estoy molesta con nadie en concreto. Mi enfado va dirigido a la estructura misma de esta empresa, a los años de parches que han permitido que Tejidos Valera se mantenga a flote, pero sin resolver los problemas de fondo, a la costumbre arraigada de resistir sin pedir ayuda externa hasta que la situación se vuelva

insostenible y casi irreversible. Y, sobre todo, a la presión creciente que se cierne sobre mí desde París después de la llamada de Olivier. Sé que no debo implicarme más allá de lo estrictamente profesional y todos estos datos, no dejan de recordármelo.

Cierro los ojos un segundo y respiro hondo, intentando ordenar el torbellino de pensamientos que tengo en mi cabeza. La nueva propuesta, su puesta en práctica; la teoría es sencilla y clara en principio. Identificar los problemas, encontrar soluciones, ver si París las cree viables y hablar con los Valera para saber su opinión. Ejecutarlas y esperar que funcionen. Pero todo es mucho más complejo y aunque les prometí a todos que no verían cambios directos en su trabajo, sí cambiará el modo de llevar a cabo los procesos.

Tomo una decisión impulsada por la necesidad de encontrar una solución ya, y solo me ayudará, ver otra vez cómo se vive el ritmo del día a día desde el taller, sin informes que valgan. Me levanto, abrazo la carpeta contra mi pecho y camino hasta el taller, que me recibe con su ruido habitual. Camino despacio entre los telares, saludando con un leve gesto a quienes ya están en sus puestos.

Marta está sola, de pie junto a una mesa de trabajo amplia, con el teléfono apoyado entre el hombro y la oreja en un gesto que revela tensión. Tiene el ceño fruncido y una mano apoyada con fuerza sobre el tablero, como si necesitara anclarse físicamente al lugar para no perder el equilibrio. Algo pasa. No me ha visto aún, y eso me da la oportunidad de escuchar su conversación.

—Entiendo su postura, de verdad que la entiendo —dice mientras aprieta la mano contra la mesa—. Pero cancelar ahora el pedido implicaría pérdidas importantes para ambas partes… Sí… lo sé… pero déjeme explicarle una cosa más con detalle.

Me detengo a unos metros, observándola sin interrumpirla, y me enamoro de nuevo de su tesón.

«Fuera de mi cabeza.»

—El retraso no se debe a una falta de compromiso por nuestra parte, se lo prometo —continúa con convicción—, sino a un cuello de botella puntual en el suministro de tintes que ya hemos solucionado. Necesito solo unos días más para garantizarle la calidad que siempre han esperado de nosotros en sus tiendas… No. No voy a rebajar el estándar, eso sí que no lo voy a hacer bajo ninguna circunstancia.

Cierra los ojos un instante, escuchando la respuesta con atención. Su mano libre se tensa, los dedos se cierran despacio sobre el borde de la mesa. Según lo que he podido leer, la empresa estaba con la producción inicial de un pedido independiente cuyo cliente representa casi el quince por ciento de la producción trimestral.

«Lo que nos faltaba».

—Si lo cancela ahora, perderá una línea exclusiva que no podrá replicar fácilmente con otra empresa —añade, manteniendo una calma que realmente le cuesta, le cuesta muchísimo—. Y nosotros perderemos algo más que un pedido. Perderemos una relación construida durante años, y…

El silencio que sigue me dice que la respuesta no es favorable. Marta se pasa la mano por la frente con cansancio, dejando escapar un suspiro profundo y agotado.

—Lo comprendo… —murmura con resignación—. Si cambia de opinión, seguimos aquí. No dude en contactarnos.

Cuelga despacio y deja el teléfono sobre la mesa. Durante unos segundos se queda inmóvil, mirando el aparato como si pudiera arrancarle otra respuesta distinta y más amable. Marta se gira de golpe, con la sorpresa cruzando su rostro antes de que una expresión defensiva vuelva a ocupar su lugar habitual.

—No deberías estar aquí —responde con rapidez—. Deberías haberme avisado que venías.

—Lo sé —admito sin rodeos, acercándome un poco más —. Pero necesitaba ver con mis propios ojos lo que está pasando — informo, cruzándome de brazos—. Marta, habéis estado ocultando

mucha más información de la que pensaba, y tenemos que encontrar una solución rápida. No podemos tener más pérdidas. París no lo aceptará y la propuesta… el contrato penderá de un hilo si no hacemos algo.

Ella deja caer los brazos a cada lado de su cuerpo, recuperando parte de su armadura habitual.

—Esto es asunto mío —dice, casi convencida de que puede lograrlo—. Me encargaré yo misma, como siempre he hecho.

La observo con atención. Está cansada, visiblemente agotada. No solo físicamente. Hay una tensión profunda en su postura, en la rigidez de sus hombros, en la forma en que aprieta la mandíbula. Si todo va mal, no entiendo por qué no quiere que le eche una mano.

—Déjame ayudarte —propongo con sinceridad—. Al menos revisemos juntas el contrato y busquemos una salida viable antes de que no podamos hacer nada.

—No —responde de inmediato, tajante—. No necesito que Maison Élitaire empiece a salvar pedidos para luego pasarme la factura más tarde. Todavía no hemos firmado el contrato.

—No se trata de eso —replico, intentando que acepte—. Lo hago para evitar una pérdida innecesaria que nos va a perjudicar a todos. Que podría cambiarlo todo, incluso. No ha sido fácil que el consejo de París acepte el nuevo planteamiento, y si se enteran de esto…

Marta me sostiene la mirada unos segundos, dudando. Finalmente, asiente con reticencia.

—Está bien —concede.

Saco el teléfono y marco un número sin darle tiempo a replicar más. Cuando el cliente responde, me presento con calma y explico la propuesta —que he maquinado mientras hablaba con Marta—sin medias tintas: una entrega parcial inmediata de los lotes ya terminados, y un descuento puntual absorbido por Maison

Élitaire, con el compromiso contractual de mantener las condiciones originales en el resto del pedido.

Escucho en silencio, asintiendo de vez en cuando mientras anoto los detalles. Marta observa la escena con una mezcla de incredulidad y tensión, como si no terminara de creer lo que está viendo.

—Perfecto —digo al final del discurso con el cliente—. Le enviaré el anexo modificado en una hora como máximo.

Cuelgo y guardo el teléfono con cuidado. El acuerdo está cerrado.

Marta tarda unos segundos en reaccionar, procesando lo que acaba de ocurrir. Ha sido tan rápido, que ni yo me lo creo.

—Acabas de… —empieza, sin terminar la frase, con la voz entrecortada.

—Evitar una cancelación —completo con toda la calma del mundo—. Y una pérdida mayor para ambas partes.

Me mira como si no supiera muy bien qué hacer con esa información ni cómo encajarla en su visión del mundo.

—Gracias —murmura. No hay sarcasmo. No hay defensas levantadas. Solo una gratitud desnuda y sincera que me deja con el corazón temblando.

No he ganado nada, tampoco es para echar cohetes, pero algo tan mecánico como hacer mi trabajo nos ha acercado mucho más a las dos. «*Merde*».

—De nada —respondo, y por primera vez siento que estas palabras están cargadas de un significado real.

Poco después, de regreso al despacho, enciendo el portátil para atender una videollamada que ya tenía programada. La imagen de Julien aparece en la pantalla, con su sonrisa ladeada y esa expresión irónica que conozco bien después de tantos años trabajando juntos.

—Ya está aquí la heroína —comenta con un tono burlón pero afectuoso—. Los rumores no dejan de resonar por todas partes.

—No es algo que me pille por sorpresa —respondo con una media sonrisa—. Los rumores forman parte de mi día a día.

—Dicen que estás perdiendo credibilidad —continúa, bajando la voz—. Que te estás dejando ablandar por el lado humano y emocional de la operación.

Me reclino en la silla, cruzando las piernas con calma aparente.

—Por allí dicen muchas cosas —replico—. Siempre las han dicho.

Julien me observa unos segundos, como si intentara leer entre líneas.

—Aquí hay algo más que no me quieres contar —añade con perspicacia, señalándome con un dedo—. Y no pienso preguntarte porque sé de sobra que no me lo vas a decir.

Esbozo una sonrisa breve y contenida.

—Agradezco tu discreción —digo con sinceridad—. De verdad.

—En unos días me pasaré por Madrid —anuncia con naturalidad—. Para asegurarme de que sigues siendo tú… y no una persona «blandamente» humana —ironiza—. Pero cuéntame, ¿cómo están yendo las cosas por allí? ¿La familia Valera sigue resistiéndose o ya han empezado a ver la luz al final del túnel?

Suelto una risa que me pilla totalmente desprevenida. Julien siempre ha tenido ese efecto en mí.

—Un poco de las dos cosas —respondo, apoyando la barbilla en la mano—. Hay resistencia, como es normal, pero también hay momentos en los que se abren al cambio. Hoy mismo he tenido que intervenir para que no cancelaran un pedido.

Julien arquea una ceja, divertido.

—¿Lo hiciste tú… o fue ella la que te dejó que lo hicieras?

—Más lo último que lo primero —admito—. Le propuse una solución parcial y urgente, asumiendo el coste extra desde aquí. El cliente aceptó, y después, Marta comprendió que es importante para que en París no se echen para atrás con los últimos cambios.

—Vaya. Eso sí que es nuevo. Cécile Moreu salvando el día con gestos de buena voluntad y asumiendo costes. ¿Quién eres y qué has hecho con la negociadora implacable que conozco?

—No lo sé —confieso, y mi tono baja un poco, casi sin darme cuenta—. Eso mismo me pregunto yo muchas veces.

Julien se queda callado un instante, y cuando habla noto que está preocupado de verdad.

—Ten cuidado, Cécile. No digo que esté mal sentir algo por el proyecto… Solo digo que, cuando el corazón entra en la ecuación, las cosas cambian. Y Maison Élitaire no perdona fácilmente cuando las reglas se rompen.

—No se me olvida —respondo, mirando la pantalla—. Pero también sé que no quiero que este proyecto se centre únicamente en solo números y los porcentajes. Hay algo aquí que vale la pena proteger.

Julien suspira y me dedica una pequeña sonrisa.

—Entonces protégelo. Pero hazlo con los ojos bien abiertos. Y avísame cuando necesites refuerzos… o cuando quieras que alguien te saque de allí antes de que cometas una locura.

Me echo a reír y terminamos la videollamada. Después, me quedo mirando la pantalla, consciente de lo que está pasando. Quieren vigilarme de cerca. Quieren asegurarse de que no pierda el norte, por mucho que Julien sea mi mejor amigo.

Apoyo los codos sobre la mesa y me llevo las manos a la cara, cerrando los ojos. Ya no puedo negarlo ni ocultarlo más, porque lo que siento por Marta, se está convirtiendo en algo más que una curiosidad que acabará disipándose con el tiempo. Y es algo que no me puedo permitir.

—Estás jodida Cécile. Jodida de verdad.

14

MARTA

El taller de Tejidos Valera despierta con ritmo, con las máquinas poniéndose en marcha con esa energía adictiva que conozco desde niña. Camino por los pasillos con la carpeta bajo el brazo, pero mi mente no está en los documentos que debo revisar hoy sino en lo que Cécile hizo ayer. Ese gesto con el cliente me dejó desconcertada, no la rapidez con que actuó, sino por la forma en que lo hizo: sin arrogancia, sin el distanciamiento frío que esperaba de una consultora externa enviada desde París. Fue preciso, profesional… y, sorprendentemente humano, como si detrás de cada palabra hubiera una comprensión real de lo que estaba en juego. Algo que ya he comprobado con el paso de los días.

Siento una mezcla de emociones que no sé bien cómo describir. La percibo en el pecho como una nota discordante que altera el ritmo habitual de mis pensamientos y me obliga a cuestionarme cosas que preferiría dejar intactas. Me obligo a respirar con lentitud y a concentrarme en lo que tenemos que hacer hoy.

Encuentro a Cécile ya en la línea de montaje, con el pelo recogido en una coleta práctica que deja unos pocos mechones libres alrededor de su rostro. Revisa un diagrama con esa concentración que la hace parecer completamente diferente a la mujer implacable de los días anteriores. Hay delicadeza en su mirada, como si su atención no estuviese puesta en los procesos o los tiempos, sino en las manos expertas de los operarios y las historias que hay detrás de cada gesto.

—Buenos días —saludo, tratando de estar tranquila.

Ella levanta la vista, y hay un segundo en que parece sorprenderse de que yo esté tan temprano, casi como si no esperara verme aparecer de esa forma.

—Buenos días, Marta —responde con suavidad y calidez. Sus palabras adquieren un tono sutil, influenciado por su acento francés. Y me resulta extrañamente cercana ahora, como si de pronto ya no existiera distancia alguna que nos separe.

Caminamos entre las máquinas, dando instrucciones a los trabajadores, ajustando detalles sobre la marcha. A cada paso, la siento mucho más presente a mi alrededor: el leve aroma de su perfume, una mezcla delicada y floral, con un toque amaderado que se queda flotando en el aire; igual que la postura atenta de su espalda al inclinarse para examinar un panel de control, la forma en que su voz cambia cuando explica un concepto técnico con pasión en lugar de ese tono frío y profesional que solía desplegar.

Mi cuerpo reacciona. Me siento vulnerable, expuesta, y eso me da miedo porque es un terreno que no domino, un espacio que siempre he evitado pisar. Y menos frente a alguien como ella, alguien que ha entrado en mi mundo, supuestamente… a arrebatármelo todo.

—Creo que, si reestructuramos esta etapa en el control de calidad, podríamos ganar mucha más eficiencia, y para mí… los estándares de Tejidos Valera no se perderían ni un poquito —propone mientras señala una tabla comparativa.

—Sí —respondo, casi sin pensar, porque la idea encaja con lo que llevo días dándole vueltas—. Y si combinamos ese cambio con la reorganización de horarios que propusiste ayer, podríamos reducir el tiempo de espera entre los lotes.

Cécile asiente con aprobación, y por un instante su mirada se posa en mí. Mis mejillas se calientan sin que pueda evitarlo, y me obligo a desviar la vista hacia el diagrama.

Continuamos así hasta que decidimos tomar un breve descanso, y nos dirigimos a un rincón más tranquilo del taller, cerca de un pequeño almacén, apenas iluminado por la luz que se filtra desde las ventanas altas y con el eco amortiguado del ruido de las máquinas a nuestro alrededor.

—¿Alguna vez te has preguntado qué es lo que realmente define a un líder? —pregunto, rompiendo la quietud.

Ella me mira, y ladea un poco la cabeza como si la pregunta la hubiera tomado por sorpresa a pesar de su sonrisa.

—Creo que un líder no solo debe organizar y dirigir el trabajo —responde después de un segundo de reflexión—. También tiene que entender el corazón de las personas que lidera, sus motivaciones, sus miedos…, lo que les hace levantarse cada mañana para venir aquí.

Sus palabras resuenan en mí de forma profunda, como si alguien hubiera tocado una cuerda olvidada que no vibraba desde hacía años. Respiro hondo, notando cómo se afloja el nudo en mi garganta.

—Mi abuelo —empiezo, sintiendo la nostalgia plantándose en mis ojos—, decía que un líder es alguien que camina con su gente, no delante ni detrás. Que un buen líder escucha con atención porque, incluso en mitad del silencio, descubre más que con un millón de discursos.

—¿Y cómo era tu abuelo? —pregunta Cécile con curiosidad.

Sonrío. Visualizándolo en el patio bajo el sol de la tarde, con las manos grandes y arrugadas por el trabajo, pero siempre feliz con todo lo que hacía.

—Era un hombre sencillo, pero que infundía respeto. Siempre decía que las palabras se las lleva el viento, pero los hechos perduran. —Mi voz se rompe apenas un poco, y tengo que hacer una pausa para recomponerme—. Fue quien me enseñó a no renunciar a lo que uno ama, aunque todo parezca conspirar en contra, aunque el mundo entero te diga que es imposible.

Ella guarda silencio por un instante y cuando me fijo en sus gestos, solo encuentro comprensión.

—Tuvo que ser un hombre sabio —añade con sinceridad—. Y creo que estaría orgulloso de lo que estás haciendo aquí, de cómo

estás defendiendo esto con el corazón.

Sus palabras levantan una brisa que me acaricia la piel y agita mi corazón. Cierro los ojos un instante, y noto la sinceridad que hay escondida en ellas. De pronto, su teléfono vibra con insistencia, Cécile frunce ligeramente el ceño y mira la pantalla. El nombre que aparece provoca que mi estómago se tense: Director General — Maison Élitaire.

Cécile suspira con resignación y contesta con calma.

—Sí… lo escucho. —Su cuerpo se tensa, obligándola a cambiar la postura—. Entiendo… —Hace una pausa breve—, …sí, claro. Para mañana a primera hora sin falta.

Cuelga y guarda el teléfono con lentitud, como si la breve conversación que acaba de tener, hubiese cargado un peso insoportable en sus hombros.

—¿Va todo bien? —pregunto, aunque ya sé que no lo está.

—Quieren que prepare el informe justificando la toma de control lo antes posible, y que se lo presente al consejo mañana mismo —menciona, derrotada—. Aún no he podido organizar todos los papeles, ni buscar la forma de tapar lo que he ido encontrando estos días. Ni siquiera os lo he planteado a vosotros para que me digáis qué os parece…

Mi pecho se contrae. Se nos ha acabado el tiempo y ya no hay manera ni forma de paralizarlo.

—Eso quiere decir que se han cansado —empiezo a hablar, pero mi voz se quiebra—. Tu nueva propuesta les habrá encantado, pero con estas prisas, supongo que… que lo único que quieren es presionarnos a aceptar unas condiciones que ni siquiera hemos discutido contigo.

Cécile aprieta levemente los labios, su mirada se pierde un segundo en la distancia antes de volver a mí.

—Necesito ir un paso por adelante —aclara sin dudar—. Y podemos hacerlo, aunque estemos reunidas durante toda la noche.

No vas a perder el control total de tu empresa, te lo prometo.

Y en ese momento, por primera vez en días, la siento como parte de esta empresa; una compañera de batalla, una mujer formidable que a pesar de todo sigue de pie, con la mirada fija en lo que hay que hacer y en lo que se debe proteger.

—¿Cuál es tu opinión?

—Se puede ser firme sin dejar de ser justo, tal y como hemos hablado —respondo con sinceridad —. No podemos permitir que se olvide la razón por la que estamos luchando. No solo por los números o por los compradores; sino por la gente que hace posible todo esto, por el legado de Tejidos Valera.

Cécile me mira con atención, y sus ojos permanecen atentos a los míos sin parpadear, como si estuvieran buscando algo más allá. Y entonces, sin pensarlo demasiado, sonrío. Es una sonrisa pequeña, espontánea, casi inconsciente, pero cargada de verdad y de algo que empieza a parecerse a la confianza. Ella se queda quieta, sorprendida y después, se aparta con un carraspeo.

Yo regreso mi atención a los informes.

—Tenemos que preparar la propuesta —dice Cécile con la confianza plena de que podemos conseguirlo.

—Y lo vamos a hacer.

Ella asiente. Y mientras nos ponemos a trabajar, siento que se ha construido un puente entre lo que somos y lo que podríamos ser si el mundo no estuviera tan decidido a empujarnos a elegir entre la razón y los sentimientos.

15

MARTA

Las últimas horas se me han hecho interminables, todas ellas dedicadas en exclusiva a pulir el informe que Cécile tendrá que presentar ante París. La escasa serenidad que me quedaba se ha evaporado y se ha reemplazado por una ansiedad que me oprime el pecho, y que me ha revuelto el estómago e impedido que haya podido comer algo más que café. Tengo los dedos agarrotados, fríos y torpes. El mutismo del taller me resulta frío, ajeno e incluso extraño. Me reclino en la silla, libero el aire de mis pulmones y durante un breve lapso de tiempo cierro los ojos para reorganizar mis ideas antes de confrontarlas, porque no se trata solamente del informe ni de la negociación en sí, sino de ella, cuya presencia ha permeado mi mente con sutileza, y cada vez que la traigo de vuelta, percibo cómo si el aire se negara a fluir con normalidad.

Esbozo una sonrisa teñida de amarga ironía al percatarme de cuánto me desestabiliza todo este asunto, consciente de que estoy traspasando una frontera emocional que podría costarme no solo la compañía que tanto aprecio y por la que he luchado durante años, sino también mi propio equilibrio emocional; ese eje que me mantiene anclada a la realidad. No obstante, no creo que esta atracción que siento pueda desaparecer de la noche a la mañana.

—Maldita sea —musito frustrada, con la mandíbula apretada.

Más adelante, cuando la luz del día adquiere mayor solidez y los empleados ocupan sus lugares de trabajo, me reúno con Iván y Elena en la sala de juntas que siempre hemos considerado como un espacio familiar y confidencial.

Iván me escruta desde el extremo opuesto de la mesa, con una mirada gélida y una postura inflexible que revela que sus

intenciones no han cambiado. Elena se mantiene sentada junto a él, conservando esa compostura habitual que la caracteriza, aunque en esta ocasión se nota más rígida y alerta de lo usual.

—Esto es el nuevo informe que Cécile y yo hemos conseguido hacer esta noche —les explico, dejando todos los papeles sobre la mesa—. París quiere que la negociación se cierre ya, y no podíamos permitir dejar más cabos sueltos.

Me siento tranquila con el trabajo que hemos hecho. Es posible que no sea perfecto, que aún haya pequeñas lagunas, pero con algo de suerte, aceptarán.

—Hay algo que no sabes —inicia Iván con tono imparcial y controlador—. Elena y yo hemos mantenido intercambios de información con París antes de que tú y Cécile os implicarais de manera más directa en todo el proceso.

—¿Cómo?

Percibo un nudo estrujando mi estómago y el ácido se expande con rapidez, subiéndome hasta la garganta. Comprendo sus razones, pero el sentimiento de traición me quema la piel, independientemente de cuán racional parezca su enfoque.

—¿«Antes de que nos implicáramos»? —repito, notando cómo mi voz se quiebra ligeramente—. Entonces… ¿ ya sabíais que ellos querían cerrar la negociación cuanto antes? ¿Erais conscientes de que querían comprar sin condiciones y queríais tomar una decisión sin consultarlo?

Elena traga saliva y evita mi mirada. No interviene y su mutismo me duele, porque a lo largo de estos días hemos hablado y ha fingido que las cosas iban bien.

—No ha sido una elección tomada a la ligera —contesta ella finalmente, con una voz que busca transmitir calma y razonamiento —. Aunque Cécile presentó esa propuesta, los datos financieros de la empresa no permiten opciones alternativas, y cuanto más se prolongue esta negociación, mayor será el peligro de que todo colapse. Consideramos que agilizar el procedimiento podría mitigar

los riesgos más graves y preservar al menos una parte de lo que hemos construido como empresa.

Mi pecho se contrae con fuerza, y la cólera se entremezcla con una tristeza profunda que me invade el alma. Aprecio esa lógica, e incluso la comparto en ciertos aspectos, pero las formas en las que han trabajado…, esa ausencia de transparencia y confianza, me hiere en lo más hondo de mi corazón.

—Creo que estamos omitiendo fases cruciales en este proceso —expongo con un tono mesurado y deliberado, aunque mi corazón palpita como si quisiera escapar de mi propio cuerpo—. Una transición gradual en Tejidas Valera podría garantizar la estabilidad del taller, el bienestar de todos los empleados que han dedicado sus vidas a este lugar, y la esencia misma que nos identifica. No es firmar un puto contrato comercial sin más; implica salvaguardar nuestra identidad, nuestros valores y el legado que llevamos a la espalda.

Iván se reclina en su asiento y emite un suspiro cargado de desaprobación.

—Esa perspectiva suena muy idealista y fantasiosa, Marta —replica con aspereza, sin suavizar sus palabras—. En el mundo de los negocios, no se puede priorizar el espíritu de una compañía por encima de su mera supervivencia económica. Si no firmamos este acuerdo rápido, corremos el riesgo de quedarnos sin nada, incluyendo las oportunidades futuras para cualquiera de nosotros.

Elena alza una mano en un ademán conciliador, con la intención de atenuar la creciente tensión que impregna el ambiente de la sala.

—Los argumentos de Marta son muy buenos —concede con delicadeza, buscando un equilibrio en la discusión—. Y el informe que has preparado junto con Cécile… veo que está muy bien fundamentado. Sin embargo, París ha metido prisas porque favorece a factores externos que escapan a nuestro control, como las

fluctuaciones del mercado. No solo podemos poner atención en lo que pasa aquí. También es importante ver lo que pasa ahí fuera.

Contemplo a mis hermanos con el corazón apretado, sintiendo cómo esta charla que debería haber representado una unión se transforma en otra contienda más dentro de esta guerra soterrada que nos divide. Me incorporo de la silla soltando un suspiro que arrastra el agotamiento que cargo conmigo y los miro:

—Creo que necesito tomarme un café y aclarar un poco mis ideas —declaro con mis labios temblando por estar reprimiendo las ganas de gritar—. Vuelvo en un rato.

Recojo mis pertenencias y abandono la sala con rapidez, como si el oxígeno exterior pudiera disipar la opresión que me comprime el pecho.

El pasillo que lleva hasta mi oficina me acoge con su quietud, repleto de penumbras. Abro la puerta sin meditarlo mucho, y cuando cierro tras de mí, mis ojos ponen atención en Cécile, que se encuentra sentada en mi escritorio, con el ordenador portátil encendido y la mirada fija en la pantalla, exhibiendo una pose serena y absorta, completamente ajena a la turbulencia que ha azotado mis entrañas apenas unos minutos atrás.

—Hola —murmuro en voz baja para no perturbar la atmósfera.

Ella eleva la vista, y su expresión apacible se llena de calidez, como si mi llegada constituyera un respiro anhelado en medio del bullicio del mundo exterior.

—Hola… —contesta con ternura, impregnando cada sílaba de ese acento que ya no me puedo quitar de la puta cabeza—. ¿Va todo bien? Pareces un tanto… alterada.

Por primera vez en minutos, mi respiración se normaliza ligeramente ante su presencia, como si su esencia actuara siendo un bálsamo para mí.

—He tenido una discusión con mis hermanos que me ha dejado descolocada —comienzo a relatar, sentándome en la silla frente a ella—. Al parecer, han estado en contacto todo este tiempo con París, y aunque entiendo que actuaron con la intención de proteger los intereses comunes de la empresa, deseaba al menos sentir que remamos en la misma dirección. Pero al parecer no es así. Quieren tirar por tierra el trabajo que tú y yo hemos hecho.

Cécile ladea la cabeza con atención, absorbiendo cada una de mis palabras y estira la espalda.

—Ya veo… —responde sin apresurarse—. Debe haber sido muy difícil y frustrante darte cuenta de que estás sola en esto, de que te han excluido de algo tan importante como el legado de tu familia. Pero yo te he prometido algo, y pienso cumplirlo.

«¿Acaso ya se lo esperaba?»

Asiento con la cabeza, permitiendo que las palabras fluyan liberando una carga que había estado conteniendo.

—Ha sido… un golpe muy duro —confieso, dejando que mi voz revele como me siento de verdad—. Me siento aislada, como si solo a mí me importara defender la viabilidad de esta empresa que forma parte de mi vida, y los principios y la herencia que nos definen como familia y como equipo. Es muy difícil asimilar que mis hermanos vayan contra mí.

Se instaura un silencio reconfortante, similar a una corriente cálida que fluye entre nosotras dos. Cécile se aproxima y dobla sus rodillas para quedarse frente a mí y, con una gentileza que me coge desprevenida, roza mi mejilla con las yemas de sus dedos.

Mi respiración se suspende por una fracción de segundo, captando el calor de su piel contra la mía, la delicadeza de su contacto; es como si todas las barreras que había erigido alrededor de mi corazón se disolvieran de pronto.

—No estás sola en este viaje —asegura con un timbre bajo y profundo, impregnado de una honestidad que resuena en lo más

hondo de mi ser—. Me tienes a tu lado en esto, Marta, en cada paso que implique proteger aquello que verdaderamente merece la pena.

La mirada de Cécile me penetra, con tanta fuerza que algo en mi interior se estremece, reconociendo que la química entre nosotras no parece una quimera pasajera, sino una fuerza tangible, tensa y cargada de electricidad que tiembla en el aire. Mi pulso se acelera con violencia, mis pensamientos se entretejen en un caos de deseos y dudas; la tentación palpita en mi pecho y el anhelo por sentirla más cerca clama por acortar la brecha que nos separa, por rendirme a ella.

Y durante un instante fugaz, me inclino percibiendo la cercanía de su aliento mezclándose con el mío y el compás de su respiración que se sincroniza con la mía. Cada fibra de mi existencia parece ansiar sucumbir a ese instante. Pero algo en lo más profundo de mi ser se detiene abruptamente; y no sé si es por miedo, simple cautela o una combinación de ambos elementos anclándome a la realidad. Así que me aparto.

Por mucho que me joda, me aparto.

—Lo siento. Creo que… debería irme… —vacilo, aunque no tardo mucho en dejarme llevar por la imposibilidad, levantarme, y abandonar el despacho sin volver la vista atrás.

16

CÉCILE

El pasillo que une los talleres con las oficinas se extiende ante mí con serenidad y un silencio que se me pega a la piel. Hace unos minutos que Marta abandonó el despacho y ahora corro tras ella, impulsada por unas emociones que ya no puedo ignorar, que han cobrado vida propia y se manifiestan cada vez que compartimos un instante juntas. Hemos estado a punto de besarnos, lo sé porque aún noto la caricia de su aliento en mis labios y percibo el aroma a su perfume pegado a la yema de mis dedos.

Mi cuerpo actúa por iniciativa propia, como si la razón y mi corazón libraran una batalla muda en lo más profundo de mi ser, una contienda donde la lógica intenta imponerse, pero que cede ante el empuje de lo instintivo. Coloco una mano sobre la barandilla metálica, percibo el frío del acero infiltrándose en mis dedos y libero un suspiro prolongado, en un esfuerzo por reorganizar mi mente antes de afrontar una tormenta que será inminente y que nada tiene que ver con ese informe que entregaré al consejo de París en cuestión de horas; por mucho que sus hermanos se hayan empeñado en que no sirva de nada.

Noto cómo mi respiración se acelera ligeramente al aproximarme al sector donde ella acostumbra transitar, un lugar que ahora parece distante. Me cuesta unos minutos dar con Marta, pero no tardo demasiado en hacerlo; está apoyada en una pared, con la mirada perdida en alguna parte y ese ceño fruncido que ya refleja el huracán emocional que carga contra su pecho. Mi corazón late con prisas y el anhelo de sentirla cerca me impulsa hacia ella, borrando las distancias físicas y emocionales que hasta ahora nos habían separado.

—Marta —musito, casi sin proponérmelo, como si su nombre escapara de mis labios por voluntad propia.

Ella se vuelve hacia mí, con los ojos brillando a causa de la sorpresa y ese matiz cansado que le entrega a su mirada una profundidad que me deja sin aire. Y antes de que pueda pensar en las consecuencias de mis actos, doy unos pasos y la beso con una pasión que surge de lo más profundo de mi alma.

Mis labios se unen a los suyos con una intensidad que evoca una cuenta atrás inevitable, como si cada instante de espera previa hubiera sido una preparación para este momento. Percibo cómo su cuerpo reacciona al contacto, respondiendo con una entrega que sugiere que algo en su interior también había estado sincronizado con mi ansiedad por alcanzarla, creando una comunión inmediata que disuelve cualquier duda. La sensación de su aliento entremezclado con el mío es maravilloso, igual que el calor de su piel fundiéndose con la mía, y la manera en que su cintura encaja a la perfección en el hueco de mis manos. Estas se arrastran hasta su espalda, abrazándola como si temiera que, al soltarla, cada una de nuestras emociones se fueran a desintegrar.

Quizá sea la inmediatez del instante lo que nos propulsa a avanzar sin cavilar en exceso sobre las repercusiones, pero en breve nos encontramos inmersas en una pequeña sala adyacente, un viejo almacén repleto de materiales dispuestos de forma desordenada, con partículas de polvo suspendidas en la luz que se infiltra por una pequeña ventana, creando un ambiente casi onírico. No hay nadie más en ese rincón, solo montones de cajas apiladas, estanterías metálicas cargadas de rollos de tela en diversos tonos y texturas, y utensilios antiguos que actúan como espectadores de este momento.

Marta se abandona al ímpetu con la misma vehemencia que yo, permitiendo que sus manos localicen mi cintura y me atraigan hacia ella con una urgencia que me deja sin aliento, revelando una necesidad mutua que había estado latente, muy presente. No intercambiamos palabras; solo se escuchan nuestros jadeos y la potencia de unas caricias que derrumban las últimas murallas que

persistían entre nosotras, abriendo un camino de intimidad que hasta entonces solo habíamos intuido. Me vuelvo consciente de cada milímetro de piel que entra en contacto con la mía, de cada hebra de su pelo que acaricia mi mejilla con suavidad, de cada latido que se fusiona con el mío en una danza silenciosa pero real. Esto representa una marea que nos arrastra lejos de la seguridad de la costa, un episodio que se grabará en nuestra memoria.

Seguro.

Lo tengo muy claro.

Nuestros cuerpos se reclaman mutuamente con una potencia que no tolera ni una sola vacilación. Mis dedos se entretejen en su pelo con firmeza, mientras su mano se asienta en mi espalda, decidida, casi como si buscara confirmar la realidad de este encuentro y anclarlo en el presente. La magia que nos une no representa una quimera ni un engaño pasajero; es algo vibrante, ardiente, que late en el ambiente envolviéndonos. No se limita a una mera atracción corporal o a un capricho del momento; va más allá, enraizándose en nuestros corazones. Es la acumulación de todas las horas dedicadas al trabajo en equipo, de los conflictos y las diferencias, de los agradecimientos o los intercambios de opinión, de esas mañanas entre documentos llenos de números. Representa esa fusión de amor, admiración y fragilidad que nos ha entrelazado de una manera que ni siquiera yo misma había comprendido en su totalidad hasta este preciso segundo; una conexión que trasciende el ámbito profesional y se adentran totalmente en lo emocional.

Nuestros labios se separan mínimamente, solo lo necesario para inhalar aire, pero nuestras frentes permanecen unidas, compartiendo el mismo soplo vital y ritmo cardíaco.

—Cécile… —murmura Marta con un timbre vacilante, mientras su pecho se eleva y desciende con inhalaciones irregulares que delatan su agitación —. No deberíamos hacer esto… —añade, y entonces pinta una sonrisa pícara en sus labios—, aunque reconozco que me pasaría el resto del día ahogando mis penas en tus labios…

Me roba una sonrisa. Mis dedos trazan el contorno de su mejilla con ternura, como si deseara grabar en mi mente el recuerdo imperecedero de su suavidad y calidez.

—Lo siento… —contesto—. Creo que ya no podía ignorarlo más. —La miro a los ojos y guardo un mechón de su pelo tras la oreja—. Lo que siento por ti, Marta, no solo se traduce en la fascinación que siento por tu trabajo, o ese respeto que tienes por la historia de tu empresa. Y lo gracioso es que no sé cómo ha podido pasar…

Sus ojos se dilatan, reflejando una amalgama de colores que me encantaría poder plasmar en un tapiz, como si cada sílaba que pronuncio estuviera desenterrando una tonalidad que ni siquiera existe en realidad.

Mis palabras quedan flotando en el aire dando lugar a la realidad que nos rodea. Mis dedos recorren la curva de su cuello, y observo cómo su respiración se vuelve más pausada y consciente, como si cada caricia representara una puerta más hacia ese futuro que nos aguarda.

—Lograremos que los responsables de París presten atención a las demandas de esta compañía —le repito en voz baja, aproximándome a ella sin pensármelo dos veces—, te lo juro. Tus hermanos, por mucho que intenten estar en contra, no podrán impedirlo de ninguna manera. Al fin y al cabo, tú eres la directora y tú mandas sobre ellos.

—Ojalá lleves razón…

Por unos minutos, no existe otra dimensión más allá de la nuestra. Nuestros cuerpos permanecen próximos, sumamente próximos, ocupando un espacio íntimo y detenido en el tiempo, saturado de sentimientos, oportunidades y deseo. Además de con el recuerdo de un beso que ha marcado el inicio de algo inesperado, otro desafío, pero sin duda, uno que estoy dispuesta a descubrir.

17

CÉCILE

El reloj que descansa sobre la mesa da las siete de la tarde cuando doy por concluidos los últimos detalles del documento que constituirá el informe definitivo destinado al consejo de París. Mis dedos siguen sobre el teclado, rozando la superficie con delicadeza, como si necesitaran confirmar la existencia real de esta propuesta a la que he dado forma, después de jornadas extenuantes. Contemplo la pantalla con la visión algo cansada, pero lúcida. El texto que se despliega ante mí refleja lo que defiendo: una propuesta que reformula las cláusulas contractuales, que garantiza una transición más pausada y razonable en beneficio de Tejidos Valera, que aporta argumentos estratégicos, financieros y profundamente humanos. Se trata de una defensa robusta, honesta y coherente a la que he dado forma gracias a mis conversaciones con Marta; un documento que refleja la intención de preservar, con uñas y dientes, una historia y esencia que no se puede perder.

Justo cuando me dispongo a pulsar el botón de «enviar», mi teléfono vibra con insistencia sobre la mesa. Veo el nombre de Olivier en la pantalla, provocando que una oleada de nervios me atraviese. Intuyo que la conversación no será sencilla, ni mucho menos amable.

—¿Sí? —respondo, poniéndome recta en la butaca, como si eso pudiera darme un poco más de seguridad.

Al otro lado de la línea, la voz de Olivier suena gélida e implacable, sin espacio para preámbulos.

—El consejo está reunido —anuncia con sequedad, dejando claro que no está solo.

Comprendo de inmediato que todo lo que salga de mi boca, podrá tener repercusiones, así que me mantengo serena —o lo intento— por el bien de la operación.

—Adelante —respondo, esforzándome por mantener el control absoluto de mi voz, aunque por dentro siento cómo una corriente fría recorre toda mi espalda.

—Hemos reconsiderado los planes —prosigue Olivier sin suavizar ni un poco el tema—. La adquisición se llevará a cabo exactamente en los términos originales: Maison Élitaire tomará el 55 % de Tejidos Valera. No habrá cláusulas de transición gradual ni condiciones especiales de ningún tipo. O se acepta así, o no habrá acuerdo.

Mi cuerpo se tensa.

—Con el debido respeto —replico, intentando anclarme a cualquier sitio—, se está cometiendo un error de proporciones considerables.

Se produce un silencio denso al otro lado de la línea. Puedo imaginar las miradas que se cruzan en la sala de reuniones parisina, la forma en que evalúan mi respuesta. La presión que se acumula sobre mis hombros se ha convertido en una marea que sube hasta robarme el aire.

—Tejidos Valera no es una compañía cualquiera —continúo, enderezándome, mientras mis manos rozan la carpeta del informe como si fuera un talismán—. Esta empresa atesora un prestigio artesanal forjado durante generaciones, una reputación construida con dedicación y una identidad única que no se puede replicar ni comprar. Si Maison Élitaire aspira a penetrar en mercados donde el valor de la tradición, la artesanía y la herencia pesa tanto como los balances financieros, asociarse con una compañía de este calibre no debería ser simplemente una transacción comercial, sino una inversión. Por mucho que los hermanos de la señorita Valera piensen lo contrario —aclaro, dejando muy claro que estoy al corriente. Respiro dos veces, y continúo—. Privar del control a la directora

sería un error garrafal, y no sólo estratégico, sino humano. El equipo que trabaja en Tejidos Valera lleva años dejando huella en cada una de las telas que atraviesan estas puertas, no nos podemos permitir perder algo tan único.

Se escucha un murmullo de las voces a través del altavoz, un rumor que delata que mis palabras les han impactado. Todos guardan silencio unos segundos, dejando que la expectación se instale entre nosotros a pesar de la distancia.

Respiro hondo, permitiendo que cada palabra que pronuncie a continuación salga con la solidez que he ido construyendo a lo largo de este último par de semanas.

—Me estoy jugando mi carrera y mi posición en la compañía al defender esta postura, lo tengo muy claro —declaro, sin dejar traslucir ni un ápice de duda—. A pesar de los números que todos hemos analizado, la mayor parte de los obstáculos que han surgido en la cadena de producción y que, con un par de cambios, pueden solventarse. No provienen de fallos de gestión, sino de la evidente divergencia de visiones que existe entre los hermanos Valera y la directora. Marta comprende el alma de esta empresa de una forma tan personal que trasciende cualquier informe; su visión es la que mantiene vivo el legado que hace que Tejidos Valera sea lo que es.

Otro silencio profundo se instala al otro lado. Casi puedo percibir la tensión que recorre la línea telefónica, como si cada miembro del consejo estuviera sopesando mis argumentos, mi grado de implicación personal y la sinceridad que destila mis palabras. En este momento no estoy exponiendo solo datos o un análisis basado en números; estoy dejando al descubierto que mi defensa no se basa únicamente en eso, sino también en lo que he observado, en lo que he sentido y en lo que considero justo y necesario.

Finalmente, la voz de Olivier regresa, con una pregunta que tiene su razón de ser.

—¿Cómo podemos estar seguros de que con este tipo de adquisición ganaremos prestigio y que eso no hará que se vea

afectada nuestra imagen comercial?

Detrás de esa interrogación no solo hay interés; hay dudas, temores ante una inversión que pueda resultar fallida, recelos ante un cambio de rumbo que no puedan llegar a controlar. Inspiro con lentitud, notando cómo mi pecho se expande, cómo el peso de la responsabilidad se asienta sobre mí, pero también cómo la seguridad de estar haciendo lo correcto se afianza en mi interior. Y antes de hablar, recuerdo cada una de las ocasiones en las que he tenido la oportunidad de ver a Marta recorriendo los talleres de Tejidos Valera.

—Porque jamás he presenciado a nadie defender un proyecto con tanta pasión y coherencia como lo hace la directora de esta empresa —respondo con una sinceridad que brota sin filtros de mi propio corazón—. Su compromiso no es un acto de resistencia ciega al cambio, sino una fuerza que moviliza, que une voluntades y que convence a quienes la escuchan. Lo he visto con mis propios ojos —sentencio—. He sido testigo de cómo Marta defiende sus creencias con lógica, amor por su legado y un conocimiento profundo del negocio que va mucho más allá de los datos, por mucho que haya cometido errores, eso todos lo tenemos claro. —Respiro de nuevo y continúo—. Les aseguro que esa pasión se traduce en un prestigio reconocible en el mercado. Solo necesita que alguien crea en su talento de verdad. Y que entienda que lo que se hace aquí, no existe en una fábrica mecanizada y sin alma.

Cierro los ojos, apretando la mandíbula. Y en silencio, rezo por haberlos convencido, de que no sigan adelante con una locura que no beneficiaría a nadie.

—Muy bien —concede Olivier, aunque después carraspea—. Vamos a firmar la propuesta alternativa que ya habrás preparado. Pero lo haremos con condiciones estrictas y una supervisión mensual rigurosa. Si al término del primer mes no se observan cambios significativos y avances notables, rescindiremos el acuerdo y Tejidos Valera desaparecerá. Y lo hará contigo dentro, tenlo en cuenta Cécile.

Mi estómago se contrae y noto cómo el ácido me sube hasta la garganta. Es un ultimátum feroz, sin margen para medias tintas, con un riesgo inmenso que vamos a tener que asumir y un esfuerzo que vamos a tener que hacer a toda prisa.

Mi respiración se vuelve profunda y controlada, porque comprendo con exactitud lo que esto significa. No se trata de un simple visto bueno; es una confianza condicionada a resultados inmediatos y una amenaza implícita pero clarísima.

Cierro los ojos durante una fracción de segundo, permitiendo que la magnitud de lo que acabo de conseguir —y de lo que ahora pende de un hilo— me atraviese. Mi carrera, mi reputación profesional, mi futuro en Maison Élitaire, todo queda pendiendo de un hilo. Pero también soy consciente de que ese hilo no se sostiene solo de lo que suceda o no con este acuerdo; hay algo más y ese algo, es mi acercamiento a Marta y la barrera que he atravesado sin quererlo o esperarlo.

—Entendido —respondo con toda la seguridad que puedo rescatar—. Prepararé el contrato de inmediato e informaré a la señorita Valera que se va a firmar el acuerdo.

Cuelgo la llamada y dejo el teléfono sobre la mesa con cuidado, como si se tratara de un objeto delicado que ya no puedo sostener sin riesgo de romperlo. Inspiro con lentitud, registrando cómo cada parte de mi cuerpo asimila la noticia: la victoria condicionada, la amenaza, la apuesta personal más arriesgada de toda mi trayectoria profesional.

Una parte de mí salta de la felicidad. «Lo hemos logrado. La propuesta alternativa ha sido aceptada». El tiempo extra, la transición pausada que consideraba imprescindible para que todos los trabajadores se adapten, la posibilidad real de salvar Tejidos Valera conservando su dignidad y su esencia… todo ello ha pasado de ser un documento a una realidad. Es el fruto de días observando de primera mano cómo se trabaja aquí, de días sumergida entre papeles, de instantes conflictivos en los que Marta me hizo ver lo importante que era evitar que esta empresa se hundiera.

Pero otra parte de mí, la más íntima y vulnerable, reconoce la verdad que he intentado eludir; que esta victoria conlleva un precio personal altísimo, y que no se reduce únicamente a lo que he arriesgado en el plano laboral. He puesto demasiado empeño y todas mis decisiones han estado impulsadas por mi corazón. Un corazón que, en realidad, ya no controlo.

Cierro los ojos de nuevo y me permito aceptar esa verdad con toda su intensidad; sentir ese vértigo sutil que se instala dentro de mí. Porque lo que acabo de hacer no solo ha sido defender lo que creo importante. He renunciado a mi habitual distancia emocional para apostar por algo que también me pertenece, aunque aún sea demasiado pronto cómo para determinar su significado.

Y mientras el silencio inunda de nuevo la habitación, una verdad se abre paso en mi interior: todo esto ha pasado porque, aunque al principio no lo comprendía, lo que siento por Marta dejó de ser una atracción profesional, para convertirse en algo que ya no hay modo de dejar atrás.

«Algo que ni siquiera sé hacia dónde irá.»

18

MARTA

Camino por las aceras con el pecho oprimido, notando cómo la noche engulle poco a poco los últimos rayos de sol de un atardecer que se niega a desaparecer. El azul profundo que tiñe la ciudad se extiende sobre los edificios, mientras el rumor del tráfico lejano acompaña mis pasos marcando un ritmo distante. De pronto, mi teléfono vibra en el bolsillo y, al sacarlo, leo un mensaje de Cécile: «Lo hemos conseguido.» Tres palabras en apariencia sencillas, pero que tienen un peso importante y dibujan un sueño que ansío hacer realidad y que, al mismo tiempo, despiertan en mi estómago unos nervios fruto por la euforia y el temor ante lo que significa haber llegado hasta aquí y lo que aún nos espera.

Mi pulgar se detiene sobre la pantalla, regresando una y otra vez a esos caracteres que parecen brillar cargados de esperanza, de promesas hechas realidad, de algo que cargo dentro y que nada tiene que ver con el ámbito profesional.

«Lo hemos conseguido», pienso. Y el primer impulso que me recorre es el de girar sobre mis talones e ir a buscarla, dar con ella y besarla hasta que el cansancio nos venza a las dos. Un beso que celebre cada segundo invertido en esta batalla, que sepulte bajo su intensidad todas mis dudas, mis miedos acumulados, las noches enteras sin dormir y la agitación que me ha acompañado durante los últimos meses. Pero antes de que mis piernas obedezcan ese deseo visceral, el teléfono vuelve a vibrar y el nombre de Elena aparece en la pantalla, rompiendo el hechizo.

Lo observo con resistencia, como si su nombre se hubiese convertido en un peligro al acecho. Durante un segundo pienso en no contestar, en dejar que la llamada pase de largo y se pierda en el bullicio de la ciudad, y esconderme en la calidez que me despierta el

mensaje de Cécile. Sin embargo, algo en mi interior —el instinto, la inquietud o la lealtad— me impulsa a deslizar el dedo y aceptar la llamada.

—Hola —contesto en voz baja, deseando que el ruido del tráfico urbano ahogue mis palabras.

Al otro lado de la línea, la voz de Elena suena tensa, contenida, como si estuviera librando su propia lucha y ya no pudiera ocultarlo más.

—Marta… Iván acaba de hablar conmigo —explica, algo alterada—. Ya me ha contado que el consejo de París ha aceptado la nueva propuesta. Estaba hecho una furia, la verdad. Y lo comprendo.

Mi mandíbula se tensa, imaginando la conversación que tuvo con ella.

—¿En serio? —pregunto con incredulidad—. ¿Qué esperabais? ¿Que me rindiera tan fácilmente? —replico intentando mantener la frialdad, aunque con Elena nunca lo haya conseguido—. No me hagas reír, por favor.

Se produce un silencio breve, como si Elena fuese la más dañada en esta batalla.

—Nosotros… solo buscamos lo mejor para la empresa —responde con prudencia—. No es algo personal, sabes cuánto hemos sufrido el último par de años.

Frunzo el ceño mientras mi paso vacila y luego se acelera, como si la ciudad entera se moviera al compás de mi indignación.

—No —contesto, respirando con dificultad bajo la luz artificial de las farolas—. No. Lo que buscáis es una salida rápida y sin complicaciones. Queréis cerrar esto cuanto antes porque os aterra seguir adelante con este legado. Teméis que nos hundamos si no aceleramos el proceso a toda costa.

La línea queda muda tras mis palabras. Un silencio que hiere más que cualquier réplica, porque en él se concentra todo lo que mi

querida hermana no se atreve a decir.

—Sabes que yo jamás me desharía de esta empresa —añade Elena, con un susurro ahogado que deja traslucir más vulnerabilidad de la que pretendía mostrar—. Jamás. Está llena de recuerdos de papá, de mamá, del abuelo…

Un nudo se forma en mi garganta, no solo por la tensión que vibra entre nosotras, sino por la comprensión profunda de lo que subyace a esas palabras.

—¿Y entonces por qué te pones del lado de Iván? —pregunto, mientras mi propio miedo moldea cada sílaba—. Si sabes lo que yo sé, si comprendes lo que significa realmente esta empresa para nosotras.

La respuesta no llega de inmediato.

—¿Por qué no lo hablamos en persona? —pide, y la escucho suspirar—. Te espero en casa.

«Te espero en casa». Esas palabras resuenan con la densidad de todas las noches compartidas cuando éramos niñas, antes de que la negociación, el orgullo herido y los miedos empresariales levantaran muros entre nosotras. El corazón me late desbocado mientras doy media vuelta y busco un taxi. No tengo ganas de ponerme a pelear con ella, pero sé que no lo puedo dejar pasar. Así que me subo al primer vehículo que veo esperando, le doy la ubicación y dejo que la ciudad se deslice ante mis ojos como una secuencia apresurada de imágenes borrosas.

Las calles parecen estrecharse a mi alrededor. Los semáforos van del rojo al ámbar, y en cada parada siento que el tiempo se ralentiza deliberadamente, invitándome a repasar cada elección, cada riesgo que he asumido en los últimos días.

Al fin llegamos a la casa de Elena. Es una vivienda sencilla y acogedora vista desde fuera. Respiro hondo antes de bajar del coche, como si necesitara reunir todas mis fuerzas para enfrentar no solo a mi hermana, sino también el conflicto que me habita por

dentro, esa lucha entre el deber hacia la empresa y el amor hacia mi familia.

La puerta se abre casi al instante y el aroma que me envuelve resulta inconfundible: canelones de queso y espinacas recién hechos. Ese olor me golpea; una mezcla de aromas que afloja ligeramente la presión en mi pecho. Elena siempre ha cocinado como nadie en nuestra familia, y ese plato en concreto fue mi preferido durante incontables tardes de invierno cuando éramos pequeñas.

—Siéntate —me invita con un gesto suave, abriendo más la puerta—. Tus sobrinos ya están dormidos.

La casa permanece en silencio. En el centro de la mesa, la cazuela aún humea. Elena sirve una copa de vino y me la tiende con cuidado, como si con ese gesto intentara reconciliarse conmigo.

—Gracias —murmuro al tomar la copa—. Esto huele increíble, como siempre.

Elena me observa y en sus ojos puedo ver reflejada su preocupación.

—Marta —comienza, buscando mis ojos—. Quiero que me escuches con atención. Solo he actuado por miedo. Sabes cuánto hemos sufrido con esta empresa, cuánto nos ha costado mantenerla a flote. No puedo permitir que se vaya a pique y que mis hijos tengan que cargar con esa incertidumbre cada día de su vida.

Su voz se quiebra apenas un instante, y un brillo de culpabilidad atraviesa sus ojos antes de que recupere la compostura que siempre ha sido su escudo.

—¿Qué voy a hacer con los niños si todo se derrumba? —prosigue, con esa combinación de fragilidad y fortaleza que la define —. ¿Cómo les explico que lo intentamos todo y aun así no fue suficiente? Si perdemos esto… no solo se va a hundir la empresa, nos hundiremos nosotros también.

Mi garganta se cierra con un nudo doloroso. Elena no está defendiendo una postura fría y calculadora; está protegiendo la seguridad de su hogar, la estabilidad de sus hijos, la certeza de que el futuro no será más cruel de lo que ya ha resultado en ocasiones. Y es algo en lo que no había pensado.

Durante unos segundos me resulta imposible responder, porque sus palabras exponen la crudeza de una vida llena de responsabilidades, de noches sin dormir, de temores que se guardan en silencio para no alarmar a los demás.

—Lo entiendo —respondo, dejando que cada palabra caiga con la mayor sinceridad posible—. Lo entiendo de verdad. Sé lo que podemos perder… sé lo que significa no tener certeza sobre el mañana.

Tomo un sorbo de vino y dejo que este me recorra la garganta. Elena me mira y en sus ojos reconozco algo que no veía desde nuestra infancia: una rendición honesta ante el peso implacable de la vida real.

—Perdóname —susurra, como si se tratara de una confesión largamente contenida—. No quería que pensases que no te estaba siendo leal o que estaba tramando cosas a tu espalada.

Mis dedos se aferran a la copa sin que me dé cuenta, como si necesitara anclarme a algo sólido mientras proceso sus palabras.

—Ya lo sé, no te preocupes —respondo con ternura—. También he sido egoísta. Siento no haber pensado en lo que significa todo para el resto de la familia.

Un suspiro profundo escapa del pecho de Elena, como si por fin hubiera soltado una carga que llevaba demasiado tiempo sosteniendo sola. Sus manos descansan relajadas sobre la mesa, y en ese gesto percibo que mi respuesta le ha devuelto el suelo bajo los pies.

—Sé que podrás conseguir que Tejidos Valera siga adelante —añade con una sinceridad que me estremece—. Estoy contigo, aunque mis miedos me llevaran a tomar atajos que ahora reconozco

que no eran los correctos. Al menos, tal y cómo me lo pide el corazón.

El calor de sus palabras se posa en mi pecho con una delicadeza inesperada. No se trata solo de una disculpa; es una entrega plena de confianza, un puente que vuelve a unirnos, tal y como lo estábamos antes.

—Lo haremos juntas, Elena —contesto, posando mi mano sobre la suya con firmeza—. Como siempre deberíamos haber estado.

Le sonrío de nuevo. Los canelones esperan sobre la mesa, humeando con paciencia. El vino brilla suavemente en las copas bajo la luz cálida de la lámpara. Y en este instante, mientras el aroma de la comida impregna el aire y la calidez de la casa nos envuelve, siento que no solo he recuperado una alianza esencial, sino también la certeza absoluta de que no estoy sola en esta lucha. Porque, aunque la batalla por Tejidos Valera siga siendo ardua y esté repleta de incertidumbres, en casa conservo unas raíces profundas que nadie podrá arrancar jamás.

Y eso, en sí mismo, constituye un motivo poderoso para continuar adelante.

19

MARTA

El salón principal del taller vibra con una energía que no había percibido desde hacía meses, una alegría y expectación que se filtra en cada rincón y despierta recuerdos de tiempos más prósperos. La luz del mediodía irrumpe con generosidad a través de las ventanas, mientras el aroma de unos claveles que traje conmigo esta mañana, impregna el ambiente con una familiaridad reconfortante que me envuelve y me hace viajar a esos años en los que mi madre lo llenaba todo de flores. Un murmullo constante atraviesa la sala: las voces de operarios, técnicos, patronistas y costureras que no han faltado a la reunión convocada para esta jornada, creando un tapiz sonoro cargado de nerviosismo e incertidumbre.

Frente al pequeño estrado improvisado, sujeto la carpeta con el discurso que hemos elaborado Cécile, Elena y yo. Me siento orgullosa porque las tres estemos aquí hoy, como una tríada cuya mentalidad y deseos caminan en la misma dirección. A mi lado, mi hermana se muestra serena, arreglándose la blusa mientras su mirada refleja una determinación suave y madura. Detrás de mí, Cécile inspira profundamente y me observa con una expresión que combina complicidad, respeto y esas emociones que cargamos dentro y que ninguna de las dos ha osado reconocer de manera abierta.

—Buenos días a todos —inicio con el corazón latiéndome a toda prisa—. Hoy es un día trascendental para la historia de Tejidos Valera, un punto de inflexión que hemos alcanzado gracias al esfuerzo compartido de toda nuestra familia.

El murmullo se apaga de inmediato; percibo cómo cada mirada se clava en mí, aguardando no solo explicaciones, sino garantías sólidas que disipen las dudas acumuladas.

—Como bien sabéis, hemos dedicado innumerables horas a la negociación con Maison Élitaire —prosigo, liberando un suspiro controlado que alivia ligeramente la presión que cargo en mi pecho —. Y ahora, deseo compartir con todos vosotros el desenlace de todo ese trabajo.

Hago una pausa breve, consciente de cada respiración que tomo, del silencio cargado de expectativa que reina en la sala, y esas miradas que no me amedrentan; al contrario, me sostienen con fuerza y me recuerdan el propósito fundamental que me ha traído hasta aquí, el compromiso inquebrantable con esta comunidad que forma el alma de la empresa.

—Gracias al empeño colectivo y a la propuesta alternativa que presentó Cécile y defendimos con mucha fuerza… —continúo, sintiendo cómo las palabras fluyen con mayor fluidez—, …hemos cerrado el acuerdo con París en términos favorables que benefician a todos los implicados.

Un susurro de sorpresa recorre la sala, seguido de miradas cruzadas y sonrisas tímidas que empiezan a dibujarse en los rostros. Cécile avanza un paso sutil hacia adelante, respaldando con su mera presencia la afirmación que acabo de exponer, infundiendo una solidez adicional al anuncio.

—Esto implica —interviene Cécile con un tono nítido, resuelto pero impregnado de calidez—, que no habrá ningún despido. Ninguno de los trabajadores de Tejidos Valera perderá su empleo como resultado de esta negociación. Nos hemos asegurado que la transición respete la estabilidad laboral que tanto merecéis.

Un murmullo más intenso de alivio surge de inmediato; algunas mujeres se abrazan con emoción, otros empleados se llevan la mano al pecho en un gesto de visible desahogo, y el ambiente se relaja, permitiendo que la esperanza comience a tejerse de nuevo.

Aun así, la necesidad de abordar los cambios inevitables no puede soslayarse, porque la honestidad es el pilar de esta comunicación.

—No obstante —retomo con sutileza, transmitiendo esa empatía que siempre he sentido por cada uno de estos trabajadores —, a partir de ya pondremos en marcha un plan de modernización y automatización en determinados procesos de producción, con el objetivo de adaptarnos a las demandas actuales sin perder nuestra esencia.

Un silencio cargado de expectación se instaura en la sala. Comprendo que esta declaración genera interrogantes, preocupaciones y no pocas inquietudes, ya que toca el núcleo de sus rutinas diarias.

—Mediante la implementación de sistemas automatizados en el corte de telas, el control de calidad y el transporte interno de materiales… —explico, gesticulando con las manos abiertas para enfatizar lo que digo—, …lograremos agilizar varias operaciones, aliviar cargas físicas innecesarias y garantizar que la creatividad y la precisión artesanal sigan siendo el eje central de nuestro producto, preservando lo que nos hace únicos en el mercado.

Observo cómo algunas cejas se arquean con escepticismo, mientras otros se miran entre sí en busca de reacciones compartidas. En ese momento, una voz se eleva con claridad y serenidad.

—¿Cómo se llevará a cabo ese proceso exactamente? ¿Y qué ocurrirá con quienes ahora realizan las tareas que se automatizarán? —pregunta Fátima Ramírez, la encargada de producción, que hasta hace poco estuvo de baja.

Hay respeto profundo en su entonación, pero también una necesidad auténtica de claridad, de comprender no sólo su propio futuro, sino el de los compañeros con los que ha compartido años de dedicación y esfuerzo.

La miro directamente a los ojos, con la seriedad que su inquietud merece, reconociendo la validez de sus dudas.

—Comprendo perfectamente tus preocupaciones y las valoro —respondo, mientras avanzo al borde del estrado para acortar la

distancia simbólica—. Este proceso no se hará de forma precipitada ni sin una planificación detallada lo prometo; hemos pactado con el equipo técnico de Maison Élitaire un esquema de reubicación y capacitación para todos aquellos que actualmente desempeñan las labores que se automatizarán, asegurando una transición equitativa.

Las manos de algunos se entrelazan con tensión, como si el anuncio empezara a cobrar forma concreta en sus mentes, generando una mezcla de alivio y curiosidad.

—Esto supone… —prosigo—, …que quienes se ocupan hoy del control manual de calidad o del transporte interno recibirán formación específica para operar, supervisar y optimizar los nuevos sistemas. Nuestro propósito no es desplazar a las personas, sino potenciar sus competencias y transformar su experiencia en un valor añadido esencial para el crecimiento de la empresa, permitiendo que cada uno contribuya de manera más estratégica.

Fátima inclina la cabeza, sopesando mis explicaciones con atención, y es entonces cuando Rebeca Ortega, la diseñadora junior y patronista de 33 años, interviene con un entusiasmo contagioso.

—Estoy completamente de acuerdo con lo que estás exponiendo —afirma con una sonrisa que ilumina su rostro—. La modernización no tiene por qué representar una amenaza; al contrario, puede convertirse en una aliada que nos libere de tareas repetitivas y nos permita dedicar más tiempo a la parte creativa del proceso. Llevamos tiempo queriendo innovar en los diseños, y así podremos conseguir que estos preserven la identidad artesanal que nos distingue en el sector.

Su intervención genera sonrisas entre varios jóvenes del taller; algunos asienten con esperanza renovada y un alivio palpable que se extiende como una onda que nos acaricia a todos.

—Además —añade Rebeca, con una chispa viva en los ojos que refleja su pasión por el trabajo—, seguro que esto nos dará periodos de descanso más amplios ¿no? —añade con cierta picardía, desatando varias risas a nuestro alrededor. Incluyendo la mía y la de

Cécile—. Nadie quiere que el trabajo sea una rutina agotadora que no tenga ningún propósito. —Asiente con la cabeza—. A mí me habéis convencido.

Asiento y noto cómo mi corazón se inunda de una emoción profunda, porque sus palabras capturan con acierto lo que hemos luchado por preservar: la dignidad inherente al trabajo humano y las oportunidades de desarrollo personal dentro de la compañía.

—Gracias por compartir tu perspectiva, Rebeca —expreso con gratitud—. Eso es precisamente lo que aspiramos a lograr: que este proceso se convierta en una oportunidad real para cada uno de nosotros.

Percibo a Cécile junto a mí, irradiando esa energía conjunta que hemos forjado en silencio. Su mirada me sostiene con firmeza, como si disipara cualquier rastro de duda en mi interior bajo la luz de un objetivo compartido que nos une mucho más que lo laboral.

Pero justo cuando intuyo que la reunión ha alcanzado un equilibrio armónico, Iván irrumpe en la sala abriendo la puerta de manera abrupta, alterando el ambiente. El cambio se nota de inmediato, introduciendo una nota de irritación que transforma toda la atmósfera.

—Marta.

Su tono destila frustración, resquemor y una ira que me pone en alerta. Sus pasos resuenan sobre el suelo con una firmeza casi agresiva, marcando una entrada que no deja indiferente a nadie.

Me vuelvo hacia él, manteniendo su mirada, lo más tranquila posible, aunque mi corazón se acelera. Elena, que permanece a mi lado, detecta el cambio y posa una mano sobre mi espalda sin desviar la vista de Iván, como si comprendiera que la ecuanimidad es crucial en este preciso momento para evitar que la situación escale a una crisis mayor.

—Muchas gracias a todos —se adelanta Cécile, dando por finalizada la reunión—. En cuanto tengamos las nuevas

planificaciones, nos reuniremos con vosotros para empezar a trabajar.

Todo lo que me rodea se reduce únicamente a la mirada eléctrica que Iván y yo compartimos. Escucho el ruido de las conversaciones, como la puerta se abre y los operarios se marchan poco a poco.

—Nadie me avisó de que hoy habría una reunión —declara él, con la voz tensa y cargada de reproche—. Al final, lo has conseguido… estás arrastrando esta empresa poco a poco a la ruina en vez de aceptar lo que te ofrecían desde París. Deberías haberte hecho a un lado, aceptado que ya no tiene remedio y no estar aquí, ofreciendo un plan que no va a funcionar por muchas maquinitas que metáis.

—El que no debería estar aquí, eres tú.

Levanto una mano para frenar a Elena, que al ver mi reacción se sume en un silencio absoluto.

—Lo que he hecho… —respondo con determinación—, es porque esta empresa forma parte integral de mi vida, de mi familia y de la historia que hemos construido juntos. No he venido a rendirme ante las dificultades; he venido a defender lo que considero justo y necesario para su supervivencia.

Iván cruza los brazos sobre el pecho, su mandíbula se endurece y sus ojos centellean con una mezcla de frustración y perplejidad.

—No entiendes nada, ¿verdad? —murmura él con aspereza, bajando ligeramente la voz—. París nos ofreció condiciones que… que no podíamos rechazar. Eso representaba la salida más segura, la que garantizaba estabilidad inmediata. Esta propuesta nueva…

Doy un paso hacia él, sin invadir su espacio, sino con una resolución que no admite vacilaciones.

—«Seguro» no equivale a correcto —replico con firmeza, manteniendo el equilibrio—. No podemos sacrificar nuestra identidad

ni el bienestar de quienes han dedicado su vida entera a Tejidos Valera por una salida apresurada que ignora las consecuencias humanas. He defendido una transición que protege a todos. —Incluyo una mirada hacia los empleados que ya se van desperdigando—, y que, simultáneamente, abre las puertas a la modernización sin abandonar a nadie en el camino, asegurando un futuro sostenible.

Iván baja la mirada por un instante, como si mis argumentos lo confrontaran con una realidad que había evitado afrontar hasta ahora, una verdad incómoda que remueve sus propias dudas.

—Te piden un mes de mejoras, y no va a ser fácil —concede con un tono más bajo y reflexivo—. Y sí, es posible que tengas razón, pero es una locura y las locuras nunca salen bien.

Elena observa la escena y entonces avanza un paso.

—Iván —interviene con autoridad—. Sé lo que ha costado llegar hasta este punto, lo que hemos padecido como familia y como equipo. Pero lo que propone Marta… podría ser lo óptimo para todos. No solo para la empresa en términos financieros, sino para cada una de las personas que trabajan aquí y que merecen un trato justo.

—Lo justo es que no estemos perdiendo dinero cada vez que abrimos esa maldita puerta y que alguien se haga cargo de nuestras deudas antes de que sea demasiado tarde.

—No perdemos nada por esforzarnos, ¿no te parece? —pregunto yo, dando un par de pasos hacia él—. Es mucho más fácil cruzarse de brazos y que ellos se encarguen de manejar esta empresa a su manera. El abuelo, y papá, habrían hecho lo posible por impedirlo.

Por un momento, creo ver cómo su expresión se ablanda, revelando una vulnerabilidad que rara vez muestra, sin embargo, se refuerza un instante después.

—Lo único que vas a conseguir, es que todas esas personas se ilusionen. —Señala hacia los talleres—, para después, echarlos a la

calle, y ya me gustará verte cuando se queden sin dinero y en la calle.

Siento cómo mi corazón se contrae y cómo cierro las manos en dos puños. Iván, en parte, tiene razón. Tengo el futuro de todas esas personas en mis manos; es demasiada presión, pero somos un equipo y sé que podemos conseguirlo.

—Lárgate de aquí Iván. No necesitamos que nos recuerdes lo difícil que va a ser, y si tú no vas a ayudar… solo estorbarás.

Esta vez no soy yo la que habla, tampoco lo hace Elena. Es Cécile. El ambiente, relajado y familiar antes de que él apareciera, se satura de tensión y me corta la respiración. Iván sonríe y después, hace un movimiento de cabeza para dar media vuelta y desaparecer. Lo que me hace ser consciente de que todo irá bien siempre que permanezcamos juntos. Porque esta empresa ha dejado de ser meramente un conjunto de hilos y telas; se ha convertido en un corazón, en una historia compartida, en una comunidad dispuesta a reinventarse sin renunciar a lo que más valora: su gente y su legado.

No va a ser sencillo, tenemos solo un mes, pero lucharemos hasta el último segundo por seguir siendo los que manejen esta empresa.

20

MARTA

Apenas son las ocho de la mañana y mi cuerpo se resiente de la tensión acumulada, y sobre todo del enfrentamiento que tuve con Iván. Ya han pasado tres días, y nuestro plan, se ha transformado en un almanaque lleno de días que se van tachando, recordando la urgencia que tenemos. Me reclino en la silla, con la vista clavada en la pantalla del portátil donde centellean algunos correos electrónicos que tengo que revisar. La instalación de las máquinas ha iniciado esta madrugada; los técnicos trabajan sin pausa, integrando cada componente de manera profesional. El ajetreo se ha convertido en un runrún ininterrumpido, un eco constante que me advierte de que debemos darnos prisa y que cada segundo, es importante.

A pesar de la tensión que me oprime el pecho, me resisto a permitir que mi estado emocional derive en desesperación. Una parte de mí sabe que el control radica en mantener la calma y enfocarse en las soluciones. Tejidos Valera saldrá adelante, lo sé con cada fibra de mi ser.

Cierro los ojos durante un instante, permitiendo que el rumor distante de las conversaciones de los técnicos invada mis pensamientos, hasta que escucho un suave toque en la puerta y este rompe la quietud.

—Pasa —contesto sin elevar demasiado la voz.

La puerta se abre despacio y aparece Cécile. No puedo evitar sonreír, clavar mi mirada en sus ojos y recorrer su rostro hasta acabar en sus labios.

Ella entra, deja su abrigo sobre la silla, y me observa un poco en silencio. Desde el beso que nos dimos, todas nuestras conversaciones son así: silenciosas, algo tensas, repleta de miradas

y sonrisas cargadas de emociones que amenazan con desbordar mi corazón.

—Buenos días… ¿cuándo has llegado? —saluda, como si intuyera que llevo pegada a este escritorio desde hace horas.

Yo cierro el portátil para centrar mi atención en ella, notando cómo su presencia altera el ritmo de mis pensamientos.

—Gracias por venir tan temprano —inicio, y mi voz transmite el agotamiento acumulado—. Quería darte las gracias por todo lo que has hecho. De verdad. No sé si te lo he dicho, pero gracias. Tu apoyo estos días ha sido fundamental.

Cécile ladea ligeramente la cabeza, como si absorbiera mis palabras, y su mirada se posa en mí con una ternura que hace que mi respiración se acelere, recordándome la complejidad de lo que sigue creciendo entre nosotras.

—No tienes por qué agradecérmelo —replica —. Estoy plenamente comprometida con este proyecto, contigo en lo personal y con la empresa en su totalidad. Creo en su potencial y en la visión que has defendido. Me encanta observar cómo las cosas avanzan paso a paso, a pesar de los desafíos que aún persisten.

Hay algo en su modo de expresarlo que resulta extrañamente reservado, quizá para no añadir más complejidad a la ecuación. Lo detecto al momento, porque he aprendido a interpretar no solo lo que pronuncia, sino también los silencios que la envuelven, esos huecos que hablan de preocupaciones compartidas. No obstante, opto por no indagar en ello por ahora, porque no parece el momento adecuado para explorar incertidumbres que podrían complicar aún más este entramado emocional y profesional en el que nos hallamos inmersas.

—Tenemos una cantidad ingente de trabajo por delante — respondo, apoyándome con ligereza en el borde del escritorio para centrarme en lo práctico—. Con las máquinas incorporándose, es imprescindible refinar los horarios, reorganizar a los trabajadores y empezar a evidenciar progresos positivos ante París. Sólo han

pasado tres días, pero cada hora es en un recurso valioso que no podemos malgastar.

Cécile asiente, aproximándose un paso hacia mí.

—Efectivamente —confirma con nitidez—. Para el cierre de esta semana, los talleres deben operar a pleno rendimiento con las modificaciones implantadas, y los trabajadores tienen que adaptarse cuanto antes. Además, tenemos que planificar nuevos pedidos, establecer contactos con otros proveedores… y expandir nuestra red de clientes para llenar este esquema de producción dar oportunidad a nuevos ingresos que demuestren la viabilidad a corto plazo.

«Joder, me encanta cuando se pone tan técnica».

Cécile sonríe, dejando a un lado los nervios que sé que también la recorren.

—¿Cómo has dormido? —pregunto, cambiando de tema y sorprendiéndome a mí misma por ir hacia este lado tan personal, como si mi mente buscara un respiro en lo cotidiano.

Ella parpadea, en un gesto mínimo que denota que no esperaba mi pregunta.

—Pues he conseguido descansar unas cuantas horas, que ya es mucho —contesta con una sonrisa sutil que suaviza sus rasgos—. No soy de dormir en exceso durante periodos de alta presión, eso me ayuda a mantener el equilibrio necesario para afrontar el día a día, aunque admito que todo esto me roba las horas de sueño.

Durante un breve lapso de tiempo, nos quedamos en silencio, mirándonos sin prisa, como si el reloj se convirtiera en un mero testigo de lo que sucede entre las dos.

—Mañana… —musito, más para mí misma que para ella—, … deberíamos analizar el calendario de producción con detalle —propongo, recuperando un poco el tono profesional para no perderme más tiempo en sus ojos—. He pensado que podríamos estructurar cada fase en bloques bien definidos y secuenciales. Para que los trabajadores no se pierdan.

Ella asiente de inmediato y se acomoda en la silla frente a mí, buscando en su maletín un dossier que abre y me muestra.

—Ya he hecho un borrador de un cronograma preliminar —explica, indicando unas hojas repletas de anotaciones —. Considero que, si posponemos la fase de integración de los sistemas automatizados al final de la jornada laboral, liberaremos las mañanas para dedicarlas a la capacitación del personal, y así ganaremos un poco más de tiempo.

Examino lo que ha redactado con atención; sus sugerencias fluyen con una claridad envidiable, como si visualizara el puzle entero desde una perspectiva elevada que ya anticipa obstáculos y soluciones.

—Me gusta mucho el enfoque —admito—. Si conseguimos que la formación no se limite a procesos mecánicos, sino que se oriente hacia el desarrollo de habilidades prácticas a tiempo real, inyectaremos un poco más confianza a los chicos.

Ella sonríe sin agregar más comentarios, como si ese mutuo entendimiento bastara para sellar nuestra sintonía.

El sol irrumpe con mayor intensidad en el despacho, calentando sutilmente nuestras piernas bajo la mesa e invitando a que el calor de la jornada nos envuelva por entero, mientras el ambiente se carga de electricidad. Mis dedos rozan el dossier, consciente de la presencia de Cécile a escasos centímetros, y todos esos silencios cargados de significado.

—También debemos verificar los proveedores nuevos que miramos la semana pasada —sugiere Cécile—. Si aspiramos a expandir nuestra red de clientes, es imperativo contar con productos competitivos y plazos de entrega fiables desde el primer momento, para no comprometer la reputación que tenemos. Además de afianzar los tratos que ya tenemos.

—Sí —confirmo, con un soplo de energía que me recorre por dentro—. Organizaré un equipo dedicado exclusivamente a esa tarea, y ellos se coordinarán directamente con los departamentos de

logística y compras para agilizar los procesos. Quiero que todo esté en marcha antes del término de esta semana.

Ella anota en silencio, con el ceño ligeramente fruncido por la concentración. Hasta que nuestras miradas se cruzan, y percibo esa sensación; una tensión delicada, casi eléctrica, que actúa como un puente invisible entre nosotras.

Respiro con suavidad, inclinándome un poco hacia adelante para escrutar el cronograma con mayor detalle. El sonido de nuestras manos manipulando papeles, garabateando anotaciones y el roce de los bolígrafos sobre las hojas se vuelve una coreografía sutil que marca el inicio de otro capítulo en nuestra trayectoria profesional… y tal vez en algo más profundo que sigue sin definirse. Porque a su lado, comprendo que no afronto esta batalla en solitario, y eso, de alguna manera, aligera el peso de cada decisión —por ardua que resulte—, sin desatender la atracción callada que late entre nosotras, pero con la firme convicción de que primero, debemos salvaguardar Tejidos Valera.

21

CÉCILE

Justin camina a mi lado por los pasillos del taller con la curiosidad brillando en sus ojos. A veces parece un niño con un juguete nuevo a pesar de la experiencia, y eso me encanta. Su presencia me resulta reconfortante y exigente al mismo tiempo: reconfortante porque es un rostro conocido, alguien que entiende el lenguaje de los números y las estrategias corporativas sin necesidad de explicaciones largas; exigente porque sé que cada paso que damos juntos lleva implícita una evaluación desde París. Tenerlo aquí, a mi lado, despierta en mí una sensación extraña de alivio y tensión. Ya no soy la única responsable de defender esta apuesta ante la sede central y sé que el margen de error se ha reducido drásticamente y que cada detalle que él observe será anotado, medido y remitido en un informe que puede inclinar la balanza en el futuro.

Luichi, en cambio, avanza con paso más pausado, como si cada metro cuadrado del taller mereciera una reverencia. Su bigote espeso y su chaqueta de corte clásico parecen sacados de otra época, y sin embargo encajan a la perfección en este espacio donde lo antiguo y lo nuevo conviven en una tregua delicada. Cuando se detiene frente a uno de los telares centenarios y pasa los dedos con delicadeza por el borde de un rollo de lino, siento que comprende instintivamente lo que estamos intentando preservar: no sólo una fábrica, sino una forma de hacer las cosas que lleva generaciones transmitiéndose.

Este lugar, que antes parecía un terreno de rutina cotidiana, ahora vibra con la energía de lo nuevo, de lo posible.

Al entrar por la gran puerta del taller, el contraste entre tradición y transformación se vuelve palpable. Los telares se elevan junto a estaciones automatizadas manejadas por brazos mecánicos,

y operarios que ajustan manualmente piezas que luego serán ensambladas por sistemas guiados por sensores y el trabajo humano. Luichi se detiene frente a una de las mesas de corte y acaricia con la yema de los dedos un rollo de tela, como si quisiera imprimir la textura en su memoria.

—Aquí es donde empieza todo —susurra Justin, sin apartar la mirada del material—. ¿Verdad?

Asiento, percibiendo en su tono de voz que comprende a la perfección todo lo que está en juego.

Nos detenemos frente a las nuevas estaciones automatizadas de corte. Cada unidad cuenta con una interfaz digital, una pantalla táctil y una serie de brazos mecánicos adaptativos que ajustan el corte según el patrón digitalizado. Cada una se mueve con precisión, reduciendo el desperdicio de material y acelerando tiempos sin perder el respeto por la calidad.

—Ya está todo instalado —indico, tocando apenas uno de los bordes metálicos—, y desde hace unas horas ya nos permite optimizar el corte sin que afecte la identidad artesanal. Los operarios están bastante contentos, sobre todo al recibir la formación específica para ello. Parece que no les haya costado nada el cambio.

Justin observa cada detalle con atención, absorbiendo cada palabra como si quisiera memorizar las líneas del proceso —aunque es algo que ya conoce muy bien—. Luichi, a su vez, asiente con gesto sereno, con la mirada fija en un operario que ahora monitoriza otro proceso.

—Es un equilibrio delicado —comenta Justin, con el ceño apenas fruncido—. Automatización y tradición, juntas. Eso no se ve todos los días, desde luego.

Sigo caminando con ellos, explicándoles cómo hemos reconfigurado las zonas de trabajo: la parte central del taller ahora está dedicada a la supervisión y formación continua; las áreas laterales, donde antes se hacía la clasificación manual de piezas, han sido equipadas con transportadores inteligentes que reducen

tiempos de traslado; y al fondo, la sección de prototipos se ha convertido en un espacio creativo donde se combinan bocetos a mano con diseño asistido digitalmente, permitiendo que la intuición humana dialogue directamente con la tecnología.

—Como ya dije al consejo, queremos que cada elemento mantenga el sello único de Tejidos Valera —afirmo mirando a mi compañero—. Modernizar no significa renunciar a lo esencial; significa potenciarlo, hacerlo sostenible y viable en un mercado que cambia a gran velocidad.

Justin detiene su paso y me observa con una intensidad que va más allá de lo estrictamente profesional.

—Has hecho un trabajo excelente —admite con sinceridad—. No solo técnico, sino humano. Al principio no estaba muy de acuerdo con todo esto, pero debo admitir que has dado en el clavo.

La luz de la mañana resalta su pelo oscuro y expresión franca, como si en el acto de reconocer mi labor también estuviera revelando su propio asombro por cómo hemos logrado equilibrar tradición y cambio sin perder el rumbo. Luichi, por su parte, da un paso atrás y mira a su alrededor, captando cada movimiento.

—Ahora… la cuestión es demostrar resultados en el plazo establecido —advierte Justin con algo de inseguridad—. A París le debemos avances visibles, no promesas ni buenas intenciones.

Asentimos en conjunto, conscientes de que el cronómetro sigue su marcha, no por nosotros, sino por quienes han puesto su fe —y sus recursos— en esta empresa. Pero hay algo más profundo que late en mi pecho: una mezcla de responsabilidad, orgullo y esa tensión familiar que surge cada vez que mi mejor amigo me mira.

Después del recorrido, decidimos ir a comer a un restaurante del centro de Madrid que elegí con la intención de combinar el buen sabor de la comida de este país, y una calma que ambos necesitamos para hablar. Avanzamos por calles arboladas, mientras el sol calienta apenas nuestras espaldas y el murmullo urbano nos envuelve con un ritmo distinto al del taller.

Nos sentamos en una mesa al fondo del restaurante, junto a una ventana grande que deja pasar la luz de la tarde, y pido para los dos un plato típico con ingredientes locales, acompañado de un vino blanco delicioso.

Justin toma un sorbo antes de hablar, mirándome con sinceridad.

—Cécile —comienza, dejando la copa sobre la mesa con delicadeza—. Quiero saber qué está pasando de verdad.

Su mirada se posa en mí con curiosidad, escudriñando más allá de los informes, los avances técnicos o los cronogramas que ya le he enseñado. Siento cómo mi estómago se contrae, consciente de que su pregunta va dirigida hacia un territorio que no es puramente laboral.

—¿Qué quieres decir exactamente? —respondo, sin apartar la mirada de la suya.

Justin respira hondo, y entrelaza las manos sobre la mesa, como si necesitara pensar un rato qué es lo que va a decir.

—Te has involucrado muchísimo en este proyecto —aclara, sin andarse con rodeos—. No me refiero a tu compromiso con Tejidos Valera, eso se ve y se valora. Me refiero a cómo te afecta todo esto personalmente. París te ha enviado aquí para cerrar un trato beneficioso, ¿no es así? Entonces… ¿por qué siento que hay algo más?

Desvío la mirada hacia la ventana un instante, dejando que la luz de la tarde ilumine mis pensamientos y me dé el valor necesario para continuar con la charla.

—La verdad es que estoy harta de tener que demostrar las cosas constantemente —respondo, bajando la mirada hacia la copa y notando cómo el reflejo del cristal se rompe con la luz—. No solo aquí o en este proyecto… sino en mi vida entera. Con mis padres… con todo lo que he intentado justificar alguna vez ante ellos o ante mí misma.

La mención de ellos me duele; un tema que muy pocas veces trato y que pocas personas conocen. Las palabras salen con franqueza, como si llevaran años esperando el momento adecuado.

—No nos hablamos desde hace años, tú lo sabes —continúo, con mis dedos rozando apenas el borde de la copa—. Siempre percibí que tenía que demostrar quién era, por qué valía, por qué mis decisiones tenían ese significado y aquí, en Tejidos Valera, sentí que esa necesidad de demostrar algo estaba empezando a marcar mi vida de nuevo.

Justin inclina apenas la cabeza.

—Entiendo —murmura en voz baja—. Es complejo que las heridas del pasado no influyan en lo que hacemos o en cómo nos posicionamos ante los demás y ante nosotros mismos.

Respiro con lentitud, sintiendo cómo la honestidad de la conversación me libera de una tensión que no sabía que llevaba tanto tiempo cargando en silencio.

—Y ya no quiero demostrar nada a nadie —susurro, fijando la vista en el reflejo de la luz sobre la mesa—. Solo quiero que las cosas funcionen. Que lo que hacemos tenga sentido. Que cada esfuerzo, cada desafío, cada noche sin dormir valga la pena.

La conversación se queda en nada, como una brisa fresca que aligera el ambiente. Hasta que Justin se la lleva a su terreno y en sus ojos veo brillar esa picardía que tiñe su mirada cuando le gana la curiosidad:

—¿Crees que los cambios van a funcionar? ¿Que en un mes obtendrán resultados que convenzan a todos en París?

—Sí —respondo sin dudar y le doy un sorbo a mi copa de vino —. Estoy convencida. El equipo está respondiendo mejor de lo que se esperaba y ya hay nuevos pedidos. No me la he jugado por nada, Justin. Esto vale y valdrá la pena, y lo demostraremos.

Justin apoya el codo sobre la mesa, y ladea la cabeza con una sonrisa cómplice que rompe un poco la seriedad de la conversación.

—¿Cuánto tiempo te vas a quedar? —pregunto, moviendo las cejas.

—El que tú me aguantes —replica él con una sonrisa, sintiendo cómo la tensión se disuelve hasta transformarse en esa complicidad que elimina por completo toda la tensión del día.

Terminamos los platos principales y pasamos al postre —un sorbete de limón con menta fresca— que entra como una bocanada de aire puro después de la intensidad emocional de la conversación. El dulzor ligero del sorbete y la frescura de la menta se mezclan con la calidez del local, transformando por completo el momento, como si el mundo se hubiese detenido un instante para permitirnos simplemente respirar y existir.

—Me gusta tenerte por aquí —le digo a Justin—. Aunque sepa que vienes a vigilarme.

—Cécile Moreu —replica con un tono suave, apuntándome con la cucharilla—, ya sabes que somos el mejor equipo del mundo cuando nos lo proponemos y lo que más deseo, es que tengas mucho éxito en todo lo que te propones.

Levantamos las copas, haciendo un pequeño brindis. Y mientras el sol sigue su camino hacia el ocaso, nos quedamos aquí, compartiendo un instante que sabe a presente certero y futuro por construir. Porque, aunque las sombras del pasado puedan aparecer de vez en cuando, el camino que hemos elegido —profesional y personal— empieza a sentirse realmente nuestro.

Al menos, en mi caso.

22

MARTA

Aunque los cambios son cada vez más visibles y, objetivamente representan mejoras reales y necesarias, el ambiente dentro de Tejidos Valera no resulta tan luminoso ni esperanzador como me gustaría creer. La tensión baña todos los rincones de la empresa, filtrándose por los pasillos e instalándose en el corazón de todos los que trabajamos en este lugar; una inquietud que no figura en los informes ni en los cronogramas, pero que se manifiesta en los gestos, en las conversaciones y en la manera en que algunos evitan cruzarse la mirada, como si temieran que cualquier gesto de complicidad pudiera malinterpretarse.

Estoy sentada en la sala de juntas, con Iván y Elena frente a mí. La mesa de madera maciza, que durante años ha sido escenario de acuerdos y decisiones conjuntas, ahora parece una frontera invisible que nos separa más de lo que nos une. Iván revisa unos documentos con gesto rígido, pasando las hojas con energía, como si necesitara descargar en ellas una frustración que aún no es capaz de expresar. Elena, a mi derecha, mantiene las manos entrelazadas, un gesto que delata su papel constante de mediadora, siempre buscando el punto de equilibrio entre dos voluntades que cada vez se alejan más.

—Tenemos que ser realistas —declara Iván, rompiendo el silencio con un tono cortante—. Un mes… bueno, ya varios días menos, no es tiempo suficiente para demostrar resultados sólidos y contundentes. Y lo sabes tan bien como yo.

Levanto la vista de mis notas y lo miro con calma aparente, aunque por dentro me remueve la incomodidad. Hay algo en su forma de hablar últimamente que me resulta extraño, casi ajeno,

como si estuviera defendiendo una empresa distinta a la que hemos levantado juntos durante años.

—Por eso mismo trabajamos día y noche sin descanso —respondo con serenidad—. Ya existen avances visibles: pedidos nuevos que empiezan a llegar, procesos más eficientes que reducen tiempos y desperdicios. No podemos sembrar más miedo del estrictamente necesario, porque eso solo alimentaría la desconfianza que tanto nos ha costado disipar.

Iván deja los papeles sobre la mesa y se inclina hacia delante, apoyando los antebrazos con un gesto que pretende ser conciliador, pero que se percibe como un desafío.

—No hablo de miedo —replica y casi ríe con sorna—, hablo de tomar decisiones duras y necesarias. Si queremos que esto funcione de verdad, tendremos que hacer ajustes más drásticos. Despidos selectivos en áreas que ya no resultan rentables y que tú conoces bien, una reorganización más agresiva de los turnos, incluso externalizar ciertos servicios durante este primer mes crítico. Eso es exactamente lo que esperaban en París desde el principio.

Elena alza la cabeza con rapidez y se gira hacia él.

—Iván, eso no fue lo que se acordó —interviene, intentando mantener la paz—. El compromiso adquirido es una transición responsable y cuidadosa. No podemos cambiar las reglas ahora, cuando hemos dado nuestra palabra.

Siento un nudo en el estómago. No es solo lo que dice Iván, sino la convicción con la que lo expresa, como si esa hubiera sido siempre su hoja de ruta y el acuerdo actual no fuera más que una molestia temporal que conviene sortear cuanto antes.

—Además —añade él, sin mirarme directamente a los ojos—, los trabajadores tienen que entender la gravedad de la situación. No podemos permitirnos errores ni relajaciones. Un mes es una locura absoluta, y alguien tiene que decírselo con claridad.

—Lo que no podemos permitirnos… —contesto, notando cómo mi voz se tiñe de mayor tensión—, …es dinamitar nuestro

compromiso con ellos. Si empezamos con despidos y amenazas, perderemos precisamente lo que ahora nos otorga valor: la lealtad de este equipo, esa fuerza que no se compra ni se puede imponer.

Iván suspira y se reclina en la silla, cruzando los brazos sobre el pecho.

—Siempre tan idealista, Marta —murmura con un deje de cansancio—. El mundo real no funciona solo con buenas intenciones y discursos motivacionales.

Elena se inclina ligeramente hacia mí y posa una mano sobre mi brazo, un gesto pequeño pero cargado de significado con el que me demuestra otra vez su apoyo.

—Los dos tenéis razón en partes distintas —dice nuestra hermana de manera conciliadora—. Necesitamos resultados concretos, sí, pero también estabilidad emocional dentro del taller. Si el ambiente se rompe, todo lo demás se vendrá abajo.

La discusión se alarga, las voces suben y bajan, los argumentos se repiten con matices distintos y, al final, salgo de la sala con una sensación amarga en la boca, como si acabara de perder algo sumamente importante. No es solo el desacuerdo; es la distancia creciente entre Iván y yo, una grieta que empieza a hacerse demasiado visible y que me duele mucho, muchísimo.

. . .

Horas después, mientras recorro el taller, esa inquietud se confirma. Veo a varios operarios reunidos cerca de la zona de carga, hablando en voz baja y con gestos contenidos. Al pasar junto a ellos, el murmullo se apaga de golpe y me dedican sonrisas forzadas que no consiguen ocultar la tensión que les recorre el rostro.

Me detengo junto a Fátima, que revisa una pantalla con los datos de producción del día. Tiene el ceño fruncido y los labios apretados, signos evidentes de preocupación.

—¿Va todo bien? —le pregunto, intentando mantenerme cercana.

Ella duda un instante antes de responder.

—Sí… bueno —comenta, antes de carraspear—. Vamos bien en los números, pero la gente está nerviosa. Iván ha estado insistiendo mucho en los plazos, repitiendo que este mes es decisivo y que no hay margen de error. Algunos tienen miedo de que, si no llegamos a los objetivos, haya consecuencias graves. Que vayamos a la casilla de salida.

Aprieto los labios con suavidad. Ahora lo entiendo mejor que nunca.

—Gracias por decírmelo —respondo—. Déjame hablar con todos más tarde, para aclarar las cosas y tranquilizarlos.

Sigo caminando entre las máquinas, observando rostros concentrados, hombros tensos, movimientos más rápidos de lo habitual. A pesar de los avances técnicos, el reloj pesa sobre todos como una amenaza constante. Y no puedo evitar preguntarme por qué Iván se empeña en alimentar esa presión, por qué parece casi interesado en que el ambiente se vuelva irrespirable y que todo se vaya a la mierda. No tengo la respuesta, y algo dentro de mí me dice que aún no es el momento de buscarla con claridad.

Regreso a mi despacho con la determinación de centrarme en lo que sí puedo controlar. Me siento frente al ordenador y empiezo a revisar listas de proveedores, posibles clientes nuevos, ajustes en la inversión. El trabajo me ancla, me devuelve una sensación de orden en medio del caos emocional que me envuelve.

Desde que Justin llegó a Madrid, apenas he tenido tiempo a solas con Cécile. Y cuando lo hemos tenido, ha sido siempre en espacios compartidos, hablando con la mirada, extrañando el contacto. Somos conscientes de que ahora mismo no podemos exponernos, no solo por nosotras, sino por todo lo que está en juego en esta empresa. Pero deseo pasar un rato con ella, besarla y…

Sacudo la cabeza. «Ahora no es el momento».

El móvil vibra sobre el escritorio y lo tomo casi por reflejo.

Cécile: ¿Sigues en el despacho?

Sonrío sin querer, una sonrisa breve que se desvanece tan rápido como aparece, pero que me calienta por dentro.

Marta: Sí. Está siendo un día larguísimo.

La respuesta no tarda en llegar.

Cécile: El mío también. Justin no para de hacer preguntas y de pedir detalles. Echo de menos nuestras conversaciones.

Me recuesto en la silla, dejando que el respaldo sostenga mi cansancio acumulado.

Marta: Yo también. Mucho. Demasiado, diría.

Hay unos segundos de silencio que se sienten más largos de lo que son.

Cécile: ¿Te apetecería cenar mañana? Aunque sea algo rápido. O un café. Lo que sea que nos permita vernos un rato sin interrupciones.

Miro el reloj, las carpetas apiladas, la lista interminable de tareas pendientes. Aun así, la idea de verla fuera de este entorno es algo que necesito con urgencia.

Marta: Mañana será complicado… pero podríamos intentar comer juntas. Media hora, aunque sea.

Cécile: Me conformo con verte cinco minutos si hace falta.

Una calidez suave me recorre el pecho. Tecleo despacio, saboreando cada palabra.

Marta: Entonces tenemos una cita. Te escribo cuando sepa dónde y a qué hora.

Dejo el móvil sobre la mesa y cierro los ojos un instante. Afuera, el taller sigue funcionando, las máquinas mantienen su ritmo, y el tiempo continúa avanzando sin pedir permiso. Sé que las próximas semanas no serán fáciles, que la presión aumentará y que Iván no va a ceder fácilmente. Pero también tengo muy claro que no estoy sola; una verdad me permite respirar hondo, con la sensación de que aún queda espacio para la esperanza.

«Tenemos una cita».

23

CÉCILE

Justin y yo hemos quedado para desayunar, aunque a la vista está de que a la que más le urge despertar es a mí. Me encuentro sentada ante una taza de café que exhala vapor, contemplando cómo el humo asciende lentamente, como si el propio tiempo decidiera moverse con lentitud en este preciso momento. Apenas pasan de las nueve, y una sensación dulce persiste anclada a mi pecho. Me he esforzado mucho por centrarme en otra cosa, pero no lo he logrado. Mi cita con Marta apenas duró una hora; una comida que se presentó ante nosotras como un remanso de paz en mitad de la tormenta que azota nuestras vidas desde hace semanas, y que llenamos de instantes repletos de miradas, de complicidad, de cariño. No deseo que ella ocupe el centro de mi mundo, ni que domine mi mente o influya en mis decisiones, porque soy consciente de que Tejidos Valera y su porvenir reclaman toda mi atención. Pero su sonrisa, su mirada… toda ella… ha dejado una marca dentro de mí que se resiste y me recuerda que las conexiones humanas son indispensables.

Por mucho que a veces queramos negarlo.

Remuevo el café con la cucharilla, percibiendo el tintineo delicado que resuena contra la porcelana, mientras el aroma tostado se funde con el dulzor sutil del azúcar que se disuelve poco a poco. En ese instante cierro los ojos, permitiendo que esa combinación me envuelva y me proporcione un momento de serenidad. Me encantaría que nuestros días fuesen así, pacíficos, sin tensiones, sin presiones; Tejidos Valera avanza, lo hace poco a poco y con ritmo, sin retrasos ni complicaciones. Los pedidos salen a su tiempo y los operarios se han adaptado de maravilla a la nueva maquinaria y los nuevos ritmos. Aún me parece increíble que todo vaya bien, porque

de seguir así, llegaremos a un fin de mes correcto, con números que pongan en alza un futuro pleno y vibrante.

Pero la paz es muy efímera, y también la tranquilidad.

Cuando me dispongo a tomar un sorbo, mi teléfono móvil vibra con insistencia sobre la mesa, y la pantalla se ilumina con el nombre de Olivier. Él no acostumbra a contactar por tonterías, así que su presencia provoca que algo tiemble en mi interior.

—Sí —contesto con bastante calma, aunque en mi fuero interno noto cómo mi espalda se endereza, preparándome para lo que pueda venir a continuación.

—Cécile —inicia sin preámbulos—. Exijo que me aclares con detalle lo que sucede en Madrid, porque los informes que he recibido hoy mismo de Iván Valera contradicen por completo las proyecciones que habías establecido y el consejo de Maison Élitaire, está inquieto. Tenemos miedo de que tu planteamiento actual ponga en peligro todo el trabajo y, por consiguiente, la expansión que esperamos.

Me muerdo ligeramente el labio interior, reprimiendo esa impulsividad que podría estropear el acuerdo que está en marcha, y en su lugar, opto por dar un sorbo al café, permitiendo que el líquido repose en mi boca mientras reflexiono qué decir o cómo hacerlo.

«No puedo creer que Iván siga minando el trabajo de su hermana», pienso. Me acomodo mejor en la silla, y llevo la mirada hacia el exterior de la cafetería.

—Comprendo perfectamente las inquietudes del consejo —replico con una entonación medida y serena, calculada para transmitir confianza sin sonar arrogante—. No sé qué clase de informes os habrá hecho llegar él, pero opino que están analizando los datos desde una perspectiva excesivamente reduccionista, ya que lo que estamos consiguiendo en Tejidos Valera no sólo no debilita a Maison Élitaire, sino que lo refuerza de manera significativa y estratégica, y lo hará igual a corto plazo como de cara al futuro.

El silencio que se produce al otro lado es tenso. Sé que Olivier está evaluando mi respuesta con los datos que Iván le habrá hecho

llegar.

—Desarróllame con más exactitud lo que acabas de contarme —indica, casi exige, pero deja traslucir su impaciencia por obtener explicaciones concretas y fundamentadas.

Cierro los ojos durante un momento fugaz, sintiendo cómo la tibieza del café se entremezcla con los rayos de sol que acarician mi piel.

En ese intervalo de tiempo reúno todas las cifras, los progresos y los diagramas que llevo en el móvil y he examinado en las últimas horas, preparándome para exponerlos con fuerza y claridad.

—Desde que implementamos las modificaciones propuestas… —prosigo, sin perder el hilo de la conversación—, hemos registrado un aumento gradual en la productividad de las líneas, con una reducción del desperdicio de materiales que ya alcanza el 18% en comparación con la evaluación anterior a pesar del poco tiempo que llevamos —comenta orgullosa, dándome cuenta que esto es casi un sueño—, y además el tiempo de ciclo medio por unidad ha descendido en 22 minutos, lo que optimiza considerablemente los procesos operativos. Por si fuera poco, la motivación del personal ha experimentado una mejora a pesar de las circunstancias. Hemos hecho encuestas internas y el ambiente laboral es mucho más positivo y eficiente. Todos están contentos, no sé cómo el señor Valera no lo ve de la misma forma.

Se oye un murmullo sutil al otro lado de la conexión, y puedo intuir que Olivier está procesando cada concepto, aunque no tengo duda de que va a darme guerra.

—Además, eso no es todo —añado para reforzar mi exposición sin dar lugar a su réplica—. Estamos con nuevos acuerdos en pre negociación, y si conseguimos esos contratos, podrían generar un incremento de ingresos en el trimestre venidero, por mucho que el consejo solo nos haya dado un mes —puntualizo para dejarle claro que nunca he estado de acuerdo con esto—. Yo creo que esto, unido

a los clientes potenciales que llegarán en el ámbito europeo, forja una perspectiva bastante optimista y que va a fortalecer la imagen de la marca.

Mi voz adquiere un tono profesional, pero en el fondo sé que mis afirmaciones siempre han tenido un tinte personal claro, una seguridad que no solo tiene que ver con los números en los que he trabajado o las noches interminables dedicadas a analizar toda la información.

—Lo capto —concede Olivier con un matiz más moderado en su entonación, como si mis argumentos hubieran templado su escepticismo —. Sin embargo, insisto en que debes garantizar que la situación no se salga de los cauces previstos, porque el consejo anhela resultados pronto, pero también una alineación impecable con la visión global de la empresa.

Asiento con la cabeza, a pesar de que él no puede percibir el gesto.

—Lo tengo todo bajo control —aseguro con una serenidad que, en ocasiones, siento a punto de perder—. No actúo por impulso; estoy edificando un futuro sólido de la empresa paso a paso, ya debería haber quedado claro.

La réplica de Olivier se reduce a un murmullo conciso: un «está bien» pronunciado con mesura, que deja entreabierta la posibilidad de una nueva revisión adicional muy pronto. Nos quedan poco más de tres semanas, y vamos a tener que dar el callo.

Cuelgo la llamada y dejo el teléfono sobre la mesa con un suspiro que alivia parte de la tensión acumulada en mi cuerpo, mientras el café sigue emanando vapor y observo cómo las ondas minúsculas provocadas por la cucharilla desaparecen, como si el incidente no hubiera alterado en absoluto este momento de paz. Aunque hay algo que no puedo hacer a un lado: Iván sigue metiendo mano en el proyecto y, además, he revelado una confianza personal que no logra disimular mis sentimientos.

En ese preciso instante, percibo una presencia cercana a mi lado, giro ligeramente la cabeza y descubro a Justin, quien ha entrado a la cafetería sin apenas hacer ruido, adoptando esa actitud desenfadada que parece desafiar al universo con naturalidad, a pesar de su pelo oscuro perfectamente engominado. Se apoya ligeramente en el respaldo de la silla opuesta a la mía, exhibiendo una sonrisa sutil y me guiña un ojo.

—Siento haberme retrasado. Entre que sigo cansado del viaje, y luego que he pegado ojo por culpa de esa cama del demonio… se me han pegado las sábanas —dice, corriendo la silla para sentarse —. ¿Cómo va la mañana?

Intento controlarme y no decirle lo primero que me pasa por la cabeza, pero al final, no lo puedo evitar.

—Acabo de tener una conversación agotadora con Olivier —le comento con desgana—. Al parecer Iván, el hermano de Marta, envió algunos informes en los que no se veía el progreso real de la empresa y me llamó para exigir las verdades.

Justin se apoya en la mesa, me mira fijamente y solo desvía su atención de mis ojos cuando se aproxima un camarero para anotar su pedido.

—Es que te prometo que no lo soporto —añado frustrada cuando el chico desaparece dejándonos a solas de nuevo—. Es arrogante, frío, calculador… Y no quiere ver que su hermana está dejándose la vida por un negocio que también lleva su apellido.

Sujeto la taza, le doy un trago y cuando la dejo, el ruido que hace la cerámica es tan fuerte que tengo miedo de haberla roto. Sin embargo, no es la mirada de las personas de mi alrededor lo que provoca que me sienta expuesta, sino la de Justin.

—¿Es que tienes algún tipo de relación especial con la directora de Tejidos Valera? —inquiere con esa combinación de malicia y curiosidad que impregna sus intervenciones cuando pretende saber cuáles son *exactamente* mis sentimientos de verdad —. Te lo pregunto por cómo la defiendes y cómo te… alteras.

El rubor asciende de inmediato a mis mejillas, una calidez incontrolable que no consigo disimular por mucho que lo intente. En otro momento sería capaz de argumentar con facilidad mis actos, pero lo único que consigo es desviar la vista hacia la taza de café como si pudiera refugiarme en su interior, aunque la sonrisa que se forma en mis labios resulta más que suficiente para que Justin descubra la verdad sin necesidad de que yo se la cuente.

«Creo que no hace falta que admita nada… ¿no?»

24

CÉCILE

No sé el tiempo que ha pasado desde que Justin ha preguntado y yo he rumiado entre pensamientos, pero sí sé que se ha paralizado, o lo que es lo mismo: que yo me he bloqueado. Por mucho que agache la cabeza, o ponga atención en cualquier rincón de esta bonita cafetería, la verdad no desaparece. Y tampoco él. He llegado a un punto de no retorno, a una situación en la que no tengo salida. Debajo de esta coraza profesional que he arrastrado conmigo desde hace semanas, hay un huracán emocional girando a la deriva, y aunque soy capaz de mantenerlo a raya, hay instantes —como mi conversación con Olivier— que lo sacan a relucir.

Doy un sorbo a mi segundo café, y el amargor entremezclado con el dulzor del azúcar que recorre mi lengua, despierta mis sentidos y también los alinea. Justin es mi mejor amigo, me conoce de mucho tiempo, y estoy segura de que ya intuía lo que se estaba fraguando entre Marta y yo cuando estuvimos caminando por los talleres y le hablé un poco de todo y de nada.

Mi relación con Marta no es solo una ilusión, tampoco una locura o algo malintencionado. Surgió a través de nuestros primeros desencuentros, de nuestros choques de opinión, de nuestras visiones tan dispares. Pero también de haberme dado cuenta de la belleza que existe en su manera de ver su negocio, en el modo en que quiere y protege a su equipo, y en cómo quiere salvaguardar su legado por encima de todo.

—Bueno, qué… ¿me piensas responder o te vas a quedar ahí pasmada toda la mañana?

De repente, me siento completamente vulnerable. No solo frente a Justin, sino también frente a mis propios sentimientos que emergen de manera descontrolada.

Los instantes que preceden a mi respuesta se alargan y por un instante, creo que el tiempo se dilata a nuestro alrededor. Mi burbuja personal, esa que siempre ha constituido un dominio inexpugnable, una muralla que nadie ha franqueado sin mi consentimiento, se rompe. Jamás consentí en el pasado que mis sentimientos se infiltraran en mis obligaciones laborales, pero todo cambió cuando llegué a Madrid.

—Justin… —comienzo a hablar, con la espalda erguida y el corazón encogido por la verdad que está a punto de brotar de mis labios, una verdad que he guardado celosamente hasta este momento—. Eres mi amigo, y además un experto como hay pocos en este campo, alguien en quien confío plenamente. Tú ya conoces cómo trabajo, cómo me dedico a esto hasta dejarme la piel…

Permito que mis dedos acaricien el borde de la taza, percibiendo el frescor de la porcelana ahí donde ya ha perdido parte de su calidez, mientras mis ideas se acumulan en tropel, una detrás de otra, como si mi cerebro hubiera aguardado pacientemente este instante para liberar todo lo que había reprimido durante tanto tiempo, revelando capas de emociones que ni yo misma había explorado en profundidad.

—En realidad… sí —murmuro al cabo, con una voz que sale serena y sin prisas—. Tengo una historia con la directora de Tejidos Valera, o al menos, estamos en el principio de algo. Pero ese hecho no ha transformado mi perspectiva sobre el proyecto, al contrario, me permitió verla como algo más que una oportunidad de negocio.

Sus párpados se cierran ligeramente y Justin se acomoda mejor, esperando a escuchar todo lo que tengo que contarle.

—Creo que… me estoy enamorando —admito, sintiendo cómo cada sonido resuena en el espacio que existe entre nosotros. No desvío la vista, porque cada sílaba representa una emoción de la que he evitado hablar, pero que en este instante se manifiesta con la crudeza implacable de una realidad que he contenido durante demasiado tiempo, una realidad que ahora me obliga a confrontar

mis propios límites emocionales y profesionales—. Y no es algo que se haya dado conscientemente.

El momento que sigue a mi confesión, se suspende en el aire. Todos los ruidos de la cafetería se evaporan de golpe, dejando un vacío que amplifica el impacto de mis palabras. Observo cómo Justin asimila lo que digo sin mostrar asombro alguno. Solo me dedica una mirada pausada, intensa y un gesto de comprensión que se asienta en su expresión.

—Cécile, primero que todo, no quiero que pienses que no respeto lo que estás experimentando personalmente. Al contrario. Enamorarse es algo fantástico, pero en tu situación… altera las cosas. Y mucho.

Mi corazón se acelera de repente, como si el mero acto de nombrar correctamente mis emociones hubiera avivado una llama callada que ardía en lo más profundo de mi ser, una llama que ilumina aspectos de mí misma que había preferido mantener en las sombras. Revelar mis sentimientos no forma parte de mi rutina habitual, ya que siempre priorizo el trabajo por encima de todos los aspectos de mi existencia. Pero con Marta… todo resultó diferente desde el comienzo, desde esa ocasión en que la contemplé y experimenté una atracción que no se limitaba solo a laboral; se trataba de algo magnético, algo que traspasó la frontera de la admiración y se ató a mí ser, despertando emociones que hacía años que no sentía por nadie.

—Sé por lo que estás atravesando —prosigue Justin, recostando su peso en la silla con naturalidad, mientras entrelaza las manos sobre la mesa—. Y también comprendo que esto no se reduce a un capricho y que es algo puramente real.

Noto un sutil estremecimiento en el pecho, porque aunque él no lo diga, sé que cree que mis emociones han puesto en peligro mi trabajo.

—No estoy confundida, Justin —replico, totalmente convencida—. Lo que siento por ella es intenso, auténtico… y no

obstaculiza mi perspectiva respecto a su empresa; al contrario, me ha vuelto aún más consciente de todo. Cuando uno desea proteger algo valioso, lo comprende con una profundidad mayor, con una visión que integra no solo datos fríos expuestos en un informe, sino también el valor humano que subyace en esas decisiones.

Justin inclina ligeramente la cabeza, enderezándose un poco para mantener el contacto visual con mayor firmeza y demostrar su involucramiento en la conversación.

—Cécile, todo esto es… una auténtica temeridad —comenta con delicadeza, y me transmite una preocupación real—. No solo por el componente emocional que conlleva, sino porque estás fusionando algo profundamente íntimo con una iniciativa que pone en juego el porvenir de una compañía al completo. Cuando se defiende un negocio, sobre todo en fases tan decisivas como la actual, es imprescindible preservar la lucidez mental. Las personas depositan su fe en tus juicios racionales, no en tus impulsos, y por eso hace falta una separación clara para evitar conflictos que podrían perjudicar a todos los implicados.

Su sinceridad se clava en mí. Sé que su intención no es hacerme daño, sino impulsarme a ponderar todas las consecuencias de esta situación.

—Lo reconozco… —contesto tras una pausa—. Y en cierta medida, llevas razón, porque el equilibrio entre lo personal y lo laboral siempre ha sido un desafío en entornos como el nuestro. Sin embargo, creo que ya he demostrado con creces lo que esta empresa merece, el potencial de Marta como líder, y que mis sentimientos no enturbian para nada mi opinión, sino que lo impulsan a un nivel de implicación que va más allá… y que, ya has visto, va a beneficiar a ambas partes.

Mis declaraciones no parecen a la defensiva; son del todo sinceras.

—No he venido hasta aquí para hacerme con un simple negocio —agrego con severidad, enfatizando cada palabra para

reforzar mi postura—. Estoy aquí porque Tejidos Valera parecía un proyecto provechoso para Maison Élitaire, y lo sigue siendo a pesar de mis sentimientos. Sé, y estoy segurísima, que la empresa dará sus frutos y que, a largo plazo, todo lo que se ha invertido desde París, se devolverá con creces. Y es así porque estoy poniendo todo mi empeño en ello y porque conmigo hay un equipo increíble, encabezado por una mujer maravillosa.

Justin me observa y me dedica una sonrisa que se extiende desde su lado de la mesa.

—Ya sabes que yo te apoyo en lo que sea —musita con tono apacible—. Aunque creas que los de París me han enviado a vigilarte, la verdad es que lo he hecho por gusto propio. No considero que te equivoques, pero sí quiero que permanezcas en alerta. Lo único que faltaba es que tú te vieses dañada por todo esto.

En ese instante, me doy cuenta de que Justin no sabe nada sobre mi despido en caso de que no se cumplan los plazos. Un silencio se extiende entre nosotros, un silencio cargado de significado que permite que el bullicio de la cafetería regrese gradualmente, aunque nuestras reflexiones compartidas permanezcan suspendidas en el ambiente como si el entorno hubiera concedido un respiro para que asimiláramos lo dicho.

Siento que mi pecho vibra, haciéndome sentir más viva y auténtica que en mucho tiempo.

—Gracias —susurro—. Solo quería que supieras que estoy haciendo mi trabajo, y que lo estoy haciendo bien.

—Siempre lo haces —replica, infundiendo sus palabras con una confianza que me reconforta—. Eres una trabajadora excepcional, Cécile, alguien cuya trayectoria inspira a muchos. Simplemente… recuerda que perseguir los dictados del corazón no siempre choca con la racionalidad de la mente; solo es cuestión de ver el momento oportuno para invocar a cada una.

Me aferro a mi taza de café con decisión. Por primera vez, experimento que no es necesario elegir entre mis emociones y mis acciones; ambos elementos pueden convivir armónicamente si los manejo con franqueza, firmeza y sentido común. Y mientras escudriño el semblante de Justin, me doy cuenta de que hacía mucho que no hablaba con alguien de manera tan personal, y que mis emociones no tienen por qué ser una barrera, sino algo que me impulse cada día a perseguir lo mejor para esas empresas que caigan en mis manos en el futuro.

25

MARTA

Han pasado dos semanas desde que pusimos en marcha los cambios que tanto defendimos, y ahora, al contemplar los telares en pleno funcionamiento y los operarios moviéndose con una coordinación mucho más segura y natural, percibo que algo ha cambiado de manera profunda y real. Ya no se trata únicamente de una promesa lanzada al aire: es un pulso vivo, constante, casi orgánico, con el que Tejidos Valera comienza a recuperar su aliento y a avanzar con pasos firmes y decididos. Y por fin, puedo creer que vamos a salvarnos.

«Que vamos a salvarnos de verdad».

Salgo de mi despacho con una carpeta bajo el brazo y recorro el taller con la mirada, impregnada de una satisfacción enorme. Los operarios ya manejan con soltura muchos de los nuevos parámetros; los tiempos muertos prácticamente han desaparecido y la producción ha ganado en regularidad y en calidad. El ambiente no rebosa de euforia; eso es verdad, pero sí transmite una tranquilidad y un enfoque que, después de tantas semanas de tensión continua y agotadora, representa un progreso inmenso, casi milagroso.

Y lo único que deseo, es que siga siendo así.

Avanzo por el pasillo que lleva al sector central, donde se ha instalado el espacio de trabajo de Cécile. El eco de mis pasos se funde con el zumbido suave y constante de las máquinas, y cada sonido me recuerda que estamos aquí, en el núcleo mismo de lo que hemos levantado juntas, paso a paso, con esfuerzo y con fe, a pesar de que, al principio, lo creía imposible.

Al llegar a la puerta, la veo de espaldas, inclinada sobre un panel repleto de gráficos, anotaciones y esquemas trazados a mano.

Sus hombros, normalmente tan erguidos y controlados, muestran hoy una ligera relajación que me provoca una calma inesperada, casi reconfortante, como si su cuerpo estuviera diciéndome en silencio que, por fin, podemos respirar.

—Cécile —la llamo, casi temiendo romper el delicado equilibrio de su concentración—. ¿Tienes un momento para hablar?

Ella se incorpora despacio al escuchar mi voz, se gira y me dedica una sonrisa maravillosa —que altera mis sentidos, por cierto —. Sus ojos conservan esa luz que ha empezado a tener los últimos días, incluso en los instantes más revueltos y difíciles.

—Claro que sí, para ti siempre tengo tiempo —contesta mientras aparta la carpeta que tenía delante y libera espacio en la mesa, invitándome a acercarme—. ¿Qué ocurre? ¿Va todo bien?

Me acerco, dejo la carpeta sobre la superficie con un suspiro de alivio y me quedo frente a ella, con el corazón notablemente más ligero que en las últimas semanas. Ojalá pudiera besarla, pero es mejor no tomar más riesgos.

—Solo quería admitir algo que lleva rondando conmigo días… —empiezo, y hasta siento que las mejillas empiezan a arder un poquito—. Tenías razón en casi todo… y yo necesitaba abrirme de verdad al cambio, dejar de aferrarme a lo conocido para poder rescatar a esta empresa.

Cécile ladea ligeramente la cabeza; sus labios se curvan en una expresión suave, pero llena de autenticidad y calidez.

—Esto lo hemos conseguido las dos, Marta —responde con una firmeza que convierte la palabra «dos» en algo mucho más que una simple cifra: una declaración profesional y, al mismo tiempo, profundamente personal—. No habría sido posible sin tu empuje, sin tu compromiso con la empresa y con las personas que la hacen funcionar. Hubiera sido una locura no ceder ante tus intenciones.

—Aun así —continúo, sentándome en el borde de su escritorio —, necesitaba decírtelo de forma personal, mirándote a los ojos. Y…

también confesarte algo que llevo guardando demasiado tiempo ya … —añado, con cierta picardía.

Hago una breve pausa; noto un ligero temblor en la respiración y tengo que obligarme a tragar saliva para no ceder ante la tentación.

—Te he echado mucho de menos. Sé que hemos estado juntas con todo el trabajo, pero apenas hemos podido respirar ni estar un rato a solas.

Cécile me observa con una calma cristalina, como si también hubiera batallado por mantener el control durante todo este tiempo. Sus ojos se suavizan apenas, y en ese pequeño gesto de vulnerabilidad compartida siento que la presión interna que me acompañaba se disipa poco a poco. Y mira que hace tres semanas, lo habría considerado imposible.

«Qué tonta he sido».

—Gracias por decírmelo —responde con una sinceridad desnuda y sin adornos—. Yo también… he sentido estos días muy intensos, en todos los sentidos. Ha sido agotador y hermoso a la vez. Sobre todo, por verte sonreír de esta manera. Podría quedarme mirándote todo el tiempo del mundo.

Otra vez, me hace sonreír, y ya estoy empezando a acostumbrarme.

—¿Y si dejamos el trabajo a un lado por una noche? —propongo, notando un leve rubor que sube a mis mejillas—. Podríamos salir a caminar por Madrid, desconectar del taller, del ruido, de toda esta vorágine. Solo nosotras, sin ningún plazo ni números que atender.

En su expresión puedo ver las dudas, a sabiendas de lo que eso podría significar para la empresa y el trato si alguien se entera, sin embargo, al cabo de unos segundos su sonrisa se amplía y asiente sin pensárselo dos veces.

—Creo que… sí, podría ser una idea excelente —acepta y se muerde el labio inferior—. La verdad es que hace demasiado tiempo que no me permito un descanso de verdad, porque las salidas con Justin, no puedo contarlas, claro —bromea.

Una chispa de alivio me recorre la espalda, como si un peso invisible se desprendiera de golpe. Aunque sé que es un gesto arriesgado, las dos necesitamos ese respiro con urgencia. Y en este instante la mirada que intercambiamos ya no es solo la de dos simples colegas: es la de compañeras que han librado la misma batalla, que han atravesado más tormentas de las que les tocaban en una sola vida profesional.

Antes de marcharme para seguir trabajando, hago un pequeño gesto hacia la pantalla que muestra los últimos avances del taller. Cécile asiente y me invita a acercarme para verlo juntas.

—Mira esto —dice, señalando con el dedo una curva que ya empieza a ascender de forma clara y sostenida—. Desde que pusimos en marcha los cambios, todo funciona con mucha más fluidez. Los operarios se han adaptado mejor de lo que imaginábamos, y la respuesta ha sido sorprendentemente natural y rápida.

Me inclino un poco más, observando los detalles con atención, sintiendo el valor real que encierran esas líneas: horas de esfuerzo, noches sin dormir, decisiones que dolieron pero que ahora empiezan a dar fruto.

—Y los nuevos pedidos que confirmamos la semana pasada… —añado, sin poder ocultar una nota de esperanza en la voz—, …si terminan convirtiéndose en contratos, no solo aseguraremos un trimestre sólido, sino que sentaremos las bases para un crecimiento continuo y real. No es solo un alivio temporal: es el comienzo de algo mucho más grande.

Cécile asiente despacio, con la mirada aún fija en la pantalla, aunque su expresión deja entrever un trasfondo mucho más profundo que simples líneas y tendencias.

—Pues sí —afirma y me mira feliz, muy feliz—. Lo estamos haciendo bien, Marta. De verdad, lo estamos haciendo muy bien.

Respiro hondo y dejo que sus palabras se asienten en mi interior.

—Entonces… —susurro, todavía con los ojos en la pantalla—, creo que no me equivoqué al abrir la mente. Ni contigo… ni con este proyecto que tanto nos ha exigido.

Cécile gira el rostro hacia mí y, durante un segundo, el tiempo se detiene. Estamos dos mujeres que han recorrido caminos duros y que ahora se encuentran en un lugar lleno de esperanza y confianza.

—No —responde en voz baja, sosteniendo mi mirada unos segundos que se vuelven maravillosos—. No te equivocaste en absoluto.

Su mano se alarga, buscando la mía, y cuando me acaricia, noto cómo el corazón choca de alegría contra mi pecho. Porque mientras Tejidos Valera continúa trabajando, siento que este momento —intenso, sencillo, profundamente humano— es de los que realmente merecen quedarse grabados para siempre.

26

CÉCILE

Camino junto a Marta por la acera ancha de un barrio antiguo, con farolas que dibujan círculos dorados sobre el empedrado irregular, y aunque mi corazón late un poco más rápido de lo normal. Tengo muy claro que no es por el paseo, es por ella, por cómo su mano roza la mía de vez en cuando sin que ninguna de las dos lo busque a propósito, pero tampoco lo evite.

No sabría decir en qué momento exacto empezó a pasar, pero esta noche Madrid parece haberse puesto de acuerdo para ser el escenario perfecto: callado cuando queremos silencio, intenso cuando nos miramos, vivo cuando nuestras sombras se cruzan y se funden en las paredes viejas de piedra.

Hemos cenado en El Jardín del Ángel, un restaurante pequeño y acogedor con paredes de ladrillo, lámparas de luz ámbar y un piano suave que ha llenado de música el local. La cena ha sido sencilla, pero muy cuidada; alcachofas crujientes con un alioli ligero que picaba justo lo necesario, bacalao confitado sobre crema de pimientos asados, y un arroz meloso con setas y un toque de trufa que todavía me hace cerrar los ojos al recordarlo. El Ribera del Duero que pedimos nos acompañó desde el primer plato hasta el último sorbo, y cada vez que levantábamos la copa era una excusa más para alargar la conversación, para quedarnos un rato más en esa burbuja que hemos creado con el paso de los días sin darnos cuenta.

—No recuerdo la última vez que disfruté tanto de una cena —dice Marta, apoyando la barbilla en la mano, con esos ojos grandes y transparentes que brillan bajo la luz—. Ha sido… perfecta.

Estoy a punto de contestar cuando el camarero trae dos copas de sorbete de limón con menta fresca —mi nuevo sabor favorito—, y

el aroma cítrico sube de golpe y me arranca una sonrisa espontánea.

—Hoy ha sido una de esas noches que pueden quedarse en la memoria para siempre —susurro, rompiendo el silencio cómodo que se había instalado entre nosotras—. Y no solo por la comida, claro.

Ella me mira y su sonrisa se ensancha un poco más, como si mis palabras hubieran tocado justo el sitio donde quería llegar. Siento que el pulso se me acelera otra vez, pero esta vez no intento disimularlo.

Terminamos el postre despacio, hablando de los últimos avances en el taller, de los nuevos encargos que empiezan a llegar con más regularidad, de cómo la estabilidad en Tejidos Valera ya no es solo una esperanza, sino algo que se nota en el aire, en los rostros de los operarios, en el ritmo de las máquinas. Pero mientras hablamos de trabajo, la distancia entre nosotras se va haciendo más pequeña, como si cada frase, cada mirada, cada risa compartida nos acercara un poco más. Siempre un poco más.

Cuando salimos del restaurante, la noche ya se ha abierto del todo. El cielo conserva ese azul profundo que empieza a resultar más bonito que el de París, con las primeras estrellas asomando sin prisa. Caminamos hacia el centro sin rumbo fijo, disfrutando del paso tranquilo de la ciudad, que parece acompasarse al nuestro, como si supiera que no tenemos ningunas ganas de que termine la velada.

—¿Sabes qué? —comenta Marta de pronto, y me agarra del brazo sin pensárselo dos veces—. Me alegra muchísimo que hayamos hecho esto. Que hayamos dejado el taller atrás, aunque solo sea por unas horas.

Sus palabras son sencillas, pero llevan una alegría visible que me calienta el pecho.

—Yo también —respondo, y lo digo mirándola a los ojos—. A veces solo hace falta un respiro así para recordar por qué seguimos luchando, por qué vale la pena todo el esfuerzo.

Ella asiente y seguimos andando hasta que llegamos a un jardincito urbano escondido entre edificios. La brisa nocturna juega con su pelo y trae el olor dulce de las flores que se abren de noche. Nos paramos un momento y ella respira hondo, como si estuviera llenándose los pulmones de algo que llevaba semanas necesitando.

—Siento una paz que no recordaba —murmura, casi más para sí misma—. Como si por primera vez en mucho tiempo pudiera respirar sin que el peso del mundo me aplaste el pecho. No sabes lo importante que era salir adelante, no solo para mí, también para Elena y mis sobrinos.

Me acerco un paso, lo suficiente para que sienta que estoy aquí, completamente. La luz de las farolas le ilumina el rostro y veo en sus ojos esa mezcla de cansancio y una gran esperanza que me derrite por dentro.

—Ya no tiene porqué ir a peor —confirmo, con toda la certeza que llevo dentro—. Ni la empresa, ni… nosotras. Porque no estamos solas, Marta. Tú y yo… nunca pensé que lo diría —bromeo, y una sonrisa pícara pinta mis labios—, … pero creo que hacemos un gran equipo.

Ella baja la mirada un instante, como si mis palabras hubieran encontrado un hueco exacto en su interior, y cuando vuelve a levantarla, su sonrisa es cálida, con un brillo en los ojos que no necesita de más palabras.

—Me encanta que lo veamos igual —responde—. Me encanta que estemos en el mismo sitio.

Seguimos caminando, ahora más despacio, como si quisiéramos alargar cada metro. Las fachadas brillan, el eco de nuestros pasos se mezcla con el rumor lejano del tráfico, y todo tiene ese aire de confidencia que solo pasa cuando dos personas deciden dejar de esconderse.

Sin que ninguna de las dos lo diga en voz alta, terminamos frente al portal del edificio donde he alquilado un temporal, básicamente para que Justin deje de quejarse de las camas del

hotel. Entro primero, enciendo la luz del rellano y cierro la puerta con cuidado, como si quisiera atrapar el momento antes de que se escape entre los dedos. Cuando me vuelvo, Marta está de pie, mirándome fijamente, sin el menor amago de marcharse. Sus ojos brillan bajo la luz tenue y cálida del portal.

—No tienes por qué irte —aclaro en voz baja, casi innecesariamente.

Ella sostiene mi mirada un segundo más y después esboza esa sonrisa suya, pequeña pero luminosa.

—No es lo que quiero.

Sus manos encuentran las mías con una suavidad que me obliga a cerrar los ojos un instante, solo para saborear la sensación. Cuando los abro, ella ya está más cerca, lo justo para que su respiración se mezcle con la mía, cálida, ligeramente acelerada. No hacen falta más palabras. Nuestras frentes se tocan un segundo, las respiraciones se acompasan, y cuando sus labios rozan los míos, todo encaja de golpe: el cansancio acumulado del trabajo, el miedo que hemos arrastrado estos días, la espera interminable, el deseo que llevábamos conteniendo. Todo encuentra su lugar exacto en este beso lento, profundo, que todavía sabe al Ribera del Duero de la cena, al limón con menta del postre y, sobre todo, a nosotras dos rindiéndonos por fin.

El beso se alarga, como si las dos hubiéramos estado aguardando este preciso instante desde mucho antes de lo que nos atrevemos a reconocer. Sus labios son cálidos, blandos, generosos; cuando entreabro los míos para recibirla mejor, un suspiro idéntico escapa de las dos al mismo tiempo. Marta me atrae hacia su cuerpo con una mano firme en mi cintura y la otra ascendiendo despacio por mi espalda hasta enredarse en mi pelo, tirando suavemente para acercarme aún más. Yo respondo igual: mis dedos recorren su nuca, bajan por sus hombros, palpan la tensión que todavía lleva acumulada en los músculos después de tantos días de tensión y lucha, y la acaricio despacio, como si con cada roce pudiera ir deshaciendo esos nudos poco a poco.

Nos movemos sin separarnos apenas, besándonos mientras subimos en el ascensor. Las puertas se cierran y seguimos besándonos contra la pared metálica, sin dejar de tocarnos. Cuando llegamos al piso, la luz ámbar que dejé encendida en el salón nos recibe como un abrazo. Todo parece más íntimo bajo esa luz suave, como si hubiéramos entrado en una burbuja que no quiero que reviente nunca.

Marta se detiene un instante en el umbral del salón, me mira con esa intensidad que me ha hecho temblar desde el primer día, y susurra contra mis labios:

—¿Estás segura?

Asiento sin dudarlo ni un segundo, porque en toda mi vida no he estado más segura de nada.

—Sí. Quiero esto. Te quiero a ti.

Esas palabras parecen liberar algo en ella. Sus manos bajan por mis costados con lentitud deliberada, explorando cada curva, cada línea de mi cuerpo con una ternura que me eriza la piel. Me quita la chaqueta con cuidado, la deja caer sobre el respaldo del sofá; yo hago lo mismo con la suya. Nuestra ropa ya transmite el calor que irradia su piel. Mis dedos encuentran los botones de su camisa y los desabrocho uno a uno, sin prisa, deteniéndome en cada centímetro de piel que aparece: el hueco de su clavícula, la suave pendiente entre sus pechos, el latido acelerado que se adivina bajo la piel. Ella hace lo mismo conmigo. Cuando mi blusa cae al suelo, siento el roce fresco del aire un instante, pero enseguida llegan sus palmas abiertas, calientes, abrazándome por la espalda, pegándome a su cuerpo.

Nos besamos de nuevo y caminamos hacia el dormitorio casi sin darnos cuenta, guiadas por el instinto. Sus manos nunca dejan de tocarme: mi cintura, mis caderas, la parte baja de mi espalda… Yo me aferro a sus hombros, a su cuello, como si soltarla pudiera hacer que todo esto se desvaneciera.

Al llegar al borde de la cama se detiene otra vez y busca mis ojos, pidiéndome confirmación sin palabras. Yo sonrío, le acaricio la mejilla con el dorso de los dedos y me siento primero, tirando suavemente de su mano para que venga conmigo. Se arrodilla entre mis piernas abiertas; el gesto es tan natural, tan presente, que se me escapa un suspiro largo. Sus manos suben despacio por mis muslos, abriéndolos un poco más, mientras sus labios recorren mi cuello, bajan por mi clavícula, besan el hueco entre mis pechos y después de quitarme la ropa interior, rodean uno de ellos con besos suaves, húmedos, hasta atrapar el pezón entre sus labios. Lo succiona despacio, con delicadeza al principio, y luego con más intención, rodeándolo con la lengua en círculos lentos que me hacen arquear la espalda y soltar un gemido que resuena en la habitación silenciosa. Mi mano se enreda en su pelo, la mantengo ahí mientras mi otra mano baja por su espalda, buscando más piel, más calor.

Sus dedos se deslizan por mi costado, bajan hasta mi cadera, se cuelan bajo la cinturilla de mis pantalones y, con un movimiento lento pero decidido, empiezan a bajarlos junto con la ropa interior. Yo levanto las caderas para ayudarla, y cuando quedo desnuda ante ella, sus ojos recorren mi cuerpo con una mezcla de deseo y reverencia que me hace sentir expuesta y protegida al mismo tiempo.

Me tumbo del todo y Marta se coloca encima, apoyando el peso en los antebrazos para no aplastarme, aunque yo lo deseo todo: su peso, su calor, su piel. Sus pechos rozan los míos, los pezones endurecidos se tocan y nos arrancan un jadeo simultáneo. Baja la boca hasta mi pecho otra vez, lamiendo, succionando, mordisqueando suavemente mientras una de sus manos se desliza entre mis muslos. Sus dedos encuentran mi humedad y resbalan con facilidad, exploran con lentitud torturante los pliegues, rodean el clítoris sin tocarlo directamente aún, solo rozándolo lo justo para hacerme arquear la espalda y gemir contra su hombro. Después, con una caricia precisa, introduce un dedo, luego dos, curvándolos dentro de mí, moviéndose en un ritmo pausado que me hace temblar entera.

Yo respondo buscando su sexo con la mano, está caliente, húmedo, hinchado de deseo. Mis dedos la recorren de arriba abajo, presionan su clítoris en círculos lentos, entran en ella con la misma lentitud con que ella me penetra a mí. Nos movemos al unísono, encontrando nuestras bocas en besos desordenados, llenos de jadeos y gemidos que ya no intentamos contener.

En algún momento bajamos la intensidad solo para besarnos más despacio, para mirarnos a los ojos mientras nuestras manos siguen explorando el cuerpo de la otra sin prisa. Ella besa mi hombro, desciende por mi brazo hasta la muñeca y entrelaza sus dedos con los míos, apretando fuerte, como si necesitara esa conexión para anclarse. Después vuelve a bajar por mi cuerpo: besa mi vientre, lame la línea sensible justo debajo del ombligo, y cuando llega entre mis piernas separa mis muslos con cuidado. Primero besa la cara interna de uno de ellos, sube despacio, lame la piel sensible al lado de mi sexo hasta que yo me retuerzo y le suplico con un «por favor» entrecortado. Entonces su lengua me recorre de abajo arriba, saboreándome entera, deteniéndose en mi clítoris con caricias circulares, cada vez más rápidas. Sus dedos vuelven a entrar en mí mientras su boca no se aparta, y el placer crece en oleadas que me hacen aferrarme a las sábanas.

Cuando llego a un orgasmo glorioso, atraigo a Marta hacia arriba, la beso con desesperación, saboreándome en sus labios, y entonces bajo por su cuerpo. Cuando llego entre sus piernas, separo sus muslos con cuidado y acerco la boca. Lamo despacio al principio, explorando cada pliegue, rodeando su clítoris con la punta de la lengua antes de succionarlo suavemente. Ella gime mi nombre, sus manos se enredan en mi pelo, sus caderas se alzan buscando más. Introduzco los dedos, moviéndolos al ritmo de mi lengua, y su gemido se convierte en un grito ahogado que me vibra en todo el cuerpo.

Nos quedamos así un rato, alternando el placer hasta que ya no podemos más. Mis manos no dejan de acariciarla; mis dedos trazan la curva de su espalda, bajan hasta su culo y lo aprieto

suavemente para pegarla más a mí. Nos besamos sin parar, con hambre, sintiendo cómo el placer nos invade de nuevo.

El ritmo crece poco a poco, guiado por las caricias. Nos movemos juntas, hasta que el orgasmo nos alcanza otra vez casi al unísono: una corriente que nos atraviesa de pies a cabeza, nos hace temblar abrazadas, gemir en la boca de la otra mientras el placer nos sacude en espasmos largos y profundos.

Marta levanta la cabeza, me mira con una sonrisa suave, casi tímida, y sus ojos brillan con algo que parece felicidad mezclada con una vulnerabilidad nueva.

—Nunca pensé que esto pudiera sentirse tan… bien —susurra, con la voz todavía ronca.

Yo le acaricio el pelo, y aparto un mechón húmedo de su frente.

—Ni yo. Pero ahora ya no puedo imaginarlo de ninguna otra manera.

Nos besamos otra vez, despacio, casi con pereza, y nos quedamos así, entrelazadas bajo las sábanas que ni siquiera hemos terminado de apartar. La ciudad sigue su curso fuera, con sus ruidos lejanos, pero aquí dentro el tiempo se ha detenido. Solo existimos nosotras, este calor compartido, y la certeza de que lo que ha empezado esta noche no va a apagarse fácilmente.

Por mucho que otros quieran pensar lo contrario.

27

MARTA

El cielo de Madrid aún exhibe un tono grisáceo y desvaído cuando llego a la empresa. Todavía no son las ocho de la mañana y la ciudad se despereza poco a poco, como si intuyera que hoy conviene tratar con delicadeza cada pisada, cada ojeada y cada ademán. Avanzo por la acera mientras percibo cómo el aire fresco acaricia mi cara y evoca la noche pasada, una de las mejores de mi vida, sin duda. Ahora, la claridad del día se me antoja más radiante. He olvidado por completo la tensión de estas semanas, las dudas, los nervios… todo. Siento que camino entre nubes, que el corazón me vibra en el pecho y que las emociones son tan dulces, que no puedo evitar querer más.

Atravieso la amplia entrada del taller, y mis pasos suenan mientras busco a Cécile con la mirada. Aún no está en su despacho y, sin pensármelo mucho, comienzo a escribir un mensaje que va acompañado de una sonrisa que no puedo borrar de mis labios.

> **Marta**: Buenos días. Me siento como una adolescente al recordar lo que pasó anoche, al recordarte a ti. Solo quería decirte que fue la mejor noche de mi vida desde hace mucho tiempo. Te agradezco la cena, el paseo… todo. Y ojalá podamos repetirlo pronto. Nos vemos más tarde. Ya sabes dónde encontrarme.

Tras enviarlo, sonrío y vuelvo a guardar el teléfono para dirigirme hacia el centro del taller, donde los trabajadores llevan ya unas horas. Me aproximo al grupo de diseño, que están echándole un vistazo a las nuevas confecciones para detectar fallos.

—Buenos días —saludo de manera afectuosa, dedicándoles una sonrisa—. Ya veo que todo sigue como siempre —apunto, y me fijo en esos pequeños detalles que nos hacen únicos—. No os puedo estar más agradecida, de verdad.

Sus ojos se posan en mí, y percibo en sus miradas —también en sus gestos— el aprecio que continúan teniendo por esta empresa.

—Las circunstancias van mejorando gracias a vuestro esfuerzo —prosigo totalmente convencida—. Supongo que ya sabréis que todavía no hemos alcanzado el objetivo que buscamos, pero si seguimos así, llegaremos y eso de cara al futuro… va a ser increíble.

Un rumor sutil de aprobación se propaga entre el grupo, y noto que varios sonríen, aliviados y orgullosos por saber que todo su esfuerzo no está cayendo en saco roto.

Me detengo al lado de Fátima, cuya dedicación en el taller no ha mermado en absoluto a pesar de la presión y le acaricio la espalda, agradecida. Ella inclina la cabeza en señal de agradecimiento, con esa dignidad modesta que ha exhibido desde el inicio de su trayectoria aquí, y no veo necesario agregar más palabras porque el entendimiento mutuo fluye sin esfuerzo.

Continúo recorriendo el espacio entre bancadas, tejidos y máquinas, encaminándome hacia mi despacho con esa paz interior que se asienta en mi corazón y borra cualquier atisbo de duda y miedo. El taller sigue a su ritmo, y yo me dejo llevar por el ruido como si fuesen mis propios latidos.

Alcanzo el pasillo que lleva a mi despacho y, antes de girar el pomo, inspiro pausadamente. Abro la puerta con delicadeza y me quedo paralizada al descubrir a un hombre de pie junto a mi escritorio, con las palmas apoyadas en la madera, examinando los papeles dispuestos sobre la misma con atención.

Mi pulso se acelera de golpe.

—¿Tú eres…? Justin, ¿verdad?

Él se vuelve al escuchar mi voz, manteniendo una actitud distendida pero con una intensidad rotunda en la mirada y con la que no contaba a estas horas de la mañana.

—Buenos días, Marta —replica con tranquilidad—. Confío en no molestarte con esta visita inesperada.

Cierro la puerta con un movimiento sutil mientras niego y camino hasta ofrecerle mi mano en un saludo cortés, y tranquilo.

—No, en lo más mínimo —contesto, adaptando mi postura para que no se dé cuenta de que me ha puesto nerviosa en un segundo—. ¿Qué haces tan pronto por aquí? Si buscas a Cécile, aún no ha llegado. Supongo que no tardará mucho en venir.

Justin exhala un suspiro, como si llevase horas rumiando lo que sea que quiere decirme.

—No vengo buscándola a ella —menciona, desabrochando su americana para así, tomar asiento frente al escritorio—. Tuve una conversación con Olivier, el directivo jefe de Maison Élitaire esta mañana temprano —explica con franqueza, preservando la amabilidad en su tono—. Y me contó algo que creo…, es importante que sepas. Al menos, para evitar malentendidos futuros.

Mi cuerpo se contrae ligeramente, no por el contenido de la charla, sino por la intensidad que veo reflejada en su mirada.

—¿A qué te refieres exactamente? —indago mientras me siento y me cruzo de brazos, centrando toda mi atención en él.

Justin cruza una de sus piernas sobre la otra, y apoya las manos en los brazos del sillón en el que está sentado.

—Se trata de ti en particular —empieza hablar con tranquilidad—. Y no tiene nada que ver con el trabajo, si es lo que estás pensando.

Mi corazón empieza a palpitar con fuerza y de pronto, siento que las manos empiezan a sudarme.

—Habla con claridad, te lo ruego —musito, instándolo a que no dé más vueltas.

—Estoy al tanto de tu relación con Cécile —declara sin cortarse un pelo—. Me lo confió hace unos días, y si te soy sincero, estoy angustiado y preocupado por ella.

—¿Preocupado?

—Olivier me dijo que Cécile ha puesto en juego su propia carrera —confiesa y sus palabras, me atraviesan—. Al parecer, el consejo de París le dijo que, si no conseguía que Tejidos Valera mostrase avances a final de mes, no solo se iba a hundir tu empresa… también su trabajo en Maison Élitaire, algo que ella decidió omitirme —añade, con una fina sonrisa en los labios. Después, me mira con frialdad—. Si los resultados no avalan su postura, se verá obligada a renunciar a su cargo en Maison Élitaire. ¿Comprendes la magnitud de lo que te cuento?

Siento cómo mi mente procesa y asimila el significado de sus palabras.

—No… no puede ser —respondo perpleja, sin saber muy bien qué decir—. No puede haber hecho esa tontería.

—Pues lo ha hecho, y temo que su decisión haya surgido de lo que siente por ti. Y no por su visión de la empresa en sí. —Justin me observa con gesto cargado de preocupación—. Cécile ha puesto en bandeja toda su trayectoria laboral por Tejidos Valera, y si esto no funciona, se quedará sin nada. Y creo que no es consciente de eso.

El silencio consume la conversación y eso me permite digerir la información.

—Hablaré con ella, esto…

—Cécile te respaldó a ciegas —prosigue, manteniendo su postura sin modificarla ni un solo segundo—. Pero si todo se va al garete…

—Se hundirá con Tejidos Valera —afirmo, tragando saliva—, y eso no lo puedo permitir.

Mi corazón late a toda prisa, y no sé si es por el miedo, por la sorpresa o por su lealtad a esta empresa que representa mi historia y toda mi vida.

—…te agradezco que me lo hayas contado —añado al cabo de un rato, con la voz impregnada preocupación

Justin inclina la cabeza con lentitud y me dedica una breve sonrisa.

—Ella es una mujer muy fuerte, y se ha ganado su carrera a base de trabajo duro, incluso navegando a contracorriente —afirma con una pequeña sonrisa en los labios, reconociendo una de sus tantas cualidades—. Pero sé que la situación de tu empresa le afecta, y le afecta aún más cómo te sientas tú si todo esto sale mal.

Lo miro fijamente a los ojos, convencida de que no puedo permitir que eso ocurra.

—Entonces —declaro con seguridad y sin vacilaciones—, haré todo lo que esté en mi mano para que este plan funcione y las cosas salgan bien. No pienso fallar, y mucho menos dejar que su vida se desmorone por mi culpa.

Sus ojos se cruzan con los míos y en ese intercambio de miradas, descubro que la implicación de Cécile ya no solo ha sido profesional, sino personal. Que lo que ha nacido entre nosotras la ha impulsado a cometer esta locura y que no puedo permitirme que hunda su carrera por salvar esta empresa, *mi* empresa.

—Yo me marcho. Ha sido un placer hablar contigo y os deseo, de todo corazón, que salgáis adelante, hay mucho talento por aquí —menciona Justin, poniéndose en pie, ofreciéndome de nuevo su mano—. Esta empresa tiene un valor incalculable. Y sería una lástima que perdiera su esencia en manos de Maison Élitaire, por mucho que yo forme parte de ellos. Demostrarles que Cécile no estaba equivocada.

—Lo haré… —respondo y él afirma con la cabeza.

Mientras lo veo dejar mi despacho, en lo único que puedo pensar es en ella, en lo que siento cuando la tengo cerca y en ese abanico de posibilidades que se acaban de abrir ante nosotras.

28

MARTA

La tarde comenzó a caer hace unas horas, y yo me hago recorriendo la empresa de un extremo a otro, con el pulso acelerado y una sensación de urgencia encogiéndome el estómago. El ruido de mis pasos hace eco y se fusiona con el zumbido incesante de las máquinas que operan sin pausa, manteniendo el ritmo de producción que hemos adquirido desde que las implantamos. Me siento tensa, en alerta, con una opresión extraña en el vientre y un nudo en la garganta.

Sé que Cécile llegó hace muy poco porque Luichi me lo comentó hará cosa de unos minutos y aunque me gustaría que mi reencuentro con ella fuese dulce, lo cierto es que no puedo dejar pasar el día sin pedirle explicaciones sobre la locura que ha hecho. Enterarme del sacrificio que ha asumido, saber que hay posibilidades de que toda su trayectoria, todo su prestigio dentro de Maison Élitaire y todo su futuro está en manos de lo que suceda en esta empresa, me pone de los nervios.

Consulto el reloj colgado en la pared, que marca las cuatro menos cuarto, y cuando levanto la mirada, la distingo al fondo del taller, caminando entre los trabajadores con una sonrisa dulce en los labios y ese gesto de orgullo que he visto una docena de veces. La gente, que en un principio la veía con escepticismo, ahora la quiere como una más de la familia y es lógico, se lo ha dejado todo y se ha implicado tanto que solo pueden estar agradecidos.

—¡Cécile! —exclamo levantando la voz—. ¿Podrías acercarte un momento, por favor? Tengo algo importante que hablar contigo.

Ella se voltea con gracia y sus ojos, se iluminan sutilmente al identificarme en medio del gentío que pulula por el área. Se

aproxima con tranquilidad y cuando está junto a mí, me dedica una sonrisa que me remueve por dentro.

—¿Qué ocurre? —indaga con curiosidad.

No me concedo un solo segundo para pensar un plan, así que sujeto su mano con determinación y la llevo conmigo hacia mi oficina, impulsándola con un tirón suave pero insistente. La sorpresa le marca los gestos, pero no opone resistencia, solo me sigue, y ya puedo verle la picardía en los ojos.

El rumor de las máquinas se atenúa a nuestras espaldas, hasta quedarnos solo ella y yo, libres de interrupciones externas. Abro la puerta de mi despacho de un empujón y cuando estamos dentro, la cierro. Acto seguido, me giro sobre mis talones y la enfrento con los ojos dilatados por la emoción, mientras mi corazón continúa latiendo con furia.

—¿Por qué no me contaste que Maison Élitaire te amenazó? —le reprocho, llena de miedo y de dudas—. ¿Por qué ocultaste que si las cosas van mal en Tejidos Valera no solo se hundirá la empresa sino que tú te quedarás sin trabajo?

—Marta…

—¿Por qué aceptaste esa medida tan drástica? —insisto, elevando el volumen sin pretenderlo—. ¿Acaso has perdido el juicio? ¡Podrías quedarte sin trabajo de un día para otro! ¿No te das cuenta de lo grave que es? Tu vida entera cambiará, tanto en lo personal como en lo… ¡es una locura! Eso es lo que es.

Mi timbre se intensifica, impulsado por el temor visceral que me invadió cuando Justin me lo comentó. Mis manos se cierran en puños a los costados de mi cuerpo, como si buscara aferrarme a algo.

Cécile inhala profundamente sin retroceder un ápice, y en su lugar, adelanta un paso casi imperceptible que acorta la distancia entre nosotras, permitiéndome sentir el calor reconfortante de su proximidad en este instante lleno de tensión. Su mirada se clava en

la mía y me regala una sonrisa suave que me devuelve la calma que había perdido.

—Si hice algo así, es porque tengo una fe enorme en que esta empresa puede prosperar y superar todos los obstáculos —explica y me acaricia una mano—. Creo en sus capacidades con cada célula de mi cuerpo. No podía permitir que el consejo de París no aprobara la propuesta a tu manera, así que acepté quedarme sin trabajo en caso de que Tejidos Valera no saliese adelante. Esta empresa merece todos nuestros esfuerzos. Hasta el mío.

Su expresión carece de dramatismos; se limita a ser directa, auténtica y con una transparencia en la mirada que me hace reconocer algo con claridad… Cécile ha apostado mucho más de lo que jamás imaginé que estaría dispuesta a jugarse, revelando un nivel de implicación que me golpea el corazón.

—Lo comprendo —murmuro, soltando un suspiro profundo—. Lo comprendo perfectamente… pero no deberías haber hecho esta locura sin habérmelo contado antes. No era necesario poner en riesgo tu trabajo para defender mi empresa; existen alternativas para batallar por aquello que se ama sin comprometerlo todo en una sola jugada.

Sus hombros se destensan y avanza otro paso hacia mí, aproximándose un poco más, acariciando un mechón de mi pelo.

—Antes, para mí, lo personal y lo laborar no se podía mezclar —responde con un timbre bajo—. Pero ahora no puedo mantenerlos aislados. Desde que puse un pie en este lugar, te conocí y vi como defendías la esencia e historia de Tejidos Valera con esa pasión, me convencí a mí misma de que no podía permitir que lo que hace auténtico a este lugar se pierda bajo la mano de Maison Élitaire. Cuando presenté esa propuesta, sabía que iba a tener que defenderla con uñas y dientes, y de no haberlo hecho, no solo habría traicionado mi esencia. También a ti.

Sus pupilas destellan con una franqueza que no tolera réplicas ni dudas, aunque yo sí me dispongo a hacerlo con algo que pueda

mitigar la carga emocional que flota en el ambiente… El beso que deseo darle ahora mismo. Sin embargo, cuando estoy a punto de rozar sus labios, el mutismo del despacho se rompe de golpe por el estruendo de la puerta al abrirse con ímpetu.

—Marta, Cécile —interviene Iván, que se nos queda mirando a ambas con extrañeza. Un silencio tenso nos rodea antes de que siga hablando y ella y yo demos un pequeño paso hacia atrás—. Lamento… interrumpiros… —carraspea—, necesito que echéis un vistazo a estos documentos o no podremos avanzar.

No logro determinar si mi hermano ha notado la tensión que reina entre nosotras o no, pero nos mira como si nos hubiese encontrado haciendo algo que claramente no ha pasado delante de sus ojos.

—Os lo dejo aquí mismo —prosigue con un ademán mecánico, colocando un fajo de folios sobre mi escritorio sin dilación—. Echarle un vistazo cuanto antes. Son las revisiones de los últimos datos de producción que he recopilado esta mañana.

La forma en que nos observa resulta tan imparcial, tan desconectada de la realidad, que por un instante temo que se haya enterado de que a mí y a Cécile nos une mucho más que la pasión por hacer bien nuestro trabajo.

—Gracias, Iván —contesto con tranquilidad, recuperando la compostura —. Los examinaré en detalle en cuanto Cécile y yo terminemos de hablar.

Sin embargo, él no se marcha tan rápido como me gustaría; permanece allí, con la vista alternando entre nosotras dos, cargada de interrogantes no verbalizados. Su expresión facial transmite curiosidad y malicia; seguramente esté especulando sobre el motivo de nuestra cercanía física, por qué que nuestros cuerpos están alineados de un modo que excede la mera interacción profesional.

No obstante, en vez de preguntar o alterar el equilibrio, simplemente inclina la cabeza en un gesto afirmativo y discreto, y abandona mi despacho.

La puerta se cierra y yo me mantengo frente a Cécile, con las palmas apoyadas levemente sobre la superficie de mi mesa para estabilizarme, aun percibiendo el calor reconfortante de su presencia tan próxima. El rumor distante del taller se cuela por debajo de la puerta, recordándome que la vida sigue su curso.

—Todo irá bien… —menciona Cécile, acariciando mi mejilla—. Creo en este proyecto y lo creo con la misma intensidad con la que te hice el amor ayer.

Soy incapaz de decir nada… solo la miro con el corazón desbocado latiendo a un ritmo frenético que resuena en mis oídos. Ese mutismo compartido, denso y cargado de tensión, representa la única réplica que necesito en este preciso instante, un puente silencioso que une nuestras almas en medio de la tormenta, haciéndonos un poco más fuertes.

—Entonces… yo también creo en ti.

29

CÉCILE

El ambiente se impregna de un aroma reconfortante a café recién molido, a los tejidos que han llegado al almacén y a la maquinaria que trabaja sin descanso, un perfume familiar que hoy se percibe más vivo que nunca. Avanzo entre los operarios con la carpeta de informes bajo el brazo, experimentando una mezcla de euforia y nerviosismo que aún no logro etiquetar con, una sensación que se expande por mi pecho y me acelera ligeramente el pulso. Hoy flota en el aire una energía distinta, distinta de la cadencia rutinaria del trabajo diario; una corriente de expectativa que recorre cada mirada que intercambio con el resto, cada gesto, cada pausa entre las indicaciones y el zumbido diligente de las máquinas que no cesan en su labor.

No tardo en comprender de dónde proviene esa atmósfera diferente.

Los trabajadores nos observan —a Marta y a mí— con una curiosidad que no disimulan del todo y con un matiz que se asemeja mucho a una complicidad callada y respetuosa. No nos siguen con pasos evidentes ni forman un corro indiscreto; es más bien una percepción difusa, una intuición colectiva de que algo ha cambiado de manera perceptible. Nuestras sonrisas que se prolongan un instante más de lo habitual, las miradas que se encuentran en la distancia y se sostienen con naturalidad, la manera en que nos movemos esta mañana por los pasillos manteniendo una proximidad que antes no existía… todo ello conforma un lenguaje silencioso que ellos han comenzado a descifrar sin necesidad de que nadie lo verbalice de forma explícita.

Capturo las miradas que se detienen apenas un segundo más allá de lo estrictamente profesional, las sonrisas que se abren con

mayor calidez en algunos rostros cuando nos cruzamos con ellos. No debería importar en el contexto laboral, pero existe una sensibilidad especial en el ambiente que no puedo —ni deseo— pasar por alto, porque revela que el equipo percibe, aunque sea de forma intuitiva, que entre nosotras ha nacido algo auténtico y profundo.

—¿Lista para revisar los resultados de la mañana? —me pregunta Marta cuando me acerco a ella junto a la gran mesa de planificación, y sus ojos brillan con una luz suave y contenida que me llega directamente al corazón. Su voz conserva ese equilibrio perfecto que ya tengo muy metido en la cabeza.

Asiento con una sonrisa ligera que apenas necesita palabras, y nuestras manos se rozan fugazmente al cruzarnos frente a frente. Ese contacto breve me recorre como una corriente que, por un instante, hace desaparecer por completo el rumor constante de las máquinas de mi percepción, dejando solo el latido acelerado de mi propio pulso y la certeza de su presencia tan cerca.

En ese preciso momento mi teléfono vibra con la llegada de un correo electrónico. Lo abro de forma automática, con la vista fija en la pantalla, sin sospechar todavía el impacto que contendrá:

Asunto: Confirmación de contrato — Empresa Deltar SA

Mis ojos se abren de par en par casi de inmediato. Las manos me tiemblan con un leve movimiento que apenas consigo controlar. El mensaje es breve, pero su contenido es claro, contundente e irrevocable: «Nos encantaría trabajar con Tejidos Valera en este contrato significativo con Deltar SA». Un pedido de gran volumen que supondrá una inyección de capital decisiva y un incremento de producción muy superior a todo lo proyectado hasta la fecha.

El corazón me late con tanta fuerza que parece querer escapar de mi pecho. Bajo la mirada hacia Marta y descubro que ella también ha leído el correo en su teléfono; la alegría se refleja en su rostro con una naturalidad vibrante y luminosa.

«Esto merece una celebración en toda regla», pienso con una oleada de orgullo inmenso mezclado con un alivio tan profundo que casi resulta físico.

—¡Tenemos noticias excelentes! —exclama Marta claramente emocionada, elevando el tono lo justo para captar la atención de todos—. Tejidos Valera ha cerrado el contrato con Deltar SA.

Los operarios que nos rodean interrumpen momentáneamente sus tareas y dirigen la vista hacia nosotras con interés renovado. Algunos intercambian miradas rápidas entre sí, como si ya intuyeran la magnitud de lo que esto significa.

Sin concederme ni un segundo de duda, tomo la palabra porque comprendo que este no es únicamente un éxito empresarial, sino un triunfo colectivo de todas las personas que han invertido horas, fe y un gran esfuerzo, incluso en los momentos en que la esperanza flaqueaba. Un aplauso discreto nace en la zona de corte y pronto se transforma en un murmullo general de aprobación y satisfacción que recorre el taller entero.

—¡Equipo! Este avance representa un paso gigantesco —prosigo con el pulso aun latiéndome con fuerza—. Gracias a vuestra entrega diaria, a vuestro compromiso, a la manera en que habéis acogido los cambios de corazón, esto ha sido posible. No os habéis limitado a mantener viva la empresa… la estáis impulsando hacia un futuro mucho más sólido y prometedor. Y este contrato será el ejemplo de ello.

Mis palabras encuentran eco inmediato en las miradas que me devuelven: sonrisas tímidas que se ensanchan, manos que se alzan en gestos de orgullo, ojos que brillan con una mezcla conmovedora de alivio y entusiasmo.

—Esto merece celebrarse —repito ahora con un tono más cálido y cercano—. Y propongo que lo hagamos de inmediato, aquí mismo, todos juntos.

Miro a Marta y ella asiente con una sonrisa amplia y radiante que ilumina su rostro entero. Nuestras miradas se encuentran y

sostienen una corriente silenciosa de alegría compartida que no necesita más palabras para expresarse con plenitud.

—Una celebración sencilla pero sincera —apunto, sin pensárselo dos veces—. Vamos a preparar un almuerzo aquí en los talleres, algo modesto pero que nos permita compartir este instante tan importante con todo el equipo.

Escucho murmullos de entusiasmo entre los trabajadores, comentarios animados, las conversaciones relajadas, el momento de reconocer colectivamente el esfuerzo realizado.

Mientras algunos se ofrecen voluntarios para organizar las mesas, colocar manteles y disponer varias sillas, yo me dirijo hacia donde se encuentran Elena e Iván, que observan la escena desde un lateral con expresiones que no termino de descifrar.

Elena me dedica una sonrisa amplia, cálida y absolutamente sincera.

—Esto es maravilloso, Cécile —comenta, en un tono que también contiene toda su emocion—. Este contrato puede suponer un cambio radical para todos.

Asiento con gratitud, sintiendo que la alegría se expande de forma colectiva, aunque en la mirada de Iván detecto un matiz distinto que se me clava, igual que ayer en el despacho de Marta; es más bien una frialdad contenida y silenciosa que me llega muy adentro.

—Gracias por todo lo que has hecho, Elena —continúo—. Vamos a organizar esto como se merece; es un momento que debe compartirse con cada persona que forma parte de Tejidos Valera.

Elena asiente con entusiasmo y se une al grupo que ya está acomodando las mesas. Iván, por su parte, se incorpora al movimiento general con lentitud deliberada, aunque su mirada no me abandona del todo; permanece fija en nosotras con una intensidad que deja una sombra sutil en medio de la celebración.

La comida se dispone en bandejas sobre mesas alargadas: ensaladas frescas con hojas crujientes y coloridas, porciones de pollo asado aromatizado con hierbas frescas. Las bebidas frías burbujean en jarras transparentes, y el pan recién comprado exhala su aroma cálido desde cestas amplias, todo traído del local más cercano.

El rumor de voces y risas se enciende con naturalidad y el taller entero parece respirar de otra manera. Hoy no solo producimos; celebramos un logro que nos pertenece a todos.

Me detengo un instante a observar cómo la gente se sirve con cuidado, cómo intercambian sonrisas con los compañeros, cómo conversan con esa soltura que solo surge cuando una comunidad comparte un éxito merecido después de mucho sacrificio.

Marta se sitúa a mi lado con un plato en la mano, y sus ojos reflejan una satisfacción serena y profunda.

—Esto… se siente bien, muy bien —murmura en voz baja para que solo yo la escuche, con un matiz de emoción que me llega directamente al alma.

La miro y nuestras sonrisas se encuentran otra vez en esa complicidad silenciosa que ya forma parte esencial de nosotras.

—Sí —respondo apenas—. Se lo han ganado con creces.

El ambiente se torna progresivamente más cálido y distendido. Algunos trabajadores se acercan para agradecerme con palabras sencillas y directas. Otros comparten bromas ligeras entre risas. Las manos que antes manejaban herramientas y telas ahora sirven platos, alzan vasos, intercambian palmadas amistosas sin prisa ni formalismos.

Cierro los ojos durante un segundo, inspiro profundamente y dejo que esta imagen se grabe en mi memoria como un instante completo y redondo: vida compartida, sentido de pertenencia, un claro futuro y una esperanza renovada que se palpa en cada gesto.

—Gracias —susurro de nuevo, esta vez dirigiéndome con la mirada a cada persona presente en el taller—. De corazón, gracias a

todos.

Una risa espontánea y contagiosa me trae de vuelta al presente. Giro el rostro hacia donde Iván observa la escena con una expresión compleja. Sus ojos me interrogan en silencio y hay un brillo en ellos que sugiere que, a su manera, también ha permitido que este momento de unión exista y se desarrolle.

Marta me toma del brazo con suavidad y me conduce hacia una de las mesas largas. Nuestras manos se rozan apenas en el trayecto, un contacto fugaz, ligero… El silencio que se establece entre nosotras resulta cálido y reconfortante, acompañado por las conversaciones animadas que nos rodean, por las sonrisas que iluminan rostros cansados pero satisfechos que han trabajado sin descanso para llegar hasta aquí.

—Quiero… decir que… —declara Marta alzando su vaso de agua, y el murmullo general desciende ligeramente para permitir que su voz se escuche con claridad—. Este logro no solo consiste en una firma sobre un contrato. Representa la prueba fehaciente de que podemos conseguirlo, sin renunciar a nuestra identidad ni a nuestra esencia más auténtica.

Una ovación contenida pero cálida recorre la nave. Algunos levantan sus vasos en un brindis improvisado, otros aplauden con manos firmes y sinceras. El sonido resulta vibrante, lleno de una energía que trasciende las palabras: es la melodía sutil de la confianza recuperada y compartida. Mientras la celebración prosigue con naturalidad, Elena se aproxima con varios informes en la mano y me observa.

—He estado preparando esto durante los últimos días —explica al tenderme los documentos—. Se trata de la reorganización detallada de la producción y la logística para absorber el volumen del pedido de Deltar SA. No estaba segura de que el contrato se confirmara, pero preferí adelantarme y tenerlo todo listo por si llegaba el momento.

—Gracias, Elena —respondo—. Adelantarnos al trabajo, va a ser fundamental para los próximos pasos.

Ella asiente con decisión y se ofrece a ayudar con los últimos platos que aún quedan por servir, dejando los informes sobre una mesa cercana. Marta se aproxima y las tres nos miramos sin prisa, compartiendo un entendimiento tácito de que este éxito no marca el final, sino que apenas inaugura una etapa nueva y exigente.

—En dos semanas —nos recuerda Elena, como si no quisiera olvidarse del mundo—. Tenemos que demostrar que hemos puesto toda la carne en el asador y que estamos preparados para seguir cumpliendo con el trato. Sin importar nada más —añade, y me mira directamente a mí.

—Lo vamos a conseguir —responde su hermana, totalmente convencida.

La forma en que pronuncia esas palabras lleva implícita no solo una certeza técnica, sino también una fuerza personal y compartida que apunta mucho más allá de cualquier documento o fecha límite. Iván nos observa desde la lejanía y levanta su vaso a modo de brindis. Y mientras el rumor alegre de la comida continúa a nuestro alrededor, siento esa misma certeza resonar en mi interior con una intensidad casi física: esto no es un triunfo aislado ni parcial; representa el comienzo de algo mucho más amplio, sólido y duradero… y lo construiremos juntas, paso a paso, sin desfallecer.

En mitad de este entusiasmo, me aparto unos pasos del grupo principal en busca de un rincón algo más tranquilo. Busco mi teléfono y, con los dedos todavía temblorosos por la emoción que no consigo dominar, escribo un mensaje que le envío a Justin.

Cécile: No se ha corrido la voz, ¿verdad?

30

CÉCILE

Llego a la terraza con unos minutos de antelación; un rincón seleccionado por ser un lugar discreto, apartado del trajín más turístico, con mesas de madera clara desgastada por el tiempo y macetas rebosantes de romero y lavanda que desprenden un perfume reconfortante que se mezcla con el aire cálido de la ciudad. Madrid posee esa virtud singular de esconder refugios inesperados incluso en el corazón del bullicio, y hoy necesito precisamente uno de esos espacios que me permitan respirar con calma. Me siento, dejo el bolso a mis pies y observo con atención cómo el camarero termina de extender manteles sobre las mesas, cómo una pareja de edad avanzada conversa en voz baja en la mesa vecina, compartiendo un silencio sereno y cómplice que me enternece el corazón.

Inhalo profundamente, dejando que el aroma herbal me envuelva.

Mi mente regresa una y otra vez al mensaje de Justin, a esas líneas que respondieron a mi mensaje: «No he oído nada, pero ve con cuidado. Y no es una advertencia, te lo digo de corazón». A pesar de que estamos juntos por Madrid, él también ha aprovechado para cerrar algunos tratos.

Sus palabras son solo la voz de alguien que me conoce desde hace demasiado tiempo, que sabe que cuando tomo una decisión, no me echo atrás ni conozco de medias tintas. Me ajusto las gafas de sol con un movimiento lento y dejo que el calor moderado del mediodía me relaje los hombros, aunque en el fondo soy perfectamente consciente de que la inquietud que me recorre no se disipará con facilidad ni con el simple roce del sol.

Poco después, Marta viene hacia mí con paso tranquilo, vestida con sencillez, el pelo suelto que se mece ligeramente con cada movimiento y le enmarca el rostro de una manera que me sigue resultando cautivadora. Hay algo en su forma de caminar que continúa sorprendiéndome cada vez, y cuando sus ojos me localizan entre las mesas, una sonrisa se dibuja en sus labios y esa sola expresión basta para que mi pecho se ensanche con una sensación familiar y profunda que ya no intento negar.

Se acerca y, antes de tomar asiento, se inclina para saludarme con dos besos suaves y pausados que me rozan las mejillas con ternura.

—Gracias por invitarme —dice mientras se acomoda frente a mí—. Necesitaba salir un rato del taller. Desconectar, aunque sea por un momento de todo el ruido.

—Yo también —respondo, sin apartar la vista de ella—. Pensé que nos vendría bien cambiar de escenario, respirar un aire distinto… hablar de cualquier cosa que no sean plazos o muestras, aunque solo sea durante esta pausa.

El camarero se acerca y pedimos una ensalada de burrata con tomates confitados para compartir, pescado a la plancha con verduras asadas para ella, una pasta ligera con verduras y hierbas para mí, y una botella de vino blanco bien frío que llegue pronto a la mesa. Cuando se aleja, el silencio que se instala entre nosotras no me parece para nada embarazoso; al contrario, posee un matiz expectante y casi íntimo, como si ambas supiéramos que este encuentro guarda algo más que una simple comida.

Marta apoya los antebrazos sobre la madera de la mesa y me observa con atención.

—Todavía me cuesta creerlo… —comienza y dibuja una pequeña sonrisa—. Si alguien me hubiera asegurado hace apenas un mes que estaríamos aquí las dos, sentadas en una terraza tranquila, compartiendo una comida sin prisas… no lo habría creído ni por un segundo.

Sonrío con suavidad, reconociendo la verdad que encierra su comentario.

—Yo tampoco lo habría imaginado —admito, y desvío la mirada un instante hacia el ir y venir de la calle—. Mi vida era… mucho más estructurada, más predecible. O al menos eso pensaba yo entonces.

—¿La echas de menos? —pregunta Marta sin rodeos, con una curiosidad genuina.

Me tomo unos segundos para responder, jugueteo con la esquina de la servilleta entre los dedos mientras ordeno mis pensamientos.

—Echo de menos la seguridad que ofrecía —confieso, con total honestidad—. Saber con exactitud cuál era el siguiente paso, qué se esperaba de mí en cada momento, cómo cumplir las expectativas sin desviarme ni un milímetro del camino trazado. Pero no echo de menos en absoluto esa soledad profunda que sentía incluso cuando estaba rodeada de gente, esa sensación de vacío que acompañaba cada logro profesional.

Marta asiente con lentitud, como si absorbiera cada palabra y la comprendiera sin necesidad de más explicaciones.

—Y supongo que eso vendrá de algo —indaga con delicadeza, sin un ápice de morbo en su expresión.

Levanto la vista hacia ella y respiro hondo antes de continuar.

—Sí, con mis padres —respondo antes de encogerme de hombros—. Cuando tomé la decisión de seguir mi propio rumbo, cuando dejé claro que no iba a convertirme en la hija que ellos habían proyectado desde mi infancia… se abrió una distancia que nunca volvió a cerrarse. Y supongo que, en ese momento, decidí mostrar de esa manera mi valía.

Me sorprende la fluidez con que las palabras brotan de mí, como si hubieran estado esperando el momento adecuado para salir a la luz. Marta no me interrumpe en ningún instante; se limita a

escuchar con atención y los labios ligeramente entreabiertos, como si temiera perderse siquiera una sílaba de lo que estoy compartiendo.

—Aprendí a no esperar nada de ellos —prosigo—. A edificar mi existencia sin incluirlos en los planes, a bastarme a mí misma en todos los sentidos. Pero hay días… —me detengo un instante para elegir con cuidado la siguiente frase—, en los que esa carencia me pesa, en los que me sorprendo preguntándome qué habría cambiado si las cosas hubieran sido distintas.

Ella baja la mirada un segundo, como si mis palabras hubieran tocado una fibra sensible en su interior, y luego vuelve a buscar mis ojos.

—Te entiendo mucho más de lo que imaginas —confiesa, casi con un matiz de vulnerabilidad—. Yo echo de menos a mis padres cada día que pasa. Aunque ya no estén físicamente, aunque no pueda recurrir a ellos para pedir consejo… hay decisiones importantes en las que me sorprendo pensando qué habrían dicho, qué me habrían recomendado. O simplemente me gustaría poder contarles que sigo adelante, que intento hacer las cosas lo mejor que sé y que, a pesar de todo, la empresa sigue en pie.

Sin pensarlo demasiado, estiro la mano sobre la mesa y dejo mis dedos muy cerca de los suyos, sin llegar a tocarla todavía, como si le tendiera un puente invisible que ella puede decidir cruzar cuando se sienta preparada.

—Pero… —añade con una sonrisa tenue que ilumina su rostro —, …también me consuela profundamente saber que tengo Tejidos Valera. Y a mis hermanos, incluso cuando Iván se empeña en complicar las cosas —bromea, alzando ligeramente las cejas con un gesto cómplice—. Supongo que las familias, en todas sus formas, nunca resultan sencillas ni predecibles.

Río con suavidad, reconociendo la verdad universal que encierran sus palabras.

—Pues sí, para qué vamos a engañarnos —respondo, sintiendo cómo la tensión de mis hombros se alivia un poco más.

El camarero llega con los platos y el vino. El tintineo delicado del cristal al posarse sobre la mesa, el aroma fresco y apetitoso que se eleva de la comida, el murmullo lejano de otras conversaciones… todo contribuye a crear una burbuja protectora que, por unos minutos, me permite olvidar el resto del mundo.

Comemos con calma, sin prisa. Conversamos sobre viajes que nunca realizamos, sobre ciudades que dejaron huella en nosotras, sobre cómo Madrid me ha sorprendido con su vitalidad caótica y cómo Lyon siempre permanecerá unida a fragmentos esenciales de mi identidad que no desaparecerán jamás. En algún momento, sin que ninguna de las dos lo busque de forma consciente, nuestras manos se encuentran sobre la madera de la mesa. Sus dedos se cierran alrededor de los míos con una naturalidad que parece haber estado esperando ese instante desde siempre.

El vértigo me asalta de inmediato, una mezcla de euforia y temor que me recorre entera.

Pienso en Justin. En París. En lo vulnerable que puede volverse todo si alguien decide observar con demasiada atención, si comienzan a unir cabos. Pero al mismo tiempo esa presión externa se transforma en una fuerza interna extraña y poderosa, una determinación que me arraiga con más fuerza al presente. Aprieto suavemente su mano, sin mirar a nuestro alrededor, sin ocultarme ni disimular.

—Gracias por confiar en mí —le digo, casi en un susurro que apenas supera el rumor de la terraza.

—Gracias a ti por quedarte —responde ella, devolviéndome la presión con la misma intensidad contenida.

. . .

Horas más tarde, ya de vuelta en la empresa, el ambiente cambia de forma radical.

Me encuentro en la sala de muestrarios, revisando algunas de las telas, comprobando tonalidades, texturas y caídas, cuando Marta entra con una energía distinta que percibo al instante. Intentamos mantener la compostura que exige el entorno: comentamos muestras, analizamos combinaciones posibles, hablamos de plazos y de ajustes necesarios, pero bajo la superficie late algo que vibra con intensidad, una corriente que ninguna de las dos puede ignorar por completo.

Estamos a punto de quedarnos solas en la sala cuando la puerta se abre de golpe.

Iván irrumpe con paso firme, carpeta bajo el brazo y un gesto tenso que no intenta disimular.

—Tenemos un problema serio —anuncia sin preámbulos ni saludarnos.

Marta se gira hacia él con rapidez; yo deposito con cuidado la muestra que sostenía entre las manos.

—Nuestro proveedor principal está inquieto —prosigue Iván sin pausa—. No le gustan los cambios constantes ni la velocidad con la que estamos modificando los procesos. Ha insinuado con bastante claridad que podría romper el contrato si continuamos por este camino.

Siento un golpe seco en el estómago, como si el aire se hubiera espesado de repente.

—¿Ha dicho algo en concreto? —pregunto, esforzándome por mantener la calma, a pesar de la alarma que me recorre.

Iván esboza una sonrisa ladeada, casi satisfecha, que no llega a sus ojos.

—No creo que vayan a cambiar de opinión fácilmente —responde él con un tono que roza la complacencia—. Y, sinceramente, pienso que ha llegado el momento de demostrar que

estáis a la altura de las circunstancias. De encontrar una solución viable… si es que sois capaces.

Su mirada pasa de Marta a mí con una frialdad deliberada que no hace el menor esfuerzo por ocultar. Luego se encoge de hombros con aparente indiferencia y se dirige hacia la puerta.

—Os dejo con ello —añade antes de salir, cerrando la puerta tras de sí con un golpe seco.

El silencio que sigue nos estruja con fuerza. Marta y yo nos miramos fijamente, sin pronunciar una sola palabra durante varios segundos, conscientes de una amenaza que ninguna de las dos había anticipado y que ahora se cierne sobre nosotras con toda su crudeza.

31

MARTA

En el instante en que suena el primer pitido de mi alarma, noto que mis párpados se resisten, como si me hubiese olvidado dormir la noche anterior. Me incorporo de la cama con un nudo en la garganta que ha seguido ahí desde que recibimos el aviso de la posible cancelación del contrato con el proveedor y supe que la situación se estaba complicando.

Levanto la persiana y la luz mortecina del amanecer inunda mi dormitorio, como si el nuevo día trajera consigo una carga de augurios sombríos que se filtran por cada resquicio. Soy consciente de que la jornada que me espera no será fácil, y de que tendremos que buscar una solución rápida si no queremos que los pasos que hemos dado hacia delante, lleguen a nada.

Tan solo necesito un café y una ducha fría para arrancar el sueño acumulado. Llego a Tejidos Valera mucho antes de que la mayor parte de los trabajadores cruce la puerta principal. Dejo atrás el murmullo de las máquinas y me dirijo hacia mi oficina sin volver la vista atrás. Antes de sentarme frente a mi escritorio, enciendo el móvil del trabajo y comienza a llenarse de notificaciones de otros proveedores que trabajan con nosotros. Uno detrás de otro, todos, manifiestan su preocupación. Quieren saber qué es lo que va a pasar y ninguno me ofrece una solución.

Inspiro profundamente para serenarme, cierro los ojos durante un breve instante y escribo respuestas para cada consulta con la compostura automática que se presupone en mi posición de responsabilidad. Cada mensaje que sale de aquí intenta transmitir una tranquilidad que en realidad no siento. Todas las explicaciones resultan vacías hasta para mí

Espero hasta las ocho, y cuando se cumple la hora, abro la puerta de la oficina y camino hacia la sala que hemos improvisado para reunir a todos. El espacio rebosa de expresiones fatigadas y semblantes marcados por las ojeras. El murmullo de las conversaciones se interrumpe de golpe, y el ambiente se vuelve tan denso que me cuesta respirar.

—Buenos días a todos.

Iván decide quedarse al final de la estancia, con los brazos cruzados contra el pecho y un gesto indescifrable en la cara. Sé que está analizándolo todo, que le complace verme sufrir y tener que luchar, aunque la situación diga que es mejor dejar de hacerlo.

—Como seguramente ya habréis oído —inicio con un tono moderado, aunque un leve vibrato lo recorre de manera casi inaudible—, nuestro proveedor principal duda de la viabilidad del proyecto de producción que estamos llevando a cabo en este momento. No ve con buenos ojos el ritmo, tampoco los cambios que estamos implantando y existe un peligro tangible de que rompan el contrato si no les ofrecemos una alternativa.

El silencio que sigue se posa sobre mis hombros de manera abrumadora. Las miradas se desvían hacia abajo, se entrecruzan, se impregnan de dudas. Una de las trabajadoras —jefa de sección—, con el gesto agotado, levanta apenas la vista hacia mí.

—¿Cómo nos afecta eso a nosotros? —indaga con preocupación.

—Implica… —contesto, permitiendo unos segundos para demostrar que podemos solucionarlo—, que debemos unirnos más que nunca en este trance y no permitir que un solo revés estropee todo lo que hemos conseguido juntos estos días. Desde la dirección exploraremos otras vías y consolidaremos nuevos vínculos, lo importante es demostrar que no nos estamos equivocando. A pesar de que haya algún retraso en la producción, tenemos que seguir trabajando.

El volumen de las conversaciones aumenta y todo el mundo se carga de entusiasmo. Sostengo la mirada con cada uno de los presentes, agradeciéndoles de nuevo el esfuerzo que hacen cada día por Tejidos Valera.

Después de la asamblea, el taller recupera su ritmo habitual, pero yo sigo cargando con un pesar que no me arranco del pecho. Cécile no ha estado presente, y la necesito con urgencia… porque su mera existencia me proporciona un apoyo y una estabilidad inexplicables.

Cuando la localizo —junto a la zona de diseño—, su sola figura me devuelve a la vida. La contemplo en silencio durante un momento, apreciando cómo sus manos se desplazan por la tela, recorriendo las texturas y también sus figuras. Tiene la mirada fija en los dibujos que están realizando el conjunto de diseñadores, y me parece mentira que ahora, forme parte de todo el equipo como uno más.

Me acerco a ella y cuando estoy a un paso, le coloco la mano en la espalda.

—Cécile. ¿Puedes darme un momento?

Ella eleva la vista hacia mí, y en sus ojos puedo ver esa calidez que es capaz de caldear cualquier rincón de este lugar.

—Para ti, tengo todo el tiempo que necesites —replica, depositando el lápiz sobre la mesa con un gesto suave, dedicándome atención plena.

Los segundos que permanecemos ahí, mirándonos la una a la otra, suspenden el movimiento de nuestro alrededor. Todo se encoge y se reduce a nosotras. Al menos, hasta que el pitido de una máquina nos saca del ensimismamiento.

—Será mejor que vayamos a otra parte…

Cuando entramos en mi despacho y cierro la puerta tras de mí, reposo la espalda sobre la madera y suelto un suspiro largo y profundo.

—Te juro que hoy ya no puedo más… —susurro, pasándome una mano por la frente—. Si salta un problema más, me muero. Estoy exhausta. Tanto física como emocionalmente.

Cécile da un paso adelante, lo justo para que perciba el calor reconfortante de su cercanía y las caricias suaves de sus manos en mis brazos.

—Es comprensible… —contesta ella con una placidez que penetra mis barreras y me ofrece un respiro momentáneo—. Pero recuerda que no estás sola; me tienes a mí y a Elena. Y a Iván, a su manera.

Por un instante fugaz, mis hombros se relajan y eso me permite respirar con mayor facilidad.

—No sé qué habría hecho sin ti… —añado en un susurro, cargado de gratitud—. No habría podido enfrentarme a esta crisis yo sola, buscar soluciones y lograr que esta empresa saliese a flote de un día para otro.

Un destello de alegría ilumina sus ojos, sutil pero lo bastante intenso como para que mi corazón se contraiga de amor.

—Te lo dije al principio. Superaremos esto juntas —afirma con seguridad y cariño—. Saldremos de esta, ya lo verás. Solo tenemos que confiar en nuestra capacidad para adaptarnos.

Inspiro profundamente, permitiendo que sus palabras se asienten en lo más hondo de mi ser.

—Gracias de corazón —musito y le regalo una caricia en la nariz—. Lo aprecio más que nada…

Ella inclina la cabeza y me dedica una sonrisa dulce. Y en su expresión se refleja un amor que me infunde mucha más energía.

La tarde transcurre a toda prisa; por un lado nos disponemos a hacer un inventario rápido para saber qué existencias nos quedan, hacemos una lista de posibles abastecedores, empezamos a enviar correos electrónicos. Nos metemos en más de una discusión. Todo el mundo tiene la misma visión de futuro que el proveedor que nos ha

dejado y el ambiente que al principio estaba lleno de optimismo, ahora vibra con una crispación que no concede ni un solo instante de descanso.

Cuando regreso a mi despacho, cierro la puerta con fuerza y el golpe seco de la madera retumba en mis oídos. Entonces, como si fuese un fantasma, Iván se materializa en el marco de la puerta. Su gesto está lleno de burla, de un placer macabro, y de esa máscara de rigidez que de un tiempo hasta aquí me resulta insoportable.

—Tu sentimentalismo… nos conducirá a todos a la ruina —enuncia con toda la intención de hacerme daño.

Mi estómago se encoge.

—¿Sentimentalismo? —contraataco, sentándome en el borde del escritorio sin elevar el volumen, pero con cada fibra de mi ser en alerta máxima—. ¿Consideras que defender esta empresa con el alma me nubla el juicio?

Iván avanza un par de pasos, cruzándose de brazos como si creyera que ese gesto es capaz de levantar una barrera tras la que esconderse.

—Opino que mientras mezcles el corazón con los negocios, esta empresa no saldrá adelante —insiste clavando su mirada en la mía con intensidad—. Una compañía no se rescata poniéndole mucho amor y mucho empeño, Marta. Se mantiene en pie gracias a los números.

Siento cómo aprieto los dientes y cómo cierro las manos en dos puños.

—¿Y tú piensas que el vínculo emocional carece de lugar en una empresa que lleva toda la vida salvaguardado puestos de trabajo, perpetuando el legado familiar desde hace años atrás? —interrogo, rozando la superficie del escritorio con las yemas de los dedos—. No ha sido mi apego lo que ha generado avances hasta ahora. Ha sido la tenacidad, la persistencia y la confianza absoluta que han puesto todos nuestros trabajadores. Eso no es ningún tipo de sentimentalismo, Iván. Es lealtad.

Iván emite una carcajada corta y árida.

—Lealtad… —replica con un toque de sarcasmo evidente—. Esas personas se han dejado llevar por tu ímpetu de Madre Teresa de Calcuta. Por tu cabezonería pura y dura. Y me preocupa mucho que estés ciega y no te estés percatando de los riesgos que conlleva todo lo que estás haciendo.

No le respondo, tampoco me apetece. Camino hacia la puerta y la abro indicándole que no es bienvenido y que no soporto su presencia. Él decide girar sobre sus salones y marcharse, dedicándome una sonrisita que le acompaña hasta que desaparece. Yo me quedo en silencio, con las uñas clavadas en las palmas de mis manos y el corazón agitado.

Al cerrar la puerta tras su marcha, permanezco inmóvil durante unos segundos. El ambiente en la oficina se torna opresivo y me veo obligada a inhalar con profundidad para contener las lágrimas que amenazan con brotar de mis ojos.

«Opino que mientras mezcles el corazón con los negocios, esta empresa no saldrá adelante». Las palabras de Iván regresan a mi mente y lo que más deseo, es borrarlo de mi existencia para que deje de mortificarme.

No sé en qué momento abro la puerta y salgo de mi despacho, pero lo hago a sabiendas de que necesito salir de aquí, de que lo único que me hace falta es cerrar los ojos y borrar todo este estrés del tirón. Y cuando veo a Cécile en el vestíbulo principal, sé exactamente lo que necesito.

—Marta, ¿pasa algo?

—¿Podrías acompañarme un momento, por favor?

Ella se despide de Elena con una sonrisa y recorre el pasillo para reunirse conmigo.

—¿Qué es lo que ocurre?

—Pasa conmigo la noche; no quiero estar sola.

. . .

El recorrido hasta mi apartamento transcurre en un silencio compartido, que percibo como un espacio de respiro mutuo. Vamos en mi coche, acompañadas de la melodía suave de la radio. Los dedos de Cécile rozan los míos y juegan a trazar figuras que arrancan de mí la amargura del día y me reconforta en mitad del hielo.

Entramos en mi piso sin encender las luces, dejando que la penumbra nos envuelva. Dejo el bolso en el recibidor, me quito los zapatos y camino descalza hasta el salón, donde el resplandor tenue de la lámpara de pie de la esquina ilumina el espacio con tonos dorados suaves que crean una atmósfera íntima y acogedora.

Me dejo caer en el sofá soltando un suspiro, y Cécile se sienta a mi lado sin pronunciar palabra alguna, permitiendo que el silencio se extienda por mi interior como un bálsamo. Solo cuando me reclino contra su hombro, libero el aliento que he retenido durante horas, sintiendo cómo una oleada de alivio me invade progresivamente. Percibo su mano deslizándose con ternura por mi brazo, ascendiendo con lentitud hasta enredarse en mi pelo. En ese preciso instante es cuando algo en mi interior se desmorona, liberando las emociones reprimidas.

—Hoy ha sido espantoso… —musito sin mirarla, con la voz entrecortada por la fatiga—. Tengo la impresión de que todo se está cayendo poco a poco, de que mis esfuerzos son insuficientes para contener la crisis, de que yo misma no alcanzo a ser lo bastante competente como para guiar esto hacia un desenlace mejor.

—No te atrevas a decir algo así —contesta Cécile con una dulzura que envuelve cada sílaba, rozando mis labios con la yema de sus dedos—. Lo que estás haciendo por esta empresa, por las personas que dependen de ella y por el legado que representa, es más que admirable. Posees una fortaleza interior que supera todo con creces, y eso te convierte en un pilar indispensable para Tejidos Valera.

La observo directamente, y en su rostro se entremezcla una tristeza sutil con un amor profundo, una combinación tan potente que me atraviesa el alma y me obliga a confrontar mis propias inseguridades con mayor honestidad.

—Eres tan importante para mí… —confieso, permitiendo que las palabras abandonen mis labios de corazón.

Ella no habla; en cambio, acaricia mi mejilla con delicadeza y aproxima su frente a la mía en un gesto íntimo y cariñoso. Cerramos los ojos simultáneamente, y el entrechocar de nuestras respiraciones se transforma en el único medio de comunicación entre nosotras, un lenguaje primordial que transmite más que cualquier frase, impulsadas por la necesidad de refugiarnos la una en la otra.

Nos deshacemos de la ropa con parsimonia, como si cada capa que cae al suelo representara un fardo emocional que abandonamos deliberadamente para aligerar el peso del día. Hacemos el amor como quienes se exploran entre las ruinas de un día devastador, como quienes comprenden que el mañana podría traer el colapso total, pero que esta noche aún pertenece exclusivamente a nosotras.

. . .

Al despertar, el alba todavía no ha despuntado, y el firmamento permanece envuelto en oscuridad al otro lado de la ventana, con solo un hilo azulado que se filtra en la semioscuridad del dormitorio. Cécile está de lado, contemplándome con una expresión cargada de ternura y preocupación. Sus dedos delinean círculos pausados sobre mi antebrazo, un contacto que me reconforta y me pone de los nervios al mismo tiempo.

—No te lo dije antes porque no tuve oportunidad, pero… tengo que regresar a París —revela con suavidad—. Quieren que vaya porque tienen dudas sobre la situación de la empresa y lo que pasó con ese proveedor. A la vista está que tu hermano se lo ha dejado muy claro, porque no sé quién podría haberlo hecho sino.

Un escalofrío me recorre la espalda al pensar en Iván y en su necesidad de que las cosas salgan mal, tanto que se me revuelve el estómago.

—¿Crees que se están pensando en…? —pregunto, buscando claridad en medio de la incertidumbre que se ha instalado en mi pecho.

Ella niega con la cabeza.

—Creo que sus dudas abarcan todo el panorama, pero que no tienen decidido nada en concreto —murmura Cécile, apoyándose mejor.

—¿Cuándo sales para allí? —pregunto, tratando de mantener la compostura pese al nudo que se forma en mi garganta.

—Mañana por la tarde.

Contemplo sus ojos con intensidad, y en ellos no detecto miedo alguno, pero sí un agotamiento familiar que reconozco porque yo misma lo comparto.

—Vuelve lo más rápido que puedas, ¿vale? —le pido sin poder contener el quiebre en mi voz, fruto de mis propios miedos.

Cécile se inclina hacia mí con ternura, acuna mi rostro entre sus manos y lo acaricia con una delicadeza que actúa como su juramento más elocuente y convincente.

—Por supuesto que lo haré —susurra con una sonrisa en los labios—. Resolveré este lío de la mejor manera posible. Tienes que creer en mí, tanto como yo lo hago en ti.

La miro fijamente y asiento.

—Lo haré hasta el final de este camino.

32

CÉCILE

El taxi nos deja frente a un edificio de cristal y acero cuya fachada parece engullir la luz mortecina de un cielo gris y encapotado. París se muestra hoy implacablemente fría, como si el propio ambiente supiera que la jornada que me aguarda dista mucho de ser un mero trámite burocrático. A mi lado, Justin cierra la puerta del vehículo y deja que unos segundos de silencio se interpongan entre nosotros, un mutismo que transmite más significado que cualquier frase ensayada o comentario de consuelo. Siento el corazón encogido, cada latido es un recordatorio punzante de la presión que me acompaña desde el instante en que recibí la orden de viajar, una carga que solo se ha disipado un poco con la compañía de Marta.

No se trata de una actualización rutinaria ni de una simple revisión de avances. Cada fibra de mi ser percibe que esta reunión constituye, en esencia, un juicio encubierto: una evaluación minuciosa de cada paso que hemos dado en Tejidos Valera, de cada decisión que he tomado y, sobre todo, de la dirección que he imprimido al proyecto entero.

El vestíbulo del edificio brilla con una pulcritud casi glacial. Las paredes blancas impolutas, los suelos de mármol reluciente que reflejan cada movimiento, el eco amplificado de nuestros pasos… todo conspira para crear un entorno donde no hay espacio para errores, improvisaciones ni gestos espontáneos.

Avanzamos por un pasillo interminable hasta llegar a la sala de reuniones, cuya puerta se abre con un silencio que resuena como si fuera un presagio. Al cruzar el umbral, las miradas severas y evaluadoras de los miembros del consejo de Maison Élitaire me reciben de inmediato. No hay sonrisas de bienvenida, solo asentimientos corteses que carecen por completo de calidez. Una

mesa rectangular de dimensiones colosales nos separa: ellos alineados a un lado con expresión impenetrable, yo al otro, sola pero armada con los argumentos que he preparado con dedicación absoluta.

Me siento manteniendo una postura erguida y compuesta, aunque mis dedos se entrelazan con fuerza sobre la carpeta que traigo conmigo, como si ese gesto pudiera anclarme a la realidad. Sé perfectamente que no me encuentro desamparada: cuento con los datos irrefutables, los informes y el dossier exhaustivo que Marta y yo hemos perfeccionado durante noches enteras de trabajo ininterrumpido. Sin embargo, eso no impide que una parte inquieta de mí sienta un nudo en la garganta que se aprieta con cada segundo que transcurre.

—Señorita Moreau —inicia el presidente del consejo sin preámbulos—. Los informes más recientes sobre Tejidos Valera presentan resultados que resultan preocupantes. La amenaza de ruptura por parte del proveedor principal, la incertidumbre que se ha instalado en la cadena de suministros, la inestabilidad general… ¿podría explicarnos con detalle cómo ha evolucionado la situación hasta llegar a este punto crítico?

Su tono no solicita una explicación; exige resultados. Percibo cómo varias miradas se clavan en mí con intensidad, como si ya hubieran formado un veredicto antes siquiera de permitirme abrir la boca, ni ver todo lo bueno que sí hemos hecho.

—Gracias por concederme esta oportunidad de exponer mi visión —respondo, acariciándome las manos para entregarme un poco de calma—. La coyuntura que enfrentamos en Tejidos Valera es compleja y multifacética, pero no deriva de una gestión deficiente, ni mucho menos. Se trata, más bien, del resultado inevitable de un proceso de transición que no debería doblegar nuestras intenciones.

Siento cómo mi voz, aunque serena en apariencia, gana fuerza y convicción con cada palabra que pronuncio. No defiendo solo un proyecto; defiendo una convicción arraigada que se sustenta

en hechos concretos, no en excusas ni en justificaciones vagas. Y ellos ya deberían de saberlo.

El presidente inclina ligeramente la cabeza, invitándome con ese gesto mínimo a continuar sin interrupciones.

—Sabemos también —prosigue él con un matiz de desaprobación que no intenta disimular en absoluto—, que usted ha suavizado varios aspectos de la reestructuración inicialmente prevista por el consejo, priorizando un componente emocional y humano por encima de una aplicación estrictamente técnica y racional. Y, según nuestra información… su relación personal con la directora de Tejidos Valera ha influido de manera significativa en dichas decisiones.

El impacto de sus palabras no me sorprende por el contenido —lo había anticipado, porque estaba segura de que Iván iba a jugar esta carta—, sino por la frialdad con que las pronuncia, como si deseara que cada sílaba quedara grabada a fuego en la memoria de todos los presentes.

Cierro los ojos un instante breve para dejar que el eco de la acusación se asiente en mí. Cuando los abro de nuevo, mi voz emerge firme y sin titubeos.

—Mi implicación en el proyecto ha sido siempre estrictamente profesional —declaro con toda la seguridad del mundo—. Y tengo absoluta claridad en que la estrategia que hemos implementado no se guía por sentimientos personales, sino por un análisis integral, riguroso y basado en datos de la realidad empresarial. El hecho de que exista una relación personal no invalida en absoluto la lógica, la coherencia ni la solidez de nuestras decisiones. Estoy preparada para demostrarlo punto por punto, con toda la documentación necesaria…, que cada paso adoptado se ha fundamentado en las proyecciones que ya teníamos previstas.

Mis palabras fluyen con precisión, como si las hubiera ensayado en silencio durante horas interminables, aunque la tensión que me recorre el estómago no me permite olvidar ni por un

segundo la gravedad del momento, de haber cruzado una línea sentimental que va a tener consecuencias, sea a corto o largo plazo. Eso seguro. Extiendo la carpeta sobre la mesa con un gesto deliberado y la abro frente a ellos, invitándolos a examinar conmigo los gráficos, cronogramas y proyecciones que respaldan mis afirmaciones.

—Aquí —prosigo, señalando con el dedo la primera lámina con determinación—, pueden observar los indicadores de adaptación tras la reestructuración inicial: una reducción del desperdicio material, junto a un incremento notable en la eficiencia de los sistemas automatizados, además de una tendencia positiva y sostenida en la moral del equipo —añado con una sonrisa—. Después de nuestra última actualización, la producción ha seguido en aumento.

Percibo cómo algunas miradas se detienen más tiempo en los números que en mi rostro. Ese cambio sutil supone un alivio pequeño pero tangible.

—Además —añado sin pausa—, contamos con nuevos pedidos en fase avanzada de negociación con clientes europeos clave que, de confirmarse, garantizarían un aumento de ingresos bastante considerable. Y todo ello evidencia que nuestro enfoque no solo ha mitigado la crisis inicial, sino que ha generado oportunidades nuevas e imprevistas que no figuraban en la estrategia original del consejo.

—Estrategias que pueden irse al traste si esos proveedores no quieren trabajar con Tejidos Valera —apunta Olivier.

—Lo estamos solucionando —le respondo, mientras cierro la carpeta con un movimiento pausado, permitiendo que el silencio actúe como un elemento más en mi exposición.

—Señorita Moreau —interviene otro miembro del consejo—, es evidente que ha preparado una defensa estructurada y bien argumentada, pero muchos de nosotros consideramos que su estrategia ha provocado retrasos innecesarios y desconfianza entre los proveedores. ¿Cómo piensa manejar esa resistencia ahora que la situación se ha deteriorado hasta este extremo?

Sé que la pregunta encierra una trampa disfrazada. Sin embargo, estoy preparada para responder.

—Con transparencia absoluta, diálogo y acciones concretas e inmediatas —contesto sin vacilación—. La incertidumbre no se disipa con gestos aislados ni con promesas vacías; se supera con resultados tangibles que generen confianza. Por ello, mi propuesta incluye un conjunto de medidas específicas para reinstaurar la confianza en Tejidos Valera, y estoy segura, que eso les hará valorar sus últimas decisiones.

Siento cómo mis palabras comienzan a transformar la atmósfera de la sala: la tensión estática cede paso a una lógica concreta y demostrable. Ellos comprenden que no hablo desde la improvisación, sino desde un conocimiento profundo y actualizado de la realidad.

Otro miembro levanta apenas la mano y habla con voz controlada pero afilada.

—Son propuestas… interesantes —concede con mesura—. Pero ¿puede garantizar que funcionarán no solo a corto plazo, sino que resultarán sostenibles en el largo plazo? Porque lo último que podemos permitirnos es un alivio temporal que desemboque en un colapso posterior, y cabe recordar, que solo tenían un mes para mostrar los resultados.

Asiento con firmeza, intentando ignorar el reloj que ya tengo pegado en la nuca.

—No puedo garantizar resultados imposibles de prever en un entorno tan volátil, aunque los resultados previos ya están ahí —admito con honestidad —. Pero sí puedo garantizar mi compromiso y un plan estratégico que contempla variables internas y externas con el mismo peso. He vivido en primera persona las repercusiones de cada decisión, he caminado entre los empleados, y conozco cada mecanismo interno de la empresa. No se trata de una apuesta ciega; es una estrategia que integra el humanismo y la eficiencia como pilares complementarios e inseparables.

Un silencio denso y prolongado se instala en la sala. Observo cómo algunos miembros intercambian miradas rápidas, evaluando no solo el contenido de mis argumentos, sino también el tono sereno, la estabilidad emocional y la convicción que subyacen en cada frase.

—Muy bien —anuncia Olivier, sin perder la dureza de su expresión—, apreciamos la exposición detallada y los datos presentados. No obstante, la situación actual exige una respuesta mucho más contundente. El riesgo para Maison Élitaire no es solo financiero, sino también reputacional y estratégico. Ya se han asumido decisiones que han desafiado abiertamente la dirección inicial establecida por el consejo. Eso, combinado con los últimos acontecimientos, nos ha obligado a reconsiderar la viabilidad del contrato en las condiciones actuales.

Mi respiración se hace más profunda, como si el aire se condensara un instante antes de liberarse, y sé exactamente lo que viene a continuación:

—Tras algunas deliberaciones —continúa el presidente sin alterar el tono—, hemos decidido concederte tres días para presentar una solución viable y concreta a los problemas con los proveedores y demostrar que la estrategia que defiende puede sostenerse. Si no se cumplen esos objetivos en el plazo estipulado, no solo se romperá el contrato, sino que Tejidos Valera deberá remunerar a Maison Élitaire por la inversión realizada hasta la fecha, además de su despido inmediato y recompensa a la empresa.

Mi corazón late con una intensidad casi dolorosa. Es como si, por un segundo, todas las luces del mundo se apagaran y solo quedara la oscuridad absoluta. «Tres días.» No es un plazo razonable; es una sentencia envuelta en la apariencia de una última oportunidad.

Respiro con lentitud, ordenando cada pensamiento que amenaza con dispersarse en el caos emocional.

—Entiendo perfectamente la gravedad de la situación —respondo con voz firme y sin titubeos—. Acepto el desafío. Y demostraré que nuestra estrategia no solo es viable, sino que representa la opción más beneficiosa y sostenible para todas las partes involucradas.

Los ojos de la presidenta no se suavizan ni un ápice, pero detecto un matiz sutil de respeto contenido en su mirada.

—Esperamos resultados concretos —concluye con neutralidad absoluta—. Tiene tres días.

Se levanta con decisión, y los demás miembros le imitan. La reunión concluye con miradas que no buscan agradar ni consolar, sino evaluar cada gesto con precisión quirúrgica.

El eco de mis pasos resuena con claridad mientras abandono la sala, todavía con el dossier firmemente sujeto entre las manos y los pensamientos más intensos y concentrados que nunca. A mi lado, Justin camina en silencio —igual que se ha mantenido a cada momento—, con esa presencia serena y sólida que no exige palabras y ofrece todo el apoyo necesario. No hace falta que pronuncie nada para saber que no me enfrento sola a esta batalla.

Al cruzar el umbral del edificio, siento un peso inmenso sobre los hombros, sí. Pero también una certeza profunda e inquebrantable de que no pienso rendirme.

Ni ahora, ni nunca.

33

MARTA

Mi teléfono vibra con insistencia sobre el escritorio, y cuando distingo el nombre de Cécile en la pantalla mi respiración se detiene un instante, como si el cuerpo entero supiera que lo que viene a continuación puede cambiarlo todo. No he conseguido dormir de forma profunda; cada vez que cerraba los ojos regresaba el eco de su última frase antes de marcharse a París: «Lo vamos a solucionar».

Deslizo el dedo con cuidado sobre la pantalla y abro el mensaje, sosteniendo el móvil casi con reverencia, como si se tratara de un objeto al mismo tiempo frágil y decisivo:

> **Cécile**: Estoy segura de que Iván tiene mucho que ver con el tema de los proveedores. No se ha cortado en informar a todo el consejo de nuestra relación. Me han dado tres días para arreglarlo.

Un escalofrío me recorre la espalda, por la certeza fría que se va formando en mi interior con cada palabra leída, una hipótesis en la que yo ya había pensado, pero que duele de igual manera al verlo hecho realidad. No puedo evitar pensar en ella, en Cécile, dentro de esa sala de reuniones en París, con todo el consejo observándola como a una acusada, mientras ella ha intentado mantener la compostura, defendiendo cada decisión que hemos tomado juntas para salvar esta empresa. Una salvación que mi propio hermano quiere echar por tierra.

Tecleo mi respuesta con los dedos algo rígidos.

> **Marta**: ¿Tu trabajo está en peligro?

No añado nada más. No quiero que mi mente se desborde en mil escenarios catastróficos; necesito una respuesta concreta,

directa, sin rodeos.

El siguiente mensaje llega con una rapidez sorprendente y un tono que, contra todo pronóstico, me transmite una calma absoluta.

> **Cécile**: Igual que en los últimos días. Más bien parece que les ha molestado quedar mal estratégicamente después de su intento de salvar Tejidos Valera. No entiendo del todo el enfoque, pero están más preocupados por el «cómo» que por el «qué». Hablamos en cuanto pueda.

El pulso se me acelera de nuevo, pero esta vez no es solo preocupación lo que siento: hay una ira contenida que crece en mi interior, un impulso urgente de actuar, de no quedarme de brazos cruzados mientras Cécile enfrenta sola esta batalla en París. Cierro el móvil y me levanto de la silla casi de un salto. No puedo permanecer sentada en este despacho mientras ella está allí, lidiando con espadas desenvainadas y jueces que parecen incapaces de ver más allá de sus propios prejuicios y cálculos.

—Voy a hablar con Iván —murmuro para mí misma, mientras me ajusto la chaqueta con un movimiento que apenas disimula el temblor de mis manos.

Cruzo el despacho con pasos decididos, salgo al pasillo y me dirijo hacia el suyo. El eco de mis pisadas resuena en toda la fábrica; a esta hora temprana la mayoría del personal ya está concentrado en sus labores, ajeno a la tormenta que se avecina sobre mi cabeza.

Cuando llego frente al despacho de Iván, lo encuentro inmerso en una conversación telefónica, con un informe entre las manos y la mirada fija en gráficas y estadísticas que parecen absorberlo por completo. Al verme entrar sin llamar siquiera levanta la vista; su expresión mezcla sorpresa con un desafío que no intenta ocultar.

—Marta —pronuncia con voz medida, casi neutra, aunque sus ojos brillan con una tensión extraña—. Le llamo en un momento. Sí, gracias. —Cuelga y su mirada va directa hacia mí—. ¿Aquí a estas horas tan tempranas?

—¿Sabes qué ha pasado en París? —le pregunto sin preámbulos ni suavizar ni un poco mi tono—. Cécile me ha escrito desde allí. Dice que tú has informado directamente al consejo sobre el tema de los proveedores… que no te has cortado en acusarla por su supuesta mala gestión.

Él deposita el informe sobre el escritorio con un movimiento pausado y se reclina ligeramente en la silla, cruzando los brazos en su postura fría habitual.

—Y no me equivoco, hermanita —contesta con retintín—. Si vas a liderar un proceso de cambio tan radical, lo mínimo que puedes hacer es mantener contentos a quienes te suministran los materiales. Digo yo.

Siento cómo todo mi cuerpo se tensa, como si cada palabra suya me empujara hacia un terreno que preferiría no pisar.

—Si el abuelo viviera… —le digo con enfado, dando un paso hacia adelante—, se llevaría las manos a la cabeza al ver lo que estás haciendo con esta empresa.

Iván inclina la cabeza.

—Y a ti probablemente te dejaría muy claro que no se folla con el enemigo —me espeta sin el menor atisbo de cortesía.

Ese comentario me atraviesa, no tanto por su vulgaridad cuanto por la claridad brutal con que revela lo que ha estado moviendo sus acciones durante estos días: un desprecio estratégico envuelto en cinismo. Y de repente todo cobra una nitidez que me hiela la sangre.

«Así que eso es lo que hay detrás». No se trata de principios empresariales. No se trata de una preocupación genuina por la continuidad de Tejidos Valera. Se trata de su ego herido, de sentirse desplazado por las decisiones que Cécile y yo hemos tomado juntas, de no soportar que una «extraña» haya conseguido resultados donde él no ha podido imponer su visión.

Respiro profundamente, como si necesitara anclarme al suelo con cada bocanada de aire para no perder el control.

—No voy a permitir que destroces esta empresa solo porque tu orgullo no soporta que alguien más haya tomado las riendas con éxito —le aclaro yo sin dudar, aunque todo mi cuerpo late con una intensidad casi dolorosa—. Tejidos Valera no es una partida de ajedrez en la que tú decides quién merece ganar o perder. Es la vida de decenas de familias, el sustento de personas que han entregado años de trabajo aquí, y no voy a quedarme quieta mientras te empeñas en jugar tu propio juego personal.

Iván permanece en silencio durante unos segundos, y por un instante parece que va a replicar con su habitual mordacidad. Pero en lugar de eso exhala un suspiro que no consigue disimular su irritación creciente.

—Estás alterando el ambiente de trabajo —afirma él, con un tono aún más frío que antes—. Esto no es solo una discusión entre hermanos. Hay inversores esperando resultados, obligaciones contractuales que cumplir y consecuencias legales si todo se va a la mierda.

Cojo aire con fuerza, sintiendo cómo la tensión escala en mi pecho, y en ese preciso momento la puerta se abre de golpe. Elena entra casi a trompicones, con los ojos ligeramente abiertos por la sorpresa y una expresión que delata que ha oído más de lo que debería.

—¿Sabías que se está acostando con Cécile? —exclama Iván sin filtro alguno, clavando la mirada alternativamente en las dos.

Elena se gira hacia él con un movimiento brusco y la mandíbula tensa durante una fracción de segundo, antes de que una risa extraña, casi nerviosa, se le escape de los labios a nuestro hermano, consciente ya de la respuesta.

—Me parece increíble, ¡joder!

Iván se queda mudo por un instante. Luego, con una carcajada seca y cortante niega con la cabeza varias veces.

—Lo único que vais a conseguir… —añade con desprecio—. Es hundir esta empresa.

Y sin añadir una palabra más, abandona el despacho con un portazo que hace vibrar la madera de la puerta y deja tras de sí un doloroso silencio. Elena suspira profundamente y da un paso hacia mí. Coloca sus manos sobre mis hombros con un gesto que intenta transmitir calma y firmeza al mismo tiempo.

—Marta —habla, sin dejar de mirarme—, Iván tiene razón en una cosa: hay que pensar en la empresa por encima de todo lo demás.

La forma en que pronuncia esas palabras llevan una responsabilidad que la ha hecho madurar enormemente tras meses de crisis continuas y decisiones difíciles.

Miro sus ojos, que reflejan una honestidad serena y sin dobleces, y sé que habla desde la preocupación, no desde el juicio ni una posible maldad hacia mi relación con Cécile.

—Lo sé —respondo, sintiendo el peso de lo que eso significa —. Y me aseguraré de solucionar esto como sea. No voy a permitir que Tejidos Valera se derrumbe por un ego herido o por falta de visión de futuro.

Elena asiente lentamente, su expresión se suaviza apenas y deja escapar un suspiro que suena a alivio parcial.

—Los niños están con su padre, así que dime lo que necesitas —informa mi hermana, justo antes de sonreír—. Pero antes… ten cuidado con lo que viene ahora —me pide con sinceridad—. No solo por la empresa. También por ti misma.

Hay una profundidad en su mirada que me atraviesa de forma silenciosa pero muy honda. Y sé muy bien por qué lo dice. «Iván será capaz de cualquier cosa».

Camino hacia la puerta con pasos firmes, como si cada pisada fuera una declaración de intenciones irrevocable.

—Gracias —susurro mientras salgo del despacho—. No voy a fallar. Ni a la empresa… ni a mí misma.

La puerta se cierra tras de mí. El pasillo vacío se extiende otra vez ante mí como un recordatorio constante de todo lo que está realmente en juego: no solo la supervivencia de Tejidos Valera, no solo los sueños que Cécile y yo hemos construido juntas, sino también la integridad y el futuro de cada persona que ha confiado en nosotras día tras día.

Pero sé que voy a luchar con todas mis fuerzas. Sin importar cuán difícil se vuelva el camino, cuántas puertas se cierren de golpe, o cuántas noches de incertidumbre y desvelo me esperen por delante.

Voy a salvar esta empresa.

Y nada —ni nadie— va a conseguir detenerme.

—Ni siquiera el cabrón de mi hermano.

34

MARTA

Permanezco inmóvil junto a la ventana, rígida, con los brazos cruzados sobre el pecho y la sensación de que, con cada paso que doy, el mundo se me viene encima. Distingo la silueta de Cécile avanzando por la acera hasta que se acerca al portal y toca el timbre. Abro la puerta y la espero junto a esta. Algo en mi interior se va descomponiendo y cuando nuestras miradas se encuentran, todo lo que llevaba dentro, se desborda y mi cuerpo se estremece por el peso de todas las horas que llevo sin dormir. Cécile, al verme con los ojos plagados de lágrimas se acerca corriendo y cuando me estrecha entre sus brazos, la fuerza se desvanece.

—No… no puedo más —susurro con la voz entrecortada y rota, aferrándome a su cuerpo mientras ella cierra la puerta con un pie.

—Tranquila… —murmura, apoyándome con la calidez de su respuesta—. Estoy aquí, no te preocupes por nada. Suéltalo todo.

Lloro dejando que mi propio llanto moje su ropa. Su mano encuentra mi espalda y sus caricias me consuelan más que cualquier otra cosa. Estoy fatigada, agotada, aterrada… y esa cuerda invisible que me une a Tejidos Valera parece estar enroscándose a mi cuello y arrancándome el aire poco a poco.

Cécile se separa y sus dedos recorren mis hombros con suavidad, como si supiera que lo que más necesito en este momento es su presencia para anclarme al mundo presente y nada más.

—Vamos a resolver esto —afirma con toda la seguridad que a mí me falta—. Pero primero… respira conmigo. Inspira y expira despacio.

Sigo sus indicaciones. Respiro hasta que las lágrimas dejan de caer y me separo apenas unos centímetros, los suficientes para no perder el contacto con sus ojos.

La traición de Iván sigue doliéndome, y estoy segura de que ella es consciente de eso.

—No he dormido nada en toda la noche —confieso todavía entre temblores—. No quiero volver a la empresa… No sé qué decirles a los trabajadores. ¿Cómo les explico que todo se está desmoronando a nuestro alrededor y que yo misma estoy al borde del colapso?

Cécile me observa con esa calma templada que ha demostrado en tantas ocasiones, como una persona que ha atravesado cosas complejas antes y sabe que la vida también se compone de estos momentos duros.

—No es el momento para la autocompasión, ni para lamentarnos —responde con suavidad, dedicándome la sonrisa más perfecta del mundo—. Sabes el esfuerzo que hemos hecho, lo que ha supuesto cada decisión que hemos tomado, lo difícil que ha sido llegar hasta aquí. Ahora solo queda actuar con la misma determinación que hemos hecho estos días. Estoy segura de que eso nos ayudará a solucionarlo.

Respiro con lentitud, intentando empujar la niebla emocional que me envuelve el pecho y me nubla el pensamiento.

—Entonces… ¿qué vamos a hacer? —pregunto, recuperando apenas un hilo de estabilidad—. Porque esto… esto ya supera con creces lo que imaginaba que nos podría pasar.

Sus dedos se entrelazan con los míos.

—Tenemos que ir a hablar directamente con el proveedor —explica, y su tono no admite réplica—. Enseñarle los informes de producción, exponerle la situación completa, sin filtros… y convencerle de que nos escuche antes de que sea demasiado tarde. Primero con él, luego con los demás.

—Convencerles… —repito, como si el verbo tuviera la dureza de una roca—. Eso es lo único que nos queda por intentar.

Ella asiente con calma.

—No es lo único —corrige—. Pero sí lo primero que debemos hacer. Y lo haremos juntas, paso a paso.

El silencio nos envuelve, como si de pronto ambas estuviéramos tejiendo en el aire una estrategia clara, y cuando me separo de Cécile, lo hago a sabiendas de que no puedo perder el tiempo llorando, que cada segundo cuenta para intentar ganar esta batalla.

Decido arreglarme a toda prisa, recoger la carpeta con las cifras detalladas de estas últimas semanas, los correos electrónicos intercambiados con Maisón Élitaire y la firma del contrato; documentos avalados por París antes de que este caos estallara.

—Vamos —me dice, estirando su mano para encontrarse con la mía—. No hay tiempo que perder.

. . .

El trayecto hasta la sede del proveedor —Grupo Alarcón; una empresa histórica— lo recorremos sin música ni distracciones, como si cada minuto debiera dedicarse exclusivamente a concentrarnos y repasar nuestros argumentos. Cuando llegamos, la fachada imponente de Alarcón nos recibe con un brillo grisáceo bajo el sol matinal. La recepción, impoluta, proyecta una expectativa fría y profesional que no nos favorece ni nos condena. La recepcionista, con una expresión amable pero estricta, nos pide saber quiénes somos con un gesto educado, casi mecánico.

—Nos gustaría reunirnos con el director general —le pide Cécile, sin perder un segundo la compostura—. Hemos venido a presentar una documentación urgente que es necesario que revise.

La recepcionista asiente con una inclinación de cabeza. La escuchamos hablar con alguien al otro lado de la línea. Nos mira un

par de veces y tras unos segundos, nos indica el piso correspondiente y donde se encuentra el ascensor. Hemos tenido suerte, porque de estar reunido, probablemente nos hubieran echado a patadas.

Subimos en silencio y al salir, un pasillo largo con alfombra gris y puertas de madera maciza nos conduce hacia la oficina principal. Cada paso que doy alinea mis pensamientos, como si la convicción de que debemos intentarlo todo, cueste lo que cueste, creciera de forma continua.

La puerta se abre antes de que llamemos. Un hombre de mediana edad, trajeado con sobriedad, aparece al otro lado con una expresión de sorpresa. Sus ojos nos recorren rápidamente y pone su atención en las carpetas que abrazamos contra nuestro pecho.

—¿En su empresa también aceptan visitas sin cita previa, señorita Valera? —pregunta con hostilidad.

«Claro que no nos iban a recibir bien».

—No, pero si nos lo permite… Es de vital importancia que hablemos con usted —respondo yo sin miedo—. Traemos varia documentación a la que es importante que eche un vistazo.

Le cedo la carpeta y él nos da la espalda mientras hojea los documentos y frunce el ceño, como si algo no encajara del todo.

—Bien —concede al fin—. Pasen, por favor.

Ricardo nos invita a sentarnos con un gesto breve de la mano, y yo tomo la iniciativa con toda la calma que consigo reunir en este momento. Si no fuera porque ella está a mi lado, tengo muy claro que no lo conseguiría.

—Primero, gracias por no negarse a vernos —comienzo y Cécile me asiente, instándome a continuar—. No queríamos presentarnos así, pero lo que tenemos que hablar, es bastante urgente. Como puede ver en el dossier, están todos los informes de producción hasta la fecha de Tejidos Valera, junto con datos detallados de eficiencia, adaptabilidad a los cambios implementados

y nuevos pedidos en fase avanzada que ya tenemos organizados después de haber cerrado la primera fase del contrato con Maison Élitaire.

El hombre asiente y mueve una hoja mientras se detiene a leer todo lo que hay en ellos. Percibo cómo su ceño se frunce con mayor intensidad, como si algo no concordara con lo que esperaba ver.

—Estos informes son muy diferentes a los que recibí hace unos días, señorita Valera —comenta en tono grave, bastante sorprendido, a decir verdad—. Muy distintos.

Mi pecho se contrae al instante.

—¿Cómo que distintos?

Ricardo deja la hoja sobre la mesa y extrae otra carpeta, llena de documentos en los que las cifras están claramente alteradas: los porcentajes están manipulados, también los tiempos de producción… Y nada que decir del precio de los costes, que se han inflado de manera excesiva.

—Estos son los que me enviaron —explica el director general, sin dejar de mirarnos—. Y fueron precisamente estos informes y la inestabilidad presentada ante los cambios producidos, por los que decidí tomar la decisión de rescindir el contrato.

En ese instante mi mente descifra la magnitud exacta de otra jugada que no me esperaba para nada. Al menos, no de esta forma tan burda.

—¿Quién… quién le envió esta documentación? —pregunto con cuidado, observando cada matiz de su expresión.

Él levanta la mirada y la posa en mí con firmeza.

—Alguien con acceso privilegiado a la información interna de Tejidos Valera —responde con voz monocorde, como si no quisiera revelar el nombre—. Me aseguró que la empresa se encontraba al borde del colapso, que la intervención de París solo había empeorado las cosas, que los números reales eran catastróficos y

que lo más prudente era cortar cualquier vínculo antes de que el riesgo fuera peor.

Mis dedos se aferran a la carpeta con tanta fuerza que los nudillos se me ponen blancos, como si el papel fuera el último punto de anclaje a la realidad.

—¿Puede decirme el nombre de esa persona, por favor?

El hombre titubea apenas un segundo, como si tuviera claro lo que va a pasar si revela el nombre. Sin embargo, no tarda en hablar.

—Fue su hermano Iván, señorita Valera.

El aire se vacía de golpe de mis pulmones. Mis latidos retumban en los oídos con fuerza, pero consigo mantener la compostura. Cécile, a mi lado, no se mueve ni un milímetro. Sus ojos, grandes y concentrados, recorren las cifras falsas y la expresión del hombre frente a nosotras sin perder detalle.

—¿Le ofreció… algún tipo de compensación a cambio? —pregunto, aunque mi mente no deja de girar en torno a Iván y su traición.

El director general asiente con esa profesionalidad calculada que convierte la verdad en un golpe directo y seco.

—Me propuso duplicar el precio por metro producido si aceptaba trabajar con él en futuros proyectos, algo que ya tenía en mente… —confiesa sin rodeos—, …puesto que Tejidos Valera cerraría en breve. Al no seguir con la producción pensé que esa propuesta era mucho más clara. Incluso me comentó que estaba avalada por usted y por la señorita Elena. —Niega con la cabeza—. Sonó muy convincente, pero ya veo que esto está muy lejos de la realidad.

Noto que el mundo se mueve bajo mis pies y se produce un silencio tan espeso que siento que me voy a ahogar.

—Gracias —susurro y asiento en repetidas veces—. Eso es exactamente lo que necesitábamos saber. Solo espero que podamos recuperar su confianza con nosotros. Cómo ve, Tejidos Valera

continúa a buen ritmo y es solo cuestión de tiempo que volvamos a ser la empresa que éramos hace unos años.

—Es un alivio saberlo porque nuestras empresas han trabajado juntas desde hace mucho —menciona con orgullo—. Tu padre era un gran amigo, igual que tu abuelo del mío, y es una lástima ver en lo que se ha convertido su hijo.

Afirmo y me levanto de la silla, ofreciéndole mi mano con una sonrisa que no sé ni cómo puedo esbozar.

—Mi hermano solo se mueve por el ego, el dinero y el poder… pero eso no le servirá de mucho. —Me giro y observo a Cécile—. ¿Nos vamos?

35

CÉCILE

La puerta del despacho del director de Alarcón se cierra a nuestras espaldas con un golpe seco y frío, como el de una guillotina que acaba de caer. El sonido —a pesar de ser breve y conciso— rebota en las paredes del pasillo y se me mete dentro del pecho, donde se queda latiendo al ritmo de mi pulso acelerado. Marta no dice nada más. No hace falta. Su hermano ha cruzado una línea que no tiene marcha atrás, y el silencio que nos envuelve mientras avanzamos hacia la salida es más elocuente que cualquier opinión.

El aire de la calle nos recibe como un bofetón, contrasta brutalmente con la atmósfera gélida que acabamos de dejar atrás, con todos esos informes manipulados y extendidos sobre la mesa como pruebas irrefutables de una traición muy clara. Iván no solo ha mentido; ha utilizado la empresa como arma personal, como si su legado familiar fuera un juguete que podía retorcer a su antojo para salir beneficiado. Después de lo que descubrí en París, esto ya no me sorprende. Pero sí que duele. Duele porque sé cuánto significa esto para Marta.

«Iván ha sido muy poco inteligente».

Mis pasos resuenan sobre el pavimento irregular de la acera. Cada uno parece marcar el peso de lo que acabamos de confirmar. Miro de reojo a Marta mientras caminamos hacia el coche. Su rostro está tranquilo, casi sereno, pero conozco cada uno de sus gestos: la mandíbula tensa, los hombros rígidos bajo el abrigo, las manos que le tiemblan ligeramente cuando saca las llaves del bolso. Está dolida, sí. Furiosa. Decepcionada hasta la médula. Pero también encuentro en sus ojos esa determinación feroz que descubrí en ella la primera vez que llegué a Tejidos Valera y nos confrontamos. Aunque ahora hay un matiz diferente, ahora se ha vuelto a encender la luz de la

esperanza dentro de ella, espantando la oscuridad que cargaba desde hacía tiempo.

Ella ha luchado con uñas y dientes por su negocio. Tejidos Valera no es solo una empresa: es el sueño de su abuelo hecho realidad, el esfuerzo de su padre por expandirse y convertirse en símbolo de calidad en un mundo difícil como el textil, es su propia identidad. Yo no comparto su herencia, no he crecido oyendo el ruido de las máquinas, pero todo esto me afecta de la misma manera. Porque ver a alguien cercano a Marta destruir lo que más quiere es como si me clavaran una flecha directa al corazón. Y quiero protegerla de ello a toda costa.

Llegamos al coche. Marta abre la puerta del conductor y yo me deslizo en el asiento del copiloto, con la carpeta apretada contra el pecho. Mi cuerpo está tenso, agotado, como si hubiera corrido una maratón invisible. Marta se sienta, cierra la puerta y se queda quieta un instante, con las manos sobre el volante. Nuestras miradas se encuentran. Hay tanto en ese cruce de miradas: rabia, tristeza, una frustración que le enrojece los ojos… Busca mi mano con decisión y yo entrelazo mis dedos con los suyos. Su piel está caliente, casi febril.

—¿En qué estás pensando? —pregunto en voz baja, casi temiendo romper el silencio.

Ella exhala despacio, como si las palabras le pesaran toneladas.

—Necesito hablar con el consejo de París —me pide, con una firmeza que no admite dudas—. Hoy mismo, si es posible. Les expondré todo lo que ha hecho mi hermano: los informes alterados, cómo ha intentado forzar la venta a Maison Élitaire en condiciones que solo le beneficiaban a él. Después… hablaré con el gestor jurídico y pondré en marcha el procedimiento para sacarlo de Tejidos Valera.

El silencio que sigue es tan denso que casi puedo tocarlo. Siento cómo mi propio aliento se detiene.

—Existe una cláusula en los estatutos… —continúa ella—. Que permite el cese inmediato de un ejecutivo cuando sus acciones atentan gravemente contra el interés social de la empresa. —Y solo en este momento, es capaz de mirarme—. Manipular información contable, falsear balances, poner en riesgo la viabilidad de la compañía... No quería llegar hasta aquí, Cécile. De verdad que no. Pero él mismo se lo ha buscado.

Sus dedos aprietan los míos con más fuerza, como si necesitara anclarse a algo sólido. Mis ojos se humedecen, no de lástima por Iván —que no la siento—, sino por la valentía que veo en ella. Por cómo está eligiendo el bien común por encima de la sangre.

—¿Estás completamente segura? —susurro, con la voz cargada—. No solo lo vas a apartar de la empresa, cortarás los lazos familiares de raíz. Cambiará vuestra relación para siempre, vete tú a saber si volveréis a hablaros. Él no va a aceptarlo sin más y lo sabes.

Ella gira la cabeza hacia mí. En sus ojos se desata una tormenta: relámpagos de ira, nubarrones de dolor, pero también una claridad implacable.

—Soy plenamente consciente —responde sin un ápice de vacilación—. Sé que Iván va a pelear, que montará un escándalo, que intentará ponerme a mí como la traidora. Incluso a ti. Pero hay decenas de familias que dependen de esta empresa. Personas que llevan treinta años en el taller, familias enteras que pagan la hipoteca con el sueldo de Tejidos Valera. No puedo permitir que su ego herido los arrastre a todos a la miseria. Esto no es solo una empresa, Cécile. Es su sustento. Y el legado de mi padre, de mi abuelo… no va a convertirse en moneda de cambio para saldar rencillas personales ni para financiar los caprichos de Iván.

Sus palabras caen como piedras en un estanque quieto, removiendo todo dentro de mí.

—Entonces… —comento con tranquilidad, dibujando el escenario frente a mis ojos—, voy a llamar a Olivier ahora mismo. Le contaré lo que hemos encontrado y le diré que necesitamos una

reunión urgente con el consejo. Maison Élitaire debe saberlo todo antes de que Iván intente mover ficha otra vez. Y nos aseguraremos de que no pueda poner un pie en esta empresa jamás.

Marta asiente. Por primera vez desde que salimos del despacho, un brillo diferente le ilumina la mirada: no de alegría, pero sí de alivio. Como si al verbalizar lo que cargaba dentro, la decisión hubiera ganado peso y solidez.

Nos quedamos así unos segundos más, con las manos unidas, respirando el mismo aire. Luego ella gira la llave. El motor cobra vida con un ronroneo familiar y salimos del aparcamiento. Madrid nos engulle de nuevo: el tráfico, los cláxones impacientes, el sol reflejándose en los edificios de la Gran Vía. El viento que entra por la ventanilla entreabierta me acaricia la cara, fresco y limpio. Me recuerda que, aunque la tormenta siga rugiendo dentro del coche, seguimos aquí. Vivas. Unidas. Avanzando. En cada semáforo en rojo, en cada giro del volante, observo cómo la determinación de Marta se va solidificando. No hay rastro de arrepentimiento en su perfil. Y en esa calma reconozco la misma valentía que me enamoró hace semanas: la de quien elige proteger lo importante, aunque le cueste pedazos de sí misma.

Algo que va a dar significado a mis próximos pasos.

Llegamos a un cruce caótico, con el tráfico fluyendo en todas direcciones. Nuestros ojos se encuentran apenas un instante. Y en ese cruce de miradas comprendo que, las dos estamos dispuestas a hacer lo que haga falta. Por Tejidos Valera. Por las vidas que dependen de ella. Por lo que somos juntas.

Porque sí: yo ya soy parte de esto. Y no hay nada —ni nadie— que pueda apartarme de su lado.

«Al menos, eso es lo que espero».

36

CÉCILE

Marta y yo nos miramos un instante antes de salir del coche, como si en este momento compartido quisiéramos reforzar la decisión que hemos tomado durante los últimos minutos. La luz de la tarde desciende con un tono dorado suave que en cualquier otro día nos habría reconfortado, pero ahora no hay espacio para la quietud ni para el consuelo; lo que nos espera —y lo que ya hemos atravesado — pesa sobre nuestros hombros como una carga concreta, viva y palpitante que no se deja ignorar.

Avanzamos juntas hacia su despacho, y el eco de nuestros pasos resuena sobre el suelo largo del pasillo con una claridad casi excesiva. Siento un latido rápido en el pecho, no de miedo propiamente dicho, sino de una anticipación medida y controlada: sabemos lo que debemos hacer en primer lugar, aunque el corazón de cada una lata con la intensidad de un incendio que se mantiene contenido por pura voluntad.

Al abrir la puerta, el aire del interior nos envuelve con esa mezcla familiar y reconfortante. Marta enciende su portátil, coloca la silla frente a la mesa y se sienta sin perder un segundo. Mis dedos rozan la superficie del escritorio, como si intentara extraer de ese contacto una seguridad silenciosa que me permita estar plenamente presente en lo que está a punto de suceder.

—Espero que todo vaya bien —pide Marta con voz templada, y yo afirmo, apretando su mano. Hace un rato que les he enviado a todos un correo electrónico para que estuvieran pendientes.

Nos tomamos unos segundos para respirar y abre la plataforma. En cuestión de segundos, aparecen en la pantalla varios rostros que forman parte del consejo de Maison Élitaire. El director y Olivier están sentados junto a Justin, y el intérprete. Sus expresiones

están a la expectativa, concentradas, como si ya intuyeran que este encuentro no va a ser rutinario ni superficial.

Mi cuerpo se queda inmóvil un instante, como si necesitara recordarse a sí mismo que debe permanecer aquí, en el presente, sin desviarse hacia lo que acaba de ocurrir ni hacia lo que podría suceder después. Me siento en la silla con los brazos cruzados y Marta toma la palabra con autoridad profesional, sin titubeos ni rodeos innecesarios:

—Gracias por conectaros tan rápido —comienza, intentando relajar su postura—. Hablaré sin rodeos —añade y tira todo el aire de sus pulmones—. Hemos descubierto que mi hermano Iván manipuló parte de la documentación enviada a nuestro proveedor principal, con la intención deliberada y explícita de obstaculizar el progreso de la empresa y evitar que prosperara. No es la primera vez que lo hace, ni el único proveedor con quien lo ha intentado.

Se produce un silencio notable al otro lado de la pantalla; percibo cómo algunos entrecierran los ojos, interpretando cada palabra con la precisión exigente que caracteriza sus cargos.

—Esta acción no solo ha puesto en riesgo la continuidad de Tejidos Valera —prosigue Marta sin pausa—, sino que también repercute directamente en los intereses de Maison Élitaire. Nuestro proveedor principal está dispuesto a mantener el contrato en cuanto presentemos las cifras reales y el plan de producción actualizado. Además, tenemos previsiones muy avanzadas de cerrar otro acuerdo importante en los próximos días si conseguimos mantener este rumbo, además del que ya cerramos con Deltar.

El director inclina ligeramente la cabeza, evaluando cada detalle que aparece en la pantalla con una expresión impasible, aunque sus ojos revelan una chispa de sorpresa.

—¿Puede confirmar que el suministro seguirá siendo viable bajo las condiciones actuales de producción? —pregunta, sin ningún tipo de miramiento.

—Sí —responde Marta sin la menor duda—. Tejidos Valera no solo puede sobrevivir; la unión estratégica con Maison Élitaire puede ampliar su presencia en España y en otros mercados europeos, siempre que la marca conjunta se consolide y se reconozca adecuadamente en el sector. Incluso podemos tener una línea exclusiva en el futuro.

Olivier asiente con gesto serio pero reflexivo.

—Entendemos la gravedad de lo que exponéis —interviene con tono mesurado—. Se trata de una irregularidad muy seria que requiere una respuesta contundente e inmediata.

Siento que mi pecho se aligera apenas, como si cada palabra de Marta construyera un puente sólido hacia la tranquilidad que ambas buscamos. Entonces el director fija su mirada en la pantalla sin apartarla, y debo admitir, que los nervios empiezan a tomar el control de mi cuerpo.

—Tomen cartas en el asunto de inmediato —indica sin ningún tipo de concesión—. No se trata únicamente de demostrar que la empresa es viable; se trata de restituir la confianza que se ha visto seriamente dañada por esta situación. Y sobre eso… esperamos acciones claras, rápidas y bien documentadas. No volveremos a permitir ningún juego más. Hay un contrato y mucho dinero en juego.

—Lo entiendo perfectamente, y será así, se lo prometo —asegura Marta.

Los ojos del director permanecen fijos en la pantalla durante unos segundos más, como si evaluara no solo el contenido de lo que hemos dicho, sino también el modo en que lo hemos expuesto. Marta respira hondo y asiente con calma, aunque su expresión permanece rígida y concentrada, como si ya estuviera archivando cada palabra en la memoria para no olvidar ni un detalle.

Y entonces —con una formalidad que no rehúye el impacto de sus palabras— el director pronuncia una frase que hiere de lleno la atmósfera:

—Tu trabajo en Madrid ha concluido, Cécile. Hay otra empresa a la que quiero que te incorpores de inmediato.

La declaración cae como una losa fría sobre la mesa, sin aspavientos ni emoción visible. Marta y yo nos quedamos paralizadas, pálidas, sin pronunciar palabra durante unos segundos que se estiran hasta parecer interminables.

Miro el rostro de Marta. Su mandíbula está ligeramente apretada, sus ojos brillan con una mezcla de sorpresa, y consternación. Yo misma siento un nudo en la garganta, no por el castigo implícito en sí —porque tengo claro que es un castigo—, sino por la manera brutal en que esa frase parece tallar un vacío repentino en el mundo cotidiano que hemos construido juntas.

Marta asiente sin apartar la mirada de la pantalla, como si todavía midiera las implicaciones de lo que acaba de escuchar. La videollamada se corta y el silencio nos vuelve a rodear.

—Ahora no es el momento de pensar en ello… —le pido a Marta, con el pecho vibrando con mucha intensidad—. Tenemos que hablar con Iván antes de que la situación se complique aún más.

El ambiente queda enmudecido durante unos instantes. Apoyo las manos sobre la mesa, como si con ese gesto pudiera recuperar algo de calma para ordenar mis propios pensamientos y acompañarla en lo que viene.

—¿Vamos? —pregunto en voz baja.

Ella asiente, y salimos del despacho juntas hacia el espacio común donde se encuentra Iván. A cada paso siento cómo mi respiración se vuelve más entrecortada, cómo mi mente estuviera trabajando en centrarse en este momento y no lo consiguiera. Llegamos al despacho común, donde Iván nos observa con una expresión que mezcla aburrimiento y una tensión inconsciente que no logra ocultar. Su presencia ocupa el espacio con ese aire de arrogancia que no ha perdido ni un ápice desde que comenzaron los problemas, ni mucho menos ahora, cuando debe saber que ya nos hemos enterado de todo.

—¿Qué queréis ahora? —pregunta sin rodeos, y levanta una ceja.

Marta da un paso adelante y se coloca frente a él con una serenidad férrea.

—Tenemos que hablar sobre lo que has hecho con el proveedor —declara con enfado, como si hablara con un simple trabajador—. Y no te atrevas a negarlo, porque sabes perfectamente de qué estoy hablando.

Iván ladea apenas la cabeza, como si estuviera estudiando cada gesto de Marta con un interés mezquino y calculador.

—¿Qué quieres que te diga? —responde él, encogiéndose de hombros como si nada—. Es ridículo lo que estáis haciendo con esta empresa.

Su gesto no muestra ni un poco de arrepentimiento. Intenta trivializar lo ocurrido, hacer que parezca menos grave de lo que realmente es.

—¿Ridículo? —responde Marta y da un paso adelante para apoyar las manos sobre el escritorio—. Manipulaste toda la documentación para que Maison Élitaire creyera que la empresa iba de nuevo hacia una crisis irreversible. Eso comprometió el contrato principal, y puso en riesgo la estabilidad de Tejidos Valera y la vida de todas las personas que dependen de esta empresa para ganarse el pan. Y después, haces lo mismo con el resto de empresas. Como poco, te mereces no volver a cruzar esta puerta.

Iván no retrocede, no titubea; solo observa la determinación de Marta con una expresión que no sé cómo interpretar.

—No sabéis con quién os estáis metiendo, hermanita —susurra, ladeando una sonrisa que parece más un acto reflejo que una expresión sincera.

Miro a Marta de reojo: su mandíbula tiembla apenas, como si estuviera reuniendo fuerzas para no ceder ante esa provocación

deliberada. Entonces ella se gira de nuevo hacia Iván, con una claridad que corta el aire.

—Claro que sé contra quién me estoy enfrentando —responde con una serenidad que no parece vacía ni calculada—. Y a partir de este momento ya no formas parte de esta empresa. Voy a activar la cláusula que permite destituir a un ejecutivo cuando sus acciones atenten gravemente contra el interés social. Y créeme, lo haré sin dudar.

Los ojos de Iván se abren apenas unos milímetros. No de sorpresa, sino de una incredulidad que empieza a transformarse en algo más oscuro.

—¿De verdad quieres competir? —dice él entonces, con un desprecio que estoy segura ha abierto más de una herida en Marta —. Os arrepentiréis. Sobre todo, por dar la bienvenida a esa zorra.

Su dedo señala directamente hacia mí, con una hostilidad primitiva que atraviesa la formalidad de la sala y llega hasta el fondo.

Siento que mi cuerpo se pone rígido, no por el insulto en sí — que no lo es solo por su crudeza, sino por lo que revela de su forma de ver el mundo—. Más bien es por la violencia silenciosa y gratuita de sus palabras. No hay respeto, no hay consideración; solo un intento deliberado de destruir, de humillar, de generar un impacto que vaya más allá de lo racional.

Marta, sin titubear ni un segundo, no retrocede ante él. Su mirada permanece firme, como si hubiera anticipado cada palabra y cada gesto. Entonces, con una calma tan profunda que parece contener océanos de voluntad, Iván abandona el despacho con un portazo seco que hace vibrar la madera y deja un silencio absoluto tras de sí.

Elena aparece en la puerta, con la mano en la boca y los ojos ligeramente vidriosos, como si hubiera presenciado algo que todavía no sabe cómo procesar.

—¿Entonces? —pregunta con voz apenas audible, pero cargada de una inquietud que vibra en su pecho.

Miro a Marta. Sus hombros permanecen firmes y rectos, irradiando una calma lúcida que me llena de orgullo inmenso.

—Vamos a salir adelante —responde ella con total seguridad —. Paso a paso, con los hechos en la mano y sin mirar atrás.

37

MARTA

—Las relaciones a distancia no son tan malas…

La frase se me escapa sin pensar, como si mi mente hubiera buscado a tientas cualquier consuelo en medio del silencio suave y denso que nos envuelve. Estoy recostada en la cama, con la sábana apenas cubriéndonos, y miro el perfil de Cécile con una sonrisa en los labios que no puedo borrar. Mis dedos recorren con ternura su mejilla. Huelo la suavidad de su piel, el rastro de su perfume mezclado con mi propia presencia. La beso con delicadeza en los labios, casi sin prisa, pero con esa profundidad que nace de algo que trasciende lo físico y que ya está instalada en mi alma.

La luz cálida del sol que entra por la ventana tiñe de oro cada pliegue de su piel y, al mirarla a los ojos, veo una tristeza leve pero palpable. Esa sombra no pertenece a un mal momento pasajero, sino a una tensión profunda entre lo que deseamos con todo el corazón y lo que la realidad, implacable, nos exige aceptar.

—Puede que no —responde Cécile, sin apartar la mirada—, pero siento que esas palabras no van conmigo, Marta. No encajan con lo que estoy viviendo ahora mismo.

Mi corazón late con un peso tierno y doloroso a la vez. Conozco esa mirada. Es la de alguien que ha amado con todas sus fuerzas, pero que lucha con la brecha invisible que la distancia instala entre dos almas que ya se han encontrado y reconocido de verdad.

Inclino la cabeza un poco, buscando ese contacto visual que ha sido nuestro refugio incluso en los días más duros.

—Tienes que irte a París —le digo, segura de mis palabras a pesar del dolor—. Ya has hecho todo lo posible por Tejidos Valera… y

eso jamás se me olvidará.

Sus ojos se suavizan apenas, como si mis palabras fueran un bálsamo temporal que alivia aunque no cure. Gira levemente la cara para mirar el techo, como si reunir fuerzas en la luz que entra fuera más fácil que hacerlo en mis ojos.

Nos quedamos así, en ese clima tibio, mientras nuestras voces bajan de tono, pero aumentan en sinceridad y desnudez.

—¿Y nosotras? —susurra ella, y la pregunta queda suspendida entre las dos como algo frágil y esencial.

Mis dedos se enredan en los suyos, un gesto casi instintivo, como si necesitara encontrar sostén físico mientras hablamos de esto.

—No es que no quiera verte —aclaro con honestidad—. Iré a verte muchísimo. Solo estamos a un tren de distancia… no a un océano. Podemos hacerlo funcionar.

—¿De verdad lo crees? ¿O solo lo dices para convencerte? —pregunta.

Asiento, y mi mano sube hasta su mejilla con un gesto lento, casi meditativo.

—Claro que sí —susurro—. No estamos tan lejos. Y esto… no se olvida con kilómetros de distancia, ya te lo digo yo.

Cierra los ojos un segundo al escucharme, como si mi voz fuera un ancla en medio de su inquietud. Y entonces, me besa de nuevo.

Poco después hacemos el amor en la ducha y cuando salimos, decidimos desayunar juntas en la pequeña mesa de mi cocina, con tostadas, café fuerte y fruta fresca. Compartiendo una conversación tan sencilla como la vida misma, estirando los segundos todo lo que podemos.

—Deberías irte ya —comento, mientras ella recoge su taza con calma.

Cécile asiente, dejando escapar un suspiro cálido, y volvemos a tardar un rato en arreglarnos.

Salimos juntas del apartamento, y al llegar a Tejidos Valera, vemos que Elena nos espera en la puerta. El sol de media mañana crea sombras largas en el pavimento, y puedo ver en los ojos de mi hermana un brillo de respeto profundo y sincero.

—Gracias por todo lo que has hecho —le dice a Cécile, con una sonrisa en los labios—. De verdad.

Cécile le sonríe, y su expresión es un equilibrio perfecto entre gratitud y melancolía. Se abrazan con fuerza, y siento un nudo en el estómago.

Nosotras nos quedamos de pie unos instantes más, mirándonos. Esto no es más que una despedida sin dramatismos, sin atropellos, pero que se siente en cada poro de mi piel.

—Cuídate mucho —susurro y le doy un beso en los labios antes de que se gire para marcharse.

—Tú también —responde ella con un brillo en los ojos—. Y gracias por todo… incluso por esto.

Y así, con pasos medidos, la figura de Cécile se aleja, y el corazón me late como si quisiera salirse del pecho, consciente de lo que estoy dejando marchar.

. . .

El día avanza con una mezcla de trabajo y repercusiones emocionales que se sienten en cada fibra de mi ser. Apenas puedo concentrarme en las estadísticas, en los correos electrónicos o en los informes de producción, pero tengo claro que Tejidos Valera debe seguir adelante. El legado, la empresa, su historia… todo eso forma parte de mí tanto como de cada persona que trabaja aquí.

Mientras camino por el taller, ver rostros que me miran con confianza renovada es un testimonio silencioso de que hemos

logrado más de lo que parecía posible. Siento el eco de cada máquina, el murmullo de las conversaciones entre operarios y diseñadores, y el ambiente vibrante de una empresa que ha decidido crecer, no rendirse.

—Marta —oigo una voz detrás de mí.

Me giro y ahí está Elena, apoyada en la pared con esa serenidad que siempre ha emanado incluso en los momentos más tensos.

—Iván ya ha recogido sus cosas —dice—. Y… los trabajadores han pedido verte.

Siento cómo un peso se asienta en mi pecho. No es un peso doloroso, sino una mezcla de responsabilidad y emoción. Ellos quieren escucharlo, quieren saber el rumbo, el porqué de la decisión, el significado de todo lo que hemos luchado.

—Vamos —respondo con determinación.

En la zona principal del taller, el ruido se atenúa cuando me coloco en el centro para hablarles. Las máquinas siguen zumbando a nuestro lado, pero hay un silencio respetuoso entre los trabajadores, como si esperaran algo poderoso y sincero de mis palabras.

Inhalo profundamente, siento el aire tibio en mis pulmones, y dejo que mi voz salga con firmeza, claridad y una emoción que no rehúye la verdad.

—Han pasado muchas cosas… —comienzo, sin alzar la voz demasiado—. Hemos enfrentado desafíos que parecían imposibles. Últimamente, uno de nuestros ejecutivos tomó decisiones que comprometieron la estabilidad de esta empresa. Pero quiero que sepáis algo con absoluta claridad: Tejidos Valera no se va a derrumbar. No vamos a permitir que nadie ni nada destruya lo que hemos construido juntos.

Un murmullo de asentimiento recorre a varias personas cercanas. Veo ojos que reflejan alivio, orgullo y esa chispa de esperanza que se enciende cuando uno siente que no está solo.

—Este taller —continúo, con la mirada recorriendo cada rostro —, no es sólo un lugar de trabajo. Es la casa de muchos sueños, de historias personales, de vidas entrelazadas con la de esta empresa. Y os puedo asegurar que seguiremos adelante, juntos, con fuerza y con visión.

Los aplausos brotan con naturalidad, como un gesto espontáneo y sincero. Algunos de mis compañeros levantan las manos, otros comparten abrazos, y el murmullo de voces se convierte en una celebración discreta pero profunda. Siento cómo un calor se instala en mi pecho, transformándose en algo más sólido que cualquier incertidumbre del pasado.

De regreso a mi despacho, mis pasos tienen un ritmo más calmado, casi meditativo. Veo los papeles sobre la mesa, las decisiones por tomar, las estrategias por perfeccionar, pero hay también una paz que antes no estaba.

Elena entra detrás de mí y me guiña un ojo.

—Estoy orgullosa de ti —comenta, echando un vistazo a su alrededor—. De tu trabajo, de cómo has mantenido el legado de Tejidos Valera… y de cómo has defendido lo que crees.

Antes de que pueda responder, ella avanza y me abraza con fuerza. Sus brazos me envuelven como si me ofrecieran un refugio silencioso, cálido y necesario.

—Te quiero mucho —murmura en voz baja.

Mis ojos se empañan apenas, no de tristeza, sino de una emoción suave y verdadera. La abrazo de regreso, sosteniéndome en ese instante tal y como ella lo ha hecho tantas veces en el pasado.

—¿Te apetece ir a comer luego? —pregunta con voz más tranquila, casi como si quisiera afirmar que la vida continúa a pesar de las despedidas.

—Claro que sí —respondo con una sonrisa genuina—. ¿Mis sobrinos llegan hoy?

El destello en sus ojos me hace sonreír también.

—Por la noche —confirma—. Así que vente a casa y celebramos.

La abrazo una vez más, y cuando Elena se marcha del despacho y me quedo sola, mi móvil vibra con un mensaje entrante.

> **Cécile**: Lo que hemos vivido ha sido maravilloso. Nunca pensé que me enamoraría de ti. Cada día contigo ha sido una revelación, un descubrimiento que no sabía que necesitaba. Y aunque ahora la distancia nos separe, mi corazón sigue contigo, en cada pensamiento, en cada paso que des adelante.

Leo esas palabras una y otra vez, como si cada sílaba tuviera la capacidad de definir un instante eterno. Mi pecho late con fuerza, como si hubiera recibido una bofetada de ternura y pena al mismo tiempo. Escribo una respuesta que no sé si enviaré de inmediato, pero que guardaré para siempre en el corazón.

«Y tú me has cambiado la vida».

. . .

Una semana después

La vida en Tejidos Valera ha seguido adelante con una fuerza que supera incluso nuestras expectativas más optimistas. Seguimos recibiendo felicitaciones de Maison Élitaire. Las líneas de producción se han estabilizado; los nuevos contratos avanzan a buen ritmo, y la moral del equipo es evidente; un ambiente férreo y comprometido que se siente en cada paso del taller, en cada conversación en los pasillos, en cada pausa para el café.

Pero personalmente mi corazón sigue hecho pedazos.

La distancia con Cécile duele de una manera física. Cada mensaje no leído a tiempo, cada llamada sin respuesta inmediata, cada silencio prolongado son cicatrices que mi pecho siente con nitidez. Hemos hablado muy poco en estos días, y aunque sus

palabras siempre son sinceras y afectuosas, hay una barrera tácita que se ha instalado entre nosotras: ella cree que la distancia es imposible para lo nuestro, que el amor necesita presencia física y constante para no desvanecerse.

Y yo… sigo enfocada en el trabajo. En sostener lo construido aquí. Con el apoyo inquebrantable de Elena. De los trabajadores. De cada historia que palpita en este taller.

Mis sobrinos vienen de visita esta tarde a la fábrica, y la idea de ver sus caras traviesas y llenas de vida me anima, aunque mi mente siga regresando una y otra vez a cada instante vivido con Cécile, a cada beso, a cada amanecer compartido, a cada promesa susurrada en la oscuridad…

—Marta, alguien te espera en tu despacho —anuncia Elena, apareciendo de repente mientras cierro un archivo.

Mi corazón se detiene un segundo. Siento una corriente eléctrica recorrer cada centímetro de mi piel.

Camino hacia mi despacho sintiendo cómo el aire parece vibrar con una tensión nueva y desconocida. Abro la puerta con la respiración apenas contenida, y ahí, delante de mí, está Cécile.

Su pelo suelto, su mirada serena pero intensa, la luz suave que la rodea… todo me sacude el pecho como una ola profunda que no sabía que estaba esperando con tanta desesperación.

—¿Qué haces aquí? —pregunto con la voz desbordada por la sorpresa.

Ella avanza unos pasos con calma, sin dudar ni un segundo, y entonces me besa, tan intensamente, que siento que mi corazón se acaba de unir al suyo. Cuando se separa apenas un poco, su sonrisa es suave, pero sus ojos arden de amor.

—¿Tienes espacio en tu vida… para alguien que se ha quedado en el paro? —dice con un atisbo de picardía, aunque su voz está cargada de sinceridad desgarradora.

Mi corazón late con fuerza, tan intenso que puedo sentir cada latido como un pulso de esperanza renovada.

—¿Qué has hecho…? —pregunto, aunque mi cuerpo ya sabe la respuesta antes que mis palabras.

Ella respira profundo, se acerca un paso más y toma mis manos entre las suyas.

—No podía estar en París sin ti —confiesa —. Y mi trabajo con Maison Élitaire… ya no es lo que solía ser. Ya no tiene sentido si no puedo compartirlo contigo. Lo único que ahora quiero es estar aquí.

Su voz se quiebra apenas con esa frase. Nuestros ojos se encuentran con una intensidad que no necesita traducción, y entonces, sin más advertencias ni miedos, nos besamos de nuevo. Y lo bonito es que después de esto no habrá distancia, despedida, dudas, solo esa certeza profunda de que lo que hemos vivido juntas —lo que seguimos construyendo— es más grande que cualquier temor.

Una entrega silenciosa de dos almas que se han elegido más de una vez, que sienten que el futuro no es un lugar vacío; que podemos caminarlo sin prisas, con amor, con verdad y con la seguridad de que, pase lo que pase, aquí podemos tejer un futuro infinito.

EPÍLOGO

MARTA

Tres meses después.

La alfombra se extiende bajo mis pies. Estoy de pie en la Galería de Cristal del Palacio de Cibeles, un espacio inundado de luz que se filtra desde el techo y que baña todo con un brillo cálido y envolvente que parece acariciar cada detalle. Es nuestra primera gran presentación tras cerrar el contrato con Maison Élitaire; la ciudad palpita en los alrededores con su energía inagotable, y aquí dentro el aire vibra con una mezcla intensa de expectación y celebración. Respiro hondo, dejando que esa combinación se asiente en mi pecho con una dulzura casi tangible que me recuerda cuánto hemos recorrido para llegar hasta aquí. Hasta nuestra primera línea más personal e íntima.

A mi lado, Cécile sostiene mi mano con firmeza. Puedo sentir la suavidad de su piel, el ligero temblor que delata su propia emoción, y la certeza absoluta de que este momento no sería ni la mitad de significativo sin ella. Hoy no está presente únicamente como acompañante; se la reconoce oficialmente como socia estratégica de Tejidos Valera y directora de desarrollo creativo internacional, una figura clave que no solo ha transformado diseños y colecciones, sino también la manera en que nos percibimos como empresa y como comunidad unida por algo mucho mayor que cifras o contratos.

Ya no quedan celos ni sombras de lo que ocurrió con Iván; su ausencia resuena como un eco lejano del pasado que ha perdido cualquier poder sobre mi presente. Echo de menos a mi hermano, sí, pero no a ese compañero profesional. Aquí y ahora solo importan estas manos entrelazadas, este brillo colectivo que ilumina cada mirada a nuestro alrededor y el latido firme de un legado que ha

sobrevivido a la adversidad más dura y ha emergido fortalecido, más sólido y auténtico que nunca.

El murmullo crece como una ola. El eco de conversaciones sobre moda, negocios, primeras impresiones de la colección y estrategias futuras flota entre los invitados: muchos de ellos son trabajadores que permanecieron fieles tras nuestra primera gran crisis, colaboradores leales, proveedores que volvieron a confiar en nosotros y nuevas alianzas que han florecido precisamente gracias a lo que aprendimos a base de lucha, fe y decisiones difíciles pero necesarias.

Miro a Cécile con una sonrisa antes de que el presentador anuncie mi nombre. Mis dedos aprietan ligeramente los suyos en un gesto de ánimo silencioso y cómplice. Sus ojos buscan los míos y en ellos hay un brillo que derrite cualquier sombra de inseguridad que pudiera haber quedado en mí.

—Marta Valera —anuncia el locutor desde el escenario y la gente empieza a aplaudir.

Alzo la vista, avanzo con pasos seguros y respiro el aire que ahora sabe a victoria merecida, a horas largas junto a trabajadores incansables, mesas de diseño cubiertas de bocetos y muestras, reuniones interminables en las que las decisiones parecían imposibles, pero siempre se encontraban un camino. Los invitados se inclinan levemente hacia adelante para escuchar, mientras mis pupilas captan cada rostro conocido que ha formado parte de este viaje.

Mi voz se eleva con serenidad y emoción contenida, pero jamás vacía ni impostada:

—Hoy celebramos algo mucho más que una colección —empiezo, dejando que cada palabra se asiente para el resto de asistentes—. Celebramos la fuerza de una comunidad que ha creído sin dudar que es posible lograr lo extraordinario aun cuando todo parecía estar en contra, cuando las cifras eran desalentadoras, los

plazos inalcanzables y la confianza parecía frágil como un hilo a punto de romperse.

Cierro los ojos un segundo y dejo que las imágenes me inunden: cada amanecer en la fábrica con el primer zumbido, cada conversación sincera con Elena en los pasillos, cada gesto de aliento entre operarios que seguían adelante pese a todo, cada risa compartida en los momentos de alivio y cada desafío que nos obligó a ser mejores junto a los diseñadores. Las cifras parecían imposibles en algún momento; los plazos, inalcanzables; la confianza, frágil como cristal. Pero aquí estamos, vivos y más fuertes que nunca.

—A mis compañeras y compañeros de Tejidos Valera —continúo, abriendo ligeramente los brazos en su dirección—. Gracias por vuestra dedicación, por haber hecho posible que esta empresa no solo sobreviva, sino que renazca con una fuerza renovada y auténtica. Lo que hoy presentamos es fruto directo de vuestra entrega diaria, de vuestro arte y creatividad, de esa pasión que nunca flaqueó.

Un aplauso cálido y sostenido se eleva entre los presentes. Veo a varios trabajadores sonreír con orgullo, algunos con los ojos húmedos de emoción. Sé que no es solo una presentación de moda; es la consagración pública de todo lo que representamos juntos, de cada sacrificio y cada triunfo pequeño que ha sumado para llegar hasta este instante.

—A nuestro nuevo diseñador internacional, Luca Moretti —digo con un tono que intenta transmitir la profundidad de mi gratitud —. Tu llegada ha traído una visión fresca, atrevida y profundamente respetuosa con nuestras raíces. Has conectado nuestra tradición con un lenguaje de moda que trasciende fronteras y generaciones. Gracias por creer en nosotros desde el primer día, por sumarte a este viaje con humildad y talento, y por aportar una sensibilidad creativa que ya forma parte inseparable de nuestra identidad renovada.

Luca aparece a mi lado con una expresión de gratitud fugaz y una inclinación de cabeza respetuosa. Sé que cada paso dado en

esta expansión ha requerido también un componente esencial de fe mutua, de construir algo que se sostenga en lo técnico, lo visual y, sobre todo, en lo humano.

Entonces mi mirada se posa en Cécile, y todo lo demás parece desvanecerse en un susurro lejano. El brillo de sus ojos, la manera en que sus labios se curvan con esa mezcla exacta de orgullo y cariño… es una presencia que trasciende cualquier logro tangencial o profesional.

—Y a ti —susurro, tan claro como el brillo del sol que entra por las ventanas—. Gracias.

No levanto la voz en demasía, pero mi corazón se desborda en cada sílaba.

—Gracias por no rendirte conmigo, por haber creído en este proyecto tanto como yo en los momentos más oscuros. Gracias por tu visión, por tu creatividad sin límites, por tu lealtad y gracias, sobre todo, por tu amor… que ha sido el motor más poderoso de esto.

El silencio que sigue a mis palabras es una respiración colectiva, una pausa sincera en la que cada persona presente siente que ha sido testigo de algo que va mucho más allá de la moda y los negocios: ha sido testigo de un amor que se ha convertido en fuerza, en alianza inquebrantable, en motor de cambio real y duradero.

Cécile se acerca un paso más al escenario, sin soltar mi mano, y me regala una sonrisa tan luminosa que siento que cada latido de mi corazón se vuelve aire puro disuelto en luz.

—Gracias —dice ella con voz suave pero firme, proyectando una seguridad serena—. Y gracias a todos los que habéis confiado en este sueño compartido, que habéis puesto vuestro talento, vuestro esfuerzo y vuestra fe en algo que parecía imposible y que hoy es una realidad hermosa.

Sus palabras encuentran eco inmediato en las miradas emocionadas, en los aplausos que brotan de nuevo, en ese

reconocimiento tácito de que lo construido aquí no es efímero ni superficial, sino esencial y perdurable.

El murmullo de felicitaciones, de comentarios entusiastas sobre las prendas, las combinaciones atrevidas, los tejidos que reflejan historia y futuro al mismo tiempo, surge tan natural como un río que encuentra su cauce después de una tormenta larga. Me giro hacia la multitud con una mirada que abarca no solo el presente luminoso, sino todo lo que hemos vivido para llegar hasta aquí; noches interminables de trabajo sin descanso, decisiones dolorosas que parecían no tener salida, lágrimas derramadas en privado, risas que surgían como bálsamo en los momentos más inesperados, la reconstrucción constante de nuestras convicciones cuando todo parecía derrumbarse.

Y en medio de esa marea de rostros conocidos y queridos, hay uno que destaca por su serenidad, por su presencia constante, por una mirada que ha sido mi refugio incluso en los momentos más oscuros y desoladores.

Cuando nos retiramos del escenario, Cécile y yo caminamos entre invitados que nos felicitan con calidez, nos abrazan con afecto y comparten palabras cargadas de admiración y cariño. Noto cómo su mano encuentra la mía una y otra vez, como si cada contacto sellara un pacto silencioso de amor, gratitud y compromiso. Esa cercanía no es sólo física; es emotiva, constante, luminosa y profundamente sanadora.

Al acercarnos a una mesa con copas de champán, escucho a alguien comentar en voz baja pero clara: «Esto es solo el principio».

Y en ese instante sé que no se refiere únicamente a la colección ni al contrato con Maison Élitaire, sino a todo lo que está por venir: a los proyectos que vendrán, a las vidas que seguiremos tocando, al futuro que construiremos juntas paso a paso.

—¿Sabes? —susurro a Cécile cuando por fin quedamos a solas un segundo entre la multitud—. No puedo imaginar este momento de otra forma. No lo querría de ninguna otra manera.

Ella se vuelve hacia mí con esa expresión que siempre ha tenido cuando algo la toca en lo más profundo del alma.

—Lo hemos hecho juntas —responde con naturalidad —. No solo esto… todo. Cada paso, cada crisis, cada victoria…

Sus palabras no necesitan aditivos ni adornos. Son sinceras, profundas y definitivas. En ese gesto, en esa conversación íntima en medio del bullicio, hay una verdad que veo reflejada en sus ojos con claridad: estamos construyendo un futuro sólido, tanto en lo profesional como en lo personal, un futuro que se sostiene en la confianza mutua, en el respeto profundo y en un amor que ha demostrado ser más fuerte que cualquier adversidad.

Levanto mi copa y la alzo apenas hacia ella, sin hacer un brindis ostentoso sino un gesto íntimo y privado en medio de la celebración general.

—Por nosotras —susurro, sin apenas superar el murmullo—. A lo que hemos sido, a lo que somos y a lo que vamos a ser.

Ella choca su copa con la mía con una sonrisa suave y serena, y el sonido del cristal es un eco delicado que se convierte en símbolo de un nuevo comienzo, de una etapa que empieza con los pies bien plantados en la tierra y el corazón abierto al futuro.

El murmullo de la celebración continúa a nuestro alrededor, pero yo solo percibo ese instante, tan claro y envolvente como un latido intenso que resuena en todo mi ser.

Hoy no solo celebramos una colección.

Celebramos un legado que ha resistido y renacido, una victoria construida con esfuerzo colectivo, una historia compartida que nos ha unido más allá de lo imaginable y un amor que ha trascendido cada prueba, cada duda y cada distancia.

Y mientras la luz del atardecer baña la Galería de Cristal, siento que esta es, sin duda, uno de los días más hermosos de mi vida; uno en la que todo nuestro mundo —profesional, personal y

emocional— ha encontrado su lugar más auténtico, más sólido y más luminoso.

Como el primer telar que formó parte de Tejidos Valera.

SOBRE LAS AUTORAS

Si quieres leer el resto de nuestras novelas,
solo tienes que acceder a ellas a través de los siguientes códigos QR.

Verónica Espinosa

Lorena Murién